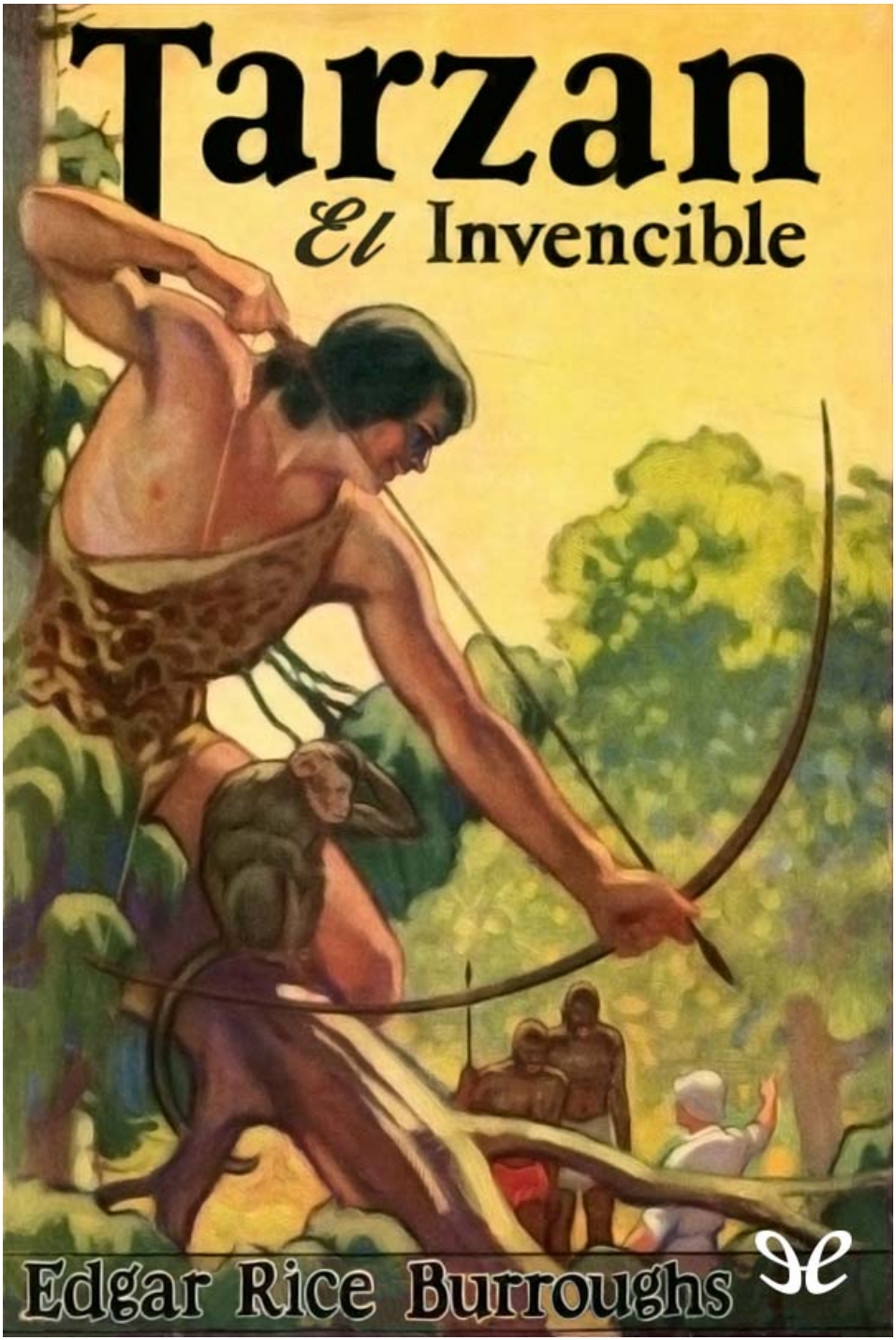

Tarzan
El Invencible
Edgar Rice Burroughs

La suma sacerdotisa de la antigua ciudad de Opar, La, ha sido vilmente traicionada por su gente y encerrada en una mazmorra de la que solo Tarzán puede rescatarla. Así se inicia una nueva aventura de uno de los personajes mas míticos del siglo XX. En esta ocasión, Tarzán deberá enfrentarse a sus propios sentimientos e intentará no herir a los de La pero por otra parte, deberá plantar cara tambien a una partida de extraños hombres que han invadido sus tierras encabezados por un loco de perversas intenciones.

En *Tarzán el invencible*, Edgar Rice Burroughs logra transmitir toda la intensidad y la emoción de la vida en la selva, a través de un relato trepidante que no dá la mas mínima tregua al lector.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán el invencible

Tarzán 14

ePUB r1.0
Zaucio Olmian 01.07.13

Título original: *Tarzan the Invincible*
Edgar Rice Burroughs, 1930
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1.ª edición EE.UU.: Studley Burroughs
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0

TARZÁN
el invencible

I

EL PEQUEÑO NKIMA

NO SOY historiador ni cronista, y, además, tengo la más absoluta convicción de que existen ciertos temas que los escritores de ficción deberían dejar en paz, entre los que destacan la política y la religión. Sin embargo, no me parece que carezca de ética el piratear una idea de vez en cuando de una o de otra, con tal de que el tema sea tratado de un modo que se vea claramente que se trata de ficción.

Si la historia que estoy a punto de contarles hubiera aparecido en los periódicos de ciertos dos poderes europeos, se habría podido producir otra y más terrible guerra mundial. Pero eso no me interesa particularmente. Lo que me interesa es que se trata de una buena historia que se adapta a mis necesidades por el hecho de que Tarzán de los Monos estuvo íntimamente relacionado con muchos de sus episodios más emocionantes.

No voy a aburrirles con la árida historia política para no cansar su intelecto innecesariamente cuando trataran de descifrar los nombres ficticios que utilizo al describir a ciertas personas y ciertos lugares que, me parece a mí, en interés de la paz y el desarmamento deben permanecer en el anonimato.

Tómense la historia como otra simple historia de Tarzán que espero les entretenga y divierta. Si en ella encuentran temas sobre los que pensar, mucho mejor.

Sin duda alguna, muy pocos de ustedes vieron, y aún menos recordarán haber visto, una noticia que apareció discretamente en los periódicos hace algún tiempo, en la que se decía que corría el rumor de que las tropas coloniales francesas estacionadas en Somalia, en la costa noreste de África, habían invadido una colonia africana italiana. Tras esa noticia hay una historia de conspiración, intriga, aventura y amor; una historia de canallas y de necios, de hombres valientes, de mujeres hermosas, una historia de las bestias de la selva y de la jungla.

Si fueron pocos los que vieron en el periódico la noticia de la invasión de la Somalia italiana en la costa noreste de África, también es cierto que ninguno de ustedes se enteró de un incidente horrendo que ocurrió en el interior un tiempo antes de este asunto. Que pudiera existir alguna relación, de cualquier clase, con la intriga internacional europea o con el destino de las naciones no parece ni remotamente posible, pues sólo fue un monto que huía por las copas de los árboles lanzando gritos de terror. Era el pequeño Nkima, perseguido por un mono fuerte y de gran tamaño, mucho mayor que el pequeño Nkima.

Por fortuna para la paz de Europa y del mundo, la velocidad del perseguidor no era proporcional a su desagradable estado de ánimo y, por eso, Nkima escapó de él; pero mucho rato después de que el mono mayor abandonara la persecución, el más pequeño seguía huyendo por las copas de los árboles, chillando con toda la potencia de su estridente vocecita, pues terror y huida eran las dos principales actividades del monito.

Tal vez fue la fatiga, pero más probablemente una oruga o un nido de pájaro, lo que puso fin a la huida de Nkima y le dejó parloteando mientras se columpiaba en una rama muy por encima del suelo de la jungla.

El mundo en el que el pequeño Nkima había nacido parecía, en verdad, un mundo terrible, y él se pasaba la mayor parte de las horas en que estaba despierto parloteando al respecto, actividad en la que era tan humano como simio. Al pequeño Nkima le parecía que el mundo estaba poblado por grandes y fieras criaturas a las que les gustaba la carne de mono. Estaban Numa, el león, y Sheeta, la pantera, e Histah la serpiente; era un triunvirato que hacía inseguro todo su mundo desde la más elevada copa de árbol hasta el suelo. Y luego estaban los grandes simios, y los simios inferiores, y los mandriles, e incontables especies de monos, a todos los cuales Dios había hecho más grandes que al pequeño Nkima y todos los cuales parecían tener algún motivo de rencor contra él.

Por ejemplo, la bruta criatura que le había estado persiguiendo. El pequeño Nkima no había hecho más que arrojarle un palo mientras dormía en la horcadura de un árbol, y sólo por eso había perseguido al pequeño Nkima con incuestionable intención homicida; utilizo esta palabra sin proyectar ninguna reflexión del monito. Nunca se le había ocurrido a Nkima, como al parecer jamás se les ocurre a algunas personas, que, igual que la belleza, el sentido del humor en ocasiones puede resultar fatal.

Nkima reflexionaba con tristeza sobre las injusticias de la vida. Pero

había otra causa de tristeza más profunda que deprimía su pequeño corazón. Hacía muchas lunas que su amo se había marchado y le había abandonado. Era cierto que le había dejado en un bonito y confortable hogar, con gente buena que le alimentaba, pero el monto echaba de menos al gran tarmangani, cuyo hombro desnudo era el único refugio desde el que podía lanzar insultos al mundo con absoluta impunidad. Durante mucho rato el pequeño Nkima había afrontado los peligros de la selva y de la jungla en busca de su amado Tarzán.

Como los corazones se miden por el amor y la lealtad, y no por diámetros en centímetros, el corazón del pequeño Nkima era muy grande —tan grande que detrás de él podían esconderse el corazón del ser humano medio y hasta él mismo— y durante mucho tiempo había sido la causa de un gran dolor en su diminuto pecho. Pero, por fortuna para el pequeño Manu, su mente era tan ordenada que se distraía con facilidad incluso cuando sentía una gran aflicción. Una mariposa o un gusano podía llamar de pronto su atención y sacarle de las profundidades de sus cavilaciones, lo cual estaba bien, ya que de lo contrario se habría muerto de pena.

Y ahora, al volver sus pensamientos melancólicos a la contemplación de su pérdida, éstos alteraron de pronto su tendencia al soplar una brisa de la jungla que llevó a su aguzado oído un sonido que no era uno de los que formaban parte de sus instintos hereditarios. Era una disonancia. ¿Y qué es lo que provoca disonancia en la jungla así como en cualquier otro lugar en que entre? El hombre. Eran voces de hombres lo que Nkima oía.

En silencio, el monito se fue deslizando por los árboles en la dirección de donde provenían los sonidos; y después, cuando los sonidos se oyeron más fuertes, le llegó lo que era, en lo que se refería a Nkima o, en realidad, a cualquier otro habitante de la jungla, la prueba definitiva de la identidad de quienes producían el ruido: el rastro de olor.

Todo el mundo ha visto que un perro, quizá su propio perro, le medio reconoce a uno por la vista; pero ¿alguna vez ha quedado completamente satisfecho sin probar y aprobar con su sensible olfato lo que han visto sus ojos?

Y así ocurría con Nkima. Sus oídos habían sugerido la presencia de los hombres, y ahora su olfato le aseguraba definitivamente que había hombres cerca. No pensó en ellos como hombres, sino como grandes simios. Entre ellos había gomangani, grandes simios negros: hombres negros. Esto se lo dijo su olfato. Y también había tarmangani. Éstos, que para Nkima serían

grandes simios blancos, eran los hombres blancos.

Su olfato buscó con impaciencia el rastro de olor conocido de su amado Tarzán, pero no se encontraba allí, eso lo supo incluso antes de tener a los extraños al alcance de la vista.

El campamento que ahora contemplaba desde un árbol cercano estaba bien montado. Era evidente que hacía días que se encontraba allí y cabía esperar que permaneciera aún más tiempo. No era un campamento para pasar una sola noche. Las tiendas de los hombres blancos y los *beyts* de los árabes estaban dispuestos casi con precisión militar y detrás se hallaban los refugios de los negros, construidos con los materiales que la naturaleza había proporcionado en el mismo lugar.

En el interior de un *beyt* árabe, que tenía la abertura frontal abierta, estaban sentados varios beduinos blancos bebiendo su inevitable café; en la sombra de un gran árbol delante de otra tienda había cuatro hombres blancos absortos en una partida de cartas; entre los refugios de los nativos, un grupo de fornidos guerreros galla jugaban a minkala. También había negros de otras tribus, hombres de África Oriental y de África Central, y algunos negros de la costa occidental.

Catalogar esta variada agrupación de razas y colores habría desconcertado a cualquier viajero o cazador africano con experiencia. Había demasiados negros para creer que todos eran porteadores, pues con todos los fardos del campamento listos para su transporte no habría habido más que una pequeña carga para cada uno de ellos, aun después de haber incluido más que suficiente entre los askari, que no llevan ninguna carga aparte de su rifle y munición.

También había más rifles de los necesarios para proteger incluso a un grupo de mayor tamaño. En verdad parecía haber un rifle para cada hombre. Pero éstos eran detalles menores que no causaban ninguna impresión en Nkima. Lo único que le impresionaba era el hecho de que hubiera tantos tarmangani y gomangani extraños en la región de su amo; y como para Nkima todos los extraños eran enemigos, estaba intranquilo. Ahora más que nunca deseaba encontrar a Tarzán.

Un indio de piel oscura, con turbante, estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas ante una tienda, aparentemente absorto en la meditación; pero si uno hubiera podido ver en sus oscuros y sensuales ojos, habría descubierto que su mirada distaba de ser introspectiva: estaba constantemente puesta en otra tienda, un poco apartada de las demás, y

cuando de ella salió una muchacha, Raghunath Jafar se levantó y se acercó a ésta. Sonrió con hipocresía mientras le hablaba, pero la muchacha no le devolvió la sonrisa cuando le respondió. Habló de forma civilizada, pero no se paró, sino que prosiguió su camino hacia los cuatro hombres que jugaban a cartas.

Cuando se aproximaba a su mesa, los hombres levantaron la mirada y en el rostro de cada uno de ellos se reflejó alguna emoción agradable, pero si era la misma en cada uno, la máscara a la que llamamos rostro y que está entrenada para ocultar nuestros verdaderos pensamientos no lo reveló. Sin embargo, era evidente que la muchacha gozaba de popularidad.

—¡Hola Zora! —exclamó un tipo con la cara larga y de facciones suaves—. ¿Has echado una buena siesta?

—Sí, camarada —respondió la muchacha—, pero estoy cansada de dormir. Esta inactividad me crispa los nervios.

—A mí también —coincidió el hombre.

—¿Cuánto tiempo más esperarás al norteamericano, camarada Zveri? —preguntó Raghunath Jafar.

El hombre corpulento se encogió de hombros.

—Le necesito —respondió—. Podríamos pasar sin él, pero vale la pena esperar, por el efecto moral que producirá en el mundo tener a un norteamericano rico y de alta cuna identificado activamente con el asunto.

—¿Confías en ese gringo, Zveri? —preguntó un fornido joven mexicano que estaba sentado al lado del hombre corpulento de la cara de facciones suaves, que era a todas luces el jefe de la expedición.

—Nos vimos en Nueva York y de nuevo en San Francisco —respondió Zveri—. Han hecho averiguaciones y me lo han recomendado muy favorablemente.

—Siempre sospecho de estos tipos que deben todo lo que tienen al capitalismo —declaró Romero—. Lo llevan en la sangre; en el fondo, odian al proletariado, igual que nosotros les odiamos a ellos.

—Este tipo es diferente, Miguel —insistió Zveri—. Le han persuadido de tal modo que traicionaría a su propio padre por el bien de la causa, y ya está traicionando a su país.

Una leve e involuntaria mueca, que pasó inadvertida a los demás, frunció el labio de Zora Drinov cuando oyó esta descripción del miembro del grupo que faltaba, que aún no había llegado a la cita.

Miguel Romero, el mexicano, aún no estaba convencido.

—No me gustan los gringos de ninguna clase —dijo.

Zveri se encogió de hombros.

—Nuestras animosidades personales carecen de importancia —dijo— en comparación con los intereses de los trabajadores del mundo. Cuando llegue Colt, debemos aceptarle como uno de los nuestros; tampoco debemos olvidar que, por mucho que detestemos Estados Unidos y a los estadounidenses, no se puede conseguir nada en el mundo de hoy sin ellos y sin su sucia riqueza.

—Riqueza obtenida con la sangre y el sudor de la clase trabajadora —gruñó Romero.

—Exactamente —coincidió Raghunath Jafar—, pero tanto más apropiado es que esta misma riqueza se utilice para socavar y derribar a la América capitalista y devolver a los trabajadores lo que es suyo.

—Eso es precisamente lo que pienso —dijo Zveri—. Preferiría emplear el oro norteamericano antes que cualquier otro por el bien de la causa… y después, el británico.

—¿Pero qué significan para nosotros los insignificantes recursos de este norteamericano? —preguntó Zora—. No es nada en comparación con lo que Estados Unidos ya está vertiendo en la Rusia soviética. ¿Qué es su traición comparada con la traición de esos otros que ya están haciendo más para acelerar el día del comunismo mundial que la propia Tercera Internacional? No es nada, ni una gota en un cubo.

—¿A qué te refieres, Zora? —preguntó Miguel.

—Me refiero a los banqueros, a los fabricantes, a los ingenieros de Estados Unidos, que nos están vendiendo su propio país y el mundo a nosotros con la esperanza de añadir más oro a sus arcas ya rebosantes. Uno de los ciudadanos más piadosos y loados está construyendo grandes fábricas para nosotros en Rusia, para que hagamos tractores y tanques; sus fabricantes están compitiendo entre sí para suministrarnos motores para incontables miles de aeroplanos; sus ingenieros nos están vendiendo sus cerebros y su habilidad para construir una grande y moderna ciudad industrial, en la que se pueda producir munición y motores de guerra. Estos son los traidores, estos son los hombres que están acelerando el día en que Moscú dictará la política de un mundo.

—Hablas como si lo lamentaras —dijo una voz seca junto a su hombro.

La muchacha se volvió al instante.

—Ah, ¿eres tú, jeque Abu Batn? —dijo al reconocer al atezado árabe

que había abandonado su café—. Nuestra buena fortuna no me ciega a la perfidia del enemigo, ni me hace admirar la traición en nadie, ni siquiera cuando yo saco provecho de ello.

—¿Eso me incluye a mí? —preguntó Romero, receloso.

Zora se rió.

—Sabes que no, Miguel —dijo—. Tú eres de la clase trabajadora, eres leal a los obreros de tu país, pero esos otros son de la clase capitalista; su gobierno es un gobierno capitalista que se opone tanto a nuestras creencias que nunca ha reconocido a nuestro gobierno; sin embargo, en su codicia, esos cerdos están vendiendo a los de su clase y a su propio país por unos cuantos podridos dólares más. Les odio.

Zveri se echó a reír.

—Eres una buena roja, Zora —dijo—; odias al enemigo tanto cuando nos ayuda como cuando es un obstáculo.

—Pero odiando y hablando se consigue muy poco —replicó la muchacha—. Me gustaría hacer algo. Estar aquí sentados sin hacer nada me parece inútil.

—¿Y qué harías tú? —preguntó Zveri, de buen talante.

—Al menos podríamos intentar ir a por el oro de Opar —dijo—. Si Kitembo está en lo cierto, allí hay suficiente para financiar una docena de expediciones como la que estáis planeando, y no necesitamos a ese norteamericano… ¿cómo le llaman, «comepasteles»?… para que nos ayude en la aventura.

—Yo he estado pensando algo similar —dijo Raghunath Jafar.

Zveri frunció el entrecejo.

—Quizás a alguien más le gustaría hacer esta expedición —dijo con sequedad—. Sé lo que me hago y no tengo que discutir todos mis planes con nadie. Cuando tenga órdenes que dar, las daré. Kitembo ya ha recibido la suya, y se están haciendo preparativos desde hace varios días para la expedición a Opar.

—El resto estamos tan interesados y arriesgamos tanto como tú, Zveri —espetó Romero—. Íbamos a trabajar juntos, no como amo y esclavos.

—Pronto os enteraréis de que yo soy el amo —replicó Zveri en tono áspero.

—Sí —dijo Romero con desprecio—, el zar también era el amo, y Obregón. ¿Sabes lo que les pasó?

Zveri se puso en pie de un salto y sacó un revólver, pero cuando apuntó

a Romero, la muchacha le dio un golpe en el brazo y se interpuso entre ellos.

—¿Estás loco, Zveri? —exclamó.

—No te metas, Zora; esto es asunto mío y da lo mismo zanjarlo ahora que después. Soy el jefe y no voy a aguantar a ningún traidor en mi campamento. Apártate.

—¡No! —dijo la muchacha con decisión—. Miguel estaba equivocado y tú también, pero ahora derramar sangre, nuestra sangre, sería arruinar cualquier posibilidad de éxito. Sembraría la semilla del miedo y el recelo y nos costaría el respeto de los negros, pues sabrían que hay desacuerdo entre nosotros. Además, Miguel no va armado; dispararle sería asesinarle cobardemente y perderías el respeto de todo hombre decente de la expedición. —Había hablado con gran rapidez en ruso, idioma que, de los presentes, sólo entendían Zveri y ella; luego, se volvió de nuevo a Miguel y se dirigió a él en inglés—. Estabas equivocado, Miguel —dijo con suavidad —. Ha de haber un responsable, y el camarada Zveri fue elegido para asumir la responsabilidad. Lamenta haber actuado irreflexivamente. Dile que sientes lo que has dicho, y luego, los dos, daos un apretón de manos y olvidemos todos este asunto.

Por un instante, Romero vaciló; luego, extendió la mano hacia Zveri.

—Lo siento —dijo.

El ruso aceptó la mano en la suya e hizo una tensa inclinación de cabeza.

—Olvidémoslo, camarada —dijo; pero tenía el entrecejo fruncido, aunque no era un gesto más amenazador que el que empañaba el rostro del mexicano.

El pequeño Nkima bostezó y se colgó de una rama muy alta cogido por la cola. Su curiosidad respecto a estos enemigos estaba saciada. Ya no le proporcionaban diversión, pero sabía que su amo se enteraría de su presencia; y esa idea, al penetrar en su cabecita, le recordó la pena y la añoranza que sentía por Tarzán, hasta el extremo de que volvió a imbuirse de la inflexible determinación de proseguir su búsqueda del hombre mono. Quizás en media hora cualquier suceso sin importancia volvería a distraer su atención, pero de momento era la misión de su vida. El pequeño Nkima, colgándose de rama en rama por el bosque, tenía el destino de Europa en la rosada palma de su mano, pero no lo sabía.

La tarde iba menguando. A lo lejos rugió un león. Un estremecimiento

instintivo recorrió la espalda de Nkima. En realidad, sin embargo, no tenía mucho miedo, pues sabía que ningún león le alcanzaría en lo alto de los árboles.

Un hombre joven que andaba cerca de la cabeza de un safari ladeó la cabeza y aguzó el oído.

—No tan lejos, Tony —dijo.

—No, señor; demasiado cerca —replicó el filipino.

—Tendrás que aprender a dejar de llamarme «señor», Tony, antes de reunirnos con los demás —advirtió el hombre joven.

El filipino sonrió.

—De acuerdo, camarada —asintió—. Estoy tan acostumbrado a llamar «señor» a todo el mundo que me cuesta cambiar.

—Entonces, me temo que no eres un buen rojo, Tony.

—Sí, sí lo soy —insistió el filipino—. ¿Por qué estoy aquí, si no? ¿Crees que me gusta venir a este país dejado de la mano de Dios, lleno de leones, hormigas, serpientes y mosquitos sólo para dar un paseo? No, he venido a dar mi vida por la independencia filipina.

—Eso es noble por tu parte, Tony —dijo el otro con seriedad—, pero ¿de qué manera esto hará libres a los filipinos?

Antonio Mori se rascó la cabeza.

—No lo sé —admitió—, pero causará problemas a América.

Arriba, en las copas de los árboles, un monito se cruzó en su camino. Por un instante, el animal se paró a observarles; luego, reanudó su viaje en sentido opuesto.

Media hora más tarde, el león volvió a rugir, y lo hizo tan desconcertantemente cerca y de forma tan inesperada se elevó la voz del trueno desde la jungla, a sus pies, que el pequeño Nkima por poco no se cayó del árbol por el que pasaba. Lanzando un grito de terror subió lo más arriba que pudo y allí se sentó, parloteando con furia.

El león, un macho de magnífica cabellera, entró en el claro que había bajo el árbol en el que se encontraba temblando el pequeño Nkima. Una vez más elevó su poderosa voz hasta que el suelo se movió. Nkima miró hacia abajo y de pronto dejó de parlotear. Se puso a dar saltitos lleno de excitación, lanzando gritos y haciendo muecas. Numa, el león, levantó la mirada; y entonces ocurrió una cosa extraña. El mono dejó de dar gritos y emitió un sonido bajo y extraño. Los ojos del león, que antes miraban hacia arriba con ferocidad, adoptaron una expresión nueva y casi amable. Arqueó

el lomo y se frotó el costado placenteramente contra el tronco del árbol, y de aquellas salvajes fauces brotó un suave ronroneo. Entonces, el pequeño Nkima se dejó caer por entre el follaje del árbol, dio un último salto y aterrizó sobre la espesa cabellera del rey de las fieras.

II

EL HINDÚ

CON EL nuevo día llegó una nueva actividad al campamento de los conspiradores. Ahora el bedauwy no bebía café en el muk'aad; los naipes de los blancos estaban guardados y los guerreros galla ya no jugaban a minkala.

Zveri estaba sentado tras su mesa plegable dando órdenes a sus ayudantes y, con la ayuda de Zora y de Raghunath Jafar, entregaba munición a la fila de hombres armados que iban pasando por delante de ellos. Miguel Romero y los dos restantes blancos supervisaban la distribución de cargas entre los porteadores. El negro salvaje Kitembo se movía sin cesar entre sus hombres, dando prisa a los rezagados en las fogatas del desayuno y formando en compañías a los que habían recibido su munición. Abu Batn, el jeque, estaba sentado en cuclillas con aire altivo con sus guerreros quemados por el sol. Ellos, siempre a punto, observaban con desprecio los desordenados preparativos de sus compañeros.

—¿Cuántos dejáis para proteger el campamento? —preguntó Zora.

—Tú y el camarada Jafar os quedaréis aquí —respondió Zveri—. También se quedarán vuestros criados y una guardia de diez askaris.

—Será suficiente —dijo la muchacha—. No hay peligro.

—No —coincidió Zveri—, ahora no, pero si Tarzán estuviera aquí sería diferente. Me costó mucho asegurarme de su ausencia antes de elegir esta región para nuestro campamento base, pero me enteré de que estaría ausente bastante tiempo; participa en alguna estúpida expedición en dirigible de la que no se sabe nada. Lo más seguro es que esté muerto.

Cuando el último de los negros hubo recibido su parte de munición, Kitembo reunió a los hombres de su tribu a cierta distancia del resto de la expedición y les arengó en voz baja. Eran basembos, y Kitembo, su jefe, les hablaba en el dialecto de su pueblo.

Kitembo odiaba a todos los blancos. Los británicos habían ocupado la

tierra que había sido el hogar de su pueblo desde antes de que el hombre tuviera memoria; y como Kitembo, jefe hereditario, se había negado a aceptar la dominación de los invasores, le habían depuesto y en su lugar habían colocado a una marioneta.

Para Kitembo, el jefe —salvaje, cruel y traidor—, todos los blancos eran anatema, pero veía en su relación con Zveri la oportunidad de vengarse de los británicos; y por eso había reunido a muchos de los hombres de su tribu y los había enrolado en la expedición que, según Zveri le prometía, arrebataría para siempre la tierra a los británicos y daría a Kitembo un poder y gloria aún mayores que los que habían poseído los anteriores jefes basembo.

Sin embargo, no era fácil para Kitembo mantener el interés de su gente en esta empresa. Los británicos habían socavado en gran medida su poder e influencia, de forma que los guerreros, que antiguamente se habrían doblegado a su voluntad como esclavos, ahora osaban cuestionar abiertamente su autoridad. Hasta el momento no habían puesto reparos, pues la expedición no entrañaba mayores penalidades que cortas marchas, campamentos agradables y comida abundante, con negros de la costa oeste y miembros de otras tribus menos guerreras que los basembo como porteadores para acarrear la carga y hacer todo el trabajo pesado; pero ahora que la lucha se cernía sobre ellos, algunos deseaban saber qué iban a sacar de ello, pues, al parecer, tenían poco estómago para arriesgar el pellejo con el fin de satisfacer las ambiciones u odios del blanco Zveri o del negro Kitembo.

Suavizar estos descontentos era la razón por la que ahora Kitembo estaba arengando a sus guerreros, prometiéndoles botín en una mano y despiadado castigo en la otra para que eligieran entre la obediencia y el motín. Algunas de las recompensas que les puso ante su imaginación tal vez habrían perturbado considerablemente a Zveri y a los otros miembros blancos de la expedición si hubieran entendido el dialecto basembo; pero quizás el mejor argumento para que obedecieran sus órdenes era el auténtico miedo que la mayoría de sus seguidores aún sentía por su despiadado jefe.

Entre los otros negros de la expedición se encontraban miembros proscritos de varias tribus y un número considerable de porteadores contratados de la manera corriente para acompañar lo que oficialmente se describía como una expedición científica.

Abu Batn y sus guerreros estaban impulsados a una lealtad temporal hacia Zveri por dos motivos: la codicia por el botín y el odio a todos los nasrani, representados por la influencia británica en Egipto y en el desierto, que ellos consideraban su propiedad por herencia.

Los miembros de otras razas que acompañaban a Zveri se suponía estaban motivados por aspiraciones nobles y humanitarias; pero era cierto, no obstante, que su cabecilla les hablaba con mayor frecuencia de la adquisición de riquezas personales y poder que del progreso de la fraternidad del hombre o de los derechos del proletariado.

Así pues, esta heterogénea aunque formidable expedición partió aquella agradable mañana en busca del tesoro de la misteriosa Opar.

Mientras Zora Drinov les observaba partir, sus bellos e inescrutables ojos permanecieron fijos en la persona de Peter Zveri hasta que hubo desaparecido de la vista por el sendero del río que penetraba en la oscura jungla.

¿Era una joven contemplando, agitada, la partida de su amante en una misión llena de peligro, o…?

—Tal vez no regrese —dijo una voz untuosa junto a su hombro.

La muchacha volvió la cabeza para mirar a los ojos entrecerrados de Raghunath Jafar.

—Volverá, camarada —dijo ella—. Peter Zveri siempre vuelve a mí.

—Estás muy segura de él —declaró el hombre con una mirada impúdica.

—Está escrito —replicó la muchacha encaminándose hacia su tienda.

—Espera —dijo Jafar.

Ella se paró y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—A ti —respondió él—. ¿Qué ves en ese cerdo inculto, Zora? ¿Qué sabe él de amor o de belleza? Yo sé valorarte, hermosa flor de la mañana. Conmigo puedes alcanzar la trascendente felicidad del amor perfecto, pues soy adepto al culto del amor. Una bestia como Zveri sólo te degradaría.

La muchacha disimuló la repugnancia que el hombre despertaba en ella, pues comprendía que la expedición podría estar fuera muchos días y que durante ese tiempo ella y Jafar estarían prácticamente solos, salvo por un puñado de salvajes guerreros negros cuya actitud hacia un asunto de esta naturaleza entre una mujer y un hombre extraños no podía prever; pero estaba, no obstante, decidida a poner fin a las insinuaciones de Jafar.

—Estás jugando con fuego, Jafar —dijo con calma—. No estoy aquí en una misión de amor, y si Zveri se enterara de lo que me has dicho te mataría. No vuelvas a hablarme de ese tema.

—No será necesario —respondió el hindú, enigmáticamente. Tenía los ojos entrecerrados y clavados en los de la muchacha. Durante menos de medio minuto los dos permanecieron así, mientras una sensación de creciente debilidad, de próxima capitulación, invadía a Zora Drinov. Hizo esfuerzos para controlarla, midiendo su voluntad con la del hombre. De pronto, ella apartó los ojos. Había ganado, pero la victoria la dejó débil y temblorosa como alguien que acabara de experimentar un encuentro físico muy reñido. Se volvió con gesto rápido y se dirigió presurosa a su tienda, sin atreverse a mirar atrás por miedo a encontrar de nuevo aquellos pozos gemelos de poder perverso y maligno que eran los ojos de Raghunath Jafar; y por eso no vio la untuosa sonrisa de satisfacción que torcía los sensuales labios del hindú, ni oyó que repetía en un susurro:

—No será necesario.

Mientras la expedición seguía el serpenteante sendero que conduce al pie de la barrera de acantilados de la frontera inferior de la árida meseta tras la que se yerguen las antiguas ruinas de Opar, Wayne Colt, muy al oeste, avanzaba penosamente hacia el campamento base de los conspiradores. Al sur, un monito cabalgaba a lomos de un gran león, lanzando insultos ahora con total impunidad a toda criatura de la jungla que se cruzaba en su camino; entretanto, con igual desprecio por todas las criaturas inferiores, el poderoso carnívoro avanzaba con altivez en la dirección del viento, seguro de-sí mismo pues conocía su incuestionable poder. Una manada de antílopes que comía hierba en su camino captó el acre olor del felino y se puso en movimiento con nerviosismo; pero cuando estuvo al alcance de su vista, se apartaron un poco para dejarle paso; y, cuando aún podían verlo, se pusieron de nuevo a comer hierba, ya que Numa, el león, se había alimentado bien y los herbívoros lo sabían, pues las criaturas de la jungla saben muchas cosas que escapan a la embotada sensibilidad del hombre y no sintieron ningún temor.

Lejos de allí, el olor del león llegó hasta otros; y también ellos se movieron con nerviosismo, aunque su miedo era menor del que habían sentido en un principio los antílopes. Estos otros eran los grandes simios de la tribu de To-yat, cuyos poderosos machos tenían pocos motivos para

temer incluso al propio Numa, aunque sus hembras y cachorros podrían muy bien echarse a temblar.

A medida que se acercaba el felino, el mangani se puso más inquieto y más irritable. To-yat, el rey simio, se golpeó el pecho y enseñó sus grandes colmillos. Ga-yat, con los potentes hombros encorvados, se acercó al borde de la manada, más cerca del peligro que se aproximaba. Zu-tho pateó el suelo en gesto de amenaza. Las hembras llamaron a sus cachorros y muchas saltaron a las ramas inferiores de los árboles más grandes o buscaron posiciones cerca de una vía de escape arbórea.

En ese momento, un hombre blanco semidesnudo cayó del denso follaje de un árbol y aterrizó en medio de ellos. Saltaron los nervios tensos y el mal genio. La manada, rugiendo y gruñendo, se precipitó hacia el odiado humano. El rey simio iba en cabeza.

—To-yat tiene mala memoria —dijo el hombre en la lengua de los mangani.

El simio se detuvo un instante, sorprendido quizá al oír brotar de los labios de un humano la lengua de los de su especie.

—¡Soy To-yat! —gruñó—. Yo mato.

—Soy Tarzán —replicó el hombre—, poderoso cazador y poderoso luchador. Vengo en son de paz.

—¡Matar! ¡Matar! —rugió To-yat, y los otros grandes machos avanzaron, amenazadores, mostrando los colmillos.

—¡Zu-tho! ¡Ga-yat! —espetó el hombre—, soy Tarzán de los Monos —pero ahora los machos estaban nerviosos y asustados, pues percibían con fuerza el olor de Numa y la conmoción que había producido la súbita aparición de Tarzán les había hundido en el pánico.

—¡Mata! ¡Mata! —rugieron; pero no atacaron, sino que avanzaron lentamente, creando en ellos el necesario frenesí que terminaría en un ataque repentino que ninguna criatura viva podría resistir y que no dejaría más que fragmentos ensangrentados del objeto de su ira.

Y entonces un estridente grito brotó de los labios de una grande y peluda madre que llevaba un cachorrito a la espalda.

—¡Numa! —gritó, y, volviéndose, corrió a refugiarse en el follaje de un árbol próximo.

Al instante, las hembras y cachorros que quedaban en tierra se subieron a los árboles. Los machos por un momento desviaron su atención del hombre y la fijaron en la nueva amenaza. Lo que vieron trastornó la poca

ecuanimidad que les quedaba. Avanzando recto hacia ellos, con sus grandes ojos amarillo-verdosos reluciendo de ferocidad, se hallaba un poderoso león amarillo; y posado en su lomo iba un monito que les gritaba insultos. Ver esto fue excesivo para los simios de To-yat, y el rey fue el primero en reaccionar. Lanzando un rugido cuya ferocidad acaso salvó su autoestima, dio un salto para subirse al árbol que estaba más cerca; y, al instante, los otros simios se dispersaron y huyeron, dejando al gigante blanco solo para enfrentarse con el enojado león.

Echando chispas por los ojos, el rey de las fieras avanzó hacia el hombre, con la cabeza baja, la cola extendida y la melena al viento. El hombre pronunció una sola palabra en un tono bajo que sólo se habría oído a unos metros. Al instante el león levantó la cabeza y la horrible mirada desapareció de sus ojos; y en ese mismo instante, el monito, lanzando un estridente grito de reconocimiento y placer, saltó por encima de la cabeza de Numa y con tres prodigiosos saltos se plantó sobre el hombro de Tarzán, rodeando con sus bracitos el bronceado cuello del hombre.

—¡Pequeño Nkima! —susurró Tarzán, con la suave mejilla del mono apretada contra la suya.

El león avanzó majestuosamente. Oliscó las piernas desnudas del hombre, frotó la cabeza contra su costado y se tumbó a sus pies.

—¡Jad-bal-ja! —saludó el hombre mono.

Los grandes simios de la tribu de To-yat observaban la escena desde los árboles, a salvo. Su pánico y su ira habían desaparecido.

—Es Tarzán —dijo Zu-tho.

—Sí, es Tarzán —repitió Ga-yat.

To-yat gruñó. No le gustaba Tarzán, pero le temía; y ahora, con esta nueva prueba del poder del gran tarmangani, le temía aún más.

Durante un rato, Tarzán escuchó el parloteo del pequeño Nkima. Se enteró de la presencia de los extraños tarmangani y de los muchos guerreros gomangani que habían invadido el dominio del Señor de la Jungla.

Los grandes simios se movían inquietos en los árboles, deseando descender; pero temían a Numa, y los grandes machos pesaban demasiado para desplazarse seguros en los elevados y frondosos senderos por los que los simios inferiores pasaban sin peligro, por lo que no podían marcharse hasta que lo hubiera hecho Numa.

—¡Vete! —gritó To-yat, el rey—. Vete y deja a los mangani en paz.

—Ya nos vamos —respondió el hombre mono—, pero no tenéis que temer ni a Tarzán ni al león dorado. Somos vuestros amigos. He dicho a Jad-bal-ja que nunca tiene que haceros daño. Podéis bajar.

—Nos quedaremos en los árboles hasta que se haya ido —dijo To-yat —; podría olvidarse.

—Tienes miedo —dijo Tarzán con desprecio—. Zu-tho o Ga-yat no tendrían miedo.

—Zu-tho no tiene miedo de nada —alardeó el gran macho.

Sin decir una sola palabra, Ga-yat bajó pesadamente del árbol en el que se había refugiado y, si no con marcado entusiasmo, al menos con leve vacilación, avanzó hacia Tarzán y Jad-bal-ja, el león dorado. Sus compañeros le miraban con atención, esperando verle atacado y destrozado por el destructor de ojos amarillos que yacía a los pies de Tarzán, observando todos los movimientos del simio. El Señor de la Jungla también observaba al gran Numa, pues ninguno sabía mejor que él que un león, por acostumbrado que esté a obedecer a su amo, siempre es un león. En los años que habían pasado juntos, desde que Jad-bal-ja era una bolita peluda con manchas, nunca había tenido motivos para dudar de la lealtad del carnívoro, aunque algunas veces le había resultado difícil y peligroso calmar algunos de los más feroces instintos hereditarios de la fiera.

Ga-yat se acercó, mientras el pequeño Nkima parloteaba desde la seguridad que le proporcionaba el hombro de su amo; y el león, parpadeando perezosamente, por fin desvió la mirada. El peligro, si es que había existido, desapareció; lo que es un mal presagio es la mirada fija del león.

Tarzán avanzó y puso una mano amistosa en el hombro del simio.

—Éste es Ga-yat —dijo, dirigiéndose a Jad-bal-ja, amigo de Tarzán; no le hagas daño. No habló en la lengua del hombre. Quizás el medio de comunicación que utilizó Tarzán no podría llamarse propiamente una lengua, pero el león, el gran simio y el pequeño Manu le entendieron.

—Dile al mangani que Tarzán es amigo del pequeño Nkima —dijo el monito con voz estridente—. No debe hacer daño al pequeño Nkima.

—Es como dice Nkima-aseguró el hombre mono a Ga-yat.

—Los amigos de Tarzán son amigos de Ga-yat —respondió el gran simio.

—Está bien —dijo Tarzán—, y, ahora, vámonos. Diles a To-yat y a los otros lo que hemos dicho y también que hay hombres extraños en esta

región, que es la de Tarzán. Que los observen, pero que no se dejen ver por los hombres, pues quizá son hombres malos, que llevan los palos de trueno que matan con humo y fuego y gran estruendo. Tarzán ahora va a ver por qué están en la región esos hombres.

Zora Drinov había evitado a Jafar desde la partida de la expedición a Opar. Apenas había salido de su tienda, fingiendo tener dolor de cabeza, y el hindú no había hecho ningún intento de invadir su intimidad. Así transcurrió el primer día. En la mañana del segundo día, Jafar llamó al jefe de los askaris, que se había quedado para protegerles y procurarles comida.

—Hoy —dijo Raghunath Jafar— sería un buen día para cazar. Las señales son propicias. Ve, pues, a la jungla, con todos tus hombres, y no vuelvas hasta que el sol esté bajo en el oeste. Si lo haces, habrá regalos para ti, además de toda la carne que puedas comer de las carcasas de los animales que hayas matado. ¿Lo entiendes?

—Si, bwana —respondió el negro.

—Llévate al chico de la mujer. Aquí no le necesitaremos. Mi chico cocinará para nosotros.

—Quizá no vendrá —sugirió el negro.

—Vosotros sois muchos, él sólo es uno; pero que la mujer no se entere de que os lo lleváis.

—¿Cuáles son los regalos? —preguntó el jefe.

—Un retal de tela y cartuchos —respondió Jafar.

—Y la espada curvada que llevas cuando vamos de marcha.

—No —respondió Jafar.

—No es un buen día para cazar —replicó el negro, dándose media vuelta.

—Dos retales de tela y cincuenta cartuchos —sugirió Jafar.

—Y la espada curvada —y así, tras mucho regatear, hicieron el trato.

El jefe reunió a sus askaris y les ordenó que se prepararan para la caza, diciendo que el bwana moreno lo había ordenado, pero no dijo nada de los regalos. Cuando estuvieron listos, envió a buscar al criado de la mujer blanca.

—Tienes que acompañarnos de caza —dijo al muchacho.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Wamala.

—El bwana moreno —respondió Kahiya, el jefe. Wamala se echó a reír.

—Yo recibo órdenes de mi ama, no del bwana moreno.

Kahiya saltó sobre él y le dio una sonora bofetada en la boca mientras dos de sus hombres agarraban a Wamala por ambos lados.

—Tú recibes órdenes de Kahiya —declaró. Unas lanzas de caza se apretaban al cuerpo tembloroso del muchacho—. ¿Vendrás de caza con nosotros? —preguntó Kahiya.

—Iré —respondió Wamala—. Sólo era una broma.

Mientras Zveri guiaba su expedición hacia Opar, Wayne Colt, impaciente por unirse al cuerpo principal de los conspiradores, instaba a sus hombres a apretar el paso en su búsqueda del campamento. Los principales conspiradores habían entrado en África por diferentes puntos para no llamar demasiado la atención. Siguiendo este plan, Colt había llegado a la costa oeste y viajado tierra adentro en tren hasta la estación terminal, desde donde tenía que realizar un largo y penoso viaje a pie; así que ahora, cuando su destino casi se hallaba a la vista, estaba ansioso por poner fin a esta parte de su aventura. También sentía curiosidad por conocer a los otros miembros principales de esta peligrosa empresa, pues sólo conocía a Peter Zveri.

El joven norteamericano no era desconocedor de los grandes riesgos que corría al unirse a una expedición que perseguía la paz de Europa y el control último de una gran sección del África nororiental a través del descontento extendido mediante propaganda de tribus nativas populosas y guerreras, en especial en vista del hecho de que gran parte de su operación debía llevarse a cabo en territorio británico, donde el poder británico era mucho más que formal. Pero, como era joven y entusiasta, aunque anduviera desencaminado, estas contingencias no pesaban mucho en su ánimo, el cual, lejos de estar deprimido, se encontraba, por el contrario, ansioso de acción.

El tedio del viaje desde la costa no se había visto aliviado por una compañía agradable o adecuada, ya que la mentalidad infantil de Tony no podía elevarse por encima de un turbio concepto de la independencia filipina y la consideración de la ropa elegante que iba a comprar cuando, mediante un proceso económico vagamente visualizado, obtuviera su parte de las fortunas de los Ford y los Rockefeller.

Sin embargo, a pesar de las carencias mentales de Tony, Colt estaba auténticamente encariñado con el joven y, entre la compañía del filipino y la de Zveri, habría elegido al primero, pues su breve encuentro con el ruso

en Nueva York y San Francisco le había convencido de que como compañero dejaba mucho que desear; tampoco tenía motivos para prever que encontraría socios más agradables entre los conspiradores.

Avanzando con dificultad, Colt sólo era vagamente consciente de las vistas y sonidos, ahora ya familiares, de la jungla, los cuales para entonces, había que admitirlo, habían perdido bastante atractivo. Aunque hubiera tomado nota de esto último, cabe dudar que su oído no entrenado hubiese captado el persistente parloteo de un monito que le seguía desde los árboles; tampoco esto le habría impresionado particularmente, a menos que hubiera sido capaz de saber que este monto concreto iba montado en el hombro de un bronceado Apolo de la jungla, que se movía en silencio detrás de él por un frondoso camino de las ramas inferiores.

Tarzán había adivinado que este hombre blanco, cuyo rastro había encontrado de forma inesperada, se encaminaba hacia el campamento principal del grupo de extranjeros que el Señor de la Jungla estaba buscando; y así, con la persistencia y paciencia del cazador salvaje, siguió a Wayne Colt; mientras, el pequeño Nkima, que iba en su hombro, regañaba a su amo por no destruir inmediatamente al tarmangani y a todo su grupo, pues el pequeño Nkima era un alma sedienta de sangre cuando el derramamiento de esta sangre iba a llevarlo a cabo otro.

Y mientras Colt instaba con impaciencia a sus hombres a ir más deprisa, y Tarzán le seguía y Nkima parloteaba, Raghunath Jafar se aproximó a la tienda de Zora Drinov. Cuando su figura oscureció la entrada, arrojando una sombra sobre el libro que ella leía, tumbada en un camastro, la muchacha levantó la mirada.

El hindú sonrió con hipocresía.

—He venido a ver si tu dolor de cabeza se había calmado —dijo.

—Gracias, pero no —dijo la muchacha con frialdad—; pero si nadie me molesta quizá pronto me encuentre mejor.

Pasando por alto la indirecta, Jafar entró en la tienda y se sentó en una silla de campamento.

—Me siento solo —dijo— desde que los otros se marcharon. ¿A ti no te pasa?

—No —respondió Zora—. Estoy muy bien sola y descansando.

—El dolor de cabeza te ha venido de pronto —dijo Jafar—. Hace un rato parecías estar la mar de bien y animada.

La muchacha no respondió. Se preguntaba qué se había hecho de su

criado, Wamala, y por qué no había cumplido sus instrucciones explícitas de no permitir que nadie la molestara. Tal vez Raghunath Jafar le leyó los pensamientos, pues a menudo se atribuyen poderes extraordinarios a los indios orientales, por poco demostrada que esté esta creencia. Sin embargo, las palabras que pronunció Jafar sugerían esta posibilidad.

—Wamala se ha ido a cazar con los askaris —dijo.

—Yo no le he dado permiso —replicó Zora.

—Me he tomado la libertad de hacerlo yo —declaró Jafar.

—No tenías derecho —protestó enojada la muchacha, incorporándose —. Has supuesto demasiado, camarada Jafar.

—Un momento, querida —dijo el hindú con calma—. No discutamos. Como sabes, te quiero y el amor no halla confirmación en las multitudes. Quizás he supuesto mal, pero sólo lo he hecho con el fin de darme una oportunidad para presentar mi causa sin interrupciones; y, además, como sabes, en el amor y en la guerra todo está permitido.

—Entonces, consideremos que esto es una guerra —dijo la muchacha —, pues sin duda alguna no es amor, ni por tu parte ni por la mía. Hay otra palabra que describe lo que te empuja a ti, camarada Jafar, y lo que me empuja a mí ahora es el odio. No te soportaría ni aunque fueras el último hombre que hubiera en la tierra, y cuando Zveri regrese, te prometo que se lo contaré todo.

—Mucho antes de que Zveri regrese te habré enseñado a quererme — dijo el hindú con pasión. Se levantó y se acercó a ella. La muchacha se puso en pie de un salto, mirando rápidamente alrededor en busca de un arma de defensa. Su cartuchera y su revólver colgaban de la silla en la que Jafar se había sentado, y su rifle se encontraba en el lado opuesto de la tienda.

—Estás desarmada —dijo el hindú—. Me he asegurado de ello cuando he entrado en la tienda. No te servirá de nada gritar pidiendo ayuda; no hay nadie en el campamento más que tú, yo y mi criado, que sabe que si valora su vida es mejor que no venga si no le llamo.

—Eres una bestia —dijo la muchacha.

—¿Por qué no eres razonable, Zora? —preguntó Jafar—. No te haría ningún daño ser amable conmigo, y las cosas serían mucho más fáciles para ti. Zveri no tiene por qué saber nada de esto, y una vez estemos de nuevo en la civilización, si aún crees que no deseas seguir conmigo, no te retendré; pero estoy seguro de que puedo enseñarte a amarme y que

seremos muy felices juntos.

—¡Sal de aquí! —ordenó la muchacha. No había miedo ni histeria en su voz. Era una voz muy calmada y controlada.

Para un hombre no completamente cegado por la pasión esto habría significado algo —una inflexible determinación a defenderse hasta la muerte—, pero Raghunath Jafar sólo vio a la mujer a la que deseaba y se acercó a ella y la agarró.

Zora Drinov era joven, ágil y fuerte; sin embargo, no era rival para el corpulento hindú, cuyas capas de grasa escondían la gran fuerza física que había debajo. Ella intentó liberarse y escapar de la tienda, pero él la atrapó y la arrastró de nuevo dentro. Luego, ella se volvió contra él con furia y le golpeó repetidamente en la cara, pero él la estrechó aún más entre sus brazos y la llevó al camastro.

III

FUERA DE LA TUMBA

EL GUÍA de Wayne Colt, que se había avanzado un poco a los norteamericanos, se paró de pronto y miró atrás con una amplia sonrisa. Luego, señaló hacia delante:

—¡El campamento, bwana! —exclamó, triunfante.

—¡Gracias a Dios! —exclamó a su vez Colt con un suspiro de alivio.

—Está vacío —dijo el guía.

—Eso parece —coincidió Colt—. Echemos un vistazo y, seguido por sus hombres, entró en el campamento. Sus cansados porteadores dejaron sus cargas en el suelo y, con los askaris, se tumbaron despatarrados bajo la sombra de los árboles mientras Colt, seguido por Tony, investigaba el campamento.

Casi de inmediato, la violenta sacudida de una de las tiendas llamó la atención del joven norteamericano.

—Ahí dentro hay alguien o algo —dijo a Tony, mientras avanzaba con brío hacia la entrada.

Lo que vio en el interior de la tienda hizo brotar de sus labios una abrupta exclamación: un hombre y una mujer luchaban en el suelo, el primero con las manos en la garganta de su víctima mientras la muchacha le golpeaba débilmente la cara con los puños apretados.

Tan absorto se hallaba Jafar en su infructuoso intento de someter a la muchacha que no se dio cuenta de la presencia de Colt hasta que una fuerte mano le cogió por el hombro y le apartó violentamente.

Consumido por una furia maníaca, se puso en pie de un salto y pegó al norteamericano, pero éste le dio un golpe que le hizo retroceder. Volvió a atacar y de nuevo fue golpeado fuertemente en la cara. Esta vez cayó al suelo, y cuando se ponía en pie, tambaleante, Colt le cogió, le hizo girar en redondo y le lanzó fuera de la tienda, acelerando su partida con una oportuna patada.

—Si intenta volver a entrar, dispárale —espetó al filipino, y se volvió para ayudar a la muchacha a ponerse en pie.

Medio arrastrándola, la puso sobre el camastro y, al encontrar agua en un cubo, le lavó la frente, la garganta y las muñecas.

Fuera de la tienda, Raghunath Jafar vio a los porteadores y a los askaris tumbados a la sombra de un árbol. También vio a Antonio Mori con el entrecejo fruncido y un revólver en la mano, y, lanzando una enojada imprecación, se volvió y se encaminó hacia su tienda, con el rostro lívido de ira y ganas de asesinar en su corazón.

Entonces Zora Drinov abrió los ojos y vio el rostro solícito de Wayne Colt inclinado sobre ella.

Desde el frondoso retiro de un árbol que daba al campamento, Tarzán de los Monos contemplaba la escena. Una sola sílaba en un susurro había silenciado el parloteo de Nkima. Tarzán había observado las violentas sacudidas de la tienda que habían llamado la atención de Colt y había visto la precipitada salida del hindú del interior y la amenazadora actitud del filipino que impedía a Jafar regresar al conflicto. Estos asuntos interesaban poco al hombre mono. Las peleas y deserciones de aquella gente ni siquiera despertaban su curiosidad. Lo que deseaba conocer era la razón de su presencia allí, y tenía dos planes para obtener esta información. Uno consistía en mantenerles bajo constante vigilancia hasta que sus actos revelaran lo que deseaba saber. El otro era determinar quién era el jefe de la expedición y luego entrar en el campamento para pedir la información que deseaba. Pero esto no lo haría hasta que supiera lo suficiente para tener ventaja. Lo que ocurría dentro de la tienda no lo sabía ni le importaba.

Durante varios segundos después de abrir los ojos, Zora Drinov miró atentamente al hombre que se inclinaba sobre ella.

—Debes de ser el norteamericano —dijo por fin.

—Soy Wayne Colt —repuso él— y, puesto que has adivinado mi identidad, supongo que esto es el campamento del camarada Zveri.

Ella asintió.

—Has llegado a tiempo, camarada Colt —dijo ella.

—Doy gracias a Dios por ello —dijo él.

—Dios no existe —le recordó la muchacha.

Colt enrojeció.

—Somos criaturas de la herencia y la costumbre —explicó.

Zora Drinov sonrió.

—Es cierto —dijo—, pero es tarea nuestra romper muchos malos hábitos, no sólo por nosotros sino por el mundo entero.

Como la había tumbado en el camastro, Colt había examinado a la muchacha disimuladamente. No sabía que habría una mujer blanca en el campamento de Zveri, pero de haberlo sabido es seguro que no habría previsto que fuera como ésta; más bien habría imaginado a una agitadora capaz de acompañar a una banda de hombres al corazón de África como una campesina tosca y desaliñada de edad madura; pero esta muchacha, desde la cabeza, con su glorioso pelo ondulado, hasta los pies, pequeños y bien formados, lejos de estar desaliñada, era tan elegante como podía ser una mujer en aquellas circunstancias y, por añadidura, era joven y hermosa.

—¿El camarada Zveri está fuera del campamento? —preguntó.

—Sí, ha salido a hacer una corta expedición.

—¿Y no hay nadie para presentarnos? —preguntó con una sonrisa.

—Oh, perdona —dijo ella—. Soy Zora Drinov.

—No había previsto una sorpresa tan agradable —dijo Colt—. Sólo esperaba encontrar hombres sin ningún interés, como yo. ¿Y quién era el tipo al que he interrumpido?

—Era Raghunath Jafar, un hindú.

—¿Es uno de los nuestros? —preguntó Colt.

—Sí —respondió la muchacha—, pero no por mucho tiempo; no lo será cuando Peter Zveri regrese.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que Peter le matará.

Colt se encogió de hombros.

—Es lo que se merece —dijo—. Quizá debería haberlo hecho yo.

—No —replicó la muchacha—, déjaselo a Peter.

—¿Te dejaron sola en este campamento sin protección alguna? —preguntó Colt.

—No. Peter dejó a mi criado y diez askaris, pero Jafar se las ha arreglado para que se fueran todos del campamento.

—Ahora estarás a salvo —dijo—. Me ocuparé de ello hasta que el camarada Zveri regrese. Ahora voy a preparar mi campamento, y enviaré a dos de mis askaris para que hagan guardia ante tu tienda.

—Eres muy amable —dijo ella—, pero creo que ahora que estás aquí no será necesario.

—Lo haré de todos modos —replicó—. Me sentiré más seguro.

—Y cuando hayas preparado el campamento, ¿vendrás a cenar conmigo? —preguntó la muchacha, y añadió—: Oh, lo olvidaba. Jafar también ha hecho marchar a mi criado. No hay nadie que cocine para mí.

—Entonces, cenarás conmigo —ofreció él—. Mi criado es bastante buen cocinero.

—Estaré encantada, camarada Colt —agradeció ella.

Cuando el norteamericano salió de la tienda, Zora Drinov se recostó en el camastro con los ojos entrecerrados. Qué diferente era aquel hombre de lo que esperaba. Al recordar sus facciones, y en especial sus ojos, le costó creer que un hombre como aquel pudiera ser un traidor a su padre o a su país, pero entonces se dio cuenta de que muchos hombres se habían vuelto contra los suyos por una idea. Con su propia gente era diferente. Nunca habían tenido una oportunidad. Siempre habían estado bajo el dominio de un tirano u otro. Creían implícitamente que lo que hacían era por su bien y el de su país. A los que estaban motivados por la sincera convicción no se les podía acusar de traición, y sin embargo, aunque ella era rusa hasta la médula, no podía por menos de contemplar con desprecio a los ciudadanos de otros países que se volvían contra su gobierno para contribuir a satisfacer las ambiciones de un poder extranjero. Puede que estemos dispuestos a aprovecharnos de la actuación de mercenarios y traidores extranjeros, pero no podemos admirarles.

Mientras Colt iba de la tienda de Zora hasta donde sus hombres esperaban las instrucciones necesarias para preparar su campamento, Raghunath Jafar le observaba desde el interno de su tienda. Un gesto de perversidad enturbiaba el semblante del hindú y el odio se reflejaba en sus ojos.

Tarzán, que observaba desde arriba, vio al joven norteamericano dar instrucciones a sus hombres. La personalidad de este joven extranjero había impresionado favorablemente a Tarzán. Le gustaba tanto como podía gustarle cualquier extranjero, pues en el fuero interior del hombre mono estaba grabado el recelo de la fiera salvaje hacia todos los extranjeros y en especial hacia los blancos. Mientras le observaba ahora nada escapaba a sus ojos. Así pues, vio a Raghunath Jafar salir de su tienda con un rifle. Sólo Tarzán y el pequeño Nkima lo vieron, y sólo Tarzán lo interpretó de un modo siniestro.

Raghunath Jafar se alejó del campamento y penetró en la jungla. Avanzando en silencio por los árboles, Tarzán de los Monos le siguió. Jafar

hizo un semicírculo en el interior del verdor de la jungla que le ocultaba y se paró. Desde donde se encontraba veía todo el campamento, pero su posición quedaba oculta por el follaje.

Colt observaba la disposición de sus cargas y el montaje de su tienda. Sus hombres estaban ocupados con las diversas tareas que su capataz les había asignado. Estaban cansados y hablaban poco. Trabajaban en su mayor parte en silencio, y una quietud inusual reinaba en el lugar; una quietud que fue quebrada, repentina e inesperadamente, por un grito angustiado y un disparo de rifle, tan próximos ambos que era imposible decir qué había sido primero. Una bala pasó silbando junto a la cabeza de Colt y rasguñó el lóbulo de la oreja de uno de sus hombres, que estaba de pie detrás de él. Al instante las pacíficas actividades del campamento se trocaron en un gran revuelo. Por un momento, hubo disparidad de opiniones en cuanto a la dirección de la que habían procedido el disparo y el grito, y entonces Colt vio un poco de humo que se elevaba en la jungla, justo después del límite del campamento.

—Ahí —dijo, y echó a andar hacia ese punto.

El jefe de los askaris le detuvo.

—No vaya, bwana —le aconsejó—. Quizá se trata de un enemigo. Disparemos primero hacia la jungla.

—No —dijo Colt—. Primero investigaremos. Coge algunos de tus hombres y que vayan por la derecha, y yo cogeré al resto e iremos por la izquierda. Penetraremos en la jungla lentamente hasta que nos encontremos.

—Sí, bwana —aceptó el jefe, y llamó a sus hombres para darles las instrucciones pertinentes.

Ningún ruido ni nada que sugiriera una presencia viva saludó a los dos grupos cuando entraron en la jungla; tampoco encontraron señal alguna de ningún merodeador cuando, unos momentos después, se encontraron. Ahora formaban un semicírculo y, a una orden de Colt, avanzaron hacia el campamento.

Fue Colt quien encontró a Raghunath Jafar muerto en el suelo, en el límite del campamento. Con la mano derecha agarraba su rifle y tenía una gruesa flecha clavada en el corazón.

Los negros que se agolparon en torno al cuerpo se miraron unos a otros con aire interrogativo y, luego, miraron hacia la jungla y los árboles. Uno de ellos examinó la flecha.

—Nunca he visto una flecha igual —afirmó—. No la han hecho las manos del hombre.

De inmediato los negros se llenaron de temores supersticiosos.

—El disparo iba dirigido al bwana —dijo uno—; por lo tanto, el demonio que ha disparado la flecha es amigo de nuestro bwana. No debemos tener miedo.

Esta explicación satisfizo a los negros, pero no a Wayne Colt. Le dio vueltas al asunto mientras regresaba al campamento, después de ordenar que enterraran al hindú.

Zora Drinov estaba de pie en la entrada de su tienda y, cuando le vio, fue a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Qué ha sido eso?

—El camarada Zveri no matará a Raghunath Jafar —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque Raghunath Jafar ya está muerto.

—¿Quién puede haber disparado la flecha? —preguntó la muchacha cuando él le contó cómo había muerto el hindú.

—No tengo la más remota idea —admitió él—. Es un misterio absoluto, pero significa que están vigilando el campamento y que debemos ir con mucho cuidado de no entrar solos en la jungla. Los hombres creen que han disparado la flecha para salvarme de la bala de un asesino; y si bien es posible que Jafar pretendiera matarme, creo que si yo hubiera ido a la jungla solo en lugar de ir él, sería yo el que ahora yacería muerto. ¿Los nativos os han molestado desde que acampasteis aquí, o habéis tenido alguna experiencia desagradable con ellos?

—No hemos visto a ningún nativo desde que estamos aquí. A menudo hemos comentado el hecho de que esta zona parece estar completamente desierta y deshabitada, pese a que está llena de caza.

—Esto puede ayudar a explicar el hecho de que esté deshabitada —sugirió Colt—, o aparentemente deshabitada. Tal vez sin querer hemos invadido la región de alguna tribu inusualmente feroz que tiene esta manera de recibir a los recién llegados y de indicarles que son persona *non grata*.

—¿Dices que uno de nuestros hombres ha resultado herido? —preguntó Zora.

—No es nada grave. Sólo ha sido un rasguño en una oreja.

—¿Se encontraba cerca de ti?

—Estaba de pie detrás de mí —respondió Colt.

—Creo que no cabe duda de que Jafar tenía intención de matarte —dijo Zora.

—Quizá —concedió Colt—, pero no lo consiguió. Ni siquiera me ha quitado el apetito; y si consigo calmar el nerviosismo de mi criado, podremos cenar.

Desde lejos, Tarzán y Nkima observaban el entierro de Raghunath Jafar y, un poco más tarde, vieron el regreso de Kahiya y sus askaris con el criado de Zora, Wamala, que habían sido enviados fuera del campamento de Jafar.

—¿Dónde están —preguntó Tarzán a Nkima— todos aquellos tarmangani y gomangani que me dijiste que había en este campamento?

—Han cogido sus palos de trueno y se han marchado —respondió el pequeño Manu—. Están buscando a Nkima.

Tarzán de los Monos sonrió, cosa que hacía en raras ocasiones.

—Tendremos que ir a buscarles y averiguar qué pretenden, Nkima-dijo.

—Pero en la jungla oscurece pronto —protestó el monto—, y estarán Sabor, y Sheeta, y Numa, e Histah, y ellos también buscan a Nkima.

Había oscurecido antes de que el criado de Colt anunciara la cena, y, entretanto, Tarzán, tras cambiar sus planes, había regresado a los árboles que daban al campamento. Estaba convencido de que había algo irregular en el objetivo de la expedición cuya base había descubierto, y por el tamaño del campamento sabía que constaba de muchos hombres. Adónde habían ido y con qué fin eran asuntos que debía averiguar. Como creía que cualquiera que fuera el objetivo de la expedición, éste podía ser tema de conversación en el campamento, buscó un punto de observación desde donde pudiera escuchar las conversaciones que tenían los dos miembros blancos del grupo; y así, cuando Zora Drinov y Wayne Colt se sentaron a cenar, Tarzán de los Monos se agazapó entre el follaje de un gran árbol junto a ellos.

—Hoy has sufrido una experiencia penosa —dijo Colt—, pero no parece haberte afectado mucho. Creía que tendrías los nervios destrozados.

—He sufrido demasiadas experiencias penosas en mi vida, camarada Colt, para que me queden nervios —repuso la muchacha.

—Ya lo supongo —dijo Colt—. Debiste de vivir la revolución en Rusia.

—En aquella época no era más que una niña pequeña —explicó ella—, pero la recuerdo con claridad.

Colt la miraba con atención.

—Por tu aspecto —dijo—, imagino que no pertenecías al proletariado.

—Mi padre era bracero. Murió en el exilio bajo el régimen zarista. Así aprendí a odiar todo lo monárquico y capitalista. Y cuando me ofrecieron esta oportunidad de unirme al camarada Zveri, vi otro campo en el que aplicar mi venganza, al tiempo que avanzaban los intereses de mi clase en todo el mundo.

—Cuando vi a Zveri por última vez, en Estados Unidos —dijo Colt—, evidentemente no había trazado los planes que ahora está llevando a cabo, pues no mencionó ninguna expedición de esta clase. Cuando recibí órdenes de reunirme aquí con él, no me dio detalles, o sea que ignoro cuál es su propósito.

—Los buenos soldados se limitan a obedecer —le recordó la muchacha.

—Sí, lo sé —coincidió Colt—, pero incluso un pobre soldado a veces puede actuar con más inteligencia si conoce el objetivo.

—El plan general no es secreto para ninguno de nosotros, por supuesto —dijo Zora—, y no traicionaré la confianza de nadie si te lo explico. Forma parte de un plan mayor para que los poderes capitalistas se involucren en guerras y revoluciones de tal modo que jamás puedan volver a unirse.

»Nuestros emisarios llevan mucho tiempo trabajando para que culmine la revolución de India, que distraerá la atención y las fuerzas armadas de Gran Bretaña. En México no nos va tan bien como teníamos planeado, pero aún quedan esperanzas, mientras que nuestras perspectivas en las Filipinas son brillantes. Las condiciones de China ya las conoces; está completamente indefensa y esperamos que, con nuestra ayuda, a la larga constituya una auténtica amenaza para Japón. Italia es un enemigo muy peligroso, y en gran parte estamos aquí con el fin de que entre en guerra con Francia.

—Pero ¿cómo se puede hacer eso en África? —preguntó Colt.

—El camarada Zveri cree que es muy sencillo —dijo la muchacha—. Las sospechas y los celos que existen entre Francia e Italia son bien conocidos; su carrera por la supremacía naval casi llega al escándalo. Al primer acto evidente de uno contra otro podría estallar la guerra, y una guerra entre Italia y Francia involucraría a toda Europa.

—Pero ¿cómo puede Zveri, operando en las tierras vírgenes de África, hacer que Italia y Francia entren en guerra? —preguntó el americano.

—Hay ahora en Roma una delegación de rojos franceses e italianos con

esta misión. Los pobres sólo conocen una parte del plan y, lamentablemente para ellos, será necesario convertirlos en mártires de la causa para el progreso de nuestro plan mundial. Se les han entregado papeles que señalan un plan para la invasión de la Somalia italiana por parte de tropas francesas. En el momento oportuno, uno de los agentes secretos del camarada Zveri en Roma revelará la conspiración al gobierno fascista; y, casi simultáneamente, una cantidad considerable de nuestros negros, disfrazados con los uniformes de tropas nativas francesas, conducidas por los hombres blancos de nuestra expedición, uniformados como oficiales franceses, invadirán la Somalia italiana.

»Entretanto, nuestros agentes están avanzando en Egipto y Abisinia y entre las tribus nativas del norte de África, y ya tenemos la seguridad de que, con la atención de Francia e Italia distraída por la guerra y con Gran Bretaña preocupada por una revolución en India, los nativos del norte de África se levantarán en lo que será casi una guerra santa con el fin de quitarse de encima el yugo de la dominación extranjera y crear estados soviéticos autónomos en toda la zona.

—Una empresa atrevida y estupenda —exclamó Colt—, pero que requerirá enormes recursos de dinero y de hombres.

—Este es el esquema básico del camarada Zveri —dijo la muchacha—. No conozco, claro está, todos los detalles de su organización ni el apoyo con que cuenta; pero lo que sí sé es que, si bien dispone de financiación para las operaciones iniciales, depende en gran medida de este distrito para proveerse de la mayor parte del oro necesario para llevar a cabo las enormes operaciones que serán necesarias para asegurar el éxito final.

—Entonces, me temo que está condenado al fracaso —dijo Colt— porque seguramente no encontrará suficiente riqueza en este país salvaje para llevar a cabo un programa como ése.

—El camarada Zveri opina lo contrario —dijo Zora—; en realidad, la expedición en la que ahora se encuentra tiene como fin obtener el tesoro que busca.

Sobre ellos, en la oscuridad, la figura silenciosa del hombre mono yacía cómodamente sobre una gran rama, con los oídos atentos a todo lo que ellos decían, mientras en su bronceada espalda dormía Nkima, completamente ajeno al hecho de que podía haber escuchado palabras calculadas para sacudir los cimientos de los gobiernos organizados de todo el mundo.

—¿Y dónde —preguntó Colt—, si no es un secreto, espera el camarada Zveri encontrar una cantidad tan grande de oro?

—En las famosas arcas del tesoro de Opar —respondió la muchacha—. Seguro que has oído hablar de ellas.

—Sí —respondió Colt—, pero nunca las he considerado otra cosa que pura leyenda. El folclore de todo el mundo está lleno de estas míticas arcas del tesoro.

—Pero Opar no es un mito —replicó Zora.

Si la asombrosa información que le fue revelada afectó a Tarzán, no produjo en él ninguna manifestación exterior. Escuchando en un silencio imperturbable, pues estaba acostumbrado al máximo refinamiento de autocontrol, era como si formara parte de la gran rama en la que yacía, o del sombreado follaje que le ocultaba de la vista.

Durante un rato Colt permaneció sentado en silencio, contemplando las grandes posibilidades del plan que acababa de escuchar. Le parecía casi el sueño de un hombre loco, y no creía que tuviera la más mínima posibilidad de éxito. Comprendió el peligro en el que colocaba a los miembros de la expedición, pues creía que no habría escapatoria para ninguno de ellos una vez que Gran Bretaña, Francia e Italia fueran informadas de sus actividades; y, sin querer, sus temores parecían centrarse en la seguridad de la muchacha. Conocía el tipo de gente con la que estaba trabajando y, por tanto, sabía que sería peligroso expresar una sola duda sobre la practicabilidad del plan, pues apenas sin excepción los agitadores con los que había tratado pertenecían, de forma natural, a dos categorías diferentes: el visionario, que creía todo lo que quería creer, y el bribón astuto, motivado por la avaricia, que esperaba aprovecharse con poder o riquezas de cualquier cambio que pudiera provocar en el orden establecido. Colt encontraba horrible que una mujer joven y hermosa hubiera sido atraída a semejante situación desesperada. Parecía demasiado inteligente para ser una simple herramienta sin cerebro, y su breve asociación con ella le hacía difícil creer que fuera una bribona.

—La empresa sin duda está llena de graves peligros —dijo—, y, como es básicamente una tarea para hombres, no entiendo por qué te han permitido correr los riesgos y sufrir las penalidades que sin duda entraña semejante campaña.

—La vida de una mujer no vale más que la de un hombre —declaró ella —, y yo era necesaria. Siempre hay que hacer trabajo de oficina importante

y confidencial que el camarada Zveri sólo puede encargar a alguien de absoluta confianza. Él confía en mí y, además, soy taquimecanógrafa experta. Esas razones por sí mismas son suficientes para explicar por qué estoy aquí, pero otra muy importante es que yo deseo estar con el camarada Zveri.

En las palabras de la muchacha, Colt vio la admisión de una aventura amorosa; pero para su mente norteamericana era aún mayor razón para que la muchacha no hubiera ido allí, pues no concebía que un hombre expusiera a la chica amada a aquellos peligros.

Sobre ellos Tarzán de los Monos se movía en silencio. Primero se incorporó sobre un hombro y levantó al pequeño Nkima de su espalda. El monto se habría quejado, pero una sombra de susurro le hizo callar. El hombre mono tenía varios métodos para hacer frente a los enemigos, métodos que había aprendido y practicado mucho antes de ser consciente del hecho de que él no era un simio. Mucho antes de ver a otro hombre blanco, había aterrorizado a los gomangani, los hombres negros del bosque y la jungla, y había aprendido que se puede dar un gran paso hacia la derrota del enemigo desmoralizándole primero. Sabía ahora que aquella gente no sólo eran invasores de su dominio y, por lo tanto, sus enemigos personales, sino que amenazaban la paz de Gran Bretaña, a la que él amaba mucho, y del resto del mundo civilizado, con el cual, al menos, Tarzán no peleaba. Es cierto que sentía un considerable desprecio por la civilización en general, pero aún mayor desprecio sentía por los que interferían en los derechos de los demás o en el orden establecido en la jungla o la ciudad.

Cuando Tarzán dejó el árbol en el que se había escondido, los dos de abajo no se dieron más cuenta de su partida que lo que se percataron de su presencia. Colt intentaba desentrañar el misterio del amor. Conocía a Zveri, y le parecía inconcebible que una chica del tipo de Zora Drinov se viera atraída por un hombre de la clase de Zveri. Desde luego no era asunto suyo, pero de todos modos le molestaba porque le parecía que constituía un reproche a la chica y que rebajaba su estimación por ella. Le decepcionaba, y a Colt no le gustaba que las personas por las que se sentía atraído le decepcionaran.

—Conociste al camarada Zveri en América, ¿verdad? —le preguntó Zora.

—Sí —respondió Colt.

—¿Qué piensas de él? —le pidió ella.

—Le encontré muy enérgico —dijo Colt—. Creo que es un hombre que llevaría a cabo cualquier cosa que se propusiera. No se podía encontrar mejor hombre para esta misión.

Si la muchacha esperaba sorprender a Colt con una expresión de desagrado personal hacia Zveri no lo consiguió, pero si era así, ella era demasiado lista para seguir con el tema. Se dio cuenta de que trataba con un hombre del que obtendría poca información que él no quisiera compartir con ella; pero, por otro lado, era un hombre que fácilmente arrancaría información a los demás, pues era del tipo que parecía invitar a que le hicieran confidencias, sugiriendo, con su actitud, su forma de hablar y sus modales, una verdadera rectitud de carácter que no era concebible que abusara de la confianza. A ella le gustaba ese joven norteamericano, y cuanto más veía de él, más le costaba creer que fuera un traidor a su familia, sus amigos y su país. Sin embargo, sabía que muchos hombres honorables lo habían sacrificado todo por una convicción y tal vez él era uno de ellos. Esperaba que ésta fuera la explicación.

Su conversación derivó a diferentes temas: a sus respectivas vidas y experiencias en su tierra natal, a lo que les había sucedido desde que habían entrado en África y, por último, a las experiencias del día. Y mientras hablaban, Tarzán de los Monos regresó a los árboles, pero esta vez no lo hizo solo.

—Me pregunto si alguna vez sabremos quién mató a Jafar —dijo ella.

—Es un misterio, y el hecho de que ninguno de los askaris reconociera el tipo de flecha con que le mataron no lo reduce, aunque por supuesto podría explicarse porque ninguno de ellos pertenece a esta zona.

—Ese incidente ha crispado considerablemente los nervios de los hombres —dijo Zora—, y, la verdad, espero que no vuelva a ocurrir nada similar. He descubierto que estos nativos no necesitan mucho para ponerse nerviosos, y, si bien son valientes frente a peligros conocidos, pueden desmoralizarse por completo ante cualquier cosa que roce lo sobrenatural.

—Me parece que se han encontrado mejor cuando han tenido al hindú bajo tierra —observó Colt—, aunque algunos no estaban completamente seguros de que no fuera a volver.

—No es muy probable que lo haga —comentó la muchacha riendo.

Apenas había dejado de hablar cuando las ramas que tenía sobre su cabeza susurraron y un pesado cuerpo cayó sobre la mesa que había entre ellos, aplastando el frágil mueble.

Los dos se pusieron en pie de un salto, Colt sacando su revólver y la chica ahogando un grito al tiempo que daba un paso atrás. Colt sintió que se le erizaba el vello de la nuca y los brazos y la espalda se le ponían de carne de gallina, pues entre ellos yacía de espaldas el cadáver de Raghunath Jafar, con los ojos muertos levantados hacia la noche.

IV

EN LA LEONERA

NKIMA estaba enfadado. Le habían despertado de un profundo sueño, lo que era ya desagradable, pero ahora su amo había empezado a ir de un lado a otro en la oscuridad de la noche; mezclados con el parloteo de Nkima se oían sus gemidos de miedo, pues en cada sombra veía a Sheeta, la pantera, acechando, y en cada rama retorcida del bosque creía ver a Histah, la serpiente. Mientras Tarzán había permanecido en las proximidades del campamento, el monito no había estado particularmente inquieto, y cuando había regresado al árbol con su carga, el animal estaba seguro de que iba a quedarse allí el resto de la noche; pero había partido de inmediato y ahora avanzaba por la negra selva con un propósito evidentemente fijo que no presagiaba nada bueno ni para el descanso ni para la seguridad del pequeño Nkima durante el resto de la noche.

Mientras que Zveri y su grupo habían emprendido la marcha lentamente por sinuosos senderos de la jungla, Tarzán casi volaba a través de ella hacia su destino, que era el mismo que el de Zveri. El resultado fue que antes de que Zveri llegara a la pared casi perpendicular que formaba la última y mayor barrera natural del valle prohibido de Opar, Tarzán y Nkima habían desaparecido tras la cima y cruzaban el desolado valle, en cuyo extremo se cernían los gruesos muros y elevadas agujas y torreones de la antigua Opar. Bajo la brillante luz del sol africano, cúpulas y minaretes relucían en tonos rojizos y dorados sobre la ciudad; y, una vez más, el hombre mono experimentó la misma sensación que cuando, años atrás, sus ojos se habían posado por primera vez en el espléndido panorama de misterio que había aparecido ante ellos.

Desde tan lejos no se apreciaban las ruinas. Una vez más, con la imaginación, contempló una ciudad de magnífica belleza, con las calles y templos abarrotados de gente; y, una vez más, su mente jugueteó con el misterio del origen de la ciudad, cuando, en algún lugar de aquel paisaje,

una raza rica y fuerte había concebido y construido aquel monumento a una civilización extinguida. Era posible concebir que Opar hubiera existido cuando una gloriosa civilización florecía en el gran continente de la Atlántida, que, hundida bajo las olas del océano, abandonó a aquella colonia perdida a la muerte y la decadencia.

No parecía improbable que sus pocos habitantes fueran descendientes directos de sus poderosos constructores, en vista de los ritos y ceremonias de la antigua religión que practicaban, así como por el hecho de que casi no se podía ofrecer ninguna otra hipótesis de la presencia de un pueblo de piel blanca en aquella remota e inaccesible extensión de África.

Las peculiares leyes de la herencia, que en Opar parecían practicarse como en ninguna otra parte del mundo, sugerían un origen que difería materialmente del de otros hombres, pues es un hecho peculiar que los hombres de Opar guarden poco o ningún parecido con las mujeres de su pueblo. Los primeros son de baja estatura, de complexión fuerte, peludos, casi como simios, mientras que las mujeres son esbeltas, de piel suave y a menudo hermosas. Había ciertos atributos físicos y mentales de los hombres que a Tarzán le sugerían la posibilidad de que en algún momento del pasado los colonizadores, o por elección o por necesidad, hubieran cruzado entre sí a los grandes simios de la región; y también sabía que, debido a la escasez de víctimas para el sacrificio humano, que su rígido culto les exigía, era práctica común entre ellos utilizar con este fin a hombres o mujeres que se desviaban considerablemente de la normalidad que el tiempo había establecido para cada sexo, con el resultado de que, mediante las leyes de la selección natural, una abrumadora mayoría de hombres eran grotescos y las mujeres, normales y hermosas.

En estos pensamientos se ocupaba la mente del hombre mono mientras cruzaba el desolado valle de Opar, que se extendía reluciente a la fuerte luz del sol aliviada tan sólo por la sombra de un ocasional árbol retorcido y reseco. Delante de Tarzán, a la derecha, se encontraba el pequeño montículo rocoso en cuya cima estaba situada la entrada exterior de las arcas del tesoro de Opar. Pero esto ahora no le interesaba; su único objeto era avisar a La de la llegada de los invasores para que pudiera preparar su defensa.

Había transcurrido mucho tiempo desde que Tarzán visitara Opar; pero en la última ocasión, cuando devolvió a La a su pueblo y restableció su supremacía tras la derrota de las fuerzas de Cadj, el sumo sacerdote, y tras

la muerte de este último bajo los colmillos y garras de Jad-bal-ja, se había marchado por primera vez con la convicción de que gozaba de la amistad de todo el pueblo de Opar. Durante años había sabido que La en secreto era su amiga, pero que sus seguidores salvajes y grotescos siempre le habían temido y odiado; y por eso ahora se aproximaba a Opar como podría aproximarse a cualquier ciudadela de unos amigos, sin sigilo y sin dudar de que sería recibido con amistad.

Sin embargo, Nkima no estaba tan seguro. Las sombras de las ruinas le aterraban. No paraba de parlotear y suplicar, pero no servía de nada; y por fin el terror venció a su amor y lealtad de tal modo que, cuando se acercaban al muro exterior, que se erguía muy por encima de ellos, saltó del hombro de su amo y se alejó corriendo de las ruinas que tenía delante, pues en el fondo de su corazoncito anidaba el miedo a los lugares extraños y desconocidos y ni siquiera su confianza en Tarzán era capaz de vencerlo.

Los aguzados ojos de Nkima habían observado el rocoso montículo por el que habían pasado poco antes, y a la cima de éste huyó por considerarlo un lugar relativamente seguro desde el que aguardar el regreso de su amo.

Cuando Tarzán se acercaba a la estrecha fisura que permitía la entrada a través de los enormes muros exteriores de Opar, era consciente, como lo había sido años antes, cuando fue por primera vez a la ciudad, de que había ojos invisibles puestos en él, y en cualquier momento esperaba oír un saludo cuando los vigías le reconocieran.

Sin embargo, sin vacilar y sin aprensión alguna, Tarzán penetró en la estrecha grieta y descendió un tramo de escalones de cemento que conducían al sinuoso pasadizo del interior del grueso muro exterior. El pequeño patio tras el cual se cernía el muro interior se hallaba silencioso y vacío; tampoco se quebró el silencio cuando lo cruzó hasta otro estrecho pasadizo que atravesaba la pared; al final de éste llegó a una ancha avenida, en cuyo lado opuesto se erguían las ruinas del gran templo de Opar.

En silencio y soledad traspasó el portal, flanqueado por hileras de majestuosos pilares, desde cuyos capiteles le contemplaban grotescos pájaros como habían hecho durante incontables siglos desde que manos olvidadas los tallaron en la sólida roca de los monolitos. Tarzán siguió adelante en silencio hacia el patio interior, donde sabía que se realizaban las actividades de la ciudad. Tal vez otro hombre habría dado aviso de su llegada, saludando a gritos para anunciarles su presencia; pero Tarzán de los Monos en muchos aspectos es menos hombre que bestia. Se mueve con

el silencio de los animales, sin malgastar aliento en inútiles palabras. No había pretendido acercarse a Opar con sigilo, y sabía que le habían visto llegar. Por qué se retrasaba el saludo no lo sabía, a menos que, tras anunciar a La su llegada, esperaran instrucciones de ésta.

Tarzán recorrió el corredor principal, observando de nuevo las tablas de oro con sus antiguos jeroglíficos sin descifrar. Pasó por la cámara de los siete pilares de oro y cruzó el suelo dorado de una sala contigua y seguían el silencio y la soledad, aunque con vagas sugerencias de figuras que se movían en las galerías que daban a los aposentos por los que pasaba; y, por fin, llegó a una pesada puerta tras la cual estaba seguro de que encontraría sacerdotes o sacerdotisas de aquel gran templo del Dios Llameante. Sin temor alguno la abrió y cruzó el umbral, y en aquel mismo instante un nudoso garrote descendió pesadamente sobre su cabeza y le hizo caer al suelo sin sentido.

Al instante le rodearon una veintena de hombres robustos y musculosos; sus barbas enmarañadas les caían sobre el peludo pecho y sus piernas eran cortas y curvadas. Emitían sonidos bajos y guturales mientras ataban a su víctima por las muñecas y tobillos con gruesas correas, y luego le alzaron y se lo llevaron por otros corredores y a través de los semiderruidos esplendores de magníficos aposentos hasta una gran sala embaldosada, en uno de cuyos extremos una mujer joven estaba sentada en un trono, colocado sobre una tarima que se alzaba más de medio metro por encima del nivel del suelo.

De pie junto a la joven se encontraba otro hombre robusto y musculoso. En sus brazos y piernas llevaba brazaletes de oro y muchos collares en torno al cuello. En el suelo, bajo estos dos, había un grupo de hombres y mujeres: los sacerdotes y sacerdotisas del Dios Llameante de Opar.

Los capturadores de Tarzán llevaron a su víctima a los pies del trono y arrojaron su cuerpo al suelo de baldosas. Casi al mismo tiempo, el hombre mono recobró el conocimiento, abrió los ojos y miró alrededor.

—¿Es él? —preguntó la muchacha del trono.

Uno de los capturadores de Tarzán vio que había vuelto en sí y, con la ayuda de otros, le puso bruscamente en pie.

—Lo es, Oah —respondió el hombre que estaba a su lado.

Una expresión de odio venenoso crispó la cara de la mujer.

—Dios ha sido bueno con Su suma sacerdotisa —dijo—. He rezado para que llegara este día como recé por el otro, y éste ha llegado igual que

llegó el otro.

Tarzán pasó la mirada de la mujer al hombre que tenía a su lado.

—¿Qué significa esto, Dooth? —preguntó—. ¿Dónde está La? ¿Dónde esta vuestra suma sacerdotisa?

La muchacha se puso rápidamente en pie con gesto de enojo.

—Has de saber, hombre del mundo exterior, que yo soy la suma sacerdotisa. Yo, Oah, soy suma sacerdotisa del Dios Llameante.

Tarzán no le hizo ningún caso.

—¿Dónde está La? —preguntó de nuevo a Dooth.

Oah fue presa de un ataque de rabia.

—¡Está muerta! —gritó acercándose al borde de la tarima como si fuera a saltar sobre Tarzán; el mango del cuchillo del sacrificio, adornado con piedras preciosas, relucía a la luz del sol que se derramaba por una gran abertura, producida por el derrumbe de una parte del antiguo techo de la sala del trono—. Muerta como estarás tú cuando honremos al Dios Llameante con la sangre de un hombre. La era débil. Ella te amaba, y así traicionó a su dios, que te había elegido a ti para el sacrificio. Pero Oah es fuerte; fuerte por el odio que ha albergado en su seno desde que Tarzán y La le robaron el trono de Opar. ¡Lleváoslo! —gritó a sus capturadores—, y no quiero volver a verlo hasta que esté atado al altar en el patio de los sacrificios.

Cortaron las ataduras de los tobillos de Tarzán para que pudiera andar; pero aunque tenía las muñecas atadas a la espalda, era evidente que aún les producía mucho miedo, pues le pusieron cuerdas alrededor del cuello y brazos y le condujeron como si fuera un león. Le llevaron a la conocida oscuridad de los fosos de Opar, iluminando el camino con antorchas; y cuando por fin llegaron a la mazmorra en la que estaría confinado, tardaron un poco en reunir suficiente coraje para cortarle las ligaduras de las muñecas, y aun así no lo hicieron hasta que le hubieron atado de nuevo los tobillos para que no pudiera escapar de la cámara y corrieron el cerrojo de la puerta, pues tan poderosamente se había grabado la habilidad de Tarzán en la mente de los retorcidos sacerdotes de Opar.

Tarzán había estado antes en las mazmorras de Opar y había escapado; por eso se puso a trabajar de inmediato para encontrar una vía de escape de su situación, pues sabía que era probable que Oah no retrasara mucho el momento por el que había rogado: el instante en que hundiría el reluciente cuchillo del sacrificio en el pecho de Tarzán. Rápidamente se quitó las

correas de los tobillos y se movió a tientas avanzando junto a las paredes hasta que hubo completado el circuito; luego, examinó el suelo de forma similar. Descubrió que se hallaba en una cámara rectangular de unos tres metros de largo por dos y medio de ancho y que si se ponía de puntillas rozaba el techo. La única abertura era la puerta por la que había entrado, en la que había un pequeño cuadrado vacío, protegido por barrotes, que proporcionaba el único medio de ventilación, pero, como daba a un corredor oscuro, no permitía la entrada de luz alguna. Tarzán examinó los cerrojos y las bisagras de la puerta, pero, como había conjeturado, eran demasiado robustos para ser forzados; y entonces, por primera vez, vio que había un sacerdote de guardia en el corredor, lo que puso fin a toda idea de huida furtiva.

Durante tres días y noches los sacerdotes se relevaron con intervalos; pero en la mañana del cuarto día, Tarzán descubrió que el corredor estaba vacío y, una vez más, concentró su atención en la posible huida.

Ocurrió que, en el momento de la captura de Tarzán, su cuchillo de caza quedó escondido por la cola de la piel de leopardo que formaba su taparrabos; y, con la excitación, los ignorantes sacerdotes semihumanos de Opar lo habían pasado por alto cuando le cogieron las otras armas que llevaba. Tarzán estaba doblemente agradecido por su buena fortuna, ya que, por razones sentimentales, sentía afecto por el cuchillo de caza que había sido de su difunto padre, el cuchillo que le había ayudado en su dominio sobre las bestias de la jungla aquel día, mucho tiempo atrás, cuando, más por accidente que con intención, lo había hundido en el corazón de Bolgani, el gorila. Pero por razones más prácticas era, en verdad, un regalo de los dioses, ya que constituía no sólo un arma de defensa, sino un instrumento con el que podría tratar de escapar.

Años atrás, Tarzán de los Monos había escapado de los fosos de Opar y conocía bien la construcción de sus gruesos muros. Estaban formados por bloques de granito de diversos tamaños, tallados a mano para que encajasen a la perfección, colocados en hiladas sin mortero; el muro por el que había entrado tenía cuatro metros y medio de grosor. La fortuna le había favorecido en aquella ocasión, pues lo metieron en una celda que, sin que lo supieran los habitantes actuales de Opar, tenía una entrada secreta, cuya abertura estaba cerrada con una sola capa de hiladas flojas que el hombre mono había podido quitar sin gran esfuerzo.

Naturalmente, buscó algo similar en la celda en la que ahora se

encontraba, pero su búsqueda no tuvo éxito. Ninguna piedra se movió de su sitio, ancladas como estaban todas por el tremendo peso de los muros del templo que soportaban; y así, a la fuerza, volvió su atención hacia la puerta.

Sabía que en Opar había pocas cerraduras, pues los actuales habitantes de la ciudad no habían desarrollado suficiente ingenio o para reparar las antiguas o para construir otras nuevas. Las cerraduras que él había visto eran artefactos pesados que se abrían con enormes llaves y, suponía, eran de una antigüedad que se remontaba a la época de la Atlántida; pero, en su mayor parte, pesados cerrojos y trancas aseguraban las puertas que no podían ser cerradas con llave, y Tarzán supuso que era esto lo que le impedía salir a la libertad.

Avanzó a tientas hasta la puerta y examinó la pequeña abertura que dejaba entrar el aire. Estaba a la altura del hombro, tenía unos veinticinco centímetros cuadrados y estaba provista de cuatro barrotes de hierro verticales de poco más de un centímetro cuadrado, separados unos cuatro centímetros, demasiado cerca para permitirle meter las manos entre ellos, pero este hecho no desalentó por completo al hombre mono. Quizás había otra manera.

Sus dedos de acero se cerraron en el centro de uno de los barrotes. Con la mano izquierda cogió otro y, haciendo fuerza con una rodilla contra la puerta, lentamente dobló el codo derecho. Los músculos de su antebrazo y bíceps se hincharon, hasta que poco a poco el barrote se curvó hacia él. El hombre mono sonrió cuando volvió a agarrar el barrote de hierro. Luego, se echó hacia atrás con todo su peso y toda la fuerza de su potente brazo, y el barrote se dobló formando una ancha U cuando lo arrancó de sus encajes. Trató de meter el brazo por la nueva abertura, pero aún era demasiado pequeña. Un momento después había sacado otro barrote, y entonces pasó el brazo por la abertura y palpó en busca de la tranca o los cerrojos que le mantenían prisionero.

Extendiendo el brazo todo lo posible llegó a rozar con las yemas de los dedos la tranca, que era un madero de unos ocho centímetros de grosor. Sin embargo, sus otras dimensiones no podía averiguarlas, ni si se soltaría levantando un extremo o debería correrla por completo. ¡Era un tormento! Tener la libertad casi al alcance de la mano y, sin embargo, no poder alcanzarla era enloquecedor.

Retiró el brazo de la abertura y sacó su cuchillo de caza de la funda, volvió a pasar el brazo por la abertura y apretó la punta de la hoja en la

madera de la tranca. Al principio trató de levantar la tranca de esta manera, pero la punta del cuchillo se soltaba. A continuación, intentó mover la tranca hacia atrás horizontalmente, y esto lo consiguió. Aunque la distancia que movió con un solo esfuerzo fue pequeña, Tarzán se sintió satisfecho, pues sabía que la paciencia tendría su recompensa. Moviendo la tranca apenas más de un centímetro cada vez, Tarzán poco a poco la fue corriendo hacia atrás. Trabajaba metódicamente y con atención, sin prisas, sin ansiedad, aunque no sabía en qué momento un salvaje sacerdote guerrero de Opar podía hacer su aparición; y, por último, sus esfuerzos fueron recompensados y la puerta osciló sobre sus goznes.

Tarzán salió a toda prisa y, como no conocía ninguna otra vía de escape, volvió al corredor por el que sus capturadores le habían conducido a la celda. A lo lejos, débilmente, vislumbraba una oscuridad cada vez menor y hacia allí se dirigió con pasos silenciosos. Cuando la luz aumentó ligeramente, vio que el corredor tenía unos tres metros de ancho y que, con intervalos regulares, estaba horadado por puertas, todas las cuales estaban cerradas y aseguradas con cerrojos o trancas.

A un centenar de metros de la celda en la que había estado encarcelado, cruzó un pasillo transversal y allí se detuvo un instante a investigar, con el olfato, la vista y el oído aguzados. En ninguna dirección distinguía luz alguna, pero a sus oídos llegaban débiles sonidos que indicaban que en algún lugar, tras las puertas de aquel corredor, existía vida, y su olfato fue asaltado por una mezcolanza de olores: el dulce aroma del incienso, el olor de cuerpos humanos y el acre olor de carnívoros; pero allí no había nada que le atrajera para ir a investigar, de modo que prosiguió por el corredor hacia la luz que veía al frente y que cada vez era más fuerte.

Había avanzado una corta distancia cuando su fino oído captó ruido de pasos que se acercaban. Aquel no era lugar para ser descubierto. Lentamente retrocedió hacia el pasillo transversal, con intención de ocultarse allí hasta que el peligro hubiera pasado; pero estaba más cerca de lo que había imaginado y, un instante después, media docena de sacerdotes de Opar entraron en el corredor procedentes de uno que había justo al frente de Tarzán. Le vieron al instante y se detuvieron, atisbando en la penumbra.

—Es el hombre mono —dijo uno—. Se ha escapado —y avanzaron hacia él con sus garrotes nudosos y sus horribles cuchillos.

El hecho de que avanzaran despacio demuestra el respeto que tenían

por la habilidad de Tarzán, pero de todos modos avanzaron; y Tarzán retrocedió, pues ni siquiera él, armado sólo con un cuchillo, podía competir con seis de aquellos semihombres salvajes con sus pesados garrotes. Mientras se retiraba, se formó un plan en su mente alerta, y cuando llegó al pasillo transversal, se metió lentamente en él. Como sabía que ahora que estaba oculto y no le veían avanzarían muy despacio, temiendo que les estuviera esperando, se volvió y corrió a toda velocidad por el pasillo. Pasó por delante de varias puertas, no porque buscara alguna en particular, sino porque sabía que cuanto más difícil fuera para ellos encontrarle, más posibilidades tenía de esquivarles; pero al fin se detuvo ante una puerta asegurada por una enorme tranca. Rápidamente la levantó, abrió la puerta y entró en el instante en que el jefe de los sacerdotes aparecía a la vista en la intersección del pasillo.

En cuanto penetró en la oscura y lúgubre estancia, Tarzán supo que había cometido un error fatal. A su olfato llegó el acre olor de Numa, el león, y el silencio de la celda fue quebrado por un salvaje rugido; en el oscuro fondo vio dos ojos amarillo-verdosos que brillaban llenos de odio, y entonces el león atacó.

V

ANTE LAS MURALLAS DE OPAR

PETER ZVERI montó su campamento en el linde del bosque, al pie del acantilado que protege el desolado valle de Opar. Allí dejó a sus porteadores y a unos cuantos askaris como guardias y luego, con sus luchadores, guiados por Kitembo, inició el arduo ascenso hasta la cima.

Ninguno de ellos había ido nunca allí, ni siquiera Kitembo, aunque conocía la situación exacta de Opar por uno que la había visto; y así, cuando la distante ciudad apareció ante sus ojos, se quedaron sobrecogidos y surgieron vagas preguntas en la mente primitiva de los negros.

Era un grupo silencioso el que cruzaba la polvorienta llanura hacia Opar; no eran los negros los únicos miembros de la expedición asaltados por las dudas, pues en sus negras tiendas de los distantes desiertos los árabes habían bebido junto con la leche de sus madres el miedo al jan y al ghrôl y también habían oído hablar de la legendaria ciudad de Nimmr, a la que no estaba bien que el hombre se acercara. La mente de los hombres estaba llena de estos pensamientos y malos presagios cuando se dirigían hacia las ruinas de la antigua ciudad de la Atlántida.

Desde la cima del gran peñasco que protege la entrada exterior de las arcas del tesoro de Opar, un monito observaba el avance de la expedición por el valle. El monito estaba loco de inquietud, pues en el fondo sabía que debía avisar a su amo de la llegada de tantos gomangani y tarmangani con sus palos de trueno; pero el miedo que le provocaban aquellas imponentes ruinas le impedía hacerlo, y así pues bailaba en lo alto de la roca, parloteando. Los guerreros de Peter Zveri pasaron por su lado sin prestarle atención; y cuando se alejaron, otros ojos estaban posados en ellos, atisbando desde el follaje de los árboles que crecían densos entre las ruinas.

Si algún miembro del grupo vio un monito pasar corriendo por su derecha, o lo vio ascender la semiderruida muralla exterior de Opar, sin duda no le dio ninguna importancia, pues su mente, como la de todos sus

compañeros, estaba ocupada en especulaciones sobre qué había en el interior de aquella lóbrega mole.

Kitembo no conocía el emplazamiento de las arcas del tesoro de Opar. Había accedido a guiar a Zveri a la ciudad, pero, como Zveri, no albergaba ninguna duda de que sería fácil descubrir las arcas por ellos mismos si no lograban arrancar la información a alguno de los habitantes de la ciudad. En verdad se habrían sorprendido si hubieran sabido que ningún opariano vivo conocía dónde se hallaban las arcas del tesoro o incluso su existencia, y que, entre todos los hombres vivos, sólo Tarzán y algunos de sus guerreros waziri estaban al corriente de su emplazamiento y de cómo llegar a ellas.

—El lugar no es más que un montón de ruinas desiertas —dijo Zveri a uno de sus compañeros blancos.

—Tiene un aspecto siniestro —repuso el otro—, y ya ha producido su efecto en los hombres.

Zveri se encogió de hombros.

—Esto podría asustarles por la noche, pero no a plena luz del día; no son tan cobardes.

Se hallaban cerca del muro exterior en ruinas, que se cernía sobre ellos amenazadoramente, y allí se detuvieron mientras varios hombres investigaban para encontrar una abertura. Abu Batn fue el primero en encontrarla: la estrecha grieta con el tramo de escaleras de cemento que subían.

—Aquí hay un camino para entrar, camarada gritó a Zveri.

—Llévate a algunos de tus hombres y ve a investigar —ordenó Zveri.

Abu Batn llamó a media docena de sus negros, que avanzaron con evidente desgana.

El jeque se recogió la falda de su *thob* y entró en la grieta, y en aquel mismo instante un estridente aullido surgió del interior de la ciudad en ruinas: un largo aullido que terminó en una serie de gruñidos bajos. El bedauwy se detuvo. Los negros se quedaron paralizados, presa del terror.

—¡Adelante! —gritó Zveri—. ¡Un grito no puede mataros!

—¡*Wullah*! —exclamó uno de los árabes—, pero jan sí puede.

—¡Entonces, salid de ahí! —gritó Zveri enojado—. Cobardes, si tenéis miedo de entrar, iré yo mismo.

No hubo discusión. Los árabes se apartaron. Y entonces, en lo alto del muro, apareció un, monito lanzando gritos de terror, procedente del interior

de la ciudad. Su súbita y ruidosa aparición hizo que todas las miradas se posaran en él. Le vieron echar una mirada asustada por encima del hombro y luego, lanzando un fuerte grito, saltó al suelo. Parecía difícil que pudiera sobrevivir al salto; sin embargo, apenas interrumpió su huida, pues en un instante siguió su camino, dando prodigiosos brincos y lanzando gritos, a través de las áridas llanuras.

Fue la gota que colmó el vaso. Los nervios crispados de los supersticiosos negros dieron paso a la tensión súbita; y, al unísono, se volvieron y huyeron de la tétrica ciudad, mientras, pisándoles los talones, iban Abu Batn y sus guerreros del desierto, que se batían en retirada veloces y sin dignidad.

Peter Zveri y sus tres compañeros blancos, que de repente se encontraron abandonados, se miraron con aire interrogador.

—¡Miserables cobardes! —exclamó Zveri con enojo—. Regresa, Mike, a ver si puedes reunirlos. Nosotros seguiremos adelante, ya que estamos aquí.

Michael Dorsky, que se alegraba de tener una tarea que le alejara de Opar, echó a correr tras los guerreros fugitivos mientras Zveri entraba una vez más por la grieta, seguido de cerca por Miguel Romero y Paul Ivitch.

Los tres hombres cruzaron el muro exterior y entraron en el patio, al otro lado del cual vieron el muro interior elevado que se erguía ante ellos. Romero fue el primero en encontrar la abertura que conducía a la ciudad propiamente dicha y, tras llamar a sus compañeros, entró con osadía en el estrecho pasadizo. Luego, una vez más, el espantoso grito quebró el lúgubre silencio del antiguo templo.

Los tres hombres se detuvieron. Zveri se secó el sudor de la frente.

—Me parece que hemos ido todo lo lejos que podemos ir solos —dijo —. Quizá sería mejor que volviéramos atrás y reuniéramos a los hombres. No tiene sentido hacer nada temerario.

Miguel Romero le lanzó una sonrisa desdeñosa, pero Ivitch aseguró a Zveri que su sugerencia gozaba de su total aprobación.

Los dos hombres cruzaron el patio a toda prisa sin esperar a ver si el mexicano les seguía o no y pronto volvieron a estar fuera de la ciudad.

—¿Dónde está Miguel? —preguntó Ivitch.

Zveri miró alrededor.

—¡Romero! —gritó con voz potente, pero no obtuvo respuesta.

—Le habrá pasado algo —dijo Ivitch con un estremecimiento.

—No es una gran pérdida —gruñó Zveri.

Pero fuera lo que fuera lo que Ivitch temía, no le había llegado al joven mexicano, quien, después de observar la precipitada huida de sus compañeros, había seguido adelante por la abertura del muro interior decidido a, al menos, echar un vistazo al interior de la antigua Opar, ya que había viajado desde tan lejos para ver la ciudad y también las fabulosas riquezas con las que había soñado durante semanas.

Ante sus ojos se extendía un magnífico panorama de majestuosas ruinas, ante las cuales el joven e impresionable latinoamericano se quedó fascinado; y luego, una vez más, el gemido sobrenatural surgió del interior de un gran edificio que estaba delante de él; pero si tenía miedo Romero no dio muestras de ello. Quizás agarró su rifle un poco más fuerte; quizá sacó el revólver de su funda, pero no retrocedió. Estaba sobrecogido por la majestuosa grandeza de la escena que contemplaba, en la que la edad y las ruinas sólo parecían resaltar su prístina magnificencia.

Un movimiento en el interior del templo le llamó la atención. Vio una figura que emergía de alguna parte, la figura de un hombre nudoso y musculoso que caminaba sobre piernas cortas y curvadas; y luego salieron otro y otro, hasta que hubo un centenar de criaturas salvajes aproximándose lentamente a él. Vio sus nudosos garrotes y sus cuchillos, y comprendió que aquello era una amenaza más real que un grito no terrenal.

Se encogió de hombros y retrocedió al pasadizo.

—No puedo pelear yo solo contra un ejército —masculló.

Cruzó despacio el patio exterior, franqueó el primer gran muro y se quedó de pie de nuevo en la llanura de fuera de la ciudad. A lo lejos vio el polvo que levantaba la expedición en su huida y, con una sonrisa, fue en su persecución, echando a andar tranquilamente mientras fumaba un cigarrillo. Desde lo alto de la rocosa colina que tenía a la izquierda un monito le vio pasar; un monito que aún temblaba de miedo, pero cuyos gritos aterrorizados se habían convertido en gemidos bajos y lastimeros. Había sido un día muy duro para el pequeño Nkima.

Tan rápida había sido la retirada de la expedición que Zveri, con Dorsky e Ivitch, no alcanzó al grupo principal hasta que la mayor parte de éste ya descendía la barrera de acantilados; y ni amenazas ni promesas pudieron impedir la retirada, que no terminó hasta que llegaron al campamento.

Zveri llamó de inmediato a Abu Batn, junto con Dorsky e Ivitch, para

hablar. Este asunto había sido el primer revés de Zveri y era grave, ya que contaba con el inagotable almacén de oro que encontrarían en las arcas del tesoro de Opar. En primer lugar, riñó a Abu Batn, a Kitembo, a sus antepasados y a todos sus seguidores por su cobardía; pero lo único que consiguió fue provocar la ira y el resentimiento de los dos.

—Vinimos contigo para pelear con los hombres blancos, no con demonios y fantasmas —dijo Kitembo—. No tengo miedo. Entraría en la ciudad, pero mis hombres no me acompañarán y no puedo pelear solo contra el enemigo.

—Yo tampoco dijo Abu Batn, frunciendo el entrecejo con hosquedad, gesto que hacía aún más sombrío su semblante.

—Lo sé —dijo Zveri con una mueca—, los dos sois valientes, pero sois mejores corredores que luchadores. Miradnos a nosotros. No teníamos miedo. Hemos entrado y no nos han hecho nada.

—¿Dónde está el camarada Romero? —preguntó Abu Batn.

—Bueno, quizá se ha perdido —admitió Zveri—. ¿Qué esperas? ¿Ganar una batalla sin perder ni un solo hombre?

—No ha habido ninguna batalla —intervino Kitembo—, y el hombre que ha penetrado más en la ciudad maldita no ha regresado.

Dorsky de pronto levantó la vista.

—¡Ahí llega! —exclamó, y cuando todos los ojos se volvieron hacia Opar, vieron a Miguel Romero entrando tranquilamente en el campamento.

—¡Saludos, mis valientes camaradas! —les gritó—. Me alegro de encontraros vivos. Temía que hubierais sucumbido todos de un ataque al corazón.

Un silencio hosco acogió sus burlas y nadie habló hasta que se hubo acercado y sentado.

—¿Qué te ha detenido? —preguntó Zveri.

—Quería ver lo que había detrás del muro interior —respondió el mexicano.

—¿Y qué has visto? —quiso saber Abu Batn.

—He visto magníficos edificios en espléndidas ruinas —respondió Romero—; una ciudad muerta y carcomida del pasado muerto.

—¿Y qué más? —preguntó Kitembo.

—He visto una compañía de extraños guerreros, hombres robustos de baja estatura con las piernas curvadas, largos y fuertes brazos y cuerpo peludo. Han salido de un gran edificio que podría ser un templo. Había

demasiados para mí. No podía pelear con ellos solo, por eso me he ido.

—¿Llevaban armas? —preguntó Zveri.

—Garrotes y cuchillos —respondió Romero.

—¿Lo veis? —exclamó Zveri—, sólo son una banda de salvajes armados con garrotes. Podríamos tomar la ciudad sin perder un solo hombre.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Kitembo—. Descríbemelos —y cuando Romero lo hubo hecho, con gran atención a los detalles, Kitembo meneó la cabeza—. Es lo que creía —dijo—. No son hombres; son demonios.

—Hombres o demonios, vamos a volver allí y a tomar la ciudad —anunció Zveri con enojo—. Debemos conseguir el oro de Opar.

—Puedes ir, hombre blanco —replicó Kitembo—, pero irás solo. Conozco a mis hombres, y te digo que no te seguirán. Haznos pelear con hombres blancos, morenos o negros y te seguiremos. Pero no te seguiremos para pelear contra demonios y fantasmas.

—¿Y tú, Abu Batn?

—He hablado con mis hombres y me han dicho que no volverán allí. No pelearán contra el jân y el, ghrôl. Han oído la voz del jin que les advertía que se marcharan, y tienen miedo.

Zveri se puso hecho una furia y les amenazó e insultó, pero no sirvió de nada. Ni el jeque árabe ni el jefe africano cambiaron de parecer.

—Aún hay una manera —dijo Romero.

—¿Y cuál es? —preguntó Zveri.

—Cuando lleguen el gringo y los filipinos, seremos seis que no somos ni árabes ni africanos. Nosotros seis podemos tomar Opar.

Paul Ivitch hizo una mueca y Zveri se aclaró la garganta.

—Si nos matan —dijo este último—, todo nuestro plan se irá a pique. No quedará nadie para llevarlo a cabo.

Romero se encogió de hombros.

—Sólo era una sugerencia —dijo—, pero, por supuesto, si tienes miedo…

—No tengo miedo —replicó con furia Zveri—, pero tampoco soy tonto.

Una sonrisa mal disimulada curvó los labios de Romero.

—Voy a comer —anunció, se levantó y les dejó.

Al día siguiente de su llegada al campamento de los conspiradores, Wayne Colt escribió un largo mensaje cifrado y lo envió a la costa por medio de uno de sus criados. Desde su tienda, Zora Drinov había visto que entregaba el mensaje al muchacho y que éste lo colocaba en el extremo de un palo ahorquillado y emprendía su largo viaje. Poco después, Colt se reunió con ella a la sombra de un gran árbol junto a su tienda.

—Camarada Colt, esta mañana has enviado un mensaje —dijo ella.

Él levantó la mirada sin vacilar.

—Sí —respondió.

—Quizá deberías saber que sólo el camarada Zveri tiene permiso para enviar mensajes desde la expedición —le indicó.

—No lo sabía —lijo él—. Sólo era una nota en relación con algunos fondos que tenían que estar esperándome cuando llegara a la costa y no estaban. He enviado al muchacho a averiguar qué ha pasado.

—Ah —exclamó ella, y su conversación derivó a otros temas.

Aquella tarde, Colt cogió su rifle y salió a cazar, y Zora fue con él; aquella noche cenaron juntos de nuevo, pero esta vez ella fue la anfitriona. Y así transcurrieron los días hasta que un excitado nativo llegó un día al campamento con el anuncio de que la expedición regresaba. Cuando llegó el pequeño ejército, no fue necesario decir nada para que los que habían quedado atrás supieran que no habían logrado la victoria. El fracaso estaba escrito en el rostro de los jefes. Zveri saludó a Zora y a Colt y presentó a éste a sus compañeros; y cuando Tony fue presentado de forma similar, los guerreros se arrojaron sobre sus camastros o al suelo para descansar.

Aquella noche, cuando se reunieron en torno a la mesa para cenar, cada grupo narró las aventuras que habían corrido desde que la expedición había salido del campamento. Colt y Zora quedaron impresionados con las historias de la extraña Opar, pero no menos misteriosa fue su historia de la muerte de Raghunath Jafar, de su entierro y de su horripilante resurrección.

—Después de eso, ninguno de los muchachos quiso tocar el cuerpo —dijo Zora—. Tony y el camarada Colt tuvieron que enterrarlo.

—Espero que esta vez hayáis hecho un buen trabajo —intervino Miguel.

—No ha vuelto —replicó Colt con una sonrisa.

—¿Quién pudo desenterrarle? —preguntó Zveri.

—Ninguno de los muchachos, eso es seguro —observó Zora—. Todos estaban demasiado asustados por las extrañas circunstancias que rodearon

su muerte.

—Debió de hacerlo la misma criatura que le mató —sugirió Colt—, y quienquiera que sea, o lo que sea, debe de poseer una fuerza casi sobrehumana para subir aquel pesado cuerpo a un árbol y dejarlo caer sobre nosotros.

—Lo que a mí me resulta más extraño —dijo Zora— es el hecho de que lo hizo en absoluto silencio. Juro que ni una sola hoja susurró hasta el instante en que el cuerpo cayó sobre la mesa.

—Puede que sólo fuera un hombre —sugirió Zveri.

—Eso es indudable —dijo Colt, pero ¡qué hombre!

Cuando, más tarde, el grupo se separó para entrar en las diferentes tiendas, Zveri detuvo a Zora con un gesto.

—Quiero hablar contigo un momento, Zora —dijo, y la muchacha se volvió a sentar en la silla de la que acababa de levantarse—. ¿Qué opinas del norteamericano? Has tenido oportunidad de examinarle.

—Me parece bien. Es un tipo muy agradable —respondió la muchacha.

—¿Ha dicho o hecho algo que te haya hecho levantar sospechas? —preguntó Zveri.

—No, nada.

—Habéis estado aquí solos varios días —prosiguió Zveri—. ¿Te ha tratado con respeto?

—Sin duda ha sido mucho más respetuoso que tu amigo, Raghunath Jafar.

—No menciones a ese perro —dijo Zveri—. Ojalá hubiera estado yo aquí para matarle.

—Le dije que lo harías cuando regresaras, pero alguien se te adelantó.

Permanecieron callados unos minutos. Era evidente que Zveri estaba intentando expresar con palabras algo que tenía en mente. Al fin habló.

—Colt es un joven muy atractivo. Procura no enamorarte de él, Zora.

—¿Y por qué no? —replicó—. He entregado mi mente, mis fuerzas y mi talento a la causa, y, quizá, la mayor parte de mi corazón. Pero hay un rincón en él que es mío para que haga con él lo que quiera.

—¿Quieres decir que estás enamorada de Colt? —preguntó Zveri.

—Claro que no. Nada de eso. Semejante idea ni se me ha ocurrido. Sólo quiero que sepas, Peter, que en asuntos de este tipo no mandas en mí.

—Escucha, Zora. Sabes perfectamente que te quiero, y, es más, voy a poseerte. Yo consigo lo que persigo.

—No me fastidies, Peter. Ahora no tengo tiempo para algo tan necio como el amor. Cuando esta empresa haya terminado, quizá tenga tiempo para pensar en ello.

—Quiero que pienses en ello ahora, Zora —insistió él—. Hay algunos detalles respecto a esta expedición que no te he contado. No los he revelado a nadie, pero voy a contártelo ahora porque te quiero y serás mi esposa. Hay algo más en juego. Después de tanto pensar, de todos los riesgos y de todas las penalidades, no tengo intención de entregar a nadie todo el poder y las riquezas que haya conseguido.

—¿Quieres decir ni siquiera a la causa?

—Quiero decir ni siquiera a la causa, pero las utilizaré para la causa.

—Entonces, ¿qué pretendes? No te entiendo —protestó ella.

—Tengo intención de nombrarme emperador de África —declaró— y de hacerte mi emperatriz.

—¡Peter! —exclamó ella—. ¿Estás loco?

—Sí, estoy loco por el poder, por las riquezas y por ti.

—No podrás hacerlo, Peter. Ya conoces lo largos que son los tentáculos del poder al que servimos. Si fracasas, si te conviertes en un traidor, esos tentáculos te alcanzarán y te arrastrarán a la destrucción.

—Cuando alcance mi meta, mi poder será tan grande como el suyo, y entonces podré desafiarles.

—Pero ¿y esos otros que están con nosotros, que sirven lealmente a la causa que creen que tú representas? Te harán pedazos, Peter.

El hombre se rió.

—No les conoces, Zora. Todos son iguales. Todos los hombres y mujeres son iguales. Si les ofreciera hacerles grandes duques y darles a cada uno un palacio y un harén, cortarían el cuello a su propia madre para obtener semejante premio.

La muchacha se puso en pie.

—Estoy atónita, Peter. Creía que tú, al menos, eras sincero.

Él se levantó rápidamente y le asió el brazo.

—Escucha, Zora —le susurró al oído—. Te quiero, y, como te quiero, he puesto mi vida en tus manos. Pero comprende esto: si me traicionas, por mucho que te quiera, te mataré. No lo olvides.

—No era necesario que me lo dijeras, Peter. Lo sabía perfectamente.

—¿Y no me traicionarás?

—Jamás traiciono a un amigo, Peter —declaró la muchacha.

A la mañana siguiente, Zveri estaba ultimando los detalles de una segunda expedición a Opar basándose en lo que Romero había visto. Se decidió que esta vez pedirían voluntarios; y, como los europeos, los dos norteamericanos y el filipino ya habían mostrado su voluntad de participar en la aventura, sólo tenía que intentar enrolar a algunos negros y árabes, y con este fin Zveri convocó a la compañía completa y les expuso lo que pretendían hacer. Hizo hincapié en el hecho de que el camarada Romero había visto a los habitantes de la ciudad y no eran más que miembros de una raza de salvajes mal desarrollados, armados sólo con garrotes. Explicó con elocuencia la facilidad con que podrían vencerles con los rifles.

Prácticamente todo el grupo estaba dispuesto a ir hasta las murallas de Opar, pero sólo diez guerreros aceptarían entrar en la ciudad con los hombres blancos, y todos ellos eran del grupo de askaris que se habían quedado para proteger el campamento y de los que habían acompañado a Colt desde la costa, ninguno de los cuales había estado sometido a los terrores de Opar. Ninguno de los que habían oído los horripilantes gritos que surgían de las ruinas accedió a entrar en la ciudad, y entre los blancos se admitía que no era improbable que sus diez primeros voluntarios de pronto cambiaran de opinión cuando se encontraran ante las puertas de Opar y oyeran el extraño grito de advertencia de sus defensores.

Pasaron siete días efectuando cuidadosos preparativos para la nueva expedición, pero por fin el último detalle fue completado; y una mañana, a primera hora, Zveri y sus seguidores emprendieron de nuevo el camino hacia Opar.

Zora Drinov deseaba acompañarles, pero como Zveri esperaba mensajes de varios de los agentes que tenía repartidos por todo el norte de África, había sido necesario que se quedara. Abu Batn y sus guerreros se quedaron para proteger el campamento, y así, junto con unos cuantos criados negros, fueron los únicos que no acompañaron a la expedición.

Desde el fracaso de la primera expedición y el fiasco ante las puertas de Opar, las relaciones entre Abu Batn y Zveri eran tensas. El jeque y sus guerreros, dolidos por las acusaciones de cobardía, se habían mantenido más callados que de costumbre, y, aunque no se ofrecerían voluntarios para entrar en la ciudad de Opar, estaban resentidos por la afrenta que representaba el que les hubieran elegido para quedarse para proteger el campamento; y así, cuando los demás partieron, los árabes se sentaron en el muk'aad del *beyt* de su jeque, hablando en susurros mientras tomaban café,

con el rostro ceñudo semioculto por los *thorribs*.

Ni siquiera se dignaron mirar a sus camaradas que partían; sentado en callada meditación, Abu Batn tenía los ojos fijos en la esbelta figura de Zora Drinov.

VI

TRAICIONADO

El corazón del pequeño Nkima estaba dividido por emociones en conflicto cuando, desde el punto de observación de la cima del montículo rocoso, había contemplado la salida de Miguel Romero de la ciudad de Opar. Al ver que aquellos valientes tarmangani, armados con palos de fuego que causaban la muerte, huían de las ruinas, se convenció de que algo terrible debía de haberle ocurrido a su amo en el interior de los siniestros rincones de aquella mole en ruinas. Su leal corazón le instaba a regresar e investigar, pero Nkima no era más que un pequeño Manu que tenía mucho miedo; y aunque dos veces emprendió el camino de Opar, no pudo reunir el valor suficiente y, al fin, gimiendo lastimeramente, regresó por las llanuras hacia la jungla, donde, al menos, los peligros eran conocidos.

La puerta de la oscura cámara en la que Tarzán había entrado se abrió hacia dentro; aún tenía las manos en ella cuando el amenazador rugido del león le advirtió del peligro que corría. Ágil y rápido es Numa, el león, pero con aún mayor celeridad funcionaban la mente y los músculos de Tarzán de los Monos. En el instante en que el león se lanzó sobre él, una imagen de la escena apareció en la mente del hombre mono. Vio a los sacerdotes de Opar avanzando por el pasillo persiguiéndole. Vio la pesada puerta que se cerraba hacia dentro. Vio el león que atacaba y juntó todos estos factores para crear una situación mucho más ventajosa para él que la del principio. Rápidamente abrió más la puerta y se puso detrás cuando el león atacó, con lo que el animal, o bien debido a su propio impulso o bien porque captaba que podía escapar, salió al pasillo corriendo con todas sus fuerzas y se topó con los sacerdotes que avanzaban, y en aquel mismo instante Tarzán cerró la puerta.

Lo que sucedía en el pasillo no lo veía, pero por los rugidos y gritos que

se alejaban rápidos pudo imaginarse una escena que le hizo sonreír; y un instante después, un estridente alarido de agonía y terror anunció el destino de al menos uno de los oparianos que huían.

Comprendiendo que no ganaría nada quedándose donde estaba, Tarzán decidió salir de la celda y buscar una salida de los fosos subterráneos de Opar. Sabía que el león con su presa le impedirían el paso por la ruta que había seguido cuando su huida había sido interrumpida por los sacerdotes, y aunque, como último recurso, podía hacer frente a Numa, no tenía ganas de correr semejante riesgo innecesario; pero cuando intentó abrir la pesada puerta, descubrió que no podía moverla y, al instante, comprendió lo que había ocurrido y que se hallaba de nuevo encerrado en las mazmorras de Opar.

La tranca que aseguraba aquella puerta no era del tipo corredero, sino que estaba clavada con un perno en el extremo interior y caía en unos pesados soportes de hierro forjado clavados en la puerta misma y al marco. Al entrar, había levantado la barra, que se había puesto en su lugar por su propio peso cuando la puerta se cerró de golpe, con lo que le había encerrado igual que si lo hubiera hecho la mano del hombre.

La oscuridad del pasillo era menos intensa que la del corredor en el que estaba su anterior celda; y aunque no entraba suficiente luz para iluminar el interior, bastaba para mostrarle la naturaleza de la abertura de ventilación de la puerta, que, según descubrió, consistía en varios pequeños agujeros redondos, ninguno de los cuales tenía un diámetro lo bastante grande para permitirle pasar la mano en un intento por levantar la tranca.

Mientras Tarzán contemplaba momentáneamente su nueva situación, le llegó ruido de movimientos sigilosos procedentes de los negros rincones del fondo de la celda. Se giró en redondo, sacando el cuchillo de caza de su funda. No tuvo que preguntarse quién sería el autor del ruido, pues sabía que la única criatura viva que podía haber ocupado aquella celda con su anterior inquilino era otro león. Por qué no se había unido al ataque no lo sabía, pero que a la larga le atacaría era algo inevitable. Quizá ya se estaba preparando para saltar sobre él. Deseó que sus ojos pudieran traspasar la oscuridad, pues si veía al león podría estar mejor preparado para recibir su acometida. En el pasado había sido atacado por otros leones, pero siempre antes había podido ver su veloz carrera y esquivar el golpe de sus potentes garras cuando se levantaban sobre las patas traseras para lanzarse sobre él. Ahora sería diferente, y, por una vez en su vida, Tarzán de los Monos creyó

que no escaparía de la muerte. Sabía que le había llegado la hora.

No tenía miedo. Simplemente, sabía que no deseaba morir y que el precio al que vendería su vida le costaría caro a su oponente. Aguardó en silencio. Oyó de nuevo aquel débil aunque siniestro sonido. El aire rancio de la celda apestaba a carnívoros. Procedente de algún distante corredor oyó el rugido de un león lanzado a su presa; y, luego, una voz quebró el silencio.

—¿Quién eres? —preguntó la voz. Era voz de mujer y procedía del fondo de la celda en la que se hallaba el hombre mono.

—¿Dónde estás? —preguntó Tarzán.

—Estoy en el fondo de la celda —respondió la mujer.

—¿Dónde está el león?

—Ha salido cuando has abierto la puerta —dijo ella.

—Sí, lo sé —dijo Tarzán—, pero el otro, ¿dónde está?

—No hay ningún otro. Sólo había un león y se ha ido. ¡Ah, ahora te conozco! —exclamó—. Conozco tu voz. Eres Tarzán de los Monos.

—¡La! —exclamó el hombre mono, avanzando rápidamente—. ¿Cómo es posible que estuvieras aquí con el león y estés viva?

—Estoy en una celda contigua, separada de ésta por una puerta de barrotes —respondió La. Tarzán oyó rechinar unos goznes metálicos—. No está cerrada con llave —informó la muchacha—. No era necesario, pues se abre a esta otra celda donde estaba el león.

Palpando en la oscuridad, los dos avanzaron hasta que sus manos se tocaron.

La se apretó al hombre; estaba temblando.

—He tenido mucho miedo —dijo—, pero ahora ya no temo nada.

—No te serviré de gran ayuda —indicó Tarzán—. Yo también estoy prisionero.

—Lo sé, pero siempre me siento a salvo cuando estás cerca.

—Dime lo que ha ocurrido —pidió Tarzán—. ¿Cómo es que Oah actúa como suma sacerdotisa y tú estás encerrada en esta mazmorra?

—Perdoné a Oah su anterior traición, cuando conspiró con Cadj para arrebatarme el poder —explicó La—, pero esa mujer no puede existir sin intrigas y deslealtades. Para aumentar sus ambiciones, amó a Dooth, que ha sido sumo sacerdote desde que Jad-bal-ja mató a Cadj. Difundieron historias sobre mí por toda la ciudad, y, como mi pueblo nunca me ha perdonado mi amistad contigo, lograron reunir a suficiente gente para su

causa con el fin de derrocarme y encarcelarme. Todas las ideas fueron de Oah, pues Dooth y los otros sacerdotes, como sabes, son bestias estúpidas. Fue idea de Oah encerrarme así con un león por compañía, simplemente para hacerme sufrir más, hasta que llegara el momento en que pudiera dominar a los sacerdotes y ofrecerme en sacrificio al Dios Llameante. Esto le ha costado un poco, lo sé, según me han contado los que me traen la comida.

—¿Cómo te traen la comida? —preguntó Tarzán—. Nadie podría pasar por la celda exterior con el león.

—Hay otra abertura en la celda del león, que conduce a un corredor bajo y estrecho en el que pueden echar comida desde arriba. Así llamaban la atención del león desde esta celda exterior, tras lo cual bajaban una reja en la abertura del pequeño corredor en el que el león se metía y, mientras se encontraba allí, me traían la comida. Pero no le daban mucho de comer. El animal siempre estaba hambriento y a menudo rugía y daba golpes con las patas en los barrotes de mi celda. Quizás Oah esperaba que algún día los echara abajo.

—¿Adónde conduce ese otro corredor en el que daban de comer al león? —preguntó Tarzán.

—No lo sé —respondió La—, pero supongo que se trata de un túnel sin salida construido en los tiempos antiguos con este fin.

—Tenemos que echarle un vistazo —indicó Tarzán—. Podría ofrecernos una vía de escape.

—¿Por qué no escapamos por la puerta por la que has entrado? —preguntó La; y cuando el hombre mono le hubo explicado por qué era imposible, ella señaló el emplazamiento de la entrada al pequeño túnel.

—Tenemos que salir de aquí lo más deprisa posible, si es que es posible salir —dijo Tarzán—, pues si logran capturar al león, sin duda lo devolverán a esta celda.

—Lo capturarán —afirmó La—. No te quepa duda.

—Entonces, será mejor que me dé prisa en investigar el túnel, pues podría resultar peligroso que lo trajeran a la celda mientras yo estuviera dentro, si es que resulta que no conduce a ninguna parte.

—Escucharé en la puerta exterior mientras investigas —se ofreció La —. Apresúrate.

Tarzán fue a tientas hacia la sección de la pared que La le había indicado y encontró una pesada reja de hierro que cerraba una abertura que

daba a un corredor bajo y estrecho. Tarzán levantó la barrera, entró y, con las manos extendidas al frente, avanzó agazapado, ya que el techo bajo no le permitía ponerse en pie. Había recorrido una corta distancia cuando descubrió que el corredor trazaba un brusco giro en ángulo recto hacia la izquierda, y después de la curva vio, a poca distancia, una débil luminosidad. Avanzó deprisa y llegó al final del corredor, situado en la parte inferior de un pozo. Éste estaba construido con el áspero granito usual de los muros de la ciudad, pero aquí estaba colocado sin ninguna precisión, por lo que la superficie del interior del pozo era áspera e irregular.

Mientras lo examinaba, Tarzán oyó la voz de La que se aproximaba por el túnel desde la celda en la que la había dejado. Hablaba con tono excitado y su mensaje presagiaba una situación de extremo peligro para ambos.

—¡Date prisa, Tarzán! ¡Ya vuelven con el león!

El hombre mono se apresuró a regresar a la boca del túnel.

—¡Rápido! —gritó a La, mientras levantaba la reja que se había bajado detrás de él cuando hubo pasado.

—¿Ahí dentro? —preguntó con voz asustada.

—Es nuestra única posibilidad de huida —respondió el hombre mono.

Sin decir una palabra, La se apretó en el corredor al lado de Tarzán. Éste bajó la reja y, seguido de cerca por La, regresó a la abertura que conducía al pozo. Sin pronunciar palabra, cogió en brazos a La y la levantó todo lo que pudo; no era necesario decirle a la muchacha lo que tenía que hacer. Con poca dificultad encontró apoyo para los pies y las manos en la áspera superficie del interior del pozo, y, ayudada por Tarzán, empezó a subir lentamente.

El pozo ascendía directamente hacia una habitación de la torre, desde la que se veía toda la ciudad de Opar; y allí, ocultos por las paredes que se desmigajaban, se pararon para trazar planes.

Los dos sabían que su mayor peligro residía en ser descubiertos por los numerosos monos que infestaban las ruinas de Opar, con los que los habitantes de la ciudad sabían conversar. Tarzán estaba ansioso por hallarse lejos de Opar y poder desbaratar los planes de los hombres blancos que habían invadido sus dominios. Pero antes deseaba provocar la caída de los enemigos de La y reinstalarla en el trono de Opar, o, si eso resultaba imposible, asegurarse de que huía sana y salva.

Al contemplarla ahora, a la luz del día, le había vuelto a sorprender su belleza inigualable que ni el tiempo ni el peligro parecían capaces de

reducir, y se preguntó qué haría con ella; adónde podía llevarla; dónde aquella salvaje sacerdotisa del Dios Llameante encontraría un lugar en el mundo, fuera de los muros de Opar, con cuyo entorno armonizara. Y mientras reflexionaba, se vio obligado a admitir que no existía semejante lugar. La era de Opar, una reina salvaje nacida para gobernar una raza de semihombres salvajes. Introducir a La de Opar en los salones de la civilización era como introducir una tigresa. Dos o tres mil años antes habría podido ser una Cleopatra o una reina de Saba, pero en la actualidad sólo podía ser La de Opar.

Durante un rato permanecieron sentados en silencio; la suma sacerdotisa tenía sus bellos ojos posados en el perfil del dios de la selva.

—Tarzán —dijo.

El hombre levantó la mirada.

—¿Qué quieres, La? —preguntó.

—Aún te amo, Tarzán —dijo con voz suave.

Una expresión preocupada apareció en los ojos del hombre mono.

—No hablemos de ello.

—Me gusta hablar de ello —murmuró la muchacha—. Me produce tristeza, pero es una tristeza dulce, la única dulzura que jamás he experimentado en mi vida.

Tarzán extendió una mano bronceada y la posó sobre los largos y delgados dedos de la joven.

—Siempre has poseído mi corazón, La —dijo él—, hasta el límite del amor. Si mi afecto no va más allá, no es por culpa mía ni tuya.

La se rió.

—Sin duda no es por culpa mía, Tarzán —dijo—, pero sé que estas cosas no se nos ordenan. El amor es un regalo de los dioses. A veces se concede como recompensa; a veces, como castigo. Para mí ha sido un castigo, quizá, pero de otro modo no lo tendría. Lo he alimentado en mi interior desde que te vi por primera vez; y sin ese amor, aunque no haya esperanzas para él, mi vida no tendría sentido.

Tarzán no respondió, y los dos quedaron en silencio, esperando a que cayera la noche para descender a la ciudad sin ser vistos. La mente alerta de Tarzán estaba ocupada con planes para que La recuperara el trono, y se pusieron a discutirlos.

—Antes de que el Dios Llameante vaya a descansar por la noche —dijo La—, los sacerdotes y sacerdotisas se reúnen en la sala del trono. Esta

noche estarán ante el trono en el que se sentará Oah. Entonces podemos descender a la ciudad.

—¿Y después qué? —preguntó Tarzán.

—Si podemos matar a Oah en la sala del trono —dijo La— y a Dooth al mismo tiempo, no habrá cabecillas; y sin cabecillas están perdidos.

—No puedo matar a una mujer —observó Tarzán.

—Yo sí —replicó La—, y tú puedes ocuparte de Dooth. Seguro que no pondrás objeciones a matarle, ¿verdad?

—Si atacara, le mataría —dijo Tarzán—, pero no de otro modo. Tarzán de los Monos sólo mata en defensa propia y para comer, o cuando no hay otra manera de derrotar al enemigo.

En el suelo de la antigua habitación en la que esperaban había dos aberturas: una era la boca del pozo a través del que habían ascendido desde las mazmorras, y la otra se abría a un pozo similar pero más grande, hasta cuyo fondo bajaba una larga escalera de madera colocada en la albañilería de sus lados. Este pozo les ofrecía un camino de salida de la torre, y cuando Tarzán posó sus ojos ociosos en la abertura, un pensamiento desagradable apareció de pronto en su conciencia.

Se volvió a La.

—Hemos olvidado —dijo— que quien arroja la carne al león por el pozo ha de ascender por este otro pozo. No estaremos tan a salvo como esperábamos.

—No dan de comer al león muy a menudo —dijo La—; no lo hacen a diario.

—¿Cuándo le dieron de comer por última vez? —preguntó Tarzán.

—No lo recuerdo —dijo La—. El tiempo transcurre con tanta lentitud en la oscuridad de la celda que he perdido la cuenta de los días.

—¡Chsst! —chistó Tarzán—. Alguien sube.

Sin hacer ruido, el hombre mono se levantó y fue hasta la abertura, donde se agazapó al otro lado de la escalera. La se puso con sigilo a su lado, de modo que el hombre que subía, que les daría la espalda cuando saliera del pozo, no les vería. El hombre ascendía lentamente. Oían su pesado avance cada vez más cerca. No subía como suelen hacerlo los sacerdotes simiescos. Tarzán pensó que quizás iba cargado con algo tan pesado o grande que retrasaba su progreso, pero cuando por fin apareció su cabeza, el hombre mono vio que se trataba de un anciano, lo que explicaba su falta de agilidad; y entonces, unos dedos poderosos se cerraron en torno

a la garganta del incauto opariano y lo sacaron del pozo.

—¡Silencio! —dijo el hombre mono—. Haz lo que te diga y no te haré ningún daño.

La sacó un cuchillo del cinto de su víctima y Tarzán lo puso en el suelo de la habitación y aflojó un poco la presión en su cuello, haciéndole volverse para verle la cara.

Una expresión de incredulidad y sorpresa cruzó el rostro del viejo sacerdote cuando sus ojos se posaron en La.

—¡Darus! —exclamó la muchacha.

—¡Honor al Dios Llameante, que ha ordenado tu huida! —exclamó el sacerdote.

La se volvió a Tarzán.

—No tienes que temer a Darus —dijo—, no nos traicionará. De todos los sacerdotes de Opar, nunca ha existido otro más leal a su reina.

—Es muy cierto —afirmó el anciano, meneando la cabeza.

—¿Hay otros muchos leales a la suma sacerdotisa La? —preguntó Tarzán.

—Sí, muchos —respondió Darus—, pero tienen miedo. Oah es una diablesa y Dooth es tonto. Con ellos dos, en Opar ya no hay ni seguridad ni felicidad.

—¿Con cuántos sabes con certeza que podemos contar? —preguntó La.

—Oh, muchísimos —respondió Darus.

—Reúnelos en la sala del trono esta noche, Darus; y cuando el Dios Llameante se acueste, estate listo para atacar a los enemigos de La, tu sacerdotisa.

—¿Estarás allí? —preguntó Darus.

—Estaré allí —respondió La—. Esto, tu daga, será la señal. Cuando veas que La de Opar la hunde en el pecho de Oah, la falsa sacerdotisa, ataca a los que son enemigos de La.

—Se hará como dices —le aseguró Darus—, y ahora, debo arrojar esta carne al león y marcharme.

Lentamente, el viejo sacerdote descendió la escalera, mascullando para sí, después de arrojar unos huesos y restos de carne al otro pozo.

—¿Estás segura de que puedes confiar en él, La? —preguntó Tarzán.

—Absolutamente —respondió la muchacha—. Darus moriría por mí, y sé que odia a Oah y a Dooth.

Las restantes horas de la tarde transcurrieron con lentitud; el sol estaba

bajo en el Oeste y los dos debían correr el mayor de los riesgos, el de descender a la ciudad mientras aún había luz y dirigirse a la sala del trono, aunque el riesgo quedaba reducido en gran medida por el hecho de que, supuestamente, todos los habitantes de la ciudad se hallaban congregados en la sala del trono, realizando el secular rito con el que enviaban al Dios Llameante a su descanso nocturno. Descendieron sin interrupciones a la base de la torre, cruzaron el patio y entraron en el templo. Allí, La indicó el camino, a través de pasadizos tortuosos, hasta una puertecita que daba a la sala del trono, detrás de la tarima en la que se alzaba éste. Allí se detuvo y escuchó los servicios que se llevaban a cabo en el interior de la gran cámara, aguardando el momento en que todos los que estaban en la sala, excepto la suma sacerdotisa, se postrarían con el rostro pegado al suelo.

Cuando llegó ese instante, La abrió la puerta y saltó en silencio a la tarima, detrás del trono en el que su víctima estaba sentada. Tarzán la seguía de cerca, y en aquel primer instante, ambos comprendieron que habían sido traicionados, pues la tarima era un hervidero de sacerdotes listos para atraparles.

Uno ya había cogido a La por un brazo, pero antes de que pudiera llevársela Tarzán le saltó encima, le cogió por el cuello y le echó la cabeza hacia atrás de forma tan repentina y con tanta fuerza que en toda la sala se oyó el chasquido de sus vértebras. Entonces levantó el cuerpo por encima de su cabeza y lo arrojó a la cara de los sacerdotes que cargaban contra él. Mientras éstos se tambaleaban hacia atrás, agarró a La y la metió en el corredor por el que habían llegado a la sala del trono.

Era inútil quedarse a pelear, pues sabía que aunque pudiera mantenerlos a raya un rato, al final le vencerían y que, una vez pusieran sus manos en La, la despedazarían sin piedad.

Por el corredor, detrás de ellos, corría la vociferante horda de sacerdotes y, detrás de ellos, pidiendo a gritos la sangre de sus víctimas, iba Oah.

—Dirígete a las murallas exteriores por el camino más corto, La —ordenó Tarzán, y la muchacha corría con pies alados, conduciéndole por los laberínticos corredores de las ruinas, hasta que de pronto tropezaron con la cámara de los siete pilares de oro y, entonces, Tarzán supo el camino que debía tomar.

Como ya no necesitaba a su guía, y como comprendía que los sacerdotes les estaban alcanzando, pues eran más veloces que La, cogió a la

muchacha en brazos y echó a correr por las resonantes cámaras de los templos hacia la muralla interior. La cruzaron, atravesaron el patio y franquearon la muralla exterior, perseguidos por los sacerdotes, que eran alentados por los gritos de Oah. Huyeron hacia el valle desierto; y entonces los sacerdotes empezaron a perder terreno, pues sus piernas cortas y curvadas no podían competir con la velocidad de las limpias zancadas de Tarzán, a pesar de que cargaba con La.

La repentina oscuridad de los lugares próximos a los trópicos que siguió a la puesta de sol pronto borró de su vista a los perseguidores; y, poco tiempo después, cesaron los ruidos de la persecución y Tarzán supo que la habían abandonado, pues a los hombres de Opar no les gustaba la oscuridad del mundo exterior.

Entonces Tarzán se detuvo y dejó a La en el suelo; pero al hacerlo la muchacha le rodeó el cuello con sus suaves brazos y se apretó a él, poniendo la mejilla sobre su pecho, y prorrumpió en llanto.

—No llores, La —intentó consolarla—. Volveremos a Opar, y, cuando lo hagamos, te sentarás de nuevo en el trono.

—No lloro por eso —replicó ella.

—Entonces, ¿por qué lloras? —le preguntó el hombre mono.

—Lloro de alegría —dijo—, alegría porque quizás ahora estaré sola contigo mucho tiempo.

Tarzán sintió lástima y la apretó contra sí unos instantes, y luego partieron hacia la barrera de acantilados.

Aquella noche durmieron en un gran árbol del bosque al pie del acantilado, después de que Tarzán construyera un tosco refugio para La entre dos ramas, mientras él se instalaba en una horcadura del árbol un poco más abajo.

Había amanecido cuando Tarzán despertó. El cielo estaba nublado y el hombre mono percibió que se avecinaba una tormenta. Llevaba muchas horas sin tomar alimento, y sabía que La no había comido desde la mañana del día anterior. Por lo tanto, era esencial que encontrara comida y regresara junto a La antes de que estallara la tormenta. Como tenía ansia de comer carne, sabía que tendría que hacer fuego y cocer la carne para que La se la comiera, aunque él aún la prefería cruda. Echó un vistazo a La y vio que la muchacha aún dormía. Sabía que debía de estar exhausta por todo lo que había ocurrido el día anterior, y por eso la dejó dormir; saltó a un árbol próximo y partió en busca de comida.

Avanzó en dirección contraria al viento por las ramas intermedias de los árboles, con todos los sentidos alerta. Como el león, a Tarzán le gustaba particularmente la carne de Pacco, la cebra, pero Bara, el antílope, u Horta, el jabalí, habrían sido un sustituto aceptable; sin embargo, daba la impresión de que todos los animales que él buscaba habían abandonado la selva. Sólo le llegaba al olfato el rastro de los grandes felinos, mezclado con el olor menor y más humano de Manu, el mono. El tiempo significa poco para un animal cazador. Significaba poco para Tarzán, que, habiendo partido en busca de carne, no regresaría hasta que la hubiera encontrado.

Cuando La despertó, tardó un poco en orientarse; pero cuando lo hizo, una lenta sonrisa de felicidad y satisfacción separó sus bellos labios, que revelaron una hilera de dientes perfectos. Suspiró y luego susurró el nombre de su amado.

—¡Tarzán!

No hubo respuesta. Volvió a llamarle, pero esta vez más alto, y de nuevo la única respuesta fue el silencio. Un poco preocupada, se incorporó sobre un codo y se inclinó por el costado de su improvisado catre. Abajo, el árbol estaba vacío.

Pensó, correctamente, que quizás había ido a cazar, pero aun así su ausencia le preocupaba, y cuanto más esperaba, más preocupada estaba. Sabía que no la amaba y que debía de ser una carga para él. Sabía también que él era una bestia tan salvaje como los leones de la selva y que el mismo deseo de libertad que les animaba a ellos debía de animarle a él. Quizás había sido incapaz de resistir la tentación por más tiempo y, mientras ella dormía, la había abandonado.

No había gran cosa en la educación o la ética de La de Opar que pudiera hallar una excepción a semejante conducta, pues la vida de su pueblo era una vida de despiadado egoísmo y crueldad. Albergaban poco de la sensibilidad del hombre civilizado o de la gran nobleza de carácter que caracterizaba a tantas bestias salvajes. Su amor por Tarzán sólo había sido una mancha suave en la vida salvaje de La, y, al pensar que a ella no le costaría abandonar a una criatura a la que no amase, La fue lo bastante justa para no reprocharle a Tarzán el haber hecho lo que ella habría podido hacer, y tampoco se le ocurrió dudar de su nobleza de carácter.

Al descender al suelo, quiso decidir algún plan de acción para el futuro, y en ese momento de soledad y depresión no vio más alternativa que regresar a Opar, y por tanto se dirigió hacia la ciudad que la vio nacer; pero

no había ido muy lejos cuando comprendió el peligro y la futilidad de su plan, que no podía sino conducirla a una muerte segura mientras Oah y Dooth gobernaran. Pensó con amargura en Darus, quien creía que la había traicionado; y, aceptando su traición como señal de lo que podía esperar de otros a los que había creído amigos, comprendió que no había esperanza alguna de recuperar el trono de Opar sin ayuda exterior. La no tenía una vida feliz por delante; pero aún tenía una fuerte voluntad de vivir, consecuencia, quizá, más de su espíritu valeroso que de cualquier temor a la muerte, la cual, para ella, no era sino otra palabra que indicaba derrota.

Se detuvo en el sendero a poca distancia del árbol en el que había pasado la noche; y allí, casi sin nada que la guiara, intentó determinar en qué dirección debía buscar un nuevo sendero que la llevara al futuro, pues adondequiera que fuera, aparte de Opar, habría un nuevo camino, que la conduciría entre gentes y experiencias tan extrañas para ella como si de repente hubiera llegado a otro planeta o al continente perdido de sus antepasados.

Se le ocurrió que en aquel extraño mundo tal vez hubiera otras personas tan generosas y caballerosas como Tarzán. Al menos en esta dirección había esperanzas. En Opar no había ninguna, y por eso dio la espalda a Opar. Sobre ella, avanzaban negras nubes mientras la tormenta reunía fuerzas y, detrás de ella, una bestia leonada con ojos relucientes acechaba entre los matorrales junto al camino que ella seguía.

VII

BÚSQUEDA INÚTIL

TARZÁN DE LOS MONOS, que se había alejado en busca de comida, captó al fin el agradable aroma de Horta, el jabalí, se detuvo y, con una profunda y silenciosa inhalación, se llenó de aire los pulmones hasta que su fuerte y bronceado pecho se expandió al máximo. Ya saboreaba los frutos de la victoria. La roja sangre le corría deprisa por las venas y todas las fibras de su ser reaccionaron a la euforia del momento: el puro placer del animal cazador que ha captado el olor de su víctima. Y entonces, veloz y silenciosamente, corrió en dirección a su presa.

Por fin se topó con ella, un joven animal con colmillos, potente y ágil, relucientes sus remolones mientras desgarraba la corteza de un árbol joven. El hombre mono se quedó sobre él, oculto por el follaje de un gran árbol.

Un gran relámpago quebró las negras nubes del cielo. Se oyó retumbar el trueno. Se desató la tormenta y, en ese mismo instante, el hombre se lanzó sobre el lomo del incauto jabalí, empuñando el cuchillo de caza de su padre.

El peso del cuerpo del hombre hizo caer al jabalí al suelo, y antes de poder ponerse en pie de nuevo, la afilada hoja le cortó la yugular. La vida se le escurrió por la herida mientras el animal trataba de levantarse y volverse para pelear; pero el acero del hombre mono se lo impidió y, un instante después, con una última convulsión, Horta murió.

Tarzán se puso en pie y colocó un pie sobre el cadáver de su presa, y, alzando la cara al cielo, lanzó el grito de victoria del simio macho.

El espantoso grito llegó débilmente a los oídos de los hombres que marchaban. Los negros del grupo se detuvieron, con los ojos como platos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Zveri.

—Ha sonado como una pantera —dijo Colt.

—No ha sido ninguna pantera —replicó Kitembo—. Era el grito de un simio macho que ha matado a su presa, o…

—¿O qué? —preguntó Zveri.

Kitembo miró temeroso en la dirección de la que había venido el sonido.

—Marchémonos de aquí —instó.

Hubo otro relámpago y el trueno retumbó, y, cuando empezó a caer una lluvia torrencial, el grupo siguió avanzando penosamente hacia la barrera de acantilados de Opar.

Empapada y sintiendo frío, La de Opar estaba agazapada bajo un gran árbol que sólo protegía parcialmente su cuerpo semidesnudo de la furia de la tormenta, y en los espesos matorrales, a unos metros de distancia, un carnívoro leonado yacía con los ojos fijos en ella.

La tormenta, titánica en su breve furia, pasó y convirtió un profundo sendero en un pequeño torrente de agua lodosa; y La, muerta de frío, avanzó a toda prisa en un esfuerzo por calentar su cuerpo.

Sabía que los senderos conducían a alguna parte, y en el fondo esperaba que aquél la condujera al país de Tarzán. Si podía vivir allí, viéndole de vez en cuando, se sentiría satisfecha. Saber que estaba cerca de ella sería mejor que nada. Desde luego, no tenía ni idea de la inmensidad del mundo que pisaba. Conocer tan sólo el alcance de la selva que la rodeaba la habría aterrado. En su imaginación, ella veía un mundo pequeño, salpicado de los restos de ciudades en ruinas como Opar, en las que residían criaturas como las que ella había conocido; hombres nudosos y musculosos como los sacerdotes de Opar, hombres blancos como Tarzán, hombres negros como los que había visto y grandes gorilas como Bolgani, que habían gobernado en el Valle del Palacio de los Diamantes.

Y con estos pensamientos llegó, al fin, a un claro en el que se derramaban sin interrupción los rayos del cálido sol. Cerca del centro del claro había una pequeña roca, y hacia allí encaminó sus pasos con intención de tumbarse al sol hasta que se hubiera secado y calentado, pues las gotas que caían del follaje la habían mantenido mojada y fría incluso después de que parara de llover.

Cuando se sentó, vio movimiento en el borde del claro, delante de ella, y un instante después apareció un gran leopardo. La fiera se paró al ver a la mujer, a todas luces tan sorprendida como ella; y luego, viendo aparentemente la indefensión de aquella inesperada presa, la criatura se agazapó y, moviendo la cola, avanzó lentamente hacia ella.

La se levantó y sacó el cuchillo que llevaba al cinto, el que había quitado a Darus. Sabía que huir era inútil. Con unos saltos la gran bestia podía llegar hasta ella, e incluso si hubiera habido un árbol al que encaramarse antes de que la atacara, no habría servido de refugio contra un leopardo. Defenderse también sabía que sería inútil, pero rendirse sin librar batalla no estaba en la naturaleza de La de Opar.

Los discos de metal, forjados laboriosamente por las manos de algún herrero de la antigua Opar muerto mucho tiempo atrás, subían y bajaban sobre sus firmes senos al latirle el corazón, quizás un poco más deprisa, bajo ellos. El leopardo se acercaba. La sabía que en un instante atacaría; y entonces, de repente, el animal se puso en pie, con el lomo arqueado y formando con la boca una terrible mueca, y, al mismo tiempo, una zarpa leonada zumbó a su lado por detrás y La vio un gran león que saltaba sobre su probable destructor.

En el último instante, pero demasiado tarde, el leopardo se había vuelto para huir; y el león le atrapó por el pescuezo y con las fauces y una gran zarpa le retorció la cabeza hasta que se oyó el chasquido de la columna vertebral. Entonces, casi con desdén, arrojó el cuerpo lejos de sí y se volvió hacia la muchacha.

La comprendió al instante lo que había ocurrido. El león la había estado siguiendo y, al ver a otro a punto de apoderarse de su presa, había saltado para luchar en su defensa. Se había salvado, pero sólo para caer de inmediato víctima de otra bestia más terrible.

El león se quedó mirándola. Ella se preguntó por qué no atacaba y reclamaba su presa. No sabía que dentro de aquel pequeño cerebro el perfume de la mujer había avivado el recuerdo de otro día, en que Tarzán había yacido atado en el altar del sacrificio de Opar con Jad-bal-ja, el león dorado, haciendo guardia junto a él. Había llegado una mujer —esa misma mujer— y Tarzán, su amo, le había dicho que no le hiciera daño, y ella se había acercado y le había cortado las ataduras.

Esto lo recordaba Jad-bal-ja, y también recordaba que no tenía que hacer daño a aquella mujer. Por esta razón había matado al leopardo.

Pero todo esto no lo sabía La de Opar, pues no había reconocido a Jad-bal-ja. Simplemente, se preguntaba cuánto tardaría en atacar; y cuando el león se acercó a ella, se afianzó, pues aún tenía intención de pelear. Sin embargo, había algo en la actitud de la bestia que ella no comprendía. No la embestía, sino que se acercaba a ella, y cuando estuvo a un par de metros

de la muchacha, medio se volvió, se tumbó y bostezó.

La muchacha se quedó observándolo durante lo que le pareció una eternidad. El animal no le prestaba atención. ¿Podría ser que, seguro de su presa y aún no hambriento, esperara a estar listo para matarla? Esta idea era horrible y los nervios de La empezaron a debilitarse a causa de la tensión.

Sabía que no podía escapar, y era mejor la muerte instantánea a aquel suspense. Decidió, por lo tanto, poner fin al asunto rápidamente y descubrir de una vez por todas si el león la consideraba su presa o le permitirla marcharse. Reuniendo todas las fuerzas del autocontrol que poseía, La se colocó la punta de la daga sobre el corazón y se acercó con atrevimiento al león. Si la atacaba, hundiría al instante la hoja para poner fin a su agonía.

Jad-bal-ja no se movió, pero con ojos perezosos y entrecerrados observó a la mujer cruzar el claro y desaparecer tras el recodo del sendero que se adentraba en la jungla.

Todo aquel día La avanzó con torva determinación, buscando siempre una ciudad en ruinas como Opar, asombrada por la inmensidad de la jungla, asustada por su soledad. Seguramente, pensó, pronto llegaré al país de Tarzán. Encontró frutas y tubérculos para saciar el hambre, y cuando el sendero descendió por un valle en el que discurría un río, no necesitó agua. Pero volvió a llegar la noche y seguía sin ver ni hombre ni ciudad. Una vez más se subió a un árbol a dormir, pero esta vez no estaba Tarzán de los Monos para prepararle un catre o para velar por su seguridad.

Después de matar al jabalí, Tarzán cortó los cuartos traseros y emprendió el camino de regreso al árbol en el que había dejado a La. La tormenta hacía mucho más lento su avance, pero, no obstante, mucho antes de llegar a su destino se dio cuenta de que su cacería le había llevado mucho más lejos de lo que había imaginado.

Cuando por fin llegó al árbol y descubrió que La no se encontraba allí, se quedó un poco desconcertado, pero, pensando que quizás había bajado para estirar las piernas después de la tormenta, la llamó varias veces. Al no recibir respuesta empezó a temer verdaderamente por su seguridad; saltó al suelo y buscó alguna señal de su rastro. Ocurrió que bajo el árbol aún eran visibles sus huellas, pues la lluvia no las había borrado por completo. Tarzán vio que iban en dirección a Opar, de modo que, aunque las perdió cuando llegaban al sendero, en el que aún corría el agua, estaba seguro de que conocía el destino al que pretendía llegar la muchacha, y por tanto se

puso a andar en la dirección de la barrera de acantilados.

No le costó encontrar explicación a su ausencia y el hecho de que regresara a Opar, y se reprochó a sí mismo su irreflexión al haberla dejado tanto tiempo sin comentarle su propósito. Supuso, correctamente, que ella había imaginado que la había abandonado y había regresado al único hogar que conocía, al único lugar en el mundo donde La de Opar podía esperar hallar amigos; pero que los encontrara allí Tarzán lo dudaba, y estaba decidido a que ella no regresara hasta que pudiera hacerlo con una fuerza de guerreros suficientemente grande para asegurar el derrocamiento de sus enemigos.

El plan de Tarzán era desbaratar primero el proyecto del grupo cuyo campamento había descubierto en sus dominios y luego regresar con La al país de sus waziri, donde reuniría un cuerpo suficiente de esos temibles guerreros para asegurar la seguridad y el éxito de la vuelta de La a Opar. Como era poco comunicativo, no había explicado sus objetivos a La, y ahora lo lamentaba, ya que estaba seguro de que de haberlo hecho a ella no le habría parecido necesario intentar regresar sola a Opar.

Pero las consecuencias no le preocupaban mucho, pues confiaba en que la alcanzaría mucho antes de que llegara a la ciudad; y, acostumbrado como estaba a los peligros de la selva y de la jungla, le quitó importancia al asunto, como nosotros hacemos con los que enfrentamos a diario, en el curso corriente de nuestra existencia aparentemente tediosa, donde la muerte nos amenaza casi tan constantemente como a los habitantes de la jungla.

Esperando vislumbrar en cualquier momento a la persona que buscaba, Tarzán recorrió el sendero que llegaba hasta el pie de los riscos que protegían la llanura de Opar; y entonces empezó a dudar, pues no le parecía posible que La hubiera podido cubrir una distancia tan grande en tan poco tiempo. Escaló el acantilado y llegó a la cima de la montaña desde la que se distinguía la distante Opar. Aquí sólo había caído una suave lluvia, pues la tormenta había seguido el curso del valle, y en el sendero eran evidentes las huellas que habían dejado él y La al bajar desde Opar la noche anterior; pero no había en ningún sitio señal alguna de rastro que indicara que la muchacha había regresado, ni vio, al mirar al otro lado del valle, nada que se moviera.

¿Qué se había hecho de ella? ¿Adónde podía haber ido? En la gran selva que se extendía a sus pies había incontables senderos. En algún lugar,

abajo, su rastro debía de ser evidente en la tierra, pero se dio cuenta de que incluso para él encontrarlo sería una tarea larga y difícil.

Cuando volvió atrás, bastante triste, para descender la barrera de acantilados, le llamó la atención un movimiento en el borde de la selva. Se echó de bruces tras unos arbustos bajos y observó el lugar que había atraído su atención; y al hacerlo apareció la cabeza de una columna de hombres procedente de la selva y se dirigió hacia el pie del acantilado.

Tarzán no sabía nada de lo que había ocurrido en la primera expedición de Zveri a Opar, que había sido mientras él estaba encarcelado en la celda subterránea de la ciudad. La aparente desaparición misteriosa del grupo que sabía que marchaba hacia Opar le había confundido; pero allí estaba de nuevo, y dónde había estado entretanto no tenía importancia.

Tarzán deseaba tener su arco y flechas, que los oparianos le habían arrebatado y que no había tenido oportunidad de sustituir desde que había escapado. Pero había otras maneras de molestar a los invasores. Desde su posición les observó aproximarse al acantilado e iniciar el ascenso.

Tarzán eligió una roca grande, de las que había muchas esparcidas por la cima llana de la montaña, y cuando los jefes del grupo se hallaron a medio camino de la cumbre y los demás estaban diseminados más abajo, el hombre mono empujó la roca por el borde del acantilado justo encima de ellos. En su descenso rozó a Zveri, golpeó una protuberancia que había detrás de él, rebotó en la cabeza de Colt y produjo la muerte a dos guerreros de Kitembo en la base del risco.

Los que ascendían se pararon al instante. Varios de los negros que habían acompañado a la primera expedición iniciaron una apresurada retirada; y la absoluta desorganización se apoderó de la expedición, que se dio a la fuga, pues los nervios se habían ido sensibilizando a medida que se aproximaban a Opar.

—¡Detened a esos malditos cobardes! —gritó Zveri a Dorsky y a Ivitch, que iban en la retaguardia—. ¿Quién se ofrecerá voluntario para seguir e ir a investigar?

—Yo iré —se ofreció Romero.

—Y yo iré con él —dijo Colt.

—¿Quién más? —preguntó Zveri; pero nadie más quiso ir, y el mexicano y el norteamericano ya habían empezado a subir.

—Cubrid nuestro avance con algunos rifles —gritó Colt a Zveri—. Eso les mantendrá alejados del borde.

Zveri dio instrucciones a varios de los askaris que no se habían unido a la retirada; y cuando sus rifles empezaron a disparar, los que habían empezado a huir se envalentonaron y Dorsky e Ivitch reunieron a los hombres y reanudaron el ascenso.

Totalmente consciente de que no podía impedir el avance con una sola mano, Tarzán se había retirado rápidamente por el borde del acantilado hasta un lugar donde grandes moles de granito le permitían ocultarse y donde sabía que existía un sendero escarpado que bajaba al fondo del acantilado. Podía quedarse allí y observar o, si era necesario, efectuar una rápida retirada. Vio a Romero y a Colt llegar a la cima y de inmediato reconoció a este último como el hombre al que había visto en el campamento base de los invasores. Ya entonces le había impresionado el aspecto del joven norteamericano, y ahora reconoció su incuestionable valentía y la de su compañero al guiar un grupo a la cima del acantilado frente a un peligro desconocido.

Romero y Colt miraron apresuradamente alrededor, pero no se veía enemigo alguno, y dieron esta información al grupo que ascendía.

Desde su punto de observación, Tarzán vio que la expedición llegaba a la cumbre del acantilado e iniciaba su marcha hacia Opar. Creía que jamás encontrarían las arcas del tesoro; y ahora que La no estaba en la ciudad, no le importaba el destino de los que se habían vuelto contra ella. En la árida e inhóspita llanura opariana o en la ciudad misma, poco podían conseguir de lo que, según había oído que Zora Drinov explicaba a Colt, eran los objetivos de la expedición. Sabía que al final deberían regresar a su campamento base, y entretanto él proseguiría su búsqueda de La. Y así, mientras Zveri guiaba a su expedición una vez más hacia Opar, Tarzán de los Monos descendió rápidamente hacia la selva.

Justo al entrar en la selva, junto a la orilla del río, había un emplazamiento magnífico para montar un campamento; tras observar que la expedición no iba acompañada de porteadores, Tarzán supuso que habían montado un campamento temporal a sorprendentemente poca distancia de la ciudad, y se le ocurrió que en ese campamento tal vez encontrara a La como prisionera.

Como esperaba, encontró el campamento situado en el lugar donde, en otras ocasiones, él había acampado con sus guerreros waziri. Un viejo cercado de espinos que lo había rodeado durante años había sido reparado por los recién llegados, y dentro de él se habían erigido varios toscos

refugios, mientras en el centro se encontraban las tiendas de los hombres blancos. Los porteadores dormitaban a la sombra de los árboles; un solo askari fingía estar de guardia, mientras sus compañeros holgazaneaban, con los rifles a un lado; pero no veía a La de Opar en ningún sitio.

Salió del campamento y fue en la dirección del viento, con la esperanza de captar su rastro de olor si se hallaba prisionera allí, pero era tan fuerte el olor a humo y los olores corporales de los negros que no podía estar seguro de si éstos disimulaban el de La. Decidió, por lo tanto, esperar a que anocheciera para investigar más a fondo, y reafirmó esta decisión al ver las armas, que él tanto necesitaba. Todos los guerreros iban armados con rifles, pero algunos, aferrados por la fuerza de la costumbre a las armas de sus antepasados, también llevaban arcos y flechas, y, además, había muchas lanzas.

Como unos bocados de la carne cruda de Horta habían constituido la única comida que Tarzán había tomado durante casi dos días, tenía un hambre atroz. Al descubrir que La había desaparecido, había escondido el cuarto trasero del jabalí en el árbol en el que había pasado la noche y emprendido su infructuosa búsqueda de la muchacha; así que ahora, mientras aguardaba la oscuridad, volvió a cazar, y esta vez Bara, el antílope, cayó víctima de su habilidad; Tarzán no dejó el cuerpo muerto de su presa hasta que hubo satisfecho su hambre. Luego, se tumbó en un árbol cercano y se durmió.

La ira de Abu Batn contra Zveri estaba profundamente arraigada en su inherente antipatía racial hacia los europeos y su religión, y su crecimiento se veía estimulado por las calumnias que los rusos habían vertido sobre el coraje del árabe y sus seguidores.

—¡Perro nasrani! —exclamó el jeque—. Nos ha llamado cobardes, a nosotros, bedauwy, y nos ha dejado aquí como si fuéramos ancianos o niños para proteger el campamento y a la mujer.

—No es sino un instrumento de Alá —dijo uno de los árabes—, en la gran causa que eliminará de África a todos los nasrani.

—¡*Wellah-billah*! —exclamó Abu Batn—. ¿Qué prueba tenemos de que esa gente hará lo que nos prometió? Preferiría tener mi libertad en el desierto y la riqueza que puedo reunir por mí mismo que seguir tumbado en el mismo campamento que esos cerdos nasrani.

—No hay ningún bien en ellos —masculló otro.

—He observado a su mujer —dijo el jeque— y me parece bien. Sé una ciudad en la que darían muchas monedas de oro por ella.

—En el cofre del jefe nasrani hay muchas monedas de oro y plata —dijo uno de los hombres—. Su criado se lo dijo a un galla, que me lo repitió a mí.

—Saquear el campamento es riqueza de más —sugirió un atezado guerrero.

—Si hacemos esto, quizá la gran causa se perderá —sugirió el que había respondido primero al jeque.

—Es la causa de los nasrani —indicó Abu Batn—, y sólo es para sacar un beneficio. ¿No nos recuerda siempre el gran cerdo el dinero, las mujeres y el poder que tendremos cuando hayamos echado a los ingleses? Al hombre sólo le mueve la codicia. Saquemos nuestros beneficios por adelantado y marchémonos.

Wamala preparaba la cena para su ama.

—Antes, te dejaron con el bwana moreno —dijo— y no era bueno; no me gusta mucho más el jeque Abu Batn. No es bueno. Ojalá estuviera aquí el bwana Colt.

—A mí también me gustaría —dijo Zora—. Me parece que los árabes están hoscos y malhumorados desde que la expedición regresó de Opar.

—Se han pasado todo el día en la tienda de su jefe, hablando —dijo Wamala—, y Abu Batn te miraba con frecuencia.

—Es tu imaginación, Wamala —replicó la muchacha—. No se atrevería a hacerme daño.

—¿Habrías creído que el bwana moreno se atrevería? —le recordó Wamala.

—Calla, Wamala, lograrás asustarme —dijo Zora, y entonces, de pronto, exclamó—: ¡Mira, Wamala! ¿Quién anda ahí?

El muchacho negro volvió los ojos en la dirección hacia la cual miraba su ama. En el borde del campamento se erguía una figura que habría arrancado una exclamación de sorpresa a un estoico. Una bella mujer les miraba atentamente. Se había parado justo en el límite del campamento; se trataba de una mujer semidesnuda cuya espléndida belleza era su principal y más sorprendente característica. Dos discos de oro le cubrían los firmes pechos, y un estrecho peto de oro y piedras preciosas le cubría el cuerpo, sujeto delante y detrás por una ancha tira de cuero suave, tachonado de oro y piedras preciosas, que formaba el dibujo de un pedestal en cuya cima

estaba posado un extraño pájaro. Llevaba los pies calzados con sandalias cubiertas de barro, igual que sus elegantes piernas hasta más arriba de las rodillas. Una cabellera de pelo ondulado, al que el sol poniente daba reflejos dorados, medio rodeaba su rostro ovalado, y debajo de estrechas cejas perfiladas les miraban unos ojos grises que no reflejaban miedo alguno.

Algunos de los árabes también la habían visto y se acercaban a ella. La muchacha desvió la mirada rápidamente de Zora y Wamala y la fijó en los otros. Luego, la muchacha europea se levantó apresurada y se aproximó a ella para llegar antes que los árabes; cuando estuvo más cerca, Zora le tendió los brazos y sonrió. La de Opar fue a su encuentro como percibiendo en la sonrisa un intento amistoso por parte de la extraña.

—¿Quién eres —preguntó Zora— y qué haces aquí sola en la jungla?

La meneó la cabeza y respondió en una lengua que Zora no comprendía.

Zora Drinov era una lingüista experta, pero agotó todos los idiomas de su repertorio, incluidas algunas frases de diversos dialectos bantúes, y no encontró medio de comunicación con la extraña, cuyo hermoso rostro y bella figura añadían interés al enigma y avivaban la curiosidad de la rusa.

Los árabes se dirigieron a ella en su propia lengua y Wamala en el dialecto de su tribu, pero todo fue en vano. Luego, Zora la rodeó con un brazo y la llevó a su tienda; y allí, mediante signos, La de Opar indicó que le gustaría bañarse. Wamala recibió órdenes de preparar una bañera en la tienda de Zora, y cuando la cena estuvo preparada, la extraña reapareció, aseada y refrescada.

Y Zora Drinov se sentó frente a su extraña invitada, convencida de que nunca había contemplado a una mujer tan hermosa, y se maravilló de que alguien que debía de sentirse tan extrañamente fuera de lugar en aquel entorno conservara una elegancia que sugería el porte majestuoso de una reina y no de una extraña.

Mediante signos y gestos, Zora trató de conversar con su invitada hasta que incluso la regia La se sorprendió riendo; y luego La también lo intentó hasta que Zora supo que su invitada había sido amenazada con porras y cuchillos y arrojada de su hogar, que había andado un largo camino, que un león o un leopardo la había atacado y que estaba muy cansada.

Después de cenar, Wamala preparó otro camastro para La en la tienda de Zora, pues algo en el rostro de los árabes había hecho temer a la europea

por la seguridad de su bella invitada.

—Esta noche has de dormir fuera de la tienda, Wamala —le dijo ella—. Toma, otra pistola.

En su *beyt* de pelo de cabra, Abu Batn, el jeque, habló hasta altas horas de la noche con los hombres más importantes de su tribu.

—La nueva —dijo— alcanzará un precio que nunca hasta ahora se ha pagado.

Tarzán despertó y miró hacia las estrellas a través del follaje. Vio que la noche casi había transcurrido y se levantó y se desperezó. Volvió a comer un poco de carne de Bara y en silencio se deslizó entre las sombras de la noche.

El campamento al pie de la barrera de acantilados dormía. Un solo askari hacía guardia y se ocupaba del fuego. Desde un árbol del borde del campamento dos ojos le observaban, y cuando miraba hacia otro lado una figura cayó en silencio a las sombras. Se arrastró hasta detrás de las chozas de los porteadores, deteniéndose de vez en cuando para catar el aire con su dilatada nariz. Al fin llegó, entre las sombras, a las tiendas de los europeos, y a una tras otra les hizo un agujero en la pared trasera y entró. Era Tarzán, que buscaba a La, pero no la encontró y, decepcionado, pasó a otro asunto.

Recorrió la mitad del circuito del campamento, arrastrándose a veces centímetro a centímetro sobre el estómago, por si el askari de guardia le veía, y se dirigió hacia los refugios de los otros askaris, y allí eligió un arco y flechas y una gruesa lanza, pero aún no estaba satisfecho.

Durante largo rato esperó, agazapado, hasta que el askari que estaba junto al fuego volviera en una dirección determinada.

Por fin, el centinela se levantó y arrojó un poco de leña seca al fuego, tras lo cual se dirigió hacia el refugio de sus compañeros para despertar al hombre que tenía que relevarle. Ese momento era el que Tarzán había estado esperando. El camino del askari le acercó a donde Tarzán yacía escondido. El hombre se acercó y pasó, y, en el mismo instante, Tarzán se puso en pie y saltó sobre el incauto negro. Un fuerte brazo rodeó al pobre tipo por detrás y lo apretó a un ancho y bronceado hombro. Como Tarzán había previsto, un grito de terror brotó de los labios del hombre, despertando así a sus compañeros; y entonces se alejó de la fogata velozmente a través de las sombras del campamento y, agarrando a su presa, que se debatía inútilmente, el hombre mono saltó por encima del

cercado de espinos y desapareció en la negra jungla.

Tan repentino y violento fue el ataque, tan absoluta la sorpresa del hombre que había aflojado la presión que ejercía en el rifle, en un esfuerzo por aferrar a su oponente cuando fue arrojado al hombro de su capturador.

Sus gritos, que resonaban en la jungla, hicieron salir de sus refugios a sus aterrados compañeros a tiempo de ver una forma indistinta saltar el cercado y desaparecer en la oscuridad. Se quedaron momentáneamente paralizados por el terror, escuchando los gritos cada vez más lejanos de su camarada. Después, éstos cesaron, tan repentinamente como habían empezado. Entonces, el jefe encontró su voz.

—¡Simba! —dijo.

—No era Simba —declaró otro—. Corría sobre dos piernas, como un hombre. Lo he visto.

Después, procedente de la oscura jungla llegó un largo y espantoso grito.

—Ésa no es la voz ni del hombre ni del león —dijo el jefe.

—Es un demonio —susurró otro, y entonces se apretaron alrededor del fuego, arrojando madera seca hasta que sus llamas chisporrotearon y se elevaron en el aire.

En la oscuridad de la jungla, Tarzán se detuvo y dejó a un lado la lanza y el arco, posesión que le había permitido utilizar una sola mano en su secuestro del centinela. Ahora los dedos de su mano libre se cerraron en la garganta de su víctima, interrumpiendo de pronto sus gritos. Sólo por un instante asfixió Tarzán al hombre; y cuando aflojó su presión en la garganta del negro, éste no volvió a gritar, temiendo invitar de nuevo a aquellos dedos de acero a cerrarse en torno a su cuello. Rápidamente Tarzán dejó al tipo en el suelo, de pie, le quitó el cuchillo y, agarrándole por la espesa cabellera, le empujó delante de él hacia la jungla, después de agacharse a recoger su lanza y su arco. Fue entonces cuando lanzó el grito de victoria de los simios machos, por el importante efecto que produciría no sólo en su víctima, sino en sus compañeros que se habían quedado atrás, en el campamento.

Tarzán no tenía intención de hacer daño a su prisionero. Su disputa no era con las inocentes herramientas negras de los hombres blancos; y, si bien no habría vacilado en quitarle la vida al negro si hubiera sido necesario, les conocía lo suficiente para saber-que podía cumplir su propósito con ellos sin mancharse las manos de sangre.

Los blancos no podían llevar a cabo nada sin sus aliados negros, y si Tarzán podía socavar con éxito la moral de estos últimos, los planes de sus amos quedarían desbaratados como si los hubiera destruido, ya que estaba seguro de que no permanecerían en un distrito donde constantemente se les recordaba la presencia de un enemigo sobrenatural, maligno. Además, este sistema concordaba mejor con el sentido del humor negro de Tarzán y, por lo tanto, le divertía, efecto que quitar una vida nunca le producía.

Durante una hora caminó con su víctima delante de él en absoluto silencio, lo cual sabía que afectaría los nervios del negro. Por fin le hizo parar, le arrancó el resto de ropa que llevaba y con su taparrabos le ató flojamente las muñecas y los tobillos. Luego, se apropió de su cartuchera y otras pertenencias y le abandonó, sabiendo que el negro pronto se libraría de sus ataduras; sin embargo, al creer que había escapado, estaría convencido de por vida de que se había salvado por los pelos de un terrible destino.

Satisfecho con su trabajo, Tarzán regresó al árbol en el que había escondido el cuerpo de Bara, comió un poco más y se tumbó a dormir hasta la mañana siguiente, cuando emprendió de nuevo la búsqueda de La, buscando indicios en el valle de la barrera de riscos de Opar, en la dirección general por la que su rastro indicaba que había ido, aunque, en realidad, había ido precisamente en la dirección contraria, por el valle.

VIII

LA TRAICIÓN DE ABU BATN

CAÍA LA noche cuando un asustado monito se refugió en la copa de un árbol. Durante días había vagado por la jungla, buscando en su pequeña mente una solución a su problema durante los ocasionales intervalos en que podía concentrar en ello sus fuerzas mentales. Pero en un instante lo olvidaba para ir a corretear entre los árboles, o de nuevo un terror repentino le arrancaba de su conciencia, cuando una u otra de las amenazas hereditarias a su existencia aparecía dentro de la esfera de sus facultades perceptivas.

Mientras duraba, su pena era real y punzante, y las lágrimas se derramaban en los ojos del pequeño Nkima cuando pensaba en su amo ausente. Siempre al acecho en su interior, en el límite de la convicción, se hallaba el pensamiento de que debía obtener socorro para Tarzán. De alguna manera tenía que ir a buscar ayuda para su amo. Los fuertes guerreros gomangani negros, que también eran criados de Tarzán, se hallaban a muchas oscuridades de distancia, y, sin embargo, se dirigía en la dirección general del país de los waziri. En la mente de Nkima, el tiempo no era en ningún sentido la esencia de la solución de este o de ningún problema. Había visto a Tarzán entrar en Opar vivo. No le había visto destruido ni le había visto salir de la ciudad; y, por lo tanto, según su lógica, Tarzán aún tenía que estar vivo y en la ciudad, pero como la ciudad estaba llena de enemigos, Tarzán debía de correr peligro. Las condiciones seguirían siendo las mismas del principio. No era capaz de visualizar ningún cambio que no presenciara realmente y, por tanto, si encontraba a los waziri ese día o al siguiente no tenía ninguna importancia para el resultado. Irían a Opar y matarían a los enemigos de Tarzán, y entonces el pequeño Nkima volvería a estar con su amo y no tendría que temer a Sheeta, a Sabor o a Histah.

Cayó la noche, y Nkima oyó un suave golpeteo en la selva. Se despertó

y escuchó con atención. El golpeteo aumentó de volumen hasta que retumbó y avanzó por la jungla. Su fuente no quedaba a gran distancia, y cuando Nkima se dio cuenta de ello, su excitación creció.

La luna se hallaba muy alta en el firmamento, pero las sombras de la jungla eran densas. Nkima se encontraba ante un dilema. Su deseo de ir al lugar de donde procedía el tamborileo y su temor a los peligros que pudieran acechar en el camino; pero, al final, la necesidad prevaleció sobre su terror y, manteniéndose alto, en la relativamente mayor seguridad de las copas de los árboles, corrió en la dirección de la que procedía el ruido para detenerse, al fin, sobre un pequeño claro natural de tosca forma circular.

A sus pies, a la luz de la luna, presenció una escena que ya había espiado anteriormente, pues los grandes simios de To-yat estaban efectuando la danza de la muerte del Dum-Dum. En el centro del anfiteatro se hallaba uno de aquellos notables tambores de tierra, que desde tiempo inmemorial el hombre primitivo ha oído, pero que pocos han visto. Ante el tambor estaban sentadas dos ancianas, que golpeaban la resonante superficie con palos cortos. Había una rudimentaria cadencia rítmica en sus golpes y, trazando un círculo salvaje, los machos danzaban siguiendo el ritmo; rodeándoles formando una delgada línea exterior, las hembras y los jóvenes estaban agazapados como fascinados espectadores de la primitiva escena. Junto al tambor yacía el cuerpo muerto de Sheeta, el leopardo, cuya muerte celebraban con el Dum-Dum.

Después, los machos que bailaban se abalanzarían sobre el cuerpo y lo golpearían con gruesos palos y, alejándose de nuevo, reanudarían la danza. Cuando el acoso, el ataque y la muerte hubieran sido representados, arrojarían sus palos y, exhibiendo los colmillos, saltarían sobre el cuerpo, lo despedazarían y destrozarían como si pelearan entre ellos por trozos más grandes o partes escogidas.

Ahora bien, Nkima y los de su clase no se distinguen ni por su tacto ni por su juicio. Uno más listo que el pequeño Nkima habría permanecido en silencio hasta que la danza y el festín hubieran terminado y hasta que un nuevo día hubiera llegado y los grandes machos de la tribu de To-yat se hubieran recuperado del histérico frenesí que el tambor y la danza siempre inducían en ellos. Pero el pequeño Nkima no era más que un mono. Lo que quería, lo quería de inmediato, pues no estaba dotado del aplomo mental que da paciencia, y por eso se colgó de una rama por la cola y parloteó con toda la fuerza de su voz en un esfuerzo por llamar la atención de los

grandes simios.

—¡To-yat! ¡Ga-yat! ¡Zu-tho! —gritó—. ¡Tarzán está en peligro! ¡Venid con Nkima y salvad a Tarzán!

Un gran macho se paró en medio de la danza y levantó la mirada.

—Vete, Manu —gruñó—. ¡Vete o te mataremos!

Pero el pequeño Nkima pensó que no podrían alcanzarle, y por eso siguió colgado de la rama y gritando hasta que por fin To-yat envió a un joven simio, que no pesaba demasiado, a que se encaramara a las ramas superiores del árbol para coger al monito y matarlo.

Esto era una emergencia que Nkima no había previsto. Como muchas personas, creía que todo el mundo estaría interesado en lo que a él le interesaba; y cuando hubo oído el estruendo de los tambores del Dum-Dum, pensó que en cuanto los simios se enteraran del peligro que corría Tarzán emprenderían el camino de Opar.

Ahora, sin embargo, sabía que no era así, y cuando la amenaza real de su error se hizo dolorosamente evidente al saltar un simio joven al árbol, el monito emitió un largo aullido de terror y huyó en la noche; no se paró hasta que, jadeante y exhausto, hubo puesto más de un kilómetro entre él y la tribu de To-yat.

Cuando La de Opar despertó en la tienda de Zora Drinov, miró alrededor, fijándose en los objetos desconocidos que la rodeaban y, después, su mirada se posó en el rostro de su anfitriona dormida. Ésta, sin duda, pensó, debe de ser la gente de Tarzán, pues ¿no la habían tratado con amabilidad y cortesía? No le habían hecho ningún daño y le habían dado alimento y cobijo. Un nuevo pensamiento cruzó su mente ahora y sus cejas se contrajeron, igual que las pupilas de sus ojos, en los que brilló una luz repentina y salvaje. Tal vez aquella mujer era la compañera de Tarzán. La de Opar agarró el mango del cuchillo de Darus que estaba a su lado. Pero entonces, con la misma rapidez con que había llegado, la idea se alejó, pues en el fondo sabía que no podía devolver mal por bien ni podía hacer daño a la mujer a la que Tarzán amaba, y cuando Zora abrió los ojos, la saludó con una sonrisa.

Si la muchacha europea era causa de asombro en La, también ésta llenaba a la otra de curiosidad y confusión. Su vestimenta, escasa pero rica y espléndida, se remontaba a la edad antigua, y la blancura de su piel parecía fuera de lugar en el corazón de una jungla africana, igual que sus adornos en el siglo XX. Allí había un misterio que ninguna de las pasadas

experiencias de Zora Drinov podía ayudarle a resolver. Cuánto deseaba poder conversar con ella, pero lo único que pudo hacer fue devolverle la sonrisa a la bella criatura que la miraba tan penetrantemente.

La, acostumbrada como estaba a que la sirvieran las sacerdotisas inferiores de Opar, se sorprendió al ver la facilidad con que Zora Drinov se ocupaba de sus propias necesidades cuando la vio bañarse y vestirse, pues el único servicio que recibió fue un cubo de agua caliente que Wamala fue a buscar y vertió en la bañera; sin embargo, aunque La nunca hasta entonces había esperado levantar una mano para asearse, estaba lejos de necesitar ayuda, y quizás encontró cierto placer en la nueva experiencia de hacerlo por sí misma.

A diferencia de las costumbres de los hombres de Opar, las de sus mujeres requerían una escrupulosa limpieza corporal, de modo que en el pasado La dedicaba gran parte del tiempo a su aseo, al cuidado de sus uñas, a sus dientes, a su cabello y a darse masaje en el cuerpo con ungüentos aromáticos, costumbres heredadas de una civilización culta de la Antigüedad, que en la Opar en ruinas adquirían la importancia de ritos religiosos.

Para cuando las dos muchachas estuvieron listas para desayunar, Wamala estaba listo para servirlas; y cuando se sentaron fuera de la tienda, bajo la sombra de un árbol, comiendo la sencilla comida del campamento, Zora observó una actividad inusual en los *beyts* de los árabes, pero no le dio importancia, ya que en otras ocasiones habían cambiado el emplazamiento de sus tiendas.

Una vez terminado el desayuno, Zora cogió su rifle, limpió el agujero del cañón y puso aceite en el mecanismo de la recámara, pues iba a salir a buscar carne fresca, ya que los árabes se habían negado a cazar. La suma sacerdotisa la observó con evidente interés y más tarde la vio partir con Wamala y dos de los porteadores negros; pero ella no les acompañó porque, aunque lo había intentado, no había recibido señal alguna para que lo hiciera.

Ibn Dammuk era hijo de un jeque de la misma tribu que Abu Batn, y en esta expedición era la mano derecha de este último. Tapándose la parte inferior de la cara con el pliegue de su *thob*, de modo que sólo se le veían los ojos, había estado observando de lejos a las dos muchachas. Vio a Zora Drinov abandonar el campamento con un hombre que le llevaba el arma y dos porteadores y supo que había salido a cazar.

Durante un rato después de que se hubiera ido, el muchacho permaneció sentado en silencio con dos compañeros. Luego, se levantó y cruzó el campamento hacia La de Opar, que estaba sentada, absorta en sus pensamientos, en una silla de campaña ante la tienda de Zora. Mientras los tres hombres se acercaban, La les miró a los ojos, avivado su recelo natural hacia los extraños. Cuando estuvieron más cerca y sus facciones se hicieron claras, La sintió una súbita desconfianza hacia ellos. Eran hombres de aspecto maligno, nada parecidos a Tarzán, e instintivamente sospechó de ellos.

Los hombres se pararon ante La e Ibn Dammuk, el hijo de un jeque, se dirigió a ella. Su voz era suave y untuosa, pero ella no se dejó engañar.

La le miró con altivez. No le comprendía y no deseaba hacerlo, pues el mensaje que leía en sus ojos le desagradaba. Meneó la cabeza para indicar que no le entendía y desvió la mirada para dar a entender que la entrevista había terminado, pero Ibn Dammuk se acercó más y puso una mano sobre su hombro desnudo en gesto de familiaridad.

Los ojos de La echaban chispas. La muchacha se puso en pie con brusquedad y se llevó rápidamente una mano a la daga. Ibn Dammuk retrocedió, pero uno de sus hombres se adelantó para agarrarla.

¡Qué necio! Ella le saltó encima como una tigresa y, antes de que los amigos del hombre pudieran intervenir, la afilada hoja del cuchillo de Darus, el sacerdote del Dios Llameante, se había hundido tres veces en su pecho y, con un grito ahogado, el hombre se había desplomado en el suelo, muerto.

La suma sacerdotisa de Opar se quedó junto a su víctima, con los ojos encendidos y el cuchillo ensangrentado, mientras Abu Batn y los otros árabes, atraídos por el grito de muerte del hombre atacado, corrían apresurados hacia el pequeño grupo.

—¡Atrás! —gritó La—. Que nadie ponga una mano profanadora en la persona de la suma sacerdotisa del Dios Llameante.

Ellos no entendieron sus palabras, pero comprendieron lo que significaban la expresión de sus ojos y el cuchillo goteante. Farfullando, se agolparon alrededor de la muchacha, pero a una distancia prudente.

—¿Qué significa esto, Ibn Dammuk? —preguntó Abu Batn.

—No la ha tocado y ella se ha abalanzado sobre él como una fiera.

—Puede que sea una leona —dijo Abu Batn—, pero no hay que hacerle daño.

—¡*Wullah*! —exclamó Ibn Dammuk—, pero hay que domesticarla.

—Dejaremos que la domestique el que pague muchas piezas de oro por ella —replicó el jeque—. Nosotros sólo tenemos que conservarla. Rodeadla, hijos míos, y quitadle el cuchillo. Atadle las muñecas a la espalda, y cuando la otra regrese, habremos recogido el campamento y estaremos listos para partir.

Una docena de fornidos hombres se precipitaron simultáneamente sobre La.

—¡No le hagáis daño! ¡No le hagáis daño! —gritaba Abu Batn, ya que, peleando como una auténtica leona, La intentaba defenderse. Dando cuchilladas a diestro y siniestro con su daga, hizo brotar sangre en más de una ocasión antes de que ellos la dominaran; tampoco lo consiguieron antes de que otro árabe cayera con el corazón horadado, pero al final lograron arrancarle el cuchillo y atarle las muñecas.

Abu Batn dejó a dos guerreros para vigilarla y dedicó su atención a reunir a los pocos criados negros que quedaban en el campamento, a los que obligó a preparar fardos con equipo y provisiones que precisaba. Mientras realizaban este trabajo, supervisados por Ibn Dammuk, el jeque desvalijó las tiendas de los europeos, prestando especial atención a las de Zora Drinov y Zveri, donde esperaba encontrar el oro que el jefe de la expedición tenía fama de poseer en grandes cantidades; no se quedó completamente defraudado, ya que encontró, en la tienda de Zora, una caja que contenía una suma considerable de dinero, aunque en modo alguno la gran cantidad que esperaba, hecho que se debía a la previsión de Zveri, quien personalmente había enterrado la mayor parte de sus fondos bajo el suelo de su tienda.

Zora tuvo un éxito inesperado en su cacería, pues al cabo de poco más de una hora de su partida del campamento había topado con antílopes, y dos rápidos disparos habían abatido sendos miembros del grupo. La muchacha esperó a que los porteadores los despellejaran y adobaran y, luego, regresó tranquilamente al campamento. Tenía la mente ocupada en cierta medida por la inquietante actitud de los árabes, pero no estaba en absoluto preparada para lo que vio cuando, hacia mediodía, se acercaba al claro.

Caminaba delante, seguida inmediatamente por Wamala, quien llevaba sus dos rifles, mientras detrás de ellos iban los porteadores, tambaleantes bajo su pesada carga. Cuando estaba a punto de entrar en el claro, unos

árabes se abalanzaron desde los matorrales a ambos lados del sendero. Dos de ellos agarraron a Wamala y le arrebataron los rifles, mientras otros se apoderaban de Zora. Ella intentó liberarse y sacó su revólver, pero el ataque la había cogido tan por sorpresa que antes de poder realizar nada para defenderse la tenían sujeta y le habían atado las manos a la espalda.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Dónde está Abu Batn, el jeque?

Los hombres se rieron de ella.

—Después le verás —dijo uno—. Tiene otra invitada a la que atender, por eso no ha venido a recibirte —y todos se echaron a reír de nuevo.

Cuando entraba en el claro, donde pudo ver con más claridad el campamento, se quedó atónita ante lo que vio. Todas las tiendas habían sido levantadas. Los árabes estaban apoyados en sus rifles, listos para marchar, cada uno de ellos cargado con un pequeño fardo, mientras los pocos hombres negros que habían quedado en el campamento estaban puestos en fila ante pesadas cargas. El resto del equipo del campamento, que Abu Batn no podía llevarse porque no tenía suficientes hombres para transportarlo, estaba amontonado en el centro del claro, y cuando lo miró vio que unos hombres le estaban prendiendo fuego.

Cuando la llevaron al otro lado del claro, hacia los árabes que aguardaban, la muchacha vio a su invitada entre dos guerreros, con las muñecas atadas como ella. Cerca, frunciendo el ceño con aire malévolo, se hallaba Abu Batn.

—¿Por qué haces esto, Abu Batn? —preguntó Zora.

—Alá estaba encolerizado porque entregaríamos nuestra tierra al nasrani —dijo el jeque—. Hemos visto la luz, y regresamos con los nuestros.

—¿Qué pretendes hacer con esa mujer y conmigo?

—Os llevaremos con nosotros un trecho —respondió Abu Batn—. Conozco a un hombre muy rico que os proporcionará un buen hogar.

—¿Quieres decir que vas a vendernos a algún sultán negro? —preguntó la muchacha.

El jeque se encogió de hombros.

—Yo no lo diría así —dijo—. Digamos, en cambio, que voy a hacer un regalo a un buen amigo y a salvaros, a ti y a esta otra mujer, de una muerte segura en la jungla en caso de que partiéramos sin vosotras.

—Abu Batn, eres un hipócrita y un traidor —exclamó Zora con voz vibrante por el desprecio.

—A la nasrani le gusta insultar —dijo el jeque con una sonrisa afectada —. Quizá si el cerdo, Zveri, no nos hubiera insultado, esto no habría ocurrido.

—O sea que es tu venganza —dijo Zora— porque os reprochó vuestra cobardía en Opar.

—¡Basta! —espetó Abu Batn—. Vamos, hijos míos, marchémonos.

Cuando las llamas lamieron los bordes del gran montón de provisiones y equipo que los árabes se veían obligados a dejar atrás, los desertores emprendieron la marcha hacia el oeste.

Las muchachas marchaban cerca de la cabeza de la columna; los árabes y los porteadores olvidaban completamente que iban dejando huellas en el sendero. Ellas habrían podido hallar cierto consuelo en su situación si hubieran podido conversar, pero La no entendía a nadie y a Zora no le gustaba hablar con los árabes, mientras que Wamala y los otros negros estaban demasiado atrás en la columna para comunicarse con ellos en caso de que hubiera querido hacerlo.

Para pasar el rato, Zora concibió la idea de enseñar a su compañera de desdichas algún idioma europeo, y como en el grupo original la mayoría conocía el inglés, eligió esa lengua para su experimento.

Empezó por señalarse a sí misma diciendo «mujer» y luego a La repitiendo la misma palabra, tras lo cual señaló a varios árabes y dijo «hombre» en cada caso. Era evidente que La comprendió enseguida su intención, pues entró en el juego con interés y prontitud, repitiendo las dos palabras una y otra vez y señalando cada vez a un hombre o a una mujer.

A continuación, la muchacha europea se señaló a sí misma otra vez y dijo: «Zora». Por un instante, La se quedó perpleja, y luego sonrió y asintió.

—Zora —repitió, señalando a su compañera, y luego, rápidamente, se señaló a sí misma con un esbelto dedo índice y dijo—: «La».

Y este fue el principio. Cada hora, La aprendía nuevas palabras, al principio nombres que describían todo objeto familiar que aparecía a la vista. Aprendía con notable celeridad, lo que evidenciaba una mente alerta e inteligente y una memoria retentiva, pues una vez aprendía una palabra ya no la olvidaba. Su pronunciación no siempre era perfecta, pues tenía un claro acento extranjero que no se parecía a ninguno de los que Zora Drinov había oído hasta entonces, y por ello cautivaba a la profesora, que nunca se cansaba de oír recitar a su alumna.

A medida que progresaba la marcha, Zora se dio cuenta de que era poco probable que sus capturadores las maltrataran, pues era evidente que el jeque estaba convencido de que cuanto mejor fuera el estado en que las presentara a su posible comprador, más elevada sería la suma que Abu Batn recibiría.

Su ruta discurría hacia el noroeste, a través de una sección del país de los galla de Abisinia, y por los fragmentos de conversación que Zora oía, se enteró de que Abu Batn y sus seguidores tenían miedo de correr peligro durante esa parte del viaje. Y no erraban al tener miedo, pues durante siglos los árabes han realizado incursiones en territorio galla con el fin de capturar esclavos, y entre los negros que iban con ellos se encontraba un esclavo galla que Abu Batn había traído consigo desde su hogar del desierto.

Tras el primer día, liberaron las manos de las prisioneras, pero siempre estaban rodeadas por guardias árabes, aunque parecía poco probable que una muchacha desarmada se arriesgara a escapar a la jungla, donde se vería rodeada de los peligros de las bestias salvajes o donde encontraría la casi segura muerte por inanición. Sin embargo, si Abu Batn hubiera leído sus pensamientos, se habría asombrado al enterarse de que en la mente de cada una de ellas existía la determinación de escapar a cualquier destino antes que marchar dócilmente hacia un final del que la muchacha europea era plenamente consciente y que La de Opar indudablemente suponía en parte.

La educación de La avanzaba sin contratiempos para cuando el grupo se aproximaba a la frontera del país de los galla, pero entretanto ambas muchachas se habían vuelto conscientes de que una nueva amenaza se cernía sobre La de Opar. Ibn Dammuk marchaba a menudo a su lado, y en sus ojos, cuando la miraba, había un mensaje que no precisaba palabras para ser transmitido. Pero cuando Abu Batn se hallaba cerca, Ibn Dammuk aparentaba ignorar a la prisionera, y esto causaba más temor a Zora, pues la convencía de que el astuto Ibn Dammuk esperaba el momento en que las condiciones fueran favorables para llevar a cabo algún plan que ya había decidido, y no albergaba ninguna duda respecto al propósito general del plan.

En la frontera del país de los galla un río desbordado les hizo detenerse. No podían entrar en Abisinia, al norte, y no se atrevían a ir al sur, donde cabía esperar que les persiguieran. Así que se vieron obligados a aguardar donde estaban.

Y mientras aguardaban, Ibn Dammuk atacó.

IX

EN LA CELDA DE LA MUERTE DE OPAR

UNA VEZ más, Peter Zveri se hallaba ante las murallas de Opar, y, una vez más, el valor de sus soldados negros se disipó al oír los extraños gritos de los habitantes de la ciudad misteriosa. Los diez guerreros que no habían estado antes en Opar, y que se habían ofrecido voluntarios para entrar en la ciudad, se detuvieron, temblando, cuando se oyeron los primeros gritos que helaban la sangre, estridentes y desgarradores, procedentes de las imponentes ruinas.

Miguel Romero guiaba una vez más a los invasores y justo detrás de él iba Wayne Colt. Según el plan, los negros tenían que seguir de cerca a estos dos, mientras el resto de los blancos iría en la retaguardia, donde podrían reunir y animar a los negros, o, si era necesario, obligarles a punta de pistola. Pero los negros no querían siquiera entrar en la abertura del muro exterior, tan desmoralizados estaban por los horripilantes gritos de advertencia que su mente supersticiosa atribuía a demonios malignos, contra los que no había defensa posible y cuya animosidad significaba una muerte casi segura para los que desobedecían sus deseos.

—¡Entrad, sucios cobardes! —gritó Zveri, amenazando a los negros con su revólver, en un esfuerzo por obligarles a pasar por la abertura.

Uno de los guerreros alzó el rifle amenazadoramente.

—Baja el arma, blanco —dijo—. Pelearemos con hombres, pero no lucharemos con los espíritus de los muertos.

—Déjalo, Peter —dijo Dorsky—. Dentro de un minuto los tendremos a todos en contra de nosotros y nos matarán a todos.

Zveri bajó la pistola y empezó a suplicar a los guerreros, prometiéndoles grandes recompensas si acompañaban a los blancos a la ciudad; pero los voluntarios eran obstinados y nada les induciría a entrar en Opar.

Al ver una vez más el fracaso inminente, y con la mente ya obsesionada

con la creencia de que los tesoros de Opar le harían fabulosamente rico y asegurarían el éxito de su plan secreto, Zveri decidió seguir a Romero y a Colt con el resto de sus ayudantes, que eran únicamente Dorsky, Ivitch y el criado filipino.

—Vamos —dijo—, tendremos que intentarlo solos, si esos perros cobardes no quieren ayudarnos.

Cuando los cuatro hombres cruzaron la muralla exterior, Romero y Colt ya habían desaparecido en la muralla interior. Una vez más, el grito de advertencia quebró amenazadoramente el siniestro silencio de la ciudad en ruinas.

—¡Dios! —exclamó Ivitch—. ¿Qué crees que podría ser?

—Cierra el pico —espetó Zveri irritado—. Deja de pensar en ello o te volverás cobarde como esos malditos negros.

Lentamente cruzaron el patio hacia la muralla interior; entre ellos no reinaba un gran entusiasmo aparte del evidente deseo que tenía cada uno de permitir que otro se llevara la gloria de encabezar el avance. Tony había llegado a la abertura cuando le llegó a los oídos un gran estruendo procedente del otro lado del muro, un espantoso coro de gritos de guerra, mezclados con el ruido de pies que corrían. Se oyó un disparo, y después otro y otro.

Tony se volvió para ver si sus compañeros le seguían. Se habían parado y estaban de pie con el rostro demudado, escuchando.

Luego Ivitch se dio la vuelta.

—¡Al diablo con el oro! —exclamó, y echó a correr hacia la muralla exterior.

—Vuelve, cobarde —gritó Zveri, y fue tras él con Dorsky pisándole los talones. Tony vaciló un momento y, luego, se apresuró a seguirles, y ninguno de ellos se detuvo hasta que hubieron pasado la muralla exterior. Allí, Zveri alcanzó a Ivitch y le cogió por el hombro—. Debería matarte —dijo con voz temblorosa.

—Te has alegrado tanto como yo de marcharte de allí —gruñó Ivitch —. ¿Qué sentido tenía entrar? Nos habrían matado como a Colt y a Romero. Eran demasiados. ¿No les has oído?

—Creo que Ivitch tiene razón —terció Dorsky—. Está bien ser valiente, pero tenemos que recordar la causa: si nos matan, todo se perderá.

—¡Pero el oro! —exclamó Zveri—. ¡Pensad en el oro!

—El oro no sirve para nada a los muertos —le recordó Dorsky.

—¿Y nuestros camaradas? —preguntó Tony—. ¿Vamos a dejar que les maten?

—Al diablo el mexicano —dijo Zveri—, y en cuanto al norteamericano, creo que aún podremos disponer de sus fondos si podemos impedir que la noticia de su muerte llegue a la costa.

—¿Ni siquiera vas a tratar de rescatarles? —preguntó Tony.

—No puedo hacerlo solo —dijo Zveri.

—Iré contigo —se ofreció Tony.

—Poco podemos conseguir nosotros dos —masculló Zveri, y luego, en uno de sus súbitos ataques de rabia, avanzó amenazadoramente hacia el filipino.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó—. Aquí mando yo. Cuando quiera tu consejo, te lo pediré.

Cuando Romero y Colt cruzaron la segunda muralla, la parte del interior del templo que veían estaba desierta, y sin embargo eran conscientes de que había movimiento en los rincones más oscuros y en las aberturas de las galerías en ruinas que daban al patio.

Colt miró atrás.

—¿Esperamos a los otros? —preguntó.

Romero se encogió de hombros.

—Me parece que vamos a tener toda esta gloria para nosotros, camarada —dijo con una sonrisa. Colt también sonrió.

—Vamos a ocuparnos de este asunto —dijo—. No veo nada que sea muy aterrador todavía.

—Pero ahí dentro hay algo —dijo Romero—. He visto cosas que se movían.

—Yo también —dijo Colt.

Con los rifles a punto, entraron osadamente al templo; pero no habían ido muy lejos cuando, desde los arcos en sombras y desde las numerosas y lóbregas puertas, salió una horda de hombres horribles y el silencio de la antigua ciudad fue quebrado por espantosos gritos de guerra.

Colt iba delante y siguió andando, disparando por encima de las cabezas de los grotescos sacerdotes guerreros de Opar. Romero vio a varios de los enemigos correr por el lado de la gran sala en la que habían entrado, con la evidente intención de cortarles la retirada. Se giró en redondo y disparó, pero no por encima de sus cabezas. Al darse cuenta de la gravedad de su situación, disparó a matar, y Colt hizo lo mismo, con el resultado de

que los gritos de un par de hombres heridos se mezclaron entonces con los gritos de guerra de sus compañeros.

Romero se vio obligado a retroceder unos pasos para impedir que los oparianos le rodearan. Disparó rápidamente y consiguió frenar el avance por el flanco. Una rápida mirada a Colt le permitió ver que éste se mantenía firme y, en el mismo instante, vio que un garrote que habían lanzado golpeaba al norteamericano en la cabeza. El hombre cayó como un fardo y, al instante, su cuerpo quedó oculto por los horribles hombrecillos de Opar.

Miguel Romero se dio cuenta de que su compañero estaba perdido y, aunque no estaba muerto, él solo no podía hacer nada para rescatarle. Si él escapaba con vida podría considerarse afortunado, y así, sin dejar de disparar, retrocedió hacia la abertura de la muralla interior.

Tras capturar a uno de los invasores, al ver que el otro retrocedía, y temiendo arriesgarse más ante el fuego devastador de la aterradora arma que su único antagonista empuñaba, los oparianos vacilaron.

Romero cruzó la muralla interior, se giró y corrió velozmente hacia la exterior y, un momento más tarde, se había reunido con sus compañeros en la llanura.

—¿Dónde está Colt? —preguntó Zveri.

—Le han golpeado con un garrote y le han capturado —explicó Romero—. Probablemente ya está muerto.

—¿Y le has abandonado? —preguntó Zveri.

El mexicano se volvió a su jefe con furia.

—¿Me lo preguntas tú? Te has puesto pálido y has huido corriendo antes incluso de ver al enemigo. Si nos hubierais respaldado quizá Colt no estaría perdido, pero permitir que entráramos allí solos los dos… no teníamos ni una oportunidad con aquel montón de hombres salvajes. ¿Y me acusas de cobardía?

—Yo no he hecho nada de eso —replicó Zveri malhumorado—. No te he llamado cobarde.

—Pero lo has dado a entender —espetó Romero—, y déjame decirte una cosa, Zveri, y es que me las pagarás.

Detrás de los muros se oyó un salvaje grito de victoria; y mientras retumbaba por las salas deslustradas de Opar, Zveri se alejó, abatido, de la ciudad.

—Es inútil —dijo—. No puedo capturar Opar solo. Nos volvemos al campamento.

Los pequeños sacerdotes que rodeaban a Colt le despojaron de sus armas y le ataron las manos a la espalda. Seguía inconsciente y, así, lo colocaron al hombro de uno de ellos y se lo llevaron al interior del templo.

Cuando Colt recuperó el conocimiento, se encontró echado en el suelo de una gran estancia. Era la sala del trono del templo de Opar, adonde lo habían llevado para que Oah, la suma sacerdotisa, pudiera verle.

Al percibir que su cautivo había vuelto en sí, sus guardias le pusieron en pie bruscamente y le empujaron hacia el pie de la tarima en la que se erguía el trono de Oah.

La escena que de pronto vio ante sí produjo en Colt la clara impresión de que era víctima de una alucinación o un sueño. La cámara exterior de las ruinas en la que había caído no sugería el tamaño y la magnificencia semibárbara de aquella gran estancia, la grandiosidad apenas disminuida por el paso del tiempo.

Vio ante él, sentada en un adornado trono, a una joven mujer de excepcional belleza física, rodeada de la grandiosidad semisalvaje de una civilización antigua. Unos hombres grotescos y peludos y hermosas doncellas formaban su séquito. Sus ojos, posados en él, eran fríos y crueles; su porte, altivo y desdeñoso. Un guerrero achaparrado, más parecido a un simio que a un hombre, se dirigía a ella en una lengua desconocida para el norteamericano.

Cuando hubo terminado, la muchacha se levantó del trono y, sacando un largo cuchillo de su cinto, lo levantó por encima de su cabeza mientras hablaba rápidamente con los ojos fijos en el prisionero.

De entre un grupo de sacerdotisas situadas a la derecha del trono de Oah, una muchacha muy joven miraba al prisionero con los ojos entrecerrados, y bajo las placas doradas que ocultaban sus suaves y blancos senos, el corazón de Nao palpitaba por los pensamientos que la contemplación de aquel extraño guerrero engendraba en ella.

Cuando Oah hubo terminado de hablar, se llevaron a Colt, que ignoraba el hecho de que había estado escuchando la sentencia de muerte impuesta sobre él por la suma sacerdotisa del Dios Llameante. Sus guardias le condujeron a una celda que estaba justo al entrar en un túnel que iba de la sala del sacrificio a los fosos subterráneos de la ciudad, y como no estaba completamente bajo tierra, entraban aire y luz por una ventana y por entre los barrotes de la puerta. Allí le dejaron, después de quitarle las ataduras de las muñecas.

A través del ventanuco de su celda, Wayne Colt miró el patio interior del Templo del Sol de Opar. Vio las galerías que lo rodeaban, que se alzaban piso tras piso hasta la cima de un alto muro. Vio el altar de piedra en el centro del patio, y las manchas marrones en él y en el pavimento, a sus pies, le indicaron lo que las palabras ininteligibles de Oah habían sido incapaces de transmitir. Por un instante, se le cayó el alma a los pies y un estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando observó la imposibilidad de escapar al destino que le esperaba. No era posible confundir la finalidad del altar que contemplaba y su relación con las calaveras sonrientes de anteriores sacrificios humanos que le miraban con las cuencas vacías desde sus hornacinas en los muros que le rodeaban.

Fascinado por el horror de su situación, se quedó mirando fijamente el altar y los cráneos, pero luego recuperó el control de sí mismo y se sacudió de encima el miedo; sin embargo, la desesperada situación siguió deprimiéndole. Sus pensamientos se volvieron hacia su compañero. Se preguntó cuál habría sido el destino de Romero. Era, en verdad, un camarada valiente; en realidad, era el único miembro del grupo que había impresionado favorablemente a Colt o en cuya compañía había hallado placer. Los otros le habían parecido o unos ignorantes fanáticos o unos avariciosos oportunistas, mientras que la actitud y la manera de hablar del mexicano le señalaban como un bondadoso soldado de fortuna, que ofrecería alegremente su vida en cualquier causa que momentáneamente le atrajera, más por la excitación y la aventura que por cualquier propósito serio. No sabía, claro está, que Zveri y los demás le habían abandonado; pero confiaba en que Romero no lo hubiera hecho antes de que su causa se hubiera vuelto completamente inútil o hasta que el propio mexicano hubiera resultado muerto o capturado.

Colt pasó el resto de la larga tarde reflexionando en soledad sobre su situación. Anocheció y no hubo señales de sus captores. Se preguntó si tenían intención de dejarle allí sin comida ni agua, o si, por casualidad, la ceremonia en la que le ofrecerían en sacrificio en aquel lúgubre altar manchado de sangre estaba previsto que comenzara tan pronto que les parecía innecesario ocuparse de sus necesidades físicas.

Se había tumbado en la dura superficie parecida al cemento del suelo de la celda y trataba de hallar alivio momentáneo en el sueño, cuando le llamó la atención la sombra de un ruido procedente del patio donde se encontraba el altar. Al escuchar, estuvo seguro de que alguien se acercaba; se levantó

con sigilo para acercarse al ventanuco y miró fuera. En la oscuridad de la noche, mitigada sólo por la débil luz de estrellas distantes, vio algo que se movía por el patio en dirección a su celda, pero no supo distinguir si era hombre o animal; y entonces, de alguna parte elevada de entre las ruinas, brotó en el silencio de la noche el largo grito que ahora le pareció al norteamericano que formaba, igual que las propias ruinas, de la ciudad misteriosa de Opar.

Era un grupo hosco y desanimado el que regresaba al campamento del borde de la jungla bajo la barrera de acantilados de Opar, y cuando llegaron encontraron sólo más desorganización y desánimo.

No perdieron tiempo narrando a los miembros de la expedición que regresaba la historia del centinela que había sido arrastrado a la jungla, por la noche, por un demonio, del que el hombre había logrado escapar antes de ser devorado. Aún estaba fresco en su mente el asunto de la muerte de Raghunath Jafar, y los nervios de los que habían estado ante los muros de Opar no estaban muy serenos después de aquella experiencia, así que fue un grupo nervioso el que acampó aquella noche bajo-los oscuros árboles del borde de la lúgubre jungla, con suspiros de alivio, esperando la llegada del amanecer.

Más tarde, cuando habían emprendido la marcha hacia el campamento base, el espíritu de los negros poco a poco regresó a la normalidad y se alivió la tensión que habían sufrido durante días, pero los blancos estaban serios y malhumorados. Zveri y Romero no se hablaban, mientras que Ivitch, como todos los caracteres débiles, alimentaba el rencor contra todos debido a su propia exhibición de cobardía durante el fiasco de Opar.

Desde el interior de un árbol hueco en el que se había estado escondiendo, el pequeño Nkima vio pasar la columna; y cuando le pareció que no corría peligro, salió de su escondite y, dando saltos en la rama de un árbol, les gritó horribles amenazas e insultos.

Tarzán de los Monos estaba tumbado boca abajo sobre el lomo de Tantor, el elefante, con los codos sobre la ancha cabeza y las manos formando copa para sostener la barbilla. Su búsqueda del rastro de La de Opar había sido inútil. Si la tierra se hubiera abierto y la hubiera tragado no habría desaparecido de forma más eficaz.

Tarzán había tropezado hoy con Tantor y, como tenía por costumbre

desde que era niño, se entretuvo en aquella silenciosa comunión con el sagaz viejo patriarca de la selva, que siempre parecía impartir al hombre algo de la gran fuerza de carácter de la bestia. Había un ambiente de pacífica estabilidad en Tantor que llenaba al hombre mono de paz y tranquilidad; y Tantor, por su parte, recibía con agrado la compañía del Señor de la Jungla, que era la única criatura sobre dos patas a la que veía con amistad y afecto.

Las bestias de la jungla no reconocen amo alguno, y mucho menos al cruel tirano que conduce al hombre civilizado en su loca carrera de la cuna a la tumba: el Tiempo, el dueño de incontables millones de esclavos. El Tiempo, el aspecto mensurable de la duración, era inconmensurable para Tarzán y Tantor. De todos los vastos recursos que la naturaleza había puesto a su disposición, había sido más pródiga con el Tiempo, ya que había concedido a cada uno todo el que pudieran utilizar durante su vida entera, por mucho que lo gastaran. Tan grande era la provisión de Tiempo que no se podía malgastar, ya que siempre había más, incluso en el momento de la muerte, tras la cual, junto con todas las cosas, dejaba de ser esencial para el individuo. Por lo tanto, Tarzán y Tantor no malgastaban el tiempo cuando estaban juntos en silenciosa meditación; pero aunque el Tiempo y el espacio no tienen fin, ya en curvas, ya en línea recta, todas las demás cosas deben terminar; y así, la quietud y la paz que los dos amigos disfrutaban se vieron quebradas de pronto por los gritos excitados de un diminuto mono en el follaje de un gran árbol cercano.

Era Nkima. Había encontrado a su Tarzán, y su alivio y alegría despertaron la jungla al límite de su estridente vocecita. Perezosamente, Tarzán se giró y levantó la mirada hacia el ruidoso simio; y entonces Nkima, satisfecho ahora, sin sombra de duda, porque éste era, en verdad, su amo, se lanzó hacia abajo para aterrizar sobre el cuerpo bronceado del hombre mono. Unos brazos peludos y delgados rodearon el cuello de Tarzán cuando Nkima se abrazó a ese puerto de refugio, que le proporcionaba aquellos breves momentos de su vida en que podía disfrutar de los arrebatos de un complejo de superioridad temporal. En el hombro de Tarzán se sentía casi temerario y podía insultar con impunidad al mundo entero.

—¿Dónde has estado, Nkima? —preguntó Tarzán.

—Buscando a Tarzán —respondió el mono.

—¿Qué has visto desde que te dejé en los muros de Opar? —quiso

saber el hombre mono.

—He visto muchas cosas. He visto al gran mangani bailar a la luz de la luna en torno al cuerpo muerto de Sheeta. He visto a los enemigos de Tarzán marchando por la jungla. He visto a Histah atracándose con la carne de Bara.

—¿Has visto a una hembra tarmangani? —preguntó Tarzán.

—No —respondió Nkima—. No había hembras entre los gomangani y tarmangani enemigos de Tarzán. Sólo machos, y regresaban hacia el lugar donde Nkima les vio la primera vez.

—¿Cuándo fue eso? —pidió Tarzán.

—Kudu había ascendido a los cielos una corta distancia de la oscuridad cuando Nkima vio a los enemigos de Tarzán regresando al lugar donde les vio la primera vez.

—Quizá sea mejor ver qué pretenden —dijo el hombre mono.

Dio unas palmadas afectuosas a Tantor con la mano abierta para despedirse, se puso de pie y saltó a las ramas de un árbol; mientras, lejos, Zveri y su grupo avanzaban penosamente por la jungla hacia su campamento base.

Tarzán de los Monos no sigue caminos de tierra, sino otros donde la densidad de la jungla le ofrece la libertad de caminos frondosos, y así se mueve de un lado a otro con una velocidad que a menudo ha desconcertado a sus enemigos.

Ahora se movía casi en línea recta, de modo que alcanzó a la expedición cuando ésta preparaba el campamento para pasar la noche. Mientras les observaba detrás de una cortina de hojas, observó, aunque sin sorpresa, que no iban cargados con el tesoro de Opar.

Como el éxito y la felicidad de los habitantes de la jungla, incluso la vida misma, dependen en gran medida de sus poderes de observación, Tarzán había desarrollado el suyo en un alto grado de perfección. En su primer encuentro con este grupo se había familiarizado con el rostro, el físico y el porte de cada uno de sus principales miembros y de muchos de sus humildes guerreros y porteadores, por lo que enseguida se dio cuenta de que Colt ya no formaba parte de la expedición. La experiencia permitió a Tarzán trazar un retrato bastante exacto de lo que había ocurrido en Opar y del probable destino del hombre que faltaba.

Años atrás, había visto a sus valientes waziri dar media vuelta y huir al oír los extraños gritos de advertencia que brotaban de la ciudad en ruinas, y

no le costó adivinar que Colt, en un intento por guiar a los invasores de la ciudad, había sido abandonado y hallado o la muerte o la captura en el siniestro interior. Sin embargo, esto no preocupaba mucho a Tarzán. Aunque Colt le había atraído por aquel tenue e invisible poder conocido como personalidad, aún le consideraba uno de sus enemigos, y si estaba muerto o le habían capturado no le importaba.

Desde el hombro de Tarzán Nkima miraba el campamento, pero se mantenía callado tal como Tarzán le había ordenado. Nkima veía muchas cosas que le habría gustado poseer, y en particular anhelaba una camisa roja de calicó que llevaba uno de los askaris. Le parecía en verdad magnífica, pues destacaba entre la desnudez de la mayoría de los negros. Nkima deseaba que su amo bajara y los matara a todos, pero en particular al hombre de la camisa roja; porque, en el fondo, Nkima estaba sediento de sangre, por lo que era una suerte para la paz de la jungla el que no hubiera nacido gorila. Pero la mente de Tarzán no estaba puesta en la matanza. Tenía otros medios de desbaratar las actividades de aquellos extraños. Durante el día había cobrado una pieza, y ahora se retiró a una distancia segura del campamento y satisfizo su hambre, mientras Nkima buscaba huevos de pájaro, fruta e insectos.

Y así cayó la noche, y cuando hubo envuelto la jungla en una impenetrable oscuridad, aliviada sólo por las fogatas del campamento, Tarzán regresó a un árbol desde donde observar las actividades de la expedición acampada. Les contempló en silencio durante largo rato, y luego, de repente, levantó la voz para lanzar un largo grito que imitaba a la perfección el espantoso grito de advertencia de los defensores de Opar.

El efecto que produjo en el campamento fue instantáneo. Cesaron la conversación, los cantos y las risas. Por unos instantes, los hombres se quedaron paralizados de terror. Luego, cogieron sus armas y se acercaron más al fuego.

Con la sombra de una sonrisa en los labios, Tarzán se alejó en la jungla.

X

EL AMOR DE UNA SACERDOTISA

IBN DAMMUK había aguardado el momento y ahora, en el campamento montado junto al río desbordado, al borde del país de los galla, él, al menos, encontró la oportunidad que tanto había esperado. La vigilancia de las dos prisioneras se había relajado un poco, debido en gran medida a la creencia que albergaba Abu Batn de que las mujeres no se atreverían a ir al encuentro de los peligros de la jungla intentando huir de sus capturadores que, al mismo tiempo, eran sus protectores de peligros aún mayores. Sin embargo, había calculado mal el valor y los recursos de sus dos cautivas, quienes, sin que él lo supiera, aguardaban sin cesar la primera oportunidad de escapar. Este hecho también dio ventaja a Ibn Dammuk.

Con gran astucia consiguió los servicios de uno de los negros que habían sido obligados a acompañarles desde el campamento base y que prácticamente era un prisionero. Prometiéndole la libertad, Ibn Dammuk se había ganado fácilmente la aquiescencia del hombre en el plan que había trazado.

Se había montado una tienda separada para las dos mujeres, y ante ella se sentaba un solo centinela, cuya presencia Abu Batn consideraba más que suficiente para su propósito, que era, quizás, aún más, proteger a las mujeres de sus propios seguidores que impedir un intento de huida que difícilmente se produciría.

Aquella noche, que Ibn Dammuk había elegido para su fechoría, era la que había estado esperando, ya que encontró de guardia ante la tienda de las cautivas a uno de sus hombres, un miembro de su propia tribu, que estaba obligado por la ley de la lealtad hereditaria a servirle y obedecerle. En la jungla, justo detrás del campamento, esperaba Ibn Dammuk con otros dos miembros de su tribu, cuatro esclavos que habían traído del desierto y el porteador negro que iba a conseguir su libertad gracias al trabajo de aquella noche.

El interior de la tienda que habían preparado para Zora y La estaba iluminado con una linterna de papel, en la que ardía débilmente una vela; y a esta escasa luz las dos muchachas estaban sentadas, charlando en el inglés recién aprendido por La, que como mucho era chapurreado. Sin embargo, era mucho mejor que no tener ningún medio de comunicación y proporcionaba a las dos muchachas el único placer de que disfrutaban. Quizá no era una notable coincidencia que aquella noche hablaran de huir y planearan hacer un agujero en la parte posterior de su tienda por el que escabullirse hasta la jungla después de que el campamento se hubiera dispuesto a pasar la noche y su centinela estuviera dormitando en su puesto. Y mientras conversaban, el centinela se levantó y se alejó, y unos instantes después oyeron que alguien rascaba en la parte posterior de la tienda. Su conversación cesó, y se quedaron sentadas con los ojos fijos en el punto donde el tejido de la tienda se movía con la presión que se ejercía desde fuera al arañar.

Entonces una voz habló en susurros:

—¡*Memsahib* Drinov!

—¿Quién es? ¿Qué quieres? —preguntó Zora en voz baja.

—He encontrado la manera de escapar. Puedo ayudaros.

—¿Quién eres? —quiso saber Zora.

—Soy Bukula —y Zora reconoció de inmediato ese nombre como el de uno de los negros a los que Abu Batn había obligado a acompañarles desde el campamento base.

—Apagad la linterna —susurró Bukula—. El centinela se ha ido. Entraré y os contaré mis planes.

Zora se levantó y apagó la vela, y unos instantes después las dos cautivas vieron a Bukula arrastrarse al interior de la tienda.

—Escucha, *memsahib* —dijo—, los muchachos que Abu Batn robó del bwana Zveri se escapan esta noche. Volvemos al safari. Os llevaremos con nosotros, si queréis venir.

—Sí —dijo Zora—, iremos.

—¡Bien! —exclamó Bukula—. Ahora, escuchad bien lo que voy a deciros. El centinela-no regresará, pero no podemos irnos todos a la vez. Primero llevaré a esta otra *memsahib* conmigo hasta la jungla, donde me esperan los muchachos; luego, regresaré por ti. Habla con ella; dile que me siga y que no haga ruido.

Zora se volvió a La.

—Sigue a Bukula —le dijo—. Nos vamos esta noche. Yo iré después.

—Entiendo —respondió La.

—De acuerdo, Bukula —dijo Zora—. Lo ha entendido.

Bukula se acercó a la entrada de la tienda y echó un rápido vistazo al campamento.

—¡Vamos! —dijo, y, seguido por La, desapareció enseguida de la vista de Zora.

La muchacha europea se daba perfecta cuenta del riesgo que corría yendo sola a la jungla con aquellos negros medio salvajes; sin embargo, confiaba en ellos mucho más que en los árabes y, además, tenía la sensación de que ella y La juntas podrían evitar cualquier traición por parte de cualquiera de los negros, pues sabía que la mayoría de ellos serían leales y fieles. Esperando en el silencio y la soledad de la oscura tienda, a Zora le pareció que Bukula se tomaba un tiempo innecesariamente largo para regresar por ella; pero cuando los minutos fueron pasando uno tras otro, lentamente, hasta que le pareció que llevaba horas esperando y no había señales ni del negro ni del centinela, sus temores despertaron. Entonces decidió no esperar más a Bukula, sino salir a la jungla en busca del grupo fugitivo. Pensó que quizá Bukula no había podido regresar sin correr el riesgo de ser descubierto y que esperaban detrás del campamento el momento favorable para volver por ella.

Cuando se levantó para poner en práctica su decisión, oyó pasos que se acercaban a la tienda y, pensando que eran de Bukula, esperó; pero, en cambio, vio la silueta de la ondulante túnica y el mosquete de cañón largo de un árabe recortándose en la menor oscuridad del exterior, cuando el hombre asomó la cabeza en la tienda.

—¿Dónde está Hajellan? —preguntó, dando el nombre del centinela que se había ido.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —espetó Zora con voz soñolienta—. ¿Por qué nos despiertas en mitad de la noche? ¿Somos acaso las guardianas de tus hombres?

El tipo gruñó algo a modo de respuesta y luego se dio la vuelta y empezó a gritar por el campamento, anunciando a todos los que escuchaban que Hajellan había desaparecido y preguntando si alguien le había visto. Otros guerreros se acercaron entonces, y hubo muchas especulaciones respecto a lo que se habría hecho de Hajellan. Gritaron muchas veces el nombre del desaparecido, pero no hubo respuesta y, por último, el jeque se

acercó e interrogó a todo el mundo.

—¿Las mujeres todavía están en la tienda? —preguntó al nuevo centinela.

—Sí —respondió el hombre—. He hablado con ellas.

—Es extraño —dijo Abu Batn, y entonces gritó—: ¡Ibn Dammuk! ¿Dónde estás, Ibn? Hajellan era uno de mis hombres. —No hubo respuesta —. ¿Dónde está Ibn Dammuk?

—No está aquí —dijo un hombre que se hallaba cerca del jeque.

—Tampoco están Hazle y Dareyem —dijo otro.

—Registrad el campamento, a ver quiénes faltan —ordenó Abu Batn; y cuando hubieron realizado la búsqueda, descubrieron que faltaban Ibn Dammuk, Hajellan, Hazle y Dareyem, además de cinco de los negros.

—Ibn Dammuk nos ha abandonado —dijo Abu Batn—. Bueno, dejémoslo estar. Así seremos menos a repartir la recompensa que conseguiremos cuando nos paguen por las dos mujeres —y así, conformándose con la pérdida de cuatro buenos luchadores, Abu Batn regresó a su tienda y reanudó el sueño interrumpido.

Con el peso del temor por el destino de La y defraudada porque no había podido escapar, Zora pasó la noche casi sin dormir; sin embargo, por suerte para su paz mental, no conocía la verdad.

Bukula se adentró en silencio en la jungla, seguido por La; y cuando hubieron recorrido una corta distancia desde el campamento, la muchacha vio al frente las oscuras siluetas de unos hombres formando un grupito. Los árabes, con sus reveladores *thobs*, estaban escondidos en la maleza, pero sus esclavos se habían quitado la túnica blanca y, con Bukula, se hallaban desnudos salvo por un taparrabo, con lo que la muchacha creyó que sólo la esperaban prisioneros negros de Abu Batn. Sin embargo, cuando estuvo entre ellos, se dio cuenta de su error; pero era demasiado tarde para salvarse, pues enseguida muchas manos la agarraron y la amordazaron antes de que pudiera dar la alarma. Aparecieron Ibn Dammuk y sus compañeros árabes, y el grupo avanzó en silencio a través de la oscura jungla, aunque no antes de que hubieran sojuzgado a la suma sacerdotisa del Dios Llameante, atándole las manos a la espalda y colocándole una cuerda en torno al cuello.

Huyeron durante toda la noche, pues Ibn Dammuk suponía, con razón, cómo sería la ira de Abu Batn cuando, por la mañana, descubriera el engaño de que había sido objeto; y cuando amaneció, se hallaban muy lejos

del campamento, pero Ibn Dammuk quiso seguir adelante, tras una breve parada para desayunar apresuradamente.

Hacía rato que habían retirado la mordaza de la boca de La, y ahora Ibn Dammuk caminaba a su lado, pavoneándose de su presa. Le hablaba a la muchacha, pero La no le entendía y se limitaba a seguir andando con altivo desdén, aguardando el momento en que pudiera vengarse y lamentando interiormente la separación de Zora, por la que había comenzado a sentir un extraño afecto.

Hacia mediodía el grupo se apartó del sendero de caza que habían estado siguiendo y montaron campamento cerca del río. Allí, Ibn Dammuk cometió un error fatal. Movido por la pasión provocada por la proximidad con la hermosa mujer hacia la que sentía un loco enamoramiento, el árabe cedió a su deseo de estar a solas con ella; se la llevó por un pequeño sendero que discurría paralelo al río fuera de la vista de sus compañeros, y, cuando se hubieron alejado unos cien metros del campamento, la cogió en sus brazos y quiso besarla en los labios.

Fue como si hubiera abrazado un león. En el calor, de su pasión se olvidó de muchas cosas, entre ellas de la daga que siempre llevaba colgaba a un lado. Pero La de Opar no la había olvidado. Al llegar la luz del día había visto esa daga y desde aquel momento la había codiciado; y ahora, cuando el hombre se apretó a ella, la mano de la muchacha buscó y encontró el mango del cuchillo. Por un instante hizo ver que se rendía. Abandonó su cuerpo, mientras sus brazos, firmes y bellamente redondeados, se colocaban uno en el hombro derecho del hombre y el otro bajo el izquierdo. Pero aún no le entregó sus labios, y luego, cuando él forcejeaba para poseerlos, la mano que tenía en el hombro le agarró de pronto por el cuello. Los largos dedos que parecían tan suaves se volvieron garras de acero que se cerraban en su garganta; y, al mismo tiempo, la mano que tan suavemente había bajado por el brazo izquierdo le clavó su propia daga en el corazón desde debajo del omóplato.

El único grito que habría podido lanzar fue ahogado en su garganta. Por un instante, la alta figura de Ibn Dammuk permaneció rígidamente erecta; luego, se derrumbó hacia delante y la muchacha lo dejó resbalar al suelo. Le dio un puntapié y, luego, le despojó de la funda de la daga, secó la hoja ensangrentada en el *thob* del hombre y se apresuró a seguir el pequeño sendero del río hasta que encontró una abertura en la maleza que se alejaba del agua. Siguió adelante hasta que el agotamiento la venció; y entonces,

con las fuerzas que le quedaban trepó a un árbol en busca del descanso que tanto necesitaba.

Wayne Colt observó la figura en sombras acercarse a la boca del corredor donde se encontraba su celda. Se preguntó si era un mensajero de la muerte que iba a buscarle para el sacrificio. La sombra se fue acercando hasta que al fin se detuvo ante los barrotes de la puerta de su celda; y entonces le habló una voz suave, en susurros y en una lengua que él no comprendía, y se dio cuenta de que su visitante era una mujer.

Azuzado por la curiosidad, se acercó a los barrotes. Una mano suave penetró entre ellos y le tocó, casi acariciándole. Una luna llena se elevó por encima de los altos muros que rodeaban el patio de los sacrificios e iluminó de pronto la boca del corredor y la entrada a la celda de Colt con una luz plateada, y gracias a ella el norteamericano vio la figura de una muchacha joven apretada contra el frío hierro de la reja. La muchacha le entregó comida y, cuando él la cogió, le acarició la mano, la acercó a los barrotes y apretó sus labios contra ella.

Wayne Colt estaba desconcertado. No sabía que Nao, la pequeña sacerdotisa, había sido víctima del amor a primera vista, que a sus ojos, acostumbrados a la vista de hombres sólo en la forma de los peludos y grotescos sacerdotes de Opar, este extranjero en verdad parecía un dios.

Un leve ruido llamó la atención de Nao hacia el patio y, al volverse, la luz de la luna le iluminó el rostro y el norteamericano vio que era hermoso. Luego, se volvió de nuevo hacia él, con sus ojos oscuros llenos de adoración, sus labios gruesos y sensibles temblando de emoción cuando, sin soltarle la mano, habló con rapidez en tono bajo.

La muchacha trataba de decirle a Colt que a mediodía del segundo día le ofrecerían en sacrificio al Dios Llameante, que ella no deseaba que muriera y, si era posible, le ayudaría, pero que no sabía cómo.

Colt meneó la cabeza.

—No te entiendo, pequeña —dijo, y Nao, aunque no podía interpretar sus palabras, percibió la inutilidad de las suyas. Luego, alzando una de sus manos, trazó un gran círculo en un plano vertical de este a oeste con un esbelto dedo índice, indicando el recorrido del sol en el cielo; y luego empezó a trazar un segundo círculo, que se detuvo en el cenit, indicando el mediodía del segundo día. Por un instante la mano que tenía levantada se quedó en el aire, y, luego, los dedos se cerraron en torno de un imaginario

cuchillo del sacrificio y hundió la invisible punta en su pecho.

—Así te destruirá Oah —dijo, pasando la mano entre los barrotes y tocando a Colt en el corazón.

El norteamericano creyó entender el significado de su pantomima, la cual repitió, hundiendo un cuchillo imaginario en su pecho y mirando a Nao con aire interrogador. Como respuesta ella asintió con aire triste y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Con la misma claridad que si hubiera entendido sus palabras, Colt se dio cuenta de que se trataba de una amiga que le ayudaría si podía, y entonces pasó las manos por entre los barrotes, atrajo a la muchacha suavemente hacia sí y apretó los labios en su frente. Con un sollozo bajo, Nao le rodeó el cuello con los brazos y apretó la cara contra la de Colt. Luego, de repente, le soltó, se volvió y se apresuró a marcharse, sin hacer ruido, para desaparecer en las tenebrosas sombras de una arcada que había a un lado del patio del sacrificio.

Colt comió lo que ella le había traído y, durante largo rato, permaneció reflexionando sobre las inexplicables fuerzas que rigen los actos de los hombres. Qué serie de circunstancias de un misterioso pasado habían producido aquel único ser humano en una ciudad de enemigos en la que, sin saberlo, debía de haber existido siempre un germen de potencial amistad hacia él, un completo extraño, con cuya existencia ella ni siquiera podía haber soñado hasta aquel día. Trató de convencerse de que la muchacha se había visto impulsada a actuar como lo había hecho por piedad, pero en el fondo sabía que la había empujado un motivo más poderoso.

Colt se había sentido atraído por muchas mujeres, pero nunca había amado a ninguna, y se preguntaba si aquélla era la manera en que aparecía el amor y si algún día sería presa de él como lo había sido aquella muchacha; y se preguntó asimismo si, en caso de que las condiciones hubieran sido diferentes, él se habría sentido atraído por ella. Si no, entonces parecía haber algún error en el esquema de las cosas; y, con estos pensamientos, se quedó dormido en el duro suelo de su celda.

Con la mañana llegó un peludo sacerdote que le dio comida y agua, y durante el día vinieron otros y le observaron, como si fuera una bestia salvaje en un zoológico. Y así transcurrió el día, lentamente, y una vez más llegó la noche, su última noche.

Trató de imaginar cómo sería la ceremonia final. Le parecía casi

increíble que en el siglo XX fuera a ser ofrecido como sacrificio humano a alguna deidad pagana; no obstante, los gestos de la muchacha y la evidencia concreta del altar manchado de sangre y los sonrientes cráneos le aseguraban que este debía de ser el destino que le esperaba al día siguiente. Pensó en su familia y en sus amigos; nunca sabrían qué había sido de él. Sopesó su sacrificio en relación con la misión que había emprendido y no lamentó nada, pues sabía que no había sido en vano. Muy lejos, ya cerca de la costa, se encontraba el mensaje que había enviado con el mensajero. Eso aseguraría que él no había fracasado en su parte en favor de un gran principio para el que, en caso necesario, estaba dispuesto a entregar su vida. Se alegraba de haber actuado con prontitud y enviado el mensaje cuando lo había hecho, pues ahora podía afrontar la muerte sin vanos remordimientos.

No quería morir, y durante el día hizo muchos planes para aprovechar la más mínima oportunidad de escapar que se le pudiera presentar.

Se preguntaba qué se había hecho de la muchacha y si volvería ahora que era oscuro. Deseaba que lo hiciera, pues ansiaba la compañía de un amigo durante sus últimas horas; pero a medida que transcurría la noche, dejó de tener esperanzas y trató de olvidar el mañana con el sueño.

Mientras Wayne Colt se movía inquieto en su duro catre, Firg, un sacerdote inferior de Opar, roncaba sobre su jergón de paja en el pequeño y oscuro hueco que constituía su dormitorio. Firg era el guardián de las llaves, y tan inculcada tenía la importancia de sus obligaciones que jamás permitía que nadie tocara siquiera los sagrados emblemas de su confianza, y probablemente debido a ello se sabía que Firg moriría en defensa de aquellos que habían confiado en él. Sólo injustamente habría podido reclamar Firg intelectualidad alguna, si hubiera sabido que tal cosa existía. Sólo era un bruto redomado y, como muchos hombres, estaba muy por debajo de los llamados brutos en muchas de las actividades mentales. Cuando dormía, todas sus facultades estaban dormidas, lo cual no ocurre con las bestias salvajes.

La celda de Firg se encontraba en uno de los pisos superiores de las ruinas que aún permanecían intactos. Estaba en un corredor que daba la vuelta al patio del templo principal, un corredor que ahora se hallaba sumido en la más profunda sombra, ya que la luna ya había pasado; de modo que la figura que avanzaba con sigilo hacia la entrada de la cámara de Firg habría sido percibida sólo por alguien que se hallara muy cerca. Se movía en silencio pero sin vacilar, hasta que llegó a la entrada tras la cual

yacía Firg. Allí se paró, aguzó el oído y, cuando oyó los fuertes ronquidos de Firg, entró con rapidez. Avanzó directamente hacia el lado del hombre que dormía y allí se arrodilló, palpó levemente su cuerpo con una mano mientras con la otra asía un largo y afilado cuchillo que blandía constantemente sobre el peludo pecho del sacerdote.

Por fin encontró lo que buscaba: una gran anilla en la que estaban colgadas varias llaves enormes. Una correa de cuero ataba la anilla al cinto de Firg, y con la hoja de la daga intentó el visitante nocturno cortar la correa. Firg se agitó, y al instante la criatura que estaba a su lado se quedó paralizada. Luego, el sacerdote se movió, inquieto, y se puso a roncar de nuevo, y una vez más la daga serró la correa de cuero. Inesperadamente atravesó la correa y tocó ligeramente la anilla de metal, pero sólo lo suficiente para que las llaves oscilaran un poco.

Al instante Firg despertó, pero no se levantó. Nunca más se levantaría.

En silencio, velozmente, antes de que la estúpida criatura se pudiera dar cuenta del peligro que corría, la afilada hoja de la daga le había traspasado el corazón.

Firg se desplomó sin hacer ruido. Su asesino vaciló un momento con la daga en suspenso como para asegurarse de que el trabajo estaba bien hecho. Luego, secó las manchas de la hoja de la daga con el taparrabo de la víctima y la figura se levantó y se apresuró a salir de la cámara, con las grandes llaves en la anilla de oro.

Colt se agitó inquieto en su sueño y, luego, despertó con un sobresalto. A la luz de la luna vio una figura tras la reja de su celda. Oyó que una llave giraba en la enorme cerradura. ¿Podía ser que fueran a buscarle? Se puso en pie, con el firme pensamiento de la necesidad urgente de escapar. Y cuando la puerta se abrió, habló una voz suave y supo que la muchacha había regresado.

La joven entró en la celda y arrojó los brazos al cuello de Colt, pegando sus labios a los de él. Por un momento se quedó aferrada a él, y luego le soltó, le cogió una de las manos y le instó a seguirla; el norteamericano abandonó de buena gana el deprimente interior de la celda de la muerte.

Con pasos silenciosos Nao le guió tras la esquina del patio del sacrificio y a través de un oscuro arco que daba a un siniestro corredor. Manteniéndose siempre en las sombras, le llevó por una tortuosa ruta a través de las ruinas hasta que, tras lo que a Colt le pareció una eternidad, la muchacha abrió una robusta puerta baja de madera y le hizo entrar en la

gran sala del templo, a través de cuyo portal se veía la muralla interior de la ciudad.

Allí Nao se paró, se acercó al hombre y le miró a los ojos. De nuevo sus brazos le rodearon el cuello y de nuevo apretó sus labios a los de él. Sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas y la voz se le quebraba en pequeños sollozos que ella trataba de ahogar mientras derramaba su amor en los oídos del hombre que no la entendía.

Le había llevado allí para ofrecerle la libertad, pero aún no podía dejarle ir. Se aferraba a él, acariciándole y haciéndole carantoñas.

Le retuvo durante un cuarto de hora, y Colt no tenía corazón para apartarse de ella, pero al fin le soltó y señaló hacia la abertura de la muralla interior.

—¡Vete! —le dijo—, y llévate el corazón de Nao. Jamás volveré a verte, pero al menos siempre tendré el recuerdo de esta hora, que me acompañará toda la vida.

Wayne se inclinó y le besó la mano, aquella esbelta manita salvaje que había matado para que el ser amado viviera. Aunque de esto Wayne nada sabía.

La joven apretó su daga con la funda para que Colt no saliera al mundo salvaje desarmado, y después él se apartó de ella y se dirigió lentamente hacia la muralla interior. En la entrada de la abertura se detuvo y se volvió. Débilmente, a la luz de la luna, vio la figura de la pequeña sacerdotisa de pie, muy erguida, en las sombras de las antiguas ruinas. Levantó la mano e hizo un último y silencioso gesto de despedida.

Una gran tristeza invadió a Colt cuando franqueaba la muralla interior y cruzaba el patio hacia la libertad, pues sabía que dejaba atrás un corazón triste y sin esperanzas, en el seno de alguien que debía de haberse arriesgado a morir para salvarle, una amiga de la que no se llevaría sino un vago recuerdo de un rostro adorable sólo entrevisto, una amiga cuyo nombre desconocía, de la que tendría el recuerdo de apasionados besos y una daga.

Y así, mientras Wayne Colt cruzaba la llanura de Opar, iluminada por la luna, la alegría de su huida quedaba enturbiada por la tristeza que le producía recordar la figura de la desamparada pequeña sacerdotisa de pie en las sombras de las ruinas.

XI

PERDIDO EN LA JUNGLA

LOS HOMBRES del campamento de los conspiradores tardaron un rato en disponerse a descansar de nuevo tras el horripilante grito que habían oído.

Zveri creía que les había seguido una banda de guerreros oparianos, que tal vez pensaban realizar un ataque nocturno, y por ello apostó a un fornido guardia cerca del campamento; pero sus negros estaban seguros de que aquel grito sobrenatural no había brotado de una garganta humana.

Deprimidos y desalentados, los hombres reanudaron la marcha a la mañana siguiente. Partieron temprano y con mucho esfuerzo llegaron al campamento base antes del anochecer. Lo que vieron sus ojos les llenó de consternación. El campamento había desaparecido y, en el centro del claro donde había estado montado, un montón de cenizas sugería que había sobrevenido un desastre al grupo que habían dejado atrás.

Este nuevo infortunio llevó a Zveri a un arrebato de furia maníaca, pero no había nadie presente a quien pudiera echar la culpa, y por tanto se vio reducido al recurso de ir arriba y abajo maldiciendo su suerte en voz alta y varias lenguas.

Tarzán le observaba desde un árbol. También él estaba desconcertado y no comprendía la naturaleza del desastre que parecía haberse producido en el campamento durante la ausencia del grupo principal, pero como veía que ello causaba una intensa angustia al jefe, el hombre mono estaba complacido.

Los negros estaban seguros de que se trataba de otra manifestación de la ira del espíritu maligno que les había estado acosando, y todos deseaban abandonar al malhadado hombre blanco, cuyos movimientos acababan en fracaso o desastre.

Los poderes de liderazgo de Zveri merecen pleno crédito, pues en una situación próxima al motín obligó a sus hombres, mediante halagos y

amenazas, a quedarse con él. Les hizo construir refugios para todo el grupo y envió sin tardanza mensajeros a sus diversos agentes, instándoles a proporcionarle los suministros necesarios enseguida. Sabía que algunas cosas que necesitaba ya estaban en camino procedentes de la costa: uniformes, rifles y munición. Pero ahora necesitaba en particular provisiones y artículos de comercio. Para asegurar la disciplina, mantenía a los hombres trabajando sin cesar, o bien añadiendo comodidades al campamento, o bien agrandando el claro o cazando carne fresca.

Y así transcurrieron los días y las semanas, y entretanto Tarzán observaba la espera. No tenía prisa, pues la prisa no es una característica de las bestias. Recorría la jungla a menudo, a considerable distancia del campamento de Zveri, pero en ocasiones regresaba, aunque no para molestarles, pues prefería dejar que permanecieran en un estupor de tranquila seguridad, cuya destrucción a su debido tiempo produciría su efecto en la moral de los hombres. Comprendía la psicología del terror, y con terror les derrotaría.

Al campamento de Abu Batn, en la frontera del país de los galla, había llegado la noticia, a través de los espías que había enviado, de que los guerreros galla se estaban reuniendo para impedir que pasaran por su territorio. El jeque, que había despertado con la noticia de la deserción de muchos hombres, no se atrevía a desafiar a la bravura y el número de los guerreros galla, pero sabía que debía hacer algo, ya que parecía inevitable que le persiguieran si permanecía mucho más tiempo donde estaba.

Por fin llegaron los exploradores que había enviado río arriba, a la otra orilla, que le informaron de que al oeste parecía haber un camino despejado que seguía una ruta más septentrional, y, así pues, Abu Batn levantó el campamento y avanzó hacia el norte con su única prisionera.

Grande había sido su furia al descubrir que Ibn Dammuk le había robado a La, y ahora redoblaba sus precauciones para impedir la huida de Zora Drinov. Tan estrecha era la vigilancia sobre ella que parecía que no había ninguna posibilidad de huida. Se había enterado del destino que Abu Batn le reservaba, y ahora, deprimida y melancólica, tenía la mente ocupada con planes de autodestrucción. Durante un tiempo había albergado la esperanza de que Zveri alcanzara a los árabes y la rescatara, pero ya hacía tiempo que lo había descartado, ya que transcurrían los días sin que llegara el esperado socorro.

No sabía, claro está, los apuros que estaba pasando Zveri. El hombre no se había atrevido a enviar un grupo de hombres en su busca, temiendo que, en el estado rebelde en que se hallaban, asesinaran a cualquier lugarteniente que colocara a cargo de ellos y regresaran a su tribu, adonde, a través de las murmuraciones, llegara a sus enemigos la noticia de su expedición y de sus actividades; tampoco podía dirigir él personalmente a toda su fuerza en semejante expedición, ya que debía permanecer en el campamento base para recibir los suministros que sabía que pronto llegarían.

Quizá, si hubiera sabido el peligro que afrontaba Zora, habría dejado a un lado todas las consideraciones y habría ido en su rescate; pero como por naturaleza recelaba de la lealtad de todos los hombres, se había persuadido a sí mismo de que Zora le había abandonado deliberadamente, convicción poco entusiasta que al menos tuvo el efecto de hacer infinitamente más insoportable su talante de por sí desagradable, de modo que los que deberían haber sido sus compañeros y su apoyo en esta hora de necesidad procuraban en todo lo posible mantenerse alejados de él.

Y mientras ocurría todo esto, el pequeño Nkima corría por la jungla con una misión. Al servicio de su amado amo, el pequeño Nkima podía tener un único pensamiento y una línea de acción durante períodos de tiempo considerables; pero a la larga, era seguro que algún asunto extraño llamaría su atención y entonces, quizá durante horas, olvidaría todo lo referente al deber que le hubiera sido impuesto; pero cuando acudiera de nuevo a él, lo llevaría a cabo sin considerar el hecho de que había habido una interrupción en la continuidad de su empresa.

Tarzán, desde luego, conocía perfectamente la debilidad de su pequeño amigo; pero también sabía por experiencia que, por muchos lapsus que se produjeran, Nkima jamás abandonaría por completo ningún plan que se hubiera fijado en su mente; y como no tenía nada del servilismo que el hombre civilizado tiene hacia el tiempo, se inclinaba a pasar por alto el errático cumplimiento de una tarea por parte de Nkima considerándolo una falta de consecuencias casi imperceptibles. Algún día Nkima llegaría a su destino. Quizá sería demasiado tarde. Si este pensamiento se le ocurría al hombre mono, sin duda lo abandonaba con un encogimiento de hombros.

Pero el tiempo es esencial para muchas cosas del hombre civilizado. Se pone furioso, se irrita y reduce su eficiencia mental y física si no lleva a cabo algo concreto durante el paso de cada minuto de ese medio que a él le parece como un río que fluye, cuyas aguas se desperdician por completo si

no se utilizan cuando pasan.

Dominado por semejante concepto erróneo del tiempo, Wayne Colt sudaba y avanzaba a trompicones por la jungla, buscando a sus compañeros como si el destino del universo residiera en la tenue posibilidad de que él les alcanzara sin perder un segundo.

La futilidad de su propósito habría sido evidente para él si hubiera sabido que estaba buscando a sus compañeros en la dirección errónea. Wayne Colt se hallaba perdido. Por fortuna para él, no lo sabía; al menos, aún no. Esa pasmosa convicción le llegaría más adelante.

Transcurrieron los días y sus vagabundeos no le condujeron a ningún campamento. Le costaba encontrar comida, y su alimento era escaso y a menudo repugnante, pues consistía en los frutos que ya había aprendido a conocer y en roedores, que conseguía cazar sólo con la mayor dificultad y una gran cantidad de ese precioso tiempo que él aún valoraba sobre todas las cosas. Se había cortado un robusto palo y permanecía a la espera en algún caminito donde la observación le había enseñado que podría encontrar alguna presa, hasta que alguna incauta criatura aparecía a poca distancia. Había aprendido que el amanecer y el atardecer eran las mejores horas para cazar los únicos animales que podía esperar coger, y aprendió otras cosas a medida que avanzaba por la sombría jungla, todas las cuales pertenecían a la lucha por la supervivencia. Había aprendido, por ejemplo, que era más sensato encaramarse a los árboles cada vez que oía un ruido extraño. Normalmente, los animales se apartaban de su camino cuando él se acercaba; pero una vez, un rinoceronte cargó contra él y otra vez por poco no tropezó con un león junto a su presa. La providencia intervino en cada caso y escapó ileso, pero así aprendió a ser cauto.

Un día, hacia mediodía, llegó a un río que le impedía el avance en la dirección en que viajaba. Para entonces vez tenía la fuerte convicción de que se hallaba perdido, y como no sabía qué dirección debía tomar, decidió seguir la línea de menor resistencia e ir río abajo, seguro de que, tarde o temprano, descubriría en su orilla una aldea nativa.

No había recorrido una gran distancia en la nueva dirección, siguiendo un sendero de tierra dura, gastado por las incontables patas de muchas bestias, cuando llamó su atención un ruido que oyó débilmente desde la distancia. Procedía de algún lugar por encima de él, y su oído, mucho más agudo de lo que había sido, le indicó que algo se acercaba. Siguiendo la práctica que había descubierto que favorecía la longevidad desde que

erraba a solas y mal armado contra los peligros de la jungla, se encaramó rápidamente a un árbol y buscó un punto de observación desde el que pudiera ver el sendero, abajo. No veía un largo trecho, tan tortuosa era la vereda en la jungla. Fuera lo que fuera lo que venía no sería visible hasta que se encontrara casi directamente debajo de él, pero eso ahora no tenía importancia. Esta experiencia de la jungla le había enseñado a tener paciencia, y acaso estaba aprendiendo también un poco de la falta de valor del tiempo, pues se instaló cómodamente a esperar.

El ruido que oía era poco más que un susurro imperceptible, pero después adquirió un nuevo volumen y un nuevo significado, de modo que ahora estaba seguro de que era alguien que corría rápidamente por el sendero, y no uno sino dos, pues claramente oía los pasos de la criatura más pesada mezclados con los que había oído en primer lugar.

Y entonces oyó la voz de un hombre que gritaba: «¡Alto!», y después los ruidos se oyeron muy cerca de él, justo a la vuelta del primer recodo. El ruido de pasos que corrían cesó y fue seguido por el de una refriega y extraños juramentos en boca de un hombre.

Y luego habló una voz de mujer:

—¡Suéltame! No me llevarás viva a donde pretendes llevarme.

—Entonces, te tomaré yo mismo ahora —dijo el hombre.

Colt había oído suficiente. Había algo familiar en el tono de voz de la mujer. En silencio bajó al sendero, sacó su daga y avanzó rápidamente hacia el lugar de donde procedían los ruidos del altercado. Al doblar el recodo sólo vio ante él la espalda de un hombre —un árabe, a juzgar por el *thob* y el *thorib*—, pero Colt supo que la mujer estaba oculta por la túnica de su agresor, detrás del hombre y en sus garras.

Colt se precipitó hacia él, cogió al tipo por el hombro y le apartó con brusquedad; y, cuando el hombre le miró, Colt vio que era Abu Batn, y también entonces vio por qué la voz de la mujer le había parecido familiar; ella era Zora Drinov.

Abu Batn enrojeció de rabia ante esta interrupción, pero grande también fue su sorpresa cuando reconoció al norteamericano. Por un instante pensó que posiblemente era la avanzadilla de un grupo de vengadores del campamento de Zveri, pero cuando tuvo tiempo de observar el aspecto desaliñado de Colt y que iba desarmado, comprendió que el hombre se hallaba solo y sin duda perdido.

—¡Perro de nasraní! —exclamó, soltándose de Colt—. No pongas tu

sucia mano en un auténtico creyente. —Al mismo tiempo hizo ademán de sacar su pistola, pero en aquel instante Colt volvió a saltar sobre él y los dos hombres cayeron al estrecho sendero, el norteamericano encima.

Todo ocurrió entonces muy deprisa. Cuando Abu Batn sacó su pistola, se le enredó el percutor en los pliegues de su *thob*, de modo que el arma se disparó. La bala fue a parar al suelo sin causar daño, pero el estampido advirtió a Colt del inminente peligro y, en defensa propia, pasó el cuchillo por la garganta del jeque.

Cuando se levantó despacio del cuerpo del jeque, Zora Drinov le cogió del brazo.

—¡Rápido! —dijo ella—. Este disparo hará que vengan los otros. No deben encontrarnos.

Él no esperó a hacerle preguntas, sino que se agachó y rápidamente recogió las armas y la munición de Abu Batn, incluido un largo mosquete que yacía en el sendero, a su lado; y entonces, con Zora delante, corrieron velozmente por el camino por el que él había venido.

Después, al no oír nada que indicara que les perseguían, Colt hizo parar a la muchacha.

—¿Puedes trepar? —le preguntó.

—Sí —respondió ella—. ¿Por qué?

—Vamos a subirnos a los árboles —dijo él—. Podemos penetrar en la jungla un breve trecho y engañarles.

—¡Bien! —exclamó ella, y con ayuda de Colt se encaramó a un árbol bajo cuyas ramas se encontraban.

Afortunadamente para ellos, había varios árboles grandes que crecían juntos, de modo que pudieron alejarse unos buenos tres metros del sendero, donde, ascendiendo a las ramas más altas de un gran árbol, quedaban ocultos a la vista desde todas direcciones.

Cuando al fin estuvieron sentados juntos en una gran horcadura, Zora se volvió a Colt.

—¡Camarada Colt! —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido?

¿Qué haces aquí solo? ¿Me buscabas? El hombre sonrió.

—Buscaba a todo el grupo —dijo—. No he visto a nadie desde que entramos en Opar. ¿Dónde está el campamento y por qué te perseguía Abu Batn?

—Estamos muy lejos del campamento —respondió Zora—. No sé a qué distancia, aunque sabría regresar si no fuera por los árabes. —Y

entonces, brevemente, le contó la historia de la traición de Abu Batn y de su cautiverio—. El jeque hoy ha montado un campamento provisional, poco después de mediodía. Los hombres estaban muy cansados y, por primera vez en días, han relajado su vigilancia. Me he dado cuenta de que por fin había llegado el momento que tan ansiosamente había esperado, y mientras ellos dormían he escapado a la jungla. Deben de haber descubierto mi ausencia poco después de marcharme, y Abu Batn me ha alcanzado. El resto lo has visto.

—El destino ha funcionado de un modo tortuoso y maravilloso —dijo él—. ¡Pensar que tu única oportunidad de rescate residía en la contingencia de mi captura en Opar!

Ella sonrió.

—El destino se remonta mucho más atrás que eso —replicó ella—. ¿Y si no hubieras nacido?

—Entonces, Abu Batn te habría llevado al harén de algún sultán negro, o quizás otro hombre habría sido capturado en Opar.

—Me alegro de que nacieras —dijo Zora.

—Gracias.

Mientras escuchaban para saber si se oían ruidos de persecución, hablaban en voz baja; Colt narró en detalle los acontecimientos que condujeron a su captura, aunque omitió algunos detalles de su huida por una especie de lealtad a la muchacha sin nombre que le había ayudado. Tampoco hizo hincapié en la falta de control de Zveri sobre sus hombres, ni lo que Colt consideraba su inexcusable cobardía al dejarles a él y a Romero a su suerte en el interior de los muros de Opar sin intentar ayudarles, pues creía que la muchacha era la novia de Zveri y no deseaba ofenderla.

—¿Qué fue del camarada Romero? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él—. La última vez que le vi estaba de pie, peleando con aquellos espantosos demonios.

—¿Solo?

—Yo también estaba muy ocupado —dijo él.

—No me refiero a eso —replicó Zora—. Claro, ya sé que estabas con Romero, pero ¿quién más estaba?

—Los otros no habían llegado —dijo Colt.

—¿Quieres decir que entrasteis allí solos? —preguntó ella.

Colt vaciló.

—Verás —dijo—, los negros se negaron a entrar en la ciudad, así que los demás teníamos que entrar o abandonar el intento de apoderarnos de los tesoros.

—Pero sólo entrasteis tú y Miguel. ¿Es así? —preguntó ella.

—Yo entré tan pronto —dijo con una carcajada que, en realidad, no sé exactamente qué ocurrió.

La muchacha entrecerró los ojos.

—Qué bestialidad —dijo.

Mientras hablaban, los ojos de Colt a menudo se posaban en el rostro de Zora. Qué encantadora era, incluso vestida con harapos y cubierta de suciedad, señales externas de su cautiverio entre los árabes. Estaba un poco más delgada que la última vez que la había visto y tenía los ojos cansados y el rostro contraído por las privaciones y la preocupación. Pero, quizá, por contraste, su belleza era más asombrosa. Parecía increíble que pudiera amar al tosco y malhablado Zveri, que era su antítesis en todos los aspectos.

Ella rompió un breve silencio.

—Debemos intentar regresar al campamento base —señaló ella—. Es vital que esté allí. Hay que hacer muchas cosas, muchas cosas que nadie más puede hacer.

—Sólo piensas en la causa —dijo él—, nunca en ti misma. Eres muy leal.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Soy leal a lo que he jurado conseguir.

—Me temo —dijo él— que durante los últimos días yo he estado pensando más en mi propio bienestar que en el del proletariado.

—Me temo que en el fondo sigues siendo un burgués —observó ella—, y que no puedes más que mirar al proletariado con desprecio.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó él—. Estoy seguro de que no he dicho nada que merezca ese comentario.

—A menudo, una ligera inflexión inconsciente en el uso de una palabra altera el significado de toda una frase, revelando los pensamientos secretos del que habla.

Colt se rió con afabilidad.

—Es peligroso hablar contigo —dijo—. ¿Me matarán de un tiro al amanecer?

Ella le miró con semblante serio.

—Tú eres distinto de los demás —dijo—. Creo que jamás podrías imaginar lo recelosos que son. Lo que he dicho sólo es para avisarte de que

ellos vigilan todas las palabras que les dices. Algunos son de mente estrecha e ignorantes, y ya sospechan de ti por tus antecedentes. Están celosos de una nueva importancia que creen que su clase ha alcanzado.

—¿Su clase? —preguntó él—. Creía que me habías dicho en una ocasión que tú pertenecías al proletariado.

Si creía que la había sorprendido y que se mostraría turbada, se equivocaba. Ella le miró directamente a los ojos y sin vacilar.

—Lo soy —declaró—, pero aún veo la debilidad de mi clase.

El le aguantó la mirada un largo momento, con una sombra de sonrisa en los labios.

—No creo…

—¿Por qué no prosigues? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que no crees?

—Perdona —dijo él—. Empezaba a pensar en voz alta.

—Ve con cuidado, camarada Colt —le advirtió ella—. Pensar en voz alta a veces resulta fatal. —Pero suavizó sus palabras con una sonrisa.

La conversación fue interrumpida por el ruido de voces de hombres a lo lejos.

—Ya vienen —dijo la muchacha.

Colt asintió y los dos permanecieron callados, escuchando las voces y el ruido de pasos que se acercaban. Los hombres aparecieron a la vista y se detuvieron; y Zora, que entendía la lengua árabe, oyó que uno de ellos decía:

—El rastro se pierde aquí. Han penetrado en la jungla.

—¿Quién puede ser el hombre que va con ella? —preguntó otro.

—Es un nasrani. Lo sé por las huellas de los pies —dijo otro.

—Irían hacia el río —dijo un tercero—. Es por donde yo iría si tratara de escapar.

—¡*Wullah*! Hablas con sabiduría —dijo el primer hombre—. Nos separaremos aquí y buscaremos en dirección al río, pero cuidado con el nasrani. Tiene la pistola y el mosquete del jeque.

Los dos fugitivos oyeron que el ruido de sus perseguidores se alejaba cuando los árabes se abrieron paso en la jungla hacia el río.

—Me parece que será mejor que salgamos de aquí —dijo Colt—, y aunque sea un poco duro, creo que será mejor que durante un tiempo nos quedemos en la maleza y nos mantengamos alejados del río.

—Sí —coincidió Zora—, pues el campamento está en esa dirección. Y así comenzaron su larga y pesada marcha en busca de sus camaradas.

Aún avanzaban por la densa jungla cuando les sorprendió la noche. Llevaban la ropa hecha jirones y tenían el cuerpo magullado y exhausto, mudos y dolorosos recordatorios del espinoso camino que habían recorrido.

Hambrientos y sedientos, montaron un campamento seco entre las ramas de un árbol, donde Colt construyó una tosca plataforma para la muchacha, mientras él se preparaba para dormir en el suelo, a los pies del gran tronco. Pero Zora no quiso ni oír hablar de ello.

—No puede ser —dijo—. No estamos en situación de observar las absurdas normas que ordenarían nuestra vida en un ambiente civilizado. Aprecio tu consideración, pero prefiero que estés aquí arriba, en el árbol, conmigo, que abajo, donde el primer león cazador que pasara podría atacarte.

Y así, con ayuda de la muchacha, Colt construyó otra plataforma cerca de la que había preparado para ella; y cuando cayó la noche, tumbaron sus cuerpos cansados en sus rudimentarios lechos y procuraron dormir.

Al final Colt se durmió, y en sus sueños vio la esbelta figura de una diosa de ojos estrellados, cuyas mejillas estaban bañadas en lágrimas, pero cuando la cogió en sus brazos y la besó vio que era Zora Drinov; y entonces, un espantoso ruido procedente de la jungla le despertó con sobresalto, por lo que se levantó y cogió enseguida el mosquete del jeque.

—Un león cazador —dijo la muchacha en voz baja.

—¡Caramba! —exclamó Colt—. Debo de haberme quedado dormido, pues no cabe duda de que me ha dado un buen susto.

—Sí, estabas dormido —dijo la muchacha—. Te he oído hablar —y a él le pareció que percibía un tono burlón en su voz.

—¿Qué decía? —preguntó Colt.

—Quizá no te guste oírlo. Podría avergonzarte —le dijo.

—No, vamos, dímelo.

—Has dicho: «Te quiero».

—¿De veras?

—Sí. Me pregunto con quién hablabas —dijo ella en tono burlón.

—Yo también —dijo Colt, recordando que en sus sueños la figura de una muchacha se había fundido con la de otra.

El león, al oír sus voces, se alejó rugiendo. No estaba cazando al odiado hombre.

XII

POR SENDEROS DE TERROR

LOS DÍAS transcurrían lentamente para el hombre y la mujer que iban en busca de sus camaradas, días llenos de fatigoso esfuerzo, la mayor parte del cual estaba dirigido a conseguir comida y agua para su sustento. Colt estaba cada vez más impresionado por el carácter y la personalidad de su compañera. Observó con aprensión que ella estaba cada vez más debilitada por la tensión de la fatiga y por la comida escasa e inadecuada que él había podido conseguirle. Sin embargo, mantenía una actitud valiente y trataba de ocultarle su estado. Ni una sola vez se había quejado. Nunca, ni con palabras o con la mirada, le había reprochado su incapacidad de conseguir comida suficiente, fracaso que él consideraba una prueba de ineficiencia. Ella no sabía que él mismo a menudo pasaba hambre para que ella pudiera comer, y cuando regresaba con comida le decía que había comido su parte donde la había encontrado, engaño que era posible por el hecho de que cuando él cazaba, a menudo dejaba a Zora descansando en algún lugar de relativa seguridad, para que no se sometiera a un ejercicio innecesario.

Hoy la había dejado así, a salvo en un gran árbol junto a un riachuelo. Estaba muy cansada. Le parecía que ahora siempre estaba cansada. La idea de proseguir la marcha la asustaba, y sin embargo sabía que debía hacerlo. Se preguntaba cuánto tiempo resistiría antes de caer exhausta por última vez. Sin embargo, no era por ella por quien sentía mayor preocupación, sino por aquel hombre, aquel hijo de la riqueza, del capitalismo y del poder, cuya constante consideración, alegría y ternura habían constituido una revelación para ella. Sabía que cuando no pudiera avanzar más, él no la abandonaría, aunque sus posibilidades de escapar de la sombría jungla se pusieran en peligro y quizá se perdieran para siempre debido a ella. Esperaba, por el bien de él, que la muerte a ella le llegara pronto, para que, aliviado de este modo de la responsabilidad, él pudiera avanzar más rápidamente en busca de aquel huidizo campamento que ahora le parecía

poco menos que un mito sin sentido. Pero se apartaba de la idea de la muerte, no porque tuviera miedo, sino por una razón nueva por completo, cuya súbita comprensión le produjo una gran conmoción. La tragedia de este repentino despertar a sí misma la paralizaba de terror. Era una idea que debía eliminar de su cabeza, que no debía albergar ni por un instante; y sin embargo persistía, con una sorda insistencia que le provocaba lágrimas.

Colt se había alejado más de lo usual aquella mañana en busca de comida, pues suspiraba por un antílope; y, con la imaginación inflamada por la contemplación de una gran cantidad de comida con una sola muerte y lo que ello significaría para Zora, siguió el sendero, impulsado a seguir avanzado al vislumbrar de vez en cuando su presa en la distancia.

El antílope sólo era vagamente consciente de un enemigo, pues iba en la dirección del viento y no había captado su olor, mientras que las ocasiones en que había entrevisto al hombre sólo habían servido para despertar su curiosidad; así que, aunque se alejaba, se detenía de vez en cuando y volvía atrás en un esfuerzo por satisfacer su asombro. Pero luego esperó demasiado. En su desesperación, Colt se arriesgó a disparar de lejos; y cuando el animal cayó, el hombre no pudo ahogar un fuerte grito de júbilo.

A medida que transcurría el tiempo, que Zora no podía medir, la joven veía aumentar su aprensión por Colt. Nunca había tardado tanto en regresar, así que empezó a conjeturar toda clase de calamidades imaginarias que podían haberle sucedido. Ahora deseaba haber ido con él. Si hubiera creído posible seguirle los pasos, lo habría hecho; pero sabía que eso era imposible. Sin embargo, su forzada inactividad la hacía estar inquieta. Su incómoda postura en el árbol se le hizo insoportable; y entonces, de pronto, asaltada por la sed, bajó a tierra y se dirigió hacia el río.

Cuando hubo bebido y estaba a punto de volver al árbol, oyó que algo se acercaba procedente de la dirección en la que había ido Colt. Al instante el corazón le dio un vuelco, su depresión y gran parte de la fatiga parecieron desaparecer y se dio cuenta de pronto de lo muy sola que había estado sin él. Cuánto dependemos de la presencia de nuestros compañeros; raras veces nos damos cuenta de ello hasta que somos víctimas de la soledad forzada. Había lágrimas de felicidad en los ojos de Zora Drinov cuando avanzaba para reunirse con Colt. Entonces, los arbustos que tenía delante se abrieron y apareció ante su horrorizada mirada un monstruoso y

peludo simio.

To-yat, el rey, se sorprendió tanto como la muchacha, pero sus reacciones fueron casi opuestas. Él contemplaba sin horror a aquella suave hembra mangan blanca. Para la muchacha, no había nada más que ferocidad en su porte, aunque en su seno había una emoción completamente distinta. El animal avanzó pesadamente hacia ella; y entonces, como liberada de una momentánea parálisis, Zora se volvió para huir. Pero fue inútil, como comprendió un instante más tarde, cuando una peluda garra la agarró por el hombro. Por un instante la muchacha había olvidado la pistola del jeque que Colt siempre le dejaba para protegerse. La sacó de la pistolera y se volvió hacia la bestia; pero To-yat, al ver en el arma un garrote con el que ella intentaba atacarle, se la arrancó de la mano y la arrojó a un lado; y después, aunque ella forcejeaba y luchaba para recuperar su libertad, el animal la levantó hasta la altura de su cadera y avanzó pesadamente en la jungla, en la dirección que había estado siguiendo.

Colt se entretuvo con su presa sólo el tiempo suficiente para separarle las pezuñas, la cabeza y las vísceras, con el fin de reducir el peso de la carga que debía llevar al campamento, pues era muy consciente de que las privaciones habían reducido en gran medida su fuerza.

Se echó el animal muerto al hombro y emprendió la marcha hacia el campamento, feliz al pensar que por una vez regresaba con una gran cantidad de vigorizante carne. Mientras avanzaba tambaleándose bajo el peso del pequeño antílope, hacía planes que daban un tono rosado al futuro. Descansarían hasta que recuperaran las fuerzas; y mientras reposaban, ahumarían toda la carne que no comieran enseguida, y así tendrían una reserva de alimento que les permitiría recorrer una gran distancia. Dos días de descanso con abundante comida les llenarían de renovadas esperanzas y vitalidad, estaba seguro.

Cuando echó a andar penosamente por el sendero, empezó a comprender que se había alejado mucho más de lo que creía, pero había valido la pena. Aunque llegara hasta donde se hallaba Zora en un estado de absoluto agotamiento, no dudó ni por un instante de que la alcanzaría, tan seguro estaba de su poder de resistencia y de su fuerza de voluntad.

Cuando por fin llegó, tambaleante, a su meta, levantó la mirada hacia el árbol y llamó a Zora. No obtuvo respuesta. En ese primer instante de silencio, le embargó una sorda e inquietante premonición de desastre. Dejó

el cuerpo del antílope y miró apresurado alrededor.

—¡Zora! ¡Zora! —gritó.

Pero sólo el silencio de la jungla le respondió. Entonces, sus ojos inquietos encontraron la pistola de Abu Batn donde To-yat la había arrojado; y sus peores temores adquirieron cuerpo, pues sabía que si Zora se hubiera ido por voluntad propia, se habría llevado el arma. Algo la había atacado y se la había llevado, de eso estaba seguro; y entonces, mientras examinaba el terreno con atención, descubrió las huellas de un gran pie semejante al de un hombre.

Una repentina locura se apoderó de Wayne Colt. La crueldad de la jungla, la injusticia de la naturaleza despertó en su seno una roja furia. Quería matar a la cosa que había raptado a Zora Drinov. Quería desgarrarla con sus manos y destrozarla con los dientes. Todos los instintos salvajes del hombre primitivo renacieron dentro de él y, olvidando la carne que un momento antes significaba tanto para él, se lanzó de cabeza a la jungla siguiendo el débil rastro de To-yat, el rey simio.

La de Opar se abría paso lentamente por la jungla después de escapar de Ibn Dammuk y sus compañeros. Su ciudad natal la llamaba, aunque sabía que tal vez no estuviera a salvo si entraba en ella; pero ¿a qué lugar podía ir? Algo de la idea de la inmensidad del gran mundo se le había puesto de manifiesto durante su vagabundeo desde que había salido de Opar, y la inutilidad de seguir buscando a Tarzán estaba indeleblemente grabada en su mente. Así que regresaría a las proximidades de Opar y quizás algún día Tarzán volviera a ir allí. Que grandes peligros acecharan su camino no le importaba, pues La de Opar era indiferente a la vida, que nunca le había proporcionado mucha felicidad. Vivía porque vivía; y es cierto que se esforzaría por prolongar la vida porque esta es la ley de la Naturaleza, que inculca en los más miserables infortunados una necesidad de prolongar su desdicha igual que da a los pocos afortunados que son felices un deseo similar de vivir.

Entonces se dio cuenta de que la perseguían, y por eso aumentó la velocidad y se mantuvo por delante de los que la seguían. Encontró un sendero y lo siguió, sabiendo que si bien le permitía aumentar su velocidad también se lo permitiría a sus perseguidores y no podría oírles con tanta claridad como antes, cuando se abrían paso en la jungla. Aun así, confiaba en que no la alcanzaran; pero mientras avanzaba, un recodo en el sendero la

hizo detenerse de pronto, pues allí, impidiéndole la retirada, se hallaba un gran león. Esta vez La recordó al animal, no como Jad-bal-ja, el compañero cazador de Tarzán, sino como el león que la había rescatado del leopardo, después de ser abandonada por Tarzán.

Los leones eran criaturas familiares para La de Opar, pues en su ciudad a menudo eran capturados por los sacerdotes cuando eran cachorros y no era inusual criar algunos, en ocasiones, como animales de compañía hasta que su creciente ferocidad los volvía peligrosos. Por lo tanto, La sabía que los leones podían asociarse con las personas sin devorarlas; y, como había tenido experiencias del talante del león y tenía tan poco sentido del miedo como el propio Tarzán, rápidamente eligió entre el león y los árabes que la perseguían y avanzó directamente hacia la gran bestia, en cuya actitud vio que no existía amenaza inmediata. Era una criatura de la naturaleza en la medida necesaria como para saber que la muerte era rápida e indolora en el abrazo de un león, y por eso no sentía miedo, sólo una gran curiosidad.

Jad-bal-ja hacía rato que percibía el rastro de olor de La, pues la muchacha iba en la dirección del viento; y por eso la había esperado, despertado su interés por el rastro de olor más débil de los hombres que la seguían. Ahora, cuando ella se acercó por el sendero, el león se hizo a un lado para que pasara y, como un gran felino que era, frotó su melenudo cuello contra las piernas de ella.

La se detuvo, puso una mano sobre la cabeza del animal y le habló en tono bajo en el lenguaje del primer hombre, el lenguaje de los grandes simios que era el lenguaje común de su gente, igual que era el de Tarzán.

Hajellan, que dirigía a sus hombres en persecución de La, dobló un recodo en el sendero y se paró en seco. Vio un gran león frente a él, un león que le enseñó los colmillos mientras rugía enojado; y al lado del león, con una mano enredada en la espesa melena negra, se hallaba la mujer blanca.

La mujer dijo una sola palabra al león en una lengua que Hajellan no entendía:

—¡Mata! —ordenó La en la lengua de los grandes simios.

Tan acostumbrada estaba la suma sacerdotisa del Dios Llameante a dar órdenes, que no se le ocurrió que Numa pudiera hacer otra cosa más que obedecer; por eso, aunque no sabía que era así como Tarzán se había acostumbrado a dar órdenes a Jad-bal-ja, no le sorprendió que el león se agazapara y atacara.

Fodil y Dareyem habían tropezado con su compañero cuando éste se

paró y grande fue su horror cuando vieron saltar al león. Dieron media vuelta y huyeron corriendo, chocando con los negros que iban detrás; pero Hajellan se quedó paralizado por el terror cuando Jad-bal-ja se puso sobre las patas traseras y se le echó encima; el león le cogió la cabeza entre sus grandes fauces y le aplastó el cráneo como si fuera una cáscara de huevo. Dio una fuerte sacudida al cuerpo y lo dejó caer. Luego, se volvió y miró interrogativamente a La.

En el corazón de la mujer no había más compasión por sus enemigos que en el corazón de Jad-bal-ja; sólo deseaba deshacerse de ellos. Le daba igual que vivieran o murieran, y por eso no instó a Jad-bal-ja a perseguir a los que habían escapado. La muchacha se preguntó qué haría el león ahora que había cobrado una pieza; y, como sabía que las proximidades de un león alimentándose no eran un lugar seguro, se dio la vuelta y siguió por el sendero. Pero Jad-bal-ja no comía hombres, no porque tuviera escrúpulos morales, sino porque era joven y activo y no le costaba matar presas que le resultaban mucho más sabrosas que la salada carne humana. Por lo tanto, dejó a Hajellan donde había caído y siguió a La por las sombrías sendas de la jungla.

Un hombre negro, desnudo salvo por un taparrabo, que llevaba un mensaje desde la costa para Zveri, se detuvo ante una encrucijada de dos caminos. El viento soplaba por la izquierda, y a su sensible olfato le llegó el débil hedor que anunciaba la presencia de un león. Sin vacilar un solo instante, el hombre desapareció entre el follaje de un árbol cuyas ramas caían sobre el sendero. A lo mejor Simba no estaba hambriento, a lo mejor Simba no estaba cazando; pero el mensajero negro no quería correr riesgos. Estaba seguro de que se aproximaba un león y esperaría allí, donde pudiera ver los dos caminos, hasta que descubriera cuál tomaba Simba.

El negro, que observaba con más o menos indiferencia debido a la seguridad que le proporcionaba su refugio, no estaba preparado para lo que vieron sus ojos, que le produjo un gran asombro. Jamás en los más bajos niveles de su superstición había concebido una escena como la que ahora presenciaba, y parpadeó repetidamente para asegurarse de que estaba despierto; pero no, no podía haber error alguno. Era en verdad una mujer blanca, semidesnuda salvo por unos adornos dorados y una tira de piel de leopardo bajo su estrecho peto, una mujer blanca que caminaba con los dedos de una mano entrelazados en la cabellera negra de un gran león dorado.

Venían por el sendero, y en el cruce torcieron a la izquierda, tomando el sendero que él había seguido. Cuando desaparecieron de la vista, el hombre negro cogió el fetiche que llevaba colgado al cuello y rezó a Mulungo, el dios de su gente; y cuando volvió a emprender la marcha hacia su destino, tomó otra ruta, más larga.

A menudo, cuando había oscurecido, Tarzán iba al campamento de los conspiradores y, posado en un árbol, escuchaba a Zveri presentar sus planes a sus compañeros; de modo que el hombre mono conocía lo que pretendían hacer hasta el más pequeño detalle.

Ahora, como sabía que no estarían preparados para atacar durante algún tiempo, vagaba por la jungla lejos de la vista y el olor del hombre, disfrutando de lleno la paz y la libertad que constituían su vida. Sabía que Nkima ya debía de haber llegado a su destino y entregado el mensaje que Tarzán había enviado con él. Aún estaba desconcertado por la extraña desaparición de La y molesto por su incapacidad de encontrar su rastro. Estaba auténticamente afligido por su desaparición, pues ya había trazado planes para devolverle el trono y castigar a sus enemigos; pero no se entregó a inútiles lamentaciones mientras deambulaba por los árboles con pura alegría de vivir, y cuando el hambre se apoderó de él, acechó a su presa en el lúgubre y terrible silencio del animal cuando caza.

A veces pensaba en el apuesto y joven norteamericano, quien despertaba sus simpatías a pesar del hecho de que le consideraba enemigo. Si hubiera conocido la situación casi desesperada en que se hallaba Colt, es posible que habría acudido en su ayuda, pero no la conocía.

Así pues, solo y sin amigos, hundido en las profundidades de la desesperación, Wayne Colt andaba a trompicones por la jungla en busca de Zora Drinov y su secuestrador. Pero ya había perdido el rastro; y To-yat, lejos a su derecha, avanzaba penosamente con su cautiva, a salvo de la persecución.

Débil por el agotamiento y la sorpresa, absolutamente aterrada ahora por lo desesperado de su situación, Zora había perdido el conocimiento. Toyat temía que estuviera muerta; pero, no obstante, siguió llevándola, para tener al menos la satisfacción de exhibirla ante su tribu como prueba de habilidad y, quizá, para proporcionar una excusa para otro Dum-Dum. Seguro de su poder, consciente de que tenía pocos enemigos que pudieran molestarle y salir indemnes, To-yat no tomó la precaución de ir en silencio, sino que caminaba por la jungla ajeno a todos los peligros.

Muchos eran los oídos agudos y olfatos sensibles que recibían el mensaje de su paso, pero sólo en algunos la extraña mezcla del rastro de olor del simio macho con el de una hembra mangani sugería una situación que merecía la pena ser investigada. Así, mientras To-yat proseguía su camino de forma imprudente, otra criatura de la jungla, que se movía en silencio con pies veloces, avanzaba hacia él; y cuando, desde un punto de observación, unos ojos aguzados divisaron al peludo macho y a la esbelta y delicada muchacha, un labio se curvó formando una silenciosa mueca. Un momento más tarde, To-yat, el rey simio, se vio obligado a pararse en seco cuando la gigantesca figura de un bronceado tarmangani bajó con ligereza al sendero ante él, una amenaza viva a la posesión de su presa.

Los ojos perversos del simio echaban fuego y reflejaban odio.

—Vete —dijo—. Soy To-yat. Vete o te mataré.

—Deja a esta hembra —exigió Tarzán.

—No —bramó To-yat—. Es mía.

—Deja a la hembra —repitió Tarzán— y vete, o te mataré. ¡Soy Tarzán de los Monos, el Señor de la Jungla!

Tarzán sacó el cuchillo de caza de su padre y se agachó mientras avanzaba hacia el simio. To-yat gruñó; y al ver que el otro iba a presentar batalla, lanzó el cuerpo de la muchacha a un lado para que no le estorbara. Mientras daban vueltas, buscando cada uno su ventaja, se oyó un repentino y terrible estrépito en la jungla procedente de la dirección del viento.

Tantor, el elefante, dormido en la seguridad de las profundidades de la jungla, había despertado de pronto al oír los gruñidos de las dos bestias. Al instante, su olfato captó un rastro de olor que le era familiar —el de su amado Tarzán— y sus oídos le indicaron que se enfrentaba al gran mangani, cuyo olor Tantor también percibía con fuerza.

Rompiendo y doblando árboles, el gran animal avanzó por la selva; y cuando emergió de pronto, cerniéndose sobre ellos, To-yat, el rey simio, al ver la muerte en aquellos ojos enojados y colmillos relucientes, dio media vuelta y huyó adentrándose en la espesura.

XIII

EL HOMBRE LEÓN

PETER ZVERI estaba recuperando, en cierta medida, algo de la confianza perdida en el éxito de su plan, pues sus agentes al menos consiguieron proporcionarle los suministros que tanto necesitaba, junto con contingentes de negros desafectos con los que incrementar sus fuerzas hasta un número suficiente para asegurar el éxito de la invasión de la Somalia italiana que pretendía. Su plan consistía en realizar una rápida y súbita incursión, destruyendo las aldeas nativas y capturando uno o dos puestos avanzados, y, luego, retirarse rápidamente por la frontera, guardar los uniformes franceses para su posible uso en el futuro y llevar a cabo el derrocamiento de Ras Tafari en Abisinia, donde las condiciones —según le habían asegurado sus agentes— eran las adecuadas para una revolución. Cuando Abisinia estuviera bajo su control para servir como punto de reunión, sus agentes estaban seguros de que las tribus nativas de todo el norte de África se doblegarían a él.

En la distante Bokara, una flota de doscientos aviones —bombarderos, de reconocimiento y cazas—, disponibles por la codicia de los capitalistas norteamericanos, estaban siendo movilizados para una súbita carrera a través de Persia y Arabia hasta su base en Abisinia. Con el apoyo de estos aviones a su gran ejército nativo, le parecía que su posición sería segura, los descontentos de Egipto unirían sus fuerzas a las suyas y, al estar Europa metida en una guerra que impediría cualquier acción conjunta contra él, estaba seguro de lograr su sueño de un imperio y su posición sería inexpugnable para siempre.

Quizás era el sueño de un loco; quizá Peter Zveri era un loco, pero ¿qué gran conquistador del mundo no ha estado un poco loco?

Vio sus fronteras ampliadas hacia el sur cuando, poco a poco, extendiera sus dominios, hasta que un día gobernara en un gran continente: Peter I, emperador de África.

—Pareces contento, camarada Zveri —observó el pequeño Antonio Mori.

—¿Por qué no iba a estarlo, Tony? —preguntó el soñador—. Veo el éxito ante nosotros. Todos deberíamos estar contentos, pero más adelante lo estaremos mucho más.

—Sí —dijo Tony—, cuando las Filipinas sean libres, seré muy feliz. ¿No crees que yo sería un gran hombre si volviera allí entonces, camarada Zveri?

—Sí —respondió el ruso—, pero puedes ser un hombre más importante si te quedas aquí y trabajas para mí. ¿Te gustaría ser gran duque, Tony?

—¡Gran duque! —exclamó el filipino—. Creía que ya no existía eso.

—Pero quizá vuelva a haberlos.

—Eran hombres perversos que aplastaron a las clases trabajadoras —declaró Tony.

—Ser un gran duque que aplasta a los ricos y se lleva su dinero no estaría tan mal —dijo Peter—. Los grandes duques son muy ricos y poderosos. ¿No te gustaría ser rico y poderoso, Tony?

—Claro, ¿a quién no?

—Entonces, haz siempre lo que yo te diga, Tony, y algún día te haré gran duque —dijo Zveri.

El campamento bullía de actividad ahora, pues Zveri había concebido el plan de obligar a los nativos que había reclutado a seguir una especie de orden y disciplina castrenses. Como Romero, Dorsky e Ivitch tenían experiencia militar, el campamento se llenó de hombres que marchaban, se desplegaban, cargaban y montaban, practicaban el Manual de las Armas y recibían instrucción sobre los rudimentos de la disciplina de fuego.

Al día siguiente de su conversación con Zveri, Tony estaba ayudando al mexicano, que sudaba con una compañía de reclutas negros.

Durante un período de descanso, cuando el mexicano y el filipino disfrutaban de un cigarrillo, Tony se volvió a su compañero.

—Tú has viajado mucho, camarada —dijo el filipino—. Quizá puedas indicarme qué clase de uniforme lleva un gran duque.

—He oído decir —dijo Romero— que, en Hollywood y en Nueva York, muchos llevan delantal.

Tony hizo una mueca.

—No creo —replicó— que quiera ser gran duque.

Los negros del campamento, que estaban suficientemente interesados y

ocupados con los ejercicios para no causar problemas, con abundancia de comida y la perspectiva de pelear y marchar en el futuro, formaban un grupo satisfecho y feliz. Los que habían sufrido las horripilantes experiencias de Opar y los demás incidentes que habían trastornado su ecuanimidad habían recuperado completamente la confianza en sí mismos, lo que también había ocurrido con Zveri, que suponía que era debido a su notable talento para el liderazgo. Y entonces llegó un corredor al campamento con un mensaje para él y contando la extraña historia de que había visto a una mujer blanca cazando en la jungla con un león dorado de melena negra. Esto fue suficiente para recordar a los negros los otros sucesos extraños y que se trataba de agentes sobrenaturales que operaban en aquel territorio, poblado por fantasmas y demonios, y que en cualquier momento les sobrevendría alguna espantosa calamidad.

Pero si esta historia trastornó la tranquilidad de los negros, el mensaje que el corredor trajo a Zveri causó un estallido emocional en el ruso que rozó el frenesí de la locura. Blasfemando en voz alta, paseaba arriba y abajo delante de su tienda con grandes pasos; no quiso explicar a nadie la razón de su ira.

Y mientras Zveri echaba chispas, otras fuerzas se estaban reuniendo contra él. A través de la jungla se movía un centenar de guerreros negros, cuya piel lisa, músculos prominentes y paso elástico daban fe de su buena forma física. Iban desnudos salvo por un estrecho taparrabo de piel de leopardo o de león y algunos de esos ornamentos que son gratos a los salvajes —brazaletes en los tobillos y en los brazos y collares hechos con garras de león o leopardo—, mientras sobre la cabeza de cada uno ondeaba un penacho blanco. Pero ahí terminaba lo primitivo de su equipo, pues sus armas eran las armas de los modernos luchadores: rifles de gran calibre, revólveres y bandoleras con cartuchos. Era, en verdad, una compañía de aspecto formidable que avanzaba resuelta y silenciosamente por la jungla, y en el hombro del jefe negro que la dirigía iba un monito.

Tarzán sintió alivio cuando el repentino e inesperado ataque de Tantor hizo huir a To-yat a la jungla; pues Tarzán de los Monos no hallaba placer en pelear con los mangani, a los que consideraba hermanos, por encima de todas las demás criaturas. Nunca olvidaba que se había alimentado del pecho de Kala, la simia hembra, ni que se había criado en la tribu de Kerchak, el rey. Desde la infancia hasta la edad adulta, había aprendido a comportarse sólo como un simio, e incluso ahora le resultaba más fácil, a

menudo, comprender y apreciar los motivos de los grandes mangani que los del hombre.

A una señal de Tarzán, Tantor se detuvo; y, adoptando de nuevo su serenidad habitual, aunque seguía alerta a cualquier peligro que pudiera amenazar a su amigo, observó mientras el hombre mono se volvía y se arrodillaba junto a la muchacha que yacía en el suelo. Tarzán había creído al principio que estaba muerta, pero pronto descubrió que sólo se había desmayado. La levantó en sus brazos y dijo media docena de palabras al gran paquidermo, que se volvió, bajó la cabeza y penetró en la densa jungla, abriendo un camino por el que Tarzán llevó a la muchacha, que seguía inconsciente.

Tantor, el elefante, se movía en línea recta como una flecha y, al fin, se detuvo en la orilla de un río considerable. Más allá había un lugar al que Tarzán quería llevar a la infortunada cautiva de Toyat, a la que de inmediato había reconocido como la joven mujer que había visto en el campamento base de los conspiradores y cuyo examen le convenció de que estaba al borde de la muerte por inanición, miedo y exposición a la intemperie.

Una vez más habló a Tantor, y el gran paquidermo retorció la trompa en torno a sus cuerpos y levantó a los dos con suavidad hasta colocarles sobre su ancho lomo. Luego, entró en el río y cruzó a la otra orilla. El canal del centro era profundo y rápido, y Tantor perdió pie y fue arrastrado una considerable distancia río abajo antes de que hiciese pie de nuevo, pero al final llegó a la orilla opuesta. Allí siguió adelante, abriendo camino, hasta que por fin llegó a un sendero de caza ancho y bien señalado.

Ahora Tarzán iba delante y Tantor le seguía. Mientras se movían así, en silencio, hacia su destino, Zora Drinov abrió los ojos. Al instante, el recuerdo de su situación llenó su conciencia, y, casi simultáneamente, se dio cuenta de que su mejilla, que descansaba sobre el hombro de su capturador, no se apretaba a un peludo cuerpo sino en la lisa piel de un cuerpo humano, y entonces volvió la cabeza y miró el perfil de la criatura que la transportaba.

Pensó al principio que era víctima de alguna extraña alucinación provocada por el terror; pero, claro está, no podía medir el tiempo que había permanecido inconsciente ni recordar ninguno de los incidentes que habían ocurrido durante ese período. Lo último que recordaba era que se hallaba en brazos de un gran simio, que se la llevaba a la jungla. Había

cerrado los ojos y, cuando los abrió de nuevo, el simio se había transformado en un apuesto semidios de la selva.

Cerró los ojos y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro del hombre. Pensó que cerraría los ojos con fuerza un momento y, luego, los volvería una vez más hacia el rostro de la criatura que la llevaba con tanta ligereza por el sendero de la jungla. Quizás esta vez sería de nuevo un simio, y entonces sabría que en verdad se había vuelto loca o estaba soñando.

Y cuando abrió los ojos, lo que vieron la convenció de que estaba experimentando una pesadilla, pues caminando por el sendero, directamente detrás de ella, se encontraba un gigantesco elefante macho.

Tarzán, que se dio cuenta de que la muchacha había vuelto en sí por el movimiento de su mano sobre su hombro, se volvió para mirarla y la vio observando a Tantor atónita, con ojos como platos.

Entonces, la muchacha se volvió hacia él y sus ojos se encontraron.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro—. ¿Estoy soñando?

Pero el hombre mono se limitó a volver a mirar al frente y no respondió.

Zora pensó en forcejear para liberarse, pero se dio cuenta de que se hallaba muy débil e indefensa y, al fin, se entregó a su destino y dejó caer de nuevo la mejilla sobre el bronceado hombro del hombre mono.

Cuando por fin Tarzán se detuvo y dejó su carga en el suelo, se encontraba en un pequeño claro por el que discurría una pequeña corriente de agua transparente. Árboles inmensos formaban un arco en lo alto y, a través de su follaje, el sol moteaba la hierba.

Mientras Zora Drinov yacía en la blanda hierba, se dio cuenta por primera vez de lo débil que estaba, pues cuando intentó levantarse, descubrió que no podía hacerlo. Cuando sus ojos contemplaron el escenario que la rodeaba, le pareció más que nunca que se trataba de un sueño: el gran elefante parado casi sobre ella y la bronceada figura de un gigante semidesnudo sentado en cuclillas junto al riachuelo. Le vio doblar una hoja grande formando una cornucopia y, después de llenarla de agua, levantarse y acercarse a ella. Sin pronunciar una palabra el hombre se inclinó, le puso un brazo bajo los hombros para que se incorporara y le ofreció el agua de su improvisada copa.

La muchacha bebió con avidez, pues tenía mucha sed. Luego, al levantar la mirada al apuesto rostro, expresó su agradecimiento; pero al ver

que el hombre no respondía, pensó, como es natural, que no la entendía. Cuando hubo satisfecho su sed y él la hubo dejado suavemente en el suelo otra vez, el hombre saltó ágilmente a un árbol y desapareció en la jungla. Pero el elefante siguió junto a ella, como de guardia, haciendo oscilar levemente su cuerpo.

La quietud y la paz de lo que la rodeaba le calmaron los nervios, pero tenía profundamente arraigada en la mente la convicción de que su situación era de lo más precaria. Aquel hombre era un misterio para ella; y si bien sabía, desde luego, que el simio que la había raptado no se había transformado milagrosamente en un apuesto dios de la jungla, no podía explicar de modo alguno su presencia o la desaparición del simio, salvo por la extraña hipótesis de que los dos trabajaran juntos y el simio la hubiera raptado para este hombre, que era su amo. No había nada en la actitud del hombre que sugiriera que tenía intención de causarle daño, y sin embargo, tan acostumbrada estaba a juzgar a todos los hombres según las pautas de la sociedad civilizada, que no concebía que tuviera otros proyectos.

Para su mente analítica, el hombre representaba una paradoja que la intrigaba, pues parecía estar absolutamente fuera de lugar en aquella jungla africana; pero al mismo tiempo armonizaba a la perfección con el entorno, en el que parecía encontrarse cómodo y seguro de sí mismo, hecho que la había impresionado más por la presencia del elefante, al que el hombre no prestaba más atención de la que se prestaría a un perro faldero. Si fuera desaseado y sucio y tuviera un aspecto degradado, la muchacha le habría catalogado de inmediato como uno de esos marginados sociales, en general medio locos, que de vez en cuando se encuentran lejos del alcance del hombre, viviendo una vida de bestias salvajes, cuyos elevados niveles de decencia y limpieza no imitaban. Pero aquella criatura se aproximaba más al atleta entrenado en quien la limpieza era observada escrupulosamente, y su cabeza bien formada y ojos inteligentes ni remotamente sugerían degradación mental ni moral.

Y mientras reflexionaba sobre él, el hombre regresó, con una gran carga de ramas rectas, de las que había eliminado las ramitas y hojas. Con celeridad y aptitud que indicaban largos años de práctica, construyó un refugio en la orilla del riachuelo. Recogió hojas grandes para formar su techo y ramas hojosas para cerrarlo por tres lados, de modo que formaba una protección contra los vientos. Cubrió el suelo con hojas, ramitas y hierbas secas. Luego, cogió a la muchacha en brazos y la llevó a la rústica

choza que había construido.

Una vez más la dejó; y cuando regresó, traía un fruto pequeño que le dio a comer poco a poco, pues suponía que hacía tiempo que no se alimentaba y sabía que no debía cargar su estómago.

Siempre trabajaba en silencio; y aunque no habían intercambiado ni una palabra, Zora Drinov sentía crecer en su interior la convicción de que podía confiar en él.

La siguiente vez que la dejó estuvo fuera un rato considerable, pero el elefante seguía en el claro, como un titánico centinela.

Cuando el hombre regresó, trajo el cuerpo muerto de un ciervo; y entonces Zora le vio hacer fuego, a la manera del hombre primitivo. Mientras la carne se asaba encima, su aroma le llegó al olfato y le hizo darse cuenta de que tenía un hambre atroz. Cuando la carne estuvo asada, el hombre se le acercó y se acuclilló a su lado, se puso a cortar pedacitos con su afilado cuchillo de caza y se los daba de comer como si ella fuera una niña indefensa. Le daba trocitos pequeños y la hacía descansar a menudo; y mientras comía, él habló por primera vez, pero no a ella ni en ninguna lengua que ella hubiera oído jamás. Habló al gran elefante y el enorme paquidermo se volvió lentamente y penetró en la jungla, donde ella oyó el ruido cada vez más lejano de su paso hasta que se perdió en la distancia. Antes de que la comida se acabara había oscurecido, y la muchacha la terminó a la luz de la fogata que brillaba en la bronceada piel de su compañero y se reflejaba en los misteriosos ojos grises que daban la impresión de verlo todo, incluso sus pensamientos más íntimos. Luego, le trajo un poco de agua para beber, tras lo cual se sentó en cuclillas fuera del refugio y se dispuso a satisfacer su propia hambre.

Poco a poco la muchacha fue sintiéndose segura gracias a la aparente solicitud de su extraño protector. Pero ahora la asaltaron claros recelos y, de pronto, sintió un extraño miedo al silencioso gigante en cuyo poder se hallaba, pues vio que comía la carne cruda y la desgarraba como si fuera una bestia salvaje. Cuando les llegó el ruido de algo que se movía en la jungla justo detrás del fuego y el hombre alzó la cabeza y brotó de sus labios un gruñido bajo y salvaje, la muchacha cerró los ojos y hundió el rostro en los brazos presa de un repentino terror y repugnancia. Desde la oscuridad de la jungla llegó otro gruñido a modo de respuesta; pero el ruido prosiguió y después todo volvió a quedar en silencio.

Pareció transcurrir mucho tiempo hasta que Zora se atrevió a abrir los

ojos de nuevo, y cuando lo hizo vio que el hombre había terminado de comer y estaba tumbado en la hierba entre ella y la fogata. Tenía miedo de él, de eso estaba segura; sin embargo, al mismo tiempo, no podía negar que su presencia le proporcionaba una sensación de seguridad que nunca hasta entonces había sentido en la jungla. Mientras trataba de resolver esta cuestión, se adormeció y, finalmente, se quedó dormida.

El joven sol ya daba nuevo calor a la jungla cuando la muchacha despertó. El hombre había reavivado el fuego y estaba sentado delante, asando trozos pequeños de carne. A su lado había algunas frutas, que debía de haber recogido al levantarse. Mientras le observaba, su belleza física impresionó aún más a la muchacha, así como cierta nobleza en su porte que armonizaba con la dignidad de su actitud y la inteligencia de sus agudos ojos grises. Deseaba no haberle visto devorar la carne como un… ah, eso era… como un león. Se parecía mucho a un león, en su fuerza y dignidad, en su majestad y el sereno aire de ferocidad que impregnaba todos sus actos. Y por eso acabó por pensar que era un hombre león y, aunque trataba de confiar en él, siempre le temía un poco.

De nuevo la alimentó y le trajo agua antes de satisfacer su propia hambre; pero antes de ponerse a comer, se levantó y lanzó un largo grito bajo. Luego, una vez más, se sentó en cuclillas y devoró su comida. Aunque la sostenía en las manos, fuertes y morenas, y la comía cruda, ahora vio que lo hacía despacio y con la misma tranquila dignidad que caracterizaba todos sus demás actos, de modo que lo encontró menos repulsivo. Una vez más intentó hablar con él, dirigiéndose en varias lenguas y dialectos africanos, pero él no daba muestras de entender y era como si se dirigiera a un auténtico bruto. Sin duda, su decepción habría sido sustituida por la ira si hubiera sabido que se estaba dirigiendo a un lord inglés, que entendía perfectamente todas las palabras que ella pronunciaba, pero que, por razones que él sabía, prefería seguir siendo un bruto ante esta mujer a la que consideraba enemiga.

Sin embargo, a Zora Drinov le iba bien que fuera lo que era, pues era el lado del lord inglés y no el del carnívoro salvaje el que le había movido a socorrerla porque estaba sola e indefensa y era mujer. La bestia que había en Tarzán no la habría atacado, pero se habría limitado a ignorarla, dejando que la ley de la jungla siguiera su curso como con todas las demás criaturas.

Poco después de que Tarzán terminara de comer, un estrépito en la

selva anunció el regreso de Tantor; y cuando apareció en el pequeño claro, la muchacha se dio cuenta de que el gran bruto había vuelto en respuesta a la llamada del hombre, y se quedó maravillada.

Y así transcurrieron los días; y poco a poco Zora Drinov recuperó sus fuerzas, protegida de noche por el silencioso dios de la jungla y de día por el gran elefante. Su único temor ahora era por la seguridad de Wayne Colt, que raras veces no ocupaba sus pensamientos. Su temor no era infundado, pues el joven norteamericano estaba teniendo días malos.

Casi frenético por la preocupación que le causaba la seguridad de Zora, había agotado sus fuerzas en una búsqueda inútil de la muchacha y su secuestrador, olvidándose de sí mismo hasta que el hambre y la fatiga habían pasado factura. Al fin había caído en la cuenta de que su estado era peligroso; y ahora, cuando más necesitaba la comida, la caza que había encontrado razonablemente abundante parecía haber abandonado la zona. Incluso los roedores más pequeños que le habían bastado para mantenerse vivo eran demasiado cautos para él o no los había en absoluto. De vez en cuando encontraba frutos que podía comer, pero parecían darle poca o ninguna fuerza, y al fin se convenció de que había agotado su capacidad de resistencia y que nada, salvo un milagro, podía impedirle morir. Estaba tan débil que sólo era capaz de dar unos pasos seguidos, tambaleándose, y luego, cuando caía al suelo, se veía obligado a yacer allí largo rato antes de poder levantarse de nuevo; y siempre pensaba que en alguna ocasión no se levantaría.

Sin embargo, no se rendía. Algo más que la necesidad de vivir le impulsaba a seguir. No podía morir, no debía morir mientras Zora Drinov se hallara en peligro. Al fin había encontrado un sendero trillado en el que estaba seguro que tarde o temprano encontraría un cazador nativo o que, quizá, le llevaría al campamento de sus compañeros. Ya sólo podía arrastrarse, pues no tenía fuerzas para ponerse en pie; y entonces, de pronto, llegó el momento que tanto había ansiado retrasar, el momento que señalaba el fin, aunque llegó en una forma que sólo había previsto de un modo vago como uno de los muchos que podían poner fin a su existencia terrenal.

Mientras yacía en el sendero, descansando, antes de seguir arrastrándose, de pronto fue consciente de que no se hallaba solo. No había oído ningún ruido, pues indudablemente tenía el oído embotado por el agotamiento; pero era consciente a través de ese extraño sentido, cuya

posesión cada uno de nosotros ha experimentado en algún momento de su existencia, de que había unos ojos posados en él.

Haciendo un gran esfuerzo alzó la cabeza y miró, y allí, ante él, en el sendero, se erguía un gran león, con los labios separados formando una mueca de enojo, relucientes de un modo siniestro sus ojos amarillo-verdosos.

XIV

ABATIDO POR UN DISPARO

TARZÁN iba casi a diario a observar el campamento de su enemigo, moviéndose velozmente a través de la jungla por senderos desconocidos para el hombre. Vio que los preparativos para el primer golpe estaban casi finalizados y, por último, vio que entregaban uniformes a todos los miembros del grupo —uniformes que reconoció como los de las tropas coloniales francesas— y se dio cuenta de que había llegado el momento de actuar. Esperaba que el pequeño Nkima hubiera llevado su mensaje sano y salvo, pero si no era así, Tarzán encontraría algún otro medio.

Poco a poco Zora Drinov iba recuperando las fuerzas. Hoy se había levantado y había dado unos pasos en el claro iluminado por el sol. El gran elefante la contempló. Hacía tiempo que ella había dejado de temerle, igual que había dejado de temer al extraño hombre blanco que se había portado bien con ella. Lentamente, la muchacha se acercó al gran animal y Tantor la miró con sus ojillos mientras hacía oscilar la trompa a un lado y a otro.

Se había mostrado tan dócil e inofensivo todos los días que la había protegido que a Zora le costaba creerle capaz de causarle algún daño. Pero al mirar ahora sus ojillos, vio en ellos una expresión que la hizo pararse en seco; y cuando se dio cuenta de que era un elefante macho, comprendió de pronto la temeridad de su acto. Ya estaba tan cerca de él que podía tocarle, cosa que era su intención, pues creía que así se harían amigos.

Intentaba apartarse con dignidad cuando la trompa de pronto le rodeó el cuerpo. Zora Drinov no gritó. Sólo cerró los ojos y esperó. Se dejó levantar del suelo y, unos instantes después, el elefante había cruzado el pequeño claro y la depositó en su refugio. Luego, se alejó lentamente y reanudó su guardia.

No le había hecho daño. Una madre no habría levantado a su hijo de pecho con más suavidad, pero a Zora Drinov le había dado la impresión de que era una prisionera y de que él era su guardián. En realidad, Tantor sólo

estaba cumpliendo las instrucciones de Tarzán, que no tenían nada que ver con una reclusión a la fuerza, sino que eran tan sólo una medida de precaución para impedir que se adentrara en la jungla, donde la acecharían otros peligros.

Zora no había recuperado completamente sus fuerzas y la experiencia la dejó temblorosa. Aunque ahora comprendía que sus repentinos temores por su seguridad eran infundados, decidió que no se tomaría más libertades con su poderoso guardián.

Poco después regresó Tarzán, mucho antes de lo que tenía por costumbre. Habló sólo con Tantor, y la gran bestia, casi acariciándole con la trompa, se volvió y penetró pesadamente en la jungla.

Entonces Tarzán se dirigió hacia donde Zora estaba sentada, en la abertura de su refugio. La levantó del suelo con ligereza y se la echó al hombro; y entonces, con infinita sorpresa por parte de la muchacha por la fuerza y agilidad del hombre, éste se subió a un árbol y se adentró en la jungla detrás del paquidermo.

En la orilla del río que antes habían cruzado les esperaba Tantor, que una vez más les llevó sanos y salvos a la otra orilla.

El propio Tarzán había cruzado el río dos veces al día desde que había montado el campamento para Zora; pero cuando iba solo no necesitaba la ayuda de Tantor ni de nadie, pues nadaba en la veloz corriente, con los ojos alerta y el cuchillo listo por si Gimla, el cocodrilo, le atacaba. Pero para cruzar a la mujer había solicitado los servicios de Tantor para que no se viera sometida al peligro y a la dificultad del otro único medio posible para cruzar el río.

Cuando el elefante subió a la orilla fangosa, Tarzán le despidió con una palabra, mientras, con la muchacha en brazos, saltaba a un árbol próximo.

Aquel recorrido por la jungla fue una experiencia que permanecería viva en la memoria de Zora Drinov durante mucho tiempo. Que un ser humano poseyera la fuerza y la agilidad de la criatura que la transportaba parecía increíble, y fácilmente le habría atribuido un origen sobrenatural si no hubiera sentido la vida en la cálida carne que se apretaba a la suya. Saltando de rama en rama, salvando vacíos que cortaban la respiración, fue transportada velozmente por la terraza media de la jungla. Al principio estaba aterrada, pero poco a poco el miedo la abandonó y fue sustituido por la absoluta confianza que Tarzán de los Monos había inspirado en muchos. Al fin se detuvo, la dejó en la rama en la que estaba y señaló al frente a

través del follaje. Zora miró y, para su asombro, vio el campamento de sus compañeros. Una vez más, el hombre mono la cogió en sus brazos y la dejó con suavidad en el suelo de un ancho sendero que discurría junto a la base del árbol en el que se había parado. Con un gesto de la mano le indicó que era libre de ir al campamento.

—Oh, ¿cómo puedo agradecértelo? —exclamó la muchacha—. ¿Cómo podré jamás hacerte entender lo espléndido que has sido y cuánto agradezco todo lo que has hecho por mí?

Pero la única respuesta del hombre mono fue darse la vuelta y saltar ágilmente al árbol que extendía su verde follaje sobre ellos.

Meneando la cabeza, Zora Drinov echó a andar por el sendero hacia el campamento, mientras Tarzán la seguía a través de los árboles para cerciorarse de que llegaba sana y salva.

Paul Ivitch había estado cazando y regresaba al campamento cuando vio que algo se movía en un árbol al borde del claro. Vio las manchas de un leopardo, levantó el rifle y disparó; así que en el momento en que Zora entraba en el campamento, el cuerpo de Tarzán de los Monos cayó de un árbol casi a su lado, brotándole sangre de una herida de bala en la cabeza mientras la luz del sol jugueteaba sobre las manchas de leopardo de su taparrabo.

La vista del león gruñendo sobre él habría sacudido los nervios de un hombre que se hallara en mejores condiciones físicas que Wayne Colt, pero la visión de una hermosa muchacha corriendo detrás de la bestia salvaje fue el golpe final que casi le dejó postrado.

A su mente acudió un torrente de recuerdos y conjeturas. En un breve instante recordó que había hombres que daban fe del hecho de que no habían sentido dolor al ser atacados por un león —ni dolor ni miedo— y también recordó que los hombres enloquecían debido a la sed y al hambre. Si iba a morir, pues, no sería doloroso, y se alegraba de ello; pero si no iba a morir, entonces sin duda estaba loco, pues el león y la muchacha debían de ser la alucinación de una mente enloquecida.

La fascinación le mantenía los ojos fijos en los dos. ¡Qué reales eran! Oyó que la muchacha hablaba con el león y luego vio que acariciaba a la gran bestia salvaje y se inclinaba sobre él, que yacía indefenso en el sendero. Ella le tocó y entonces supo que era real.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha, en un inglés chapurreado y

embellecido con un extraño acento—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me he perdido —respondió él— y estoy agotado. Llevo mucho tiempo sin comer —y, dicho esto, se desmayó.

Jad-bal-ja, el león dorado, había cobrado un extraño afecto por La de Opar. Quizás era la llamada de un espíritu salvaje a otro. Quizá no era más que el recuerdo de que era amiga de Tarzán. Pero fuera lo que fuera, la cuestión es que parecía hallar el mismo placer en su compañía que un perro fiel en compañía de su amo. La había protegido con fiera lealtad y, cuando mató para comer, compartió con ella la carne. Sin embargo, la muchacha, después de cortar el trozo que quería, siempre se alejaba un poco para construir su primitiva fogata y cocer la carne; tampoco se había atrevido nunca a coger carne cuando Jad-bal-ja había empezado a alimentarse, pues un león siempre es un león, y los siniestros y feroces rugidos que acompañaban al acto de comer advertían a la muchacha que no debía ir demasiado lejos con la recién hallada generosidad de los carnívoros.

Habían estado comiendo cuando la presencia de Colt había llamado la atención de Numa y éste había dejado su presa para ir al sendero. Por un momento La había temido no poder impedir que el león atacara al hombre y había querido hacerlo; pues algo en el aspecto del extraño le recordaba a Tarzán, a quien se parecía más que a los grotescos sacerdotes de Opar. Debido a este hecho pensó que, posiblemente, el extraño fuera del país de Tarzán. Quizás era uno de los amigos de Tarzán y, en este caso, debía protegerle. Para su alivio, el león la había obedecido cuando ella le ordenó pararse, y ahora no daba muestras de desear atacar al hombre.

Cuando Colt recuperó el conocimiento, La intentó ponerle en pie; y, con considerable dificultad y un poco de ayuda por parte del hombre, lo logró. Se puso uno de sus brazos sobre los hombros y, sosteniéndole así, le guió por el sendero mientras Jad-bal-ja le seguía de cerca. Le costó hacerle pasar por los arbustos hasta la cañada escondida donde se encontraba la presa de Jad-bal-ja y la pequeña fogata que ardía a poca distancia. Pero al fin lo consiguió y, cuando se hubieron acercado al fuego, dejó al hombre en el suelo mientras Jad-bal-ja se ponía a comer de nuevo con sus gruñidos.

La dio de comer al hombre trocitos de carne cocida, y él comió ávidamente todo lo que ella le daba. A poca distancia discurría el río, adonde La y el león habrían ido a beber después de alimentarse; pero como dudaba que pudiera hacer que el hombre recorriera una distancia tan grande por la jungla, le dejó allí con el león y fue sola al río; pero antes le dijo a

Jad-bal-ja que le protegiera, hablándole en la lengua de los primeros hombres, la lengua de los mangani, que todas las criaturas de la jungla entienden en mayor o menor medida. Cerca del río La encontró lo que buscaba: una fruta con la corteza dura. Cortó un extremo de la fruta con el cuchillo y extrajo el interior pulposo, con lo que consiguió un recipiente primitivo pero muy práctico que llenó con agua del río.

El agua, así como la comida, refrescó y reforzó a Colt; aunque se hallaba a unos metros del león, parecía que había pasado una eternidad desde que había experimentado aquella sensación de satisfacción y seguridad, enturbiada sólo por la ansiedad que sentía por Zora.

—¿Te sientes más fuerte ahora? —le preguntó La, con la voz débil por la preocupación.

—Mucho más —respondió él.

—Cuéntame quién eres y si éste es tu país.

—Éste no es mi país —dijo Colt—. Soy norteamericano. Me llamo Wayne Colt.

—¿Eres quizás amigo de Tarzán de los Monos? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No —dijo—. He oído hablar de él, pero no le conozco.

La frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿eres su enemigo?

—Claro que no —repuso Colt—. Ni siquiera le conozco.

Un destello relució en los ojos de La.

—¿Conoces a Zora?

Colt se incorporó y se apoyó sobre un codo, sobresaltado.

—¿Zora Drinov? —preguntó—. ¿Qué sabes de ella?

—Es mi amiga —dijo La.

—También es mi amiga —dijo Colt.

—Está en un apuro —señaló La.

—Sí, ya lo sé; pero ¿cómo lo sabes?

—Yo estaba con ella cuando los hombres del desierto la hicieron prisionera. También me cogieron a mí, pero escapé.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—El Dios Llameante se ha acostado muchas veces desde que vi a Zora —respondió la muchacha.

—Entonces, yo la he visto después.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Estaba con los árabes cuando la encontré. Escapamos de ellos; y entonces, mientras yo cazaba en la jungla, algo vino y se la llevó. No sé si era un hombre o un gorila, pues aunque vi sus huellas no puedo estar seguro. Hace mucho que la busco; pero no encontraba comida, y también he estado mucho tiempo sin agua; por eso perdí las fuerzas y me encontraste en tan mal estado.

—Ahora no pasarás más hambre ni sed —dijo La—, pues Numa, el león, cazará para nosotros; y si podemos encontrar el campamento de los amigos de Zora, quizás ellos salgan a buscarla.

—¿Sabes dónde está el campamento? —preguntó él—. ¿Está cerca?

—No sé dónde está. Lo he estado buscando para conducir a los amigos de Zora tras los hombres del desierto.

Colt había estado examinando a la muchacha mientras hablaban. Había notado el extraño atuendo y la espléndida belleza de su rostro y figura. Sabía de un modo casi intuitivo que no pertenecía al mundo que él conocía, y su mente se llenó de curiosidad hacia ella.

—No me has dicho quién eres —dijo.

—Soy La de Opar —declaró ella—, suma sacerdotisa del Dios Llameante.

¡Opar! Ahora en verdad sabía que no pertenecía a su mundo. Opar, la ciudad misteriosa, la ciudad de los fabulosos tesoros. ¿Podía ser que la misma ciudad que albergaba a aquellos grotescos guerreros con los que él y Romero habían peleado produjera también semejantes criaturas como Nao y La, y sólo éstas? Se preguntó por qué no la había relacionado con Opar enseguida, pues ahora vio que su peto era similar al de Nao y las sacerdotisas a las que había visto junto al trono en la gran sala del templo en ruinas. Al recordar su intento de entrar en Opar y saquear sus tesoros, le pareció esencial no mencionar familiaridad alguna con la ciudad que había visto nacer a la muchacha, pues suponía que las mujeres de Opar serían tan primitivamente fieras en su venganza como Nao en su amor.

Aquella noche, el león, la muchacha y el hombre permanecieron cerca de la presa de Jad-bal-ja y, por la mañana, Colt descubrió que había recuperado parcialmente las fuerzas. Durante la noche, Numa había acabado con el animal que había matado; y, después de que saliera el sol, La encontró frutos que ella y Colt comieron, mientras el león iba al río a beber, deteniéndose una vez a rugir para que el mundo supiera que el rey estaba allí.

—Numa no volverá a matar para nosotros hasta mañana —dijo—, o sea que no dispondremos de carne hasta entonces, a menos que tengamos la suerte de matar algo nosotros mismos.

Colt hacía tiempo que había abandonado el pesado rifle de los árabes, pues su creciente debilidad le impidió cargar su peso; así que no disponía más que de sus manos y La sólo tenía un cuchillo.

—Entonces, supongo que tendremos que comer fruta hasta que el león mate de nuevo —dijo Colt—. Entretanto, será mejor que intentemos encontrar el campamento.

La meneó la cabeza.

—No —dijo—, debes descansar. Estabas muy débil cuando te encontré, y no te conviene hacer ejercicio hasta que vuelvas a estar fuerte. Numa dormirá todo el día. Tú y yo cortaremos unos palos y nos tumbaremos junto a un caminito, por donde pasan animales pequeños. Quizá tengamos suerte; pero si no, Numa volverá a matar mañana y esta vez cogeré un cuarto trasero entero.

—No puedo creer que un león te deje hacerlo —dijo el hombre.

—Al principio, ni yo misma lo entendía —dijo La—, pero al cabo de un tiempo lo recordé. No me hace daño porque soy amiga de Tarzán.

Cuando Zora Drinov vio al hombre león inerte en el suelo, se precipitó hacia él y se arrodilló a su lado. Había oído el disparo y ahora, al ver brotar la sangre de la herida que tenía en la cabeza, pensó que alguien le había matado intencionadamente, y cuando Ivitch apareció corriendo, con el rifle en la mano, se volvió a él como una tigresa.

—Le has matado —gritó—. ¡Eres un bestia! Él valía más que una docena como tú.

El ruido del disparo y el estrépito del cuerpo al caer hicieron que aparecieran hombres de todas partes del campamento, de modo que Tarzán y la muchacha pronto se vieron rodeados por una multitud de negros curiosos y excitados, entre los que los blancos restantes se abrían camino.

Ivitch estaba atónito, no sólo por la vista del gigantesco hombre blanco que yacía ante él, aparentemente muerto, sino también por la presencia de Zora Drinov, a quien todos los miembros del campamento daban por perdida.

—No tenía idea, camarada Drinov —explicó— de que disparaba a un hombre. Ahora veo lo que me ha confundido. He visto algo que se movía

en un árbol y creía que se trata de un leopardo, pero era la piel de leopardo que lleva en la entrepierna.

Para entonces, Zveri se había abierto paso a codazos hasta el centro del grupo.

—¡Zora! —exclamó, atónito, cuando vio a la muchacha—. ¿De dónde sales? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué significa esto?

—Significa que este idiota, Ivitch, ha matado al hombre que me salvó la vida —dijo Zora.

—¿Quién es? —preguntó Zveri.

—No lo sé —respondió Zora—. No me ha dicho ni una sola palabra. No parece comprender ninguna lengua de las que yo conozco.

—No está muerto —dijo Ivitch—. Mirad, se ha movido.

Romero se arrodilló y examinó la herida de la cabeza de Tarzán.

—Sólo está aturdido —dijo—. La bala le ha dado un golpe oblicuo. No hay señales de fractura de cráneo. He visto otras veces hombres con una herida así. Puede que esté inconsciente mucho tiempo, o puede que no, pero estoy seguro de que no morirá.

—¿Quién diantre supones tú que es? —preguntó Zveri.

Zora hizo gestos de negación con la cabeza.

—No tengo ni idea —dijo—. Sólo sé que es tan espléndido como misterioso.

—Yo sé quién es —intervino un negro, que se había adelantado para ver la figura del hombre postrado—, y si no está muerto ya, será mejor que le matéis, pues será vuestro peor enemigo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Zveri. ¿Quién es?

—Es Tarzán de los Monos.

—¿Estás seguro? —espetó Zveri.

—Sí, bwana —respondió el negro—. Le vi una vez, y nunca se olvida a Tarzán de los Monos.

—Tu disparo ha sido afortunado, Ivitch —dijo el jefe—, y ahora puedes terminar lo que has empezado.

—¿Que le mate, quieres decir? —preguntó Ivitch.

—Si vive, nuestra causa está perdida y, con ella, nuestras vidas —respondió Zveri—. Creía que estaba muerto, o yo jamás habría venido; y ahora que el destino le ha puesto en nuestras manos, seríamos tontos si le dejáramos escapar, pues no podríamos tener peor enemigo que él.

—No puedo matarle a sangre fría —dijo Ivitch.

—Siempre has sido un pobre débil mental —dijo Zveri—, pero yo no. Apártate, Zora —y al decir esto sacó su revólver y avanzó hacia Tarzán.

La muchacha se arrojó sobre el hombre mono, protegiéndole con su cuerpo.

—No puedes matarle —exclamó—, no debes.

—No seas tonta, Zora —espetó Zveri.

—Me salvó la vida y me trajo al campamento. ¿Crees que permitiré que le asesines?

—Me temo que no puedes evitarlo, Zora —respondió el hombre—. No me gusta hacerlo, pero es su vida o la causa. Si él vive, nosotros fracasamos.

La muchacha se puso en pie de un salto y se enfrentó a Zveri.

—Si le matas, Peter, te mataré yo a ti; te lo juro por lo que más quiero. Hazle prisionero, si quieres, pero si valoras tu vida, no le mates.

Zveri se puso pálido de ira.

—Tus palabras son una traición —dijo—. Los traidores a la causa han muerto por menos de lo que has dicho.

Zora Drinov se dio cuenta de que la situación era extremadamente peligrosa. Tenía pocas razones para creer que Zveri hiciera efectiva su amenaza hacia ella, pero vio que, si quería salvar a Tarzán, tenía que actuar enseguida.

—Haz que los otros se marchen —dijo a Zveri—. Tengo algo que decirte antes de que mates a este hombre.

Por un instante, el jefe vaciló. Luego, se volvió a Dorsky, que estaba a su lado.

—Haz que aten a este tipo y se lo lleven a una de las tiendas —ordenó —. Le haremos un juicio justo cuando haya vuelto en sí y luego le colocaremos ante un pelotón de fusilamiento. —Y, dirigiéndose a la muchacha, añadió—: Ven conmigo, Zora, y escucharé lo que tengas que decir.

Los dos se encaminaron en silencio hacia la tienda de Zveri.

—¿Y bien? —preguntó Zveri cuando la muchacha se detuvo ante la entrada—. ¿Qué tienes que decirme que crees que cambiará mis planes respecto a tu amante?

Zora le miró durante un largo minuto, con una leve sonrisa despreciativa en los labios.

—Eso es lo que crees —dijo—, pero te equivocas. Y, pienses lo que

pienses, no le matarás.

—¿Y por qué no? —preguntó Zveri.

—Porque si lo haces, les contaré a todos cuáles son tus planes; que eres un traidor a la causa y que les has estado utilizando para saciar tu ambición egoísta de proclamarte emperador de África.

—No te atreverás —exclamó Zveri—, ni yo lo permitiré; por mucho que te quiera, te mataré aquí mismo, a menos que me prometas no interferir en mis planes.

—No osarás matarme —dijo en tono de desprecio—. Peter, te has enemistado con todos los hombres del campamento, y a todos les caigo bien. Incluso algunos de ellos quizá me quieren un poco. ¿Crees que no me vengarían cinco minutos después de que me hubieras matado? Tendrás que pensar en otra cosa, amigo mío; y lo mejor que puedes hacer es seguir mi consejo. Haz prisionero a Tarzán de los Monos si quieres, pero, por tu vida, no le mates ni permitas que nadie lo haga.

Zveri se sentó en una silla de campaña.

—Todos están contra mí —dijo—. Incluso tú, la mujer a la que amo.

—Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, Peter —dijo la muchacha.

—¿Lo dices de veras? —preguntó él, levantando la mirada.

—Absolutamente.

—¿Cuánto tiempo estuviste a solas con ese hombre en la jungla? —quiso saber.

—No empieces con eso, Peter —dijo ella—. No me habría podido tratar de modo diferente si hubiera sido mi hermano; y, ciertamente, dejando aparte todas las demás consideraciones, deberías conocerme lo suficiente para saber que no poseo la debilidad que insinuabas con tu tono.

—Nunca me has amado, ésa es la razón —declaró él—. Pero no confiaría en ti ni en ninguna otra mujer que estuviera con el hombre al que ama o del que se ha enamorado temporalmente.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando —dijo ella —. ¿Vas a matar a Tarzán de los Monos o no?

—Por ti, le dejaré vivir —respondió el hombre—, aunque no confío en ti —añadió—. No confío en nadie. ¿Cómo voy a hacerlo? Mira esto —y sacó un mensaje cifrado de su bolsillo y se lo entregó—. Esto llegó hace unos días; el muy traidor. Ojalá pudiera ponerle las manos encima. Me habría gustado matarle yo mismo, pero supongo que no tendré tanta suerte,

pues probablemente ya está muerto.

Zora cogió el papel. Bajo el mensaje, con letra de Zveri, el texto estaba descifrado en escritura rusa. Mientras leía, sus ojos se abrieron desmesuradamente, llenos de asombro.

—Es increíble —exclamó.

—Pero es cierto —replicó Zveri—. Siempre sospeché de ese sucio canalla —y añadió con un juramento—: Creo que ese maldito mexicano es igual que él.

—Al menos —dijo Zora—, su plan se ha desbaratado, pues deduzco que su mensaje no llegó.

—No —dijo Zveri. Fue entregado por error a nuestros agentes en lugar de a los suyos.

—Entonces, no ha ocurrido nada.

—Por fortuna, no; pero me ha hecho recelar de todo el mundo, y voy a seguir con la expedición enseguida, antes de que ocurra nada más que interfiera en mis planes.

—Entonces, ¿todo está a punto? —preguntó ella.

—Todo está a punto —respondió él—. Nos vamos mañana por la mañana. Y ahora, cuéntame lo ocurrido mientras yo estaba en Opar. ¿Por qué se marcharon los árabes, y por qué fuiste con ellos?

Abu Batn estaba enojado y resentido porque le habías dejado para proteger el campamento. Los árabes creían que era un insulto a su valor, y creo que de todos modos te habrían abandonado, independientemente de mí. El día siguiente al del que te marchaste, apareció en el campamento una extraña mujer. Era una mujer blanca, muy bella, de Opar; Abu Batn tuvo la idea de aprovecharse de la oportunidad que el destino le brindaba y se nos llevó con la intención de vendernos como esclavas al regresar a su país.

—¿Acaso no hay ningún hombre honrado en el mundo? —preguntó Zveri.

—Me temo que no —declaró la muchacha; pero como él miraba fijamente el suelo, no vio la sonrisa de desprecio que acompañaba a este comentario.

Zora describió la forma en que alejaron a La del campamento de Abu Batn y la ira del jeque al conocer la traición de Ibn Dammuk; y entonces le contó su propia huida, pero no mencionó la intervención de Wayne Colt en ella y le indujo a creer que había vagado sola por la jungla hasta que el gran simio la capturó. Se entretuvo hablando de la bondad y consideración de

Tarzán y le habló del gran elefante que la protegía durante el día.

—Parece un cuento de hadas —observó Zveri—, pero he oído suficiente de este hombre mono para creer casi cualquier cosa referente a él, lo cual es una razón por la que creo que jamás estaremos a salvo mientras él viva.

—No puede hacernos daño mientras sea nuestro prisionero; y, sin duda, si me amas como dices, el hombre que me salvó la vida merece algo mejor de ti que la muerte ignominiosa.

—No hables más de ello —dijo Zveri—. Ya te he dicho que no le mataré —pero en su mente traidora estaba trazando un plan por el que Tarzán pudiera ser destruido mientras cumplía al pie de la letra la promesa hecha a Zora.

XV

«¡MATA, TANTOR, MATA!»

A LA MAÑANA siguiente, temprano, la expedición abandonó el campamento; los salvajes guerreros negros iban ataviados con el uniforme de las tropas coloniales francesas, mientras Zveri, Romero, Ivitch y Mori llevaban uniformes de oficiales franceses. Zora Drinov acompañaba a la columna, pues aunque había pedido que le permitieran quedarse a cuidar a Tarzán, Zveri no le autorizó a hacerlo, declarando que no volvería a perderla de vista. Dorsky y un puñado de negros se quedaron para vigilar al prisionero y las provisiones y el equipo que dejaban en el campamento base.

Cuando la columna se preparaba para marchar, Zveri dio sus instrucciones finales a Dorsky.

—Dejo este asunto completamente en tus manos —dijo—. Debe parecer que se ha escapado, o, a lo peor, que fue una muerte accidental.

—No pienses más en el asunto, camarada —declaró Dorsky—. Mucho antes de que regreses, este extranjero habrá sido eliminado.

Les esperaba a los invasores una larga y difícil marcha, pues su ruta cruzaba Abisinia suroriental y entraba en la Somalia italiana, a lo largo de ochocientos kilómetros de accidentado y salvaje país. La intención de Zveri era no hacer más que una demostración en la colonia italiana, suficiente para despertar aún más la ira de los italianos contra los franceses y dar al dictador fascista la excusa que Zveri creía que era lo único que esperaba para llevar a cabo su disparatado sueño de la conquista italiana de Europa.

Tal vez Zveri estaba un poco loco, pero era discípulo de hombres locos cuya ambición de poder forjaba en su mente imágenes deformadas, de modo que no sabían diferenciar entre lo racional y lo extraño; y, además, Zveri había soñado tanto tiempo con su imperio que ahora sólo veía su meta y ninguno de los obstáculos infranqueables que se hallaban en su camino. Veía un nuevo emperador romano gobernando Europa, y se veía a

sí mismo como emperador de África formando una alianza con el nuevo poder europeo contra todo el resto del mundo. Imaginaba dos espléndidos tronos de oro; en uno de ellos se sentaba el emperador Peter I, y en el otro la emperatriz Zora; y así soñaba mientras realizaba la larga y dura marcha hacia el este.

Era la mañana del día siguiente al del disparo cuando Tarzán recuperó el conocimiento. Se sentía débil y enfermo, y la cabeza le dolía horriblemente. Cuando intentó moverse, descubrió que tenía atadas las muñecas y los tobillos. No sabía lo que había ocurrido, y al principio no podía imaginar dónde se encontraba; pero a medida que fue recuperando la memoria y reconoció los muros de lona de una tienda, comprendió que de alguna manera sus enemigos le habían capturado. Intentó liberarse las muñecas de las cuerdas que las sujetaban, pero éstas resistían todos sus esfuerzos.

Aguzó el oído y olisqueó el aire, pero no captó ninguna prueba del numeroso campamento que había visto al traer a la muchacha. Sin embargo, sabía que al menos había transcurrido una noche, pues las sombras que veía por la abertura de la tienda indicaban que el sol estaba alto en el firmamento, mientras que cuando lo había visto por última vez se hallaba bajo en el oeste. Al oír voces, se dio cuenta de que no estaba solo, aunque confiaba en que hubiera relativamente pocos hombres en el campamento.

En las profundidades de la jungla oyó barritar a un elefante y una vez, muy a lo lejos, oyó débilmente el rugido de un león. Tarzán hizo esfuerzos de nuevo para romper las ataduras que le sujetaban, pero no cedían. Luego, volvió la cabeza para quedar de cara a la abertura de la tienda y de sus labios brotó un largo grito bajo, el grito de una fiera en un apuro.

Dorsky, que holgazaneaba sentado en una silla ante su propia tienda, se puso en pie de un salto. Los negros, que hablaban animados ante sus respectivos refugios, se quedaron callados y cogieron sus armas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dorsky a su criado negro.

El tipo, temblando y con los ojos desorbitados, hizo gestos de negación con la cabeza.

—No lo sé, bwana —dijo—. Quizás el hombre que está en la tienda ha muerto, pues semejante ruido puede muy bien haber salido de la garganta de un fantasma.

—Tonterías —dijo Dorsky—. Vamos, echémosle un vistazo.

Pero el negro se quedó quieto y el hombre blanco se fue solo.

El sonido, que aparentemente había surgido de la tienda en la que se encontraba el cautivo, había producido un efecto peculiar en Dorsky: le había puesto de piel de gallina el cuero cabelludo y le había provocado una extraña sensación de mal presagio; de modo que, cuando se acercó a la tienda, fue más despacio y llevaba el revólver preparado en la mano.

Cuando entró en la tienda, vio al hombre tumbado donde lo había dejado; pero ahora tenía los ojos abiertos y, cuando se posaron en los del ruso, este último tuvo una sensación similar a la que uno experimenta cuando mira a los ojos a una fiera salvaje que ha quedado atrapada en una trampa.

—Bueno —dijo Dorsky—, así que has recobrado el conocimiento, ¿eh? ¿Qué quieres? —El cautivo no respondió, pero sus ojos no se desviaban del rostro del otro hombre. Tan fija era la mirada que Dorsky se sintió intranquilo—. Será mejor que aprendas a hablar —dijo en tono malhumorado—, si sabes lo que te conviene. —Entonces se le ocurrió que quizás el hombre no le entendía, de modo que se volvió en la entrada y llamó a algunos negros, que se habían acercado, medio por curiosidad y medio con miedo, a la tienda del prisionero—. Que venga uno de vosotros —dijo.

Al principio nadie parecía inclinado a obedecer, pero luego se adelantó un fornido guerrero.

—A ver si este tipo entiende tu lengua. Entra y dile que tengo una propuesta para él y que será mejor que la escuche.

—Si de verdad es Tarzán de los Monos —dijo el negro— me entenderá —y entró con cautela en la tienda.

El negro repitió el mensaje en su dialecto, pero el hombre mono no dio señales de comprenderle.

Dorsky perdió la paciencia.

—Maldito simio —exclamó—. No intentes burlarte de mí. Sé perfectamente que entiendes la jerga de este tipo, y también sé que eres inglés y que entiendes este idioma. Te daré cinco minutos para que lo pienses, y después volveré. Si para entonces no has decidido hablar, allá tú con las consecuencias.

Giró sobre sus talones y salió de la tienda.

El pequeño Nkima había llegado lejos. En torno al cuello llevaba una correa que sujetaba una bolsita de cuero que contenía un mensaje. La había llevado a Muviro, jefe de guerra de los waziri; y cuando los waziri hubieron emprendido la larga marcha, Nkima iba con orgullo sobre el hombro de Muviro. Se había quedado algún tiempo con los guerreros negros; pero al fin se marchó, movido quizá por algún capricho de su errática mente o por una gran necesidad que no pudo resistir. Les había abandonado y, enfrentándose solo a todos los peligros que más temía, había partido para ocuparse de sus asuntos.

Nkima había escapado muchas veces, y por los pelos, al peligro mientras se desplazaba entre los grandes gigantes de la jungla. Si hubiera podido resistir la tentación, quizás habría pasado con razonable seguridad, pero esto no podía hacerlo y, por este motivo, siempre se metía en problemas haciendo jugarretas a los extraños, quienes, si bien poseían sentido del humor, no apreciaban en su mayoría el del monito. Nkima no podía olvidar que era amigo de Tarzán, Señor de la Jungla, quien confiaba en él, aunque a menudo parecía olvidar que Tarzán no estaba allí para protegerle cuando lanzaba insultos a otros monos menos favorecidos. Que saliera con vida se debía más a su velocidad que a su inteligencia o coraje. Gran parte del tiempo huía aterrorizado, emitiendo estridentes gritos de angustia mental; sin embargo, nunca parecía aprender con la experiencia, y tras escapar por los pelos a un intento de asesinato estaba listo para insultar o fastidiar a la siguiente criatura con la que se tropezaba, eligiendo en especial, según parecía, las que eran mayores y más fuertes que él.

A veces huía en una dirección, a veces en otra, de modo que tardaba mucho más tiempo del necesario en efectuar el viaje. De otro modo, habría llegado junto a su amo a tiempo de serle útil en el momento en que Tarzán necesitaba un amigo más desesperadamente que jamás en su vida.

Y ahora, mientras lejos en la jungla Nkima huía de un viejo mandril al que había golpeado con un palo bien dirigido, Michael Dorsky se acercó a la tienda donde yacía el amo del monito, atado e indefenso. Habían transcurrido los cinco minutos y Dorsky iba a pedir la respuesta a Tarzán. Entró solo, y cuando entró en la tienda tenía bien formulado su sencillo plan de acción.

La expresión del rostro del prisionero había cambiado. Parecía escuchar atentamente. Dorsky también escuchó, pero no oía nada, pues en comparación con el oído de Tarzán de los Monos, Michael Dorsky era

sordo. Lo que Tarzán oyó le llenó de callada satisfacción.

—Bueno —dijo Dorsky—, he venido a darte tu última oportunidad. El camarada Zveri ha dirigido dos expediciones a Opar en busca del oro que sabemos se guarda allí. Ambas expediciones fracasaron. Es bien sabido que tú conoces el lugar donde se encuentran las arcas del tesoro de Opar y puedes conducirnos hasta ellas. Si accedes a hacerlo cuando regrese el camarada Zveri no sólo no te causaremos ningún daño, sino que serás liberado en cuanto el camarada Zveri crea que no corremos ningún riesgo si estás en libertad. Si te niegas, morirás. —Sacó un largo y delgado cuchillo que llevaba en el cinto de su funda—. Si te niegas a responderme, me lo tomaré como prueba de que no aceptas mi propuesta. —Y como el hombre mono mantenía su silencio pétreo, el ruso le acercó la fina hoja a los ojos —. Piénsatelo, simio —dijo—, y recuerda que cuando te clave esto entre las costillas, no se oirá ningún ruido. Te perforará el corazón, y lo dejaré allí hasta que haya dejado de brotar sangre. Entonces, lo sacaré y cerraré la herida. Más tarde te encontrarán muerto, y diré a los negros que has muerto de un disparo accidental. Así, tus amigos jamás conocerán la verdad. No serás vengado y habrás muerto inútilmente. —Se interrumpió para recibir respuesta, con un destello de perversidad en los ojos al mirar fijamente a los ojos fríos y grises del hombre mono.

Ahora la daga estaba muy cerca de la cara de Tarzán; y, de pronto, como una bestia salvaje, alzó su cuerpo y sus fauces se cerraron como una trampa de acero en la muñeca del ruso. Lanzando un grito de dolor, Dorsky se apartó. La daga se le cayó de la mano. En ese mismo instante, Tarzán dobló las piernas en torno a los pies del asesino, y mientras Dorsky caía de espaldas, arrastró a Tarzán de los Monos, que le cayó encima.

El hombre mono sabía que, debido al mordisco en los huesos de la muñeca, la mano derecha de Dorsky estaba inutilizada, y por tanto la soltó. Luego, para horror del ruso, el hombre mono buscó con los dientes la yugular del hombre mientras de la garganta le brotaba el rugido de una bestia salvaje.

Gritando para que sus hombres acudieran en su ayuda, Dorsky trató de coger, con la mano izquierda, el revólver que llevaba colgado a la cadera, pero pronto vio que, si no se desembarazaba del cuerpo de Tarzán, sería incapaz de alcanzarlo.

Ya oía a sus hombres correr hacia la tienda, gritando entre ellos, y luego oyó exclamaciones de sorpresa y gritos de terror. Al instante

siguiente la tienda desapareció encima de ellos y Dorsky vio un enorme elefante cerniéndose sobre él y su salvaje oponente.

Tarzán abandonó entonces sus esfuerzos por cerrar los dientes sobre la garganta de Dorsky y, al mismo tiempo, se apresuró a apartarse rodando del cuerpo del ruso. Al hacerlo, la mano de Dorsky encontró el revólver.

—¡Mata, Tantor! ¡Mata! —gritó el hombre mono—. ¡Mata!

La sinuosa trompa del paquidermo se enroscó en el ruso. Los ojillos del elefante estaban enrojecidos de odio y barritó con estridencia al alzar a Dorsky por encima de su cabeza; luego, se giró y lo lanzó al campamento, mientras los aterrados negros, echando miradas asustadas por encima del hombro, huían a la jungla. Entonces Tantor cargó contra su víctima. Le clavó sus grandes colmillos y luego, en un frenesí de rabia, barritando y chillando, lo pisoteó hasta que no quedó de Michael Dorsky más que una masa ensangrentada.

Desde el momento en que Tantor había atrapado al ruso, Tarzán había intentado, sin conseguirlo, aplacar la furia del gran bruto, pero Tantor fue sordo a las órdenes hasta que hubo realizado su venganza sobre aquella criatura que había osado atacar a su amigo. Pero cuando su rabia hubo perdido fuerzas y no quedaba nada contra lo que desahogarla, se acercó tranquilamente a Tarzán y, a una orden del hombre mono, levantó con suavidad su bronceado cuerpo con la trompa y se lo llevó a la selva.

Tantor llevó a su indefenso amigo a un claro, escondido en lo más profundo de la jungla y allí le depositó suavemente sobre la hierba, a la sombra de un árbol. Poco más podía hacer el gran macho aparte de vigilar. Como consecuencia de la excitación que le había producido matar a Dorsky y su preocupación por Tarzán, el animal estaba nervioso e irritable. Se quedó erguido con las orejas levantadas, alerta ante cualquier ruido amenazador, agitando su sensible trompa de un lado a otro en busca de cualquier corriente de aire que le llevara el olor del peligro.

El dolor de la herida molestaba a Tarzán mucho menos que las punzadas de la sed.

Llamó a unos monitos que le observaban desde los árboles:

—Ven, Manu, y desátame las muñecas.

—Tenemos miedo —dijo un mono viejo.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo el hombre en tono tranquilizador—. Tarzán siempre ha sido vuestro amigo. No os hará daño.

—Tenemos miedo —repitió el mono viejo—. Tarzán nos abandonó.

Durante muchas lunas la jungla no ha conocido a Tarzán, pero otros tarmangani y extraños gomangani vinieron y con palos de trueno cazaron al pequeño Manu y lo mataron. Si Tarzán aún hubiera sido nuestro amigo, habría echado a estos hombres extraños.

—Si hubiera estado aquí, las cosas-hombre no os habrían hecho daño —dijo Tarzán—. Tarzán os habría protegido. Ahora he vuelto, pero no puedo destruir a los extranjeros ni hacer que se marchen hasta que me haya desatado.

—¿Quién te ató? —preguntó el mono.

—El tarmangani extraño —respondió Tarzán.

—Entonces, debe de ser más poderoso que Tarzán —dijo Manu—, y, por tanto, ¿de qué serviría liberarte? Si los extraños tarmangani descubrieran que lo habíamos hecho nosotros, se enfadarían y vendrían a matarnos. Que Tarzán, que durante muchas lluvias ha sido Señor de la Jungla, se libere solo.

Al ver que era inútil recurrir a Manu, Tarzán, como última esperanza, lanzó la larga y quejumbrosa llamada pidiendo la ayuda de los grandes simios. Su volumen aumentó lentamente, y se convirtió en un grito estridente que llegó muy lejos a través de la silenciosa jungla.

En todas direcciones, las bestias, grandes y pequeñas, se detenían cuando la extraña nota penetraban en sus sensibles oídos. Ninguno tenía miedo, pues la llamada les indicaba que un gran macho se hallaba en un apuro y, por lo tanto, sin duda alguna era inofensivo; pero los chacales interpretaban el sonido como la posibilidad de carne y se dirigieron hacia la dirección de la que había venido; y Dango, la hiena, lo oyó y avanzó sobre blandas patas, esperando encontrar a un animal indefenso que resultase una presa fácil. Y a lo lejos, y débilmente, un monito oyó la llamada y reconoció la voz de quien la efectuaba. Rápidamente atravesó la jungla, impulsado como en raras ocasiones por un pensamiento directo y un tenaz propósito que no permitía interrupciones.

Tarzán había enviado a Tantor al río a buscar agua con su trompa. De lejos captó el olor de los chacales y el horrible hedor de Dango y esperaba que Tantor regresara antes de que éstos llegaran a él. No tenía miedo, sólo una necesidad instintiva de autoconservación. Despreciaba a los chacales y sabía que, aunque estuviera atado de manos y pies, podría mantener alejadas a aquellas asustadizas criaturas; pero Dango era diferente, pues Tarzán sabía que, una vez se diera cuenta el asqueroso bruto de su

indefensión, aquellas potentes fauces darían cuenta de él rápidamente. Conocía la inmisericorde ferocidad de la bestia, y sabía que en toda la jungla no había nadie más terrible que Dango.

Primero llegaron los chacales y se quedaron al borde del claro, observándole. Luego, empezaron a dar vueltas despacio, acercándose; pero cuando Tarzán se levantó para sentarse, salieron huyendo. Tres veces se acercaron con sigilo, tratando de reunir coraje para atacar; y entonces apareció furtivamente una horrible forma en la linde del claro, y los chacales se retiraron a una distancia prudente. Dango, la hiena, había llegado.

Tarzán aún estaba incorporado y la bestia se quedó mirándole, llena de curiosidad y miedo. Rugió y la cosa-hombre que estaba ante ella también rugió; y entonces, desde encima de ellos llegó un gran parloteo y, cuando Tarzán levantó la mirada, vio a Nkima danzando en la rama de un árbol.

—Baja, Nkima —gritó— y desátame las muñecas.

¡Dango! ¡Dango! —exclamó Nkima—. El pequeño Nkima tiene miedo de Dango.

—Si bajas ahora —dijo Tarzán—, no te pasará nada, pero si esperas demasiado, Dango matará a Tarzán, y entonces ¿a quién acudirá el pequeño Nkima para que le proteja?

—Nkima ya viene —gritó el monito, y se dejó caer del árbol hasta el hombro de Tarzán.

La hiena exhibió los colmillos y se rió de un modo horrible. Tarzán dijo:

—Rápido, las ataduras, Nkima —y el monito, con dedos temblorosos debido al terror, se puso a trabajar en las tiras de cuero que ataban las muñecas de Tarzán.

Dango, con su fea cabeza bajada, efectuó un ataque repentino; y de lo más hondo de los pulmones del hombre mono brotó un fuerte rugido digno del propio Numa. Soltando un aullido de terror, la cobarde Dango dio media vuelta y huyó al extremo del claro, donde se quedó rugiendo y con el pelo erizado.

—Date prisa, Nkima —dijo Tarzán—. Dango volverá. Quizás una vez, quizá dos, quizá tres veces antes de que me ataque; pero al final se dará cuenta de que estoy indefenso y entonces no se detendrá ni huirá.

—Los dedos del pequeño Nkima están enfermos —dijo el manu—. Están débiles y tiemblan. No desharán el nudo.

—Nkima tiene dientes afilados —le recordó Tarzán—. ¿Por qué pierdes el tiempo con los dedos si no podrás deshacer los nudos? Deja que tus afilados dientes hagan el trabajo.

Sin vacilar, Nkima se puso a mordisquear las ataduras. Silencioso a la fuerza porque tenía la boca ocupada en otra cosa, el monito se esforzaba diligentemente y sin interrupción.

Entretanto, Dango efectuó dos cortas embestidas, acercándose cada vez un poco más, pero las dos veces se dio la vuelta ante la amenaza de los rugidos y salvajes gruñidos del hombre mono, que ahora habían despertado a la jungla.

Sobre ellos, en las copas de los árboles, los monos parloteaban y chillaban, y a lo lejos la voz de Numa retumbaba como el trueno lejano, mientras, procedente del río, llegaba el barritar de Tantor.

El pequeño Nkima mordisqueaba frenético las ataduras cuando Dango atacó de nuevo, convencida esta vez de que el gran tarmangani estaba indefenso, pues ahora, con un rugido, se precipitó sobre el hombre.

Con un repentino tirón de los grandes músculos del brazo, que envió al monito al suelo, Tarzán intentó liberar sus manos para poder defenderse de la salvaje muerte con que le amenazaban aquellas fauces; y las correas, casi partidas gracias a los dientes afilados de Nkima, cedieron a la terrible presión de los esfuerzos del hombre mono.

Cuando Dango saltó a la bronceada garganta, la mano de Tarzán agarró a la bestia por el cuello, pero el impacto del pesado cuerpo le hizo caer de espaldas al suelo. Dango se retorció, forcejeó y arañó en un esfuerzo inútil por liberarse de la garra mortal del hombre mono, pero aquellos dedos de acero se cerraban implacables en su garganta, hasta que, jadeando, el gran bruto se desplomó, inerte, sobre el cuerpo de su pretendida víctima.

Hasta que estuvo seguro de su muerte Tarzán no aflojó la presión de su mano; cuando, por fin, no le cupo duda alguna, lanzó el cuerpo del animal lejos de sí, se sentó y se desató los tobillos.

Durante la breve batalla, Nkima se había refugiado en las ramas más altas de un árbol frondoso, donde se puso a saltar y a gritar, frenético, a las bestias que luchaban a sus pies. Hasta que estuvo seguro de que Dango estaba muerta no bajó. Se acercó con cautela al cadáver, por si acaso se había confundido; pero, convencido de nuevo por un examen más de cerca, saltó encima y lo golpeó con maldad, una y otra vez, y luego se puso de pie lanzando gritos de desafío al mundo con la seguridad y la jactancia de

alguien que ha superado a un peligroso enemigo.

Tantor, sobresaltado por el grito pidiendo ayuda de su amigo, había vuelto del río sin coger agua. Los árboles se doblegaban bajo su enloquecida embestida cuando, ignorando los sinuosos senderos, recorría la selva en línea recta hacia el pequeño claro en respuesta a la llamada del hombre mono; y ahora, enfurecido por los ruidos de la batalla, apareció a la vista como una titánica máquina de rabia y venganza.

La vista de Tantor no es muy buena y daba la impresión de que en su enloquecida carrera pisotearla al hombre mono, que yacía justo en su camino; pero cuando Tarzán le habló, la enorme bestia se paró de pronto a su lado, se giró, con las orejas hacia delante y la trompa levantada, y barritó lanzando un salvaje aviso mientras buscaba la criatura que había amenazado a su amigo.

—Tranquilo, Tantor; era Dango. Está muerta —dijo el hombre mono.

Cuando los ojos del elefante por fin localizaron el cadáver de la hiena, cargó y lo pisoteó, como había hecho con Dorsky, hasta convertirlo en un amasijo ensangrentado; mientras, Nkima huyó, chillando, a los árboles.

Con los tobillos libres, Tarzán se puso en pie, y, cuando Tantor hubo desahogado toda su rabia sobre el cuerpo de Dango, llamó al elefante. Tantor se acercó a él tranquilamente y se quedó rozando con la trompa el cuerpo del hombre mono, aquietada su rabia y sus nervios aplacados por la calma tranquilizadora de su amigo.

Y entonces llegó Nkima, dando un ágil salto desde una rama hasta el lomo de Tantor y después al hombro de Tarzán, donde, rodeando con sus bracitos el cuello del hombre mono, apretó la mejilla contra la bronceada mejilla del gran tarmangani, que era su amo y su dios.

Así permanecieron los tres amigos, en la silenciosa comunicación que sólo conocen las bestias, mientras las sombras se alargaban y el sol se ponía tras la jungla.

XVI

«¡REGRESAD!»

LAS PRIVACIONES que Wayne Colt había soportado le habían debilitado mucho más de lo que creía, de modo que, antes de que sus fuerzas recuperadas pudieran proporcionarle poderes de resistencia renovados, fue atacado por la fiebre.

La suma sacerdotisa del Dios Llameante, versada en las tradiciones de la antigua Opar, conocía las propiedades medicinales de muchas raíces y hierbas y, asimismo, los poderes místicos de los encantamientos que expulsaban los demonios del cuerpo de los enfermos. De día recogía y cocía, y de noche se sentaba a los pies del paciente y entonaba extrañas plegarias, cuyo origen se remontaba a siglos atrás, hasta templos desaparecidos, sobre los cuales ahora fluían las aguas de un poderoso mar; y mientras ella aplicaba todos los artificios de que disponía para expulsar los demonios de la enfermedad que poseían a aquel hombre de un mundo extraño, Jad-bal-ja, el león dorado, cazaba para los tres y, aunque a veces cogía lejos a su presa, nunca dejaba de llevarla a la guarida oculta donde la mujer cuidaba al hombre.

Transcurrieron con lentitud días de fiebre ardiente, días de delirio, intercalados con períodos de racionalidad. A menudo, la mente de Colt se hallaba confusa por un batiburrillo de extrañas impresiones, en las que La podía ser Zora Drinov un minuto, un ángel del cielo al siguiente y después una enfermera de la Cruz Roja; pero en cualquiera de sus manifestaciones siempre era agradable, y cuando se hallaba ausente, pues a veces se veía obligada a abandonar al enfermo, él se sentía deprimido y desdichado.

Cuando, arrodillada a los pies del hombre, ella rezaba al sol naciente o al sol en el cenit o al sol poniente, como tenía por costumbre, o cuando entonaba extrañas canciones en una lengua desconocida, acompañadas de misteriosos gestos que formaban parte del ritual, él estaba seguro de que la fiebre había empeorado y de que volvía a delirar.

Y así transcurrieron los días, y mientras Colt yacía indefenso, Zveri marchaba hacia la Somalia italiana; y Tarzán, recuperado de la conmoción causada por su herida, seguía el rastro de la expedición y, en su hombro, el pequeño Nkima parloteaba sin cesar.

Detrás de sí Tarzán había dejado un grupo de aterrados negros en el campamento de los conspiradores. Permanecían recostados en la sombra, después de desayunar, una semana después de la muerte de Dorsky y la huida de su prisionero. El miedo al hombre mono en libertad, que tanto les había aterrado al principio, ya no les preocupaba mucho. Psicológicamente semejantes a las fieras de la jungla, pronto olvidaron sus terrores; tampoco atormentaban sus mentes anticipando los que podrían surgir en el futuro, como el hombre civilizado tiene por costumbre hacer.

Y así ocurrió que aquella mañana algo apareció de pronto ante sus ojos atónitos y les pilló absolutamente desprevenidos. No oyeron ningún ruido, tan silenciosas son las bestias de la jungla, por grandes o pesadas que sean; sin embargo, de pronto, en el claro de la linde del campamento, apareció un gran elefante, y sobre su cabeza estaba sentado el reciente cautivo, que, según les habían dicho, era Tarzán de los Monos, y en el hombro llevaba un monito. Lanzando exclamaciones de terror, los negros se pusieron en pie de un salto y se precipitaron a la jungla por el otro lado del campamento.

Tarzán saltó ágilmente al suelo y entró en la tienda de Dorsky. Había vuelto con un propósito definido, y su esfuerzo se vio coronado por el éxito, pues en la tienda del ruso encontró su cuerda y su cuchillo, que le habían arrebatado al capturarle. Para encontrar un arco y flechas y una lanza sólo tuvo que mirar en los refugios de los negros; tras encontrar lo que quería, se marchó tan silenciosamente como había venido.

Había llegado el momento en que Tarzán debía partir rápidamente siguiendo el camino de su enemigo, dejando a Tantor en los pacíficos senderos que él tanto amaba.

—Me marcho, Tantor —dijo—. Busca en la jungla los lugares donde los arbolitos tienen la corteza más tierna y cuídate de las cosas-hombre, pues sólo ellas en todo el mundo son enemigas de todas las criaturas vivas.

Entonces partió a través de la jungla, con el pequeño Nkima aferrado a su cuello bronceado.

El rastro del ejército de Zveri era evidente a los ojos del hombre mono, pero él no necesitaba seguir ningún rastro. Muchas semanas atrás, mientras vigilaba el campamento, había oído a los jefes discutir los planes; y, por

tanto, conocía sus objetivos, y también sabía la velocidad a la que podían marchar y, por lo tanto, dónde podía esperar alcanzarles. Sin ser estorbado por filas de porteadores sudando bajo pesadas cargas, sin estar sometido a senderos sinuosos, Tarzán podía viajar mucho más deprisa que la expedición. Veía su rastro sólo cuando se cruzaba con él por casualidad, cuando iba en línea recta hacia un punto mucho más adelantado que la sudorosa columna.

Cuando alcanzó a la expedición había anochecido y los cansados hombres habían acampado. Habían comido y estaban contentos y muchos de ellos cantaban. Para alguien que no conociera la verdad le habría parecido un campamento militar de tropas coloniales francesas, pues había una precisión castrense en la disposición de las fogatas, los refugios provisionales y las tiendas de los oficiales que no habría existido en el caso de tratarse de una expedición de caza o científica y, además, estaban los centinelas uniformados haciendo la ronda. Todo esto era obra de Miguel Romero, cuyo superior conocimiento de los asuntos militares había obligado a Zveri a delegarle todos los asuntos de esta naturaleza, aunque sin que disminuyera el odio que sentían el uno por el otro.

Tarzán contemplaba la escena desde su árbol, tratando de calcular lo más de cerca posible el número de hombres armados que formaban la fuerza combatiente de la expedición, mientras Nkima, entregado a alguna misión misteriosa, avanzaba por entre los árboles hacia el este. El hombre mono se dio cuenta de que Zveri había reclutado un contingente que podría constituir una clara amenaza a la paz de África, ya que en sus filas se hallaban representadas muchas tribus numerosas y belicosas, que fácilmente se dejarían persuadir para seguir a aquel líder loco si el éxito coronaba su acción inicial. Sin embargo, era para impedir esto por lo que Tarzán de los Monos se había interesado en las actividades de Peter Zveri; y allí, ante él, tenía otra oportunidad de socavar el sueño del ruso de poseer un imperio mientras aún era sólo un sueño y podía ser disipado con medios corrientes, con los terribles métodos de la jungla en los que Tarzán de los Monos era un maestro.

Tarzán puso una flecha en su arco. Lentamente, su mano derecha tiró hacia atrás del extremo emplumado de la saeta hasta que la punta estuvo casi en su pulgar izquierdo. Su acción estaba marcada por una gracia fácil, sin esfuerzo. No parecía estar apuntando conscientemente y, sin embargo, cuando soltó la flecha, ésta se hundió en el muslo de un centinela

precisamente donde Tarzán de los Monos tenía intención de clavarla.

Lanzando un grito de dolor y de sorpresa, el negro se desplomó al suelo, más asustado, sin embargo, que otra cosa; y cuando sus compañeros se agolparon a su alrededor, Tarzán de los Monos desapareció en las sombras de la noche en la jungla.

Atraídos por el grito del hombre herido, Zveri, Romero y los otros jefes de la expedición se apresuraron a salir de sus tiendas y se unieron a la multitud de negros excitados que rodeaban a la víctima de la campaña de terror de Tarzán.

—¿Quién te ha disparado? —preguntó Zveri cuando vio la flecha que sobresalía de la pierna del centinela.

—No lo sé —respondió el hombre.

—¿Tienes algún enemigo en el campamento que quisiera matarte? —preguntó Zveri.

—Aunque lo tuviera —dijo Romero—, no podría haberle disparado una flecha porque en la expedición no hemos traídos arcos ni flechas.

—No había pensado en eso —dijo Zveri.

—Así que tiene que haber sido alguien ajeno al campamento —declaró Romero.

Con dificultad, y acompañados por los gritos de su víctima, Ivitch y Romero arrancaron la flecha de la pierna del centinela, mientras Zveri y Kitembo hacían diferentes conjeturas respecto al significado exacto del asunto.

—Es evidente que hemos topado con nativos hostiles —dijo Zveri.

Kitembo se encogió de hombros.

—Déjame ver la flecha —dijo a Romero—. Quizá me diga algo.

Cuando el mexicano entregó la flecha al jefe negro, éste se la llevó junto a una fogata y la examinó con atención, mientras los hombres blancos se congregaban alrededor de él en espera de sus descubrimientos.

Al fin, Kitembo se irguió. La expresión de su rostro era seria y, cuando habló, la voz le temblaba un poco.

—Mala señal —dijo, agitando la punta de la flecha.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zveri.

—Esta flecha lleva la señal de un guerrero al que dejamos en nuestro campamento base —respondió el jefe.

—Eso es imposible —exclamó Zveri.

—Lo sé —dijo Kitembo encogiéndose de hombros—, pero es cierto.

—Con una flecha caída del cielo mataron al hindú —sugirió un jefe negro que estaba cerca de Kitembo.

—Cierra el pico, imbécil —le espetó Romero—, o harás que todo el campamento se muera de miedo.

—Tiene razón —dijo Zveri—. Debemos ocultar esto. —Se volvió al jefe—. Tú y Kitembo —ordenó— no debéis contarlo a vuestros hombres. Guardáoslo para vosotros.

Kitembo y el jefe accedieron a guardar el secreto, pero al cabo de media hora todos los hombres del campamento sabían que al centinela le habían disparado una flecha que habían dejado en el campamento base, y de inmediato sus mentes se prepararon para otras cosas que les aguardaban en el largo camino.

El efecto que el incidente había producido en la mente de los soldados negros fue evidente durante la marcha del día siguiente. Estaban más callados y más pensativos, y había muchas conversaciones en voz baja entre ellos; pero si durante el día dieron muestras de nerviosismo, no fue nada comparado con su estado mental cuando la oscuridad cayó sobre el campamento por la noche. Los centinelas exhibían claramente su terror con su actitud alerta y la atención nerviosa que dedicaban a los ruidos que procedían de la oscuridad que rodeaba el campamento. La mayoría de ellos eran hombres valientes que habrían hecho frente con valentía a un enemigo visible, pero estaban convencidos de que se enfrentaban con lo sobrenatural, contra lo cual sabían que ni los rifles ni la valentía les servirían de nada. Les parecía que eran observados por ojos fantasmales, y el resultado era tan desmoralizador como lo habría sido un ataque auténtico; en realidad, mucho más.

Sin embargo, no tenían que haberse preocupado tanto, ya que la causa de todos sus temores supersticiosos se movía rápidamente por la jungla, a kilómetros de distancia, y a cada instante ésta aumentaba.

Otra fuerza, que habría podido causarles aún mayor ansiedad si hubieran tenido conocimiento de ella, aún se hallaba más lejos en el camino que tenían que seguir para llegar a su destino.

Alrededor de pequeños pequeñas fogatas se hallaban en cuclillas un centenar de guerreros negros, cuyos penachos blancos se agitaban y temblaban cuando ellos se movían. Los centinelas les protegían; centinelas que no tenían miedo, ya que estos hombres temían poco a los fantasmas o demonios. Llevaban sus amuletos en bolsitas de cuero colgadas al cuello

con una correa de piel y rogaban a extraños dioses, pero en el fondo de sus corazones sentían un gran desprecio por ambas cosas. Habían aprendido, con la experiencia y por los consejos de un jefe sabio, a buscar la victoria más por sí mismos y las armas que por su dios.

Era un grupo alegre y feliz, veteranos de muchas expediciones y, como todos los veteranos, aprovechaban todas las ocasiones que tenían para el descanso y la relajación, cuyo valor aumenta si se mantiene un estado de ánimo alegre; y así pues, reían y bromeaban entre ellos y a menudo la causa y el objeto de las bromas era un monito que ya fastidiaba, ya acariciaba, y a cambio a menudo él mismo era fastidiado o acariciado. Que había un vínculo de profundo afecto entre él y aquellos gigantes negros de miembros limpios era evidente en todo momento. Cuando le tiraban de la cola nunca lo hacían muy fuerte, y cuando él se volvía contra ellos con aparente furia, y sus afilados dientes se cerraban en sus dedos o brazos, se veía que nunca producía sangre. Su juego era rudo, pues todos eran criaturas rudas y primitivas; pero todo era juego y se basaba en el afecto mutuo.

Aquellos hombres acababan de terminar su colación nocturna cuando una figura, que apareció de la nada, cayó en silencio en medio de ellos desde las ramas de un árbol que daba a su campamento.

Al instante un centenar de guerreros cogieron las armas y luego, con igual rapidez, se tranquilizaron mientras, lanzando gritos de «¡Bwana! ¡Bwana!», corrían hacia el bronceado gigante que estaba parado en silencio en medio de ellos.

Como si se hallaran ante un emperador o un dios, se hincaron de rodillas ante él, y los que se hallaban más cerca le tocaban las manos y los pies con reverencia; pues, para los waziri, Tarzán de los Monos, que era su rey, era algo más y por voluntad propia le adoraban como a su dios vivo.

Pero si los guerreros se alegraron de verle, el pequeño Nkima estaba loco de contento. Pasando rápidamente por encima de los cuerpos de los negros que estaban arrodillados, saltó al hombro de Tarzán, donde se aferró a su cuello parloteando con excitación.

—Lo habéis hecho muy bien, hijos —dijo el hombre mono—, y el pequeño Nkima también. Os trajo mi mensaje y os encuentro listos en el lugar donde yo había planeado que estuvierais.

—Siempre nos hemos mantenido una jornada de marcha por delante de los extranjeros, bwana —explicó Muviro—, acampando fuera del sendero para que no descubrieran los restos de nuestro campamento y recelaran.

—No sospechan vuestra presencia —dijo Tarzán—. Anoche escuché por encima de su campamento y no dijeron nada que indicara que soñaban siquiera con que otro grupo les precediera en el camino.

—Cuando el polvo del camino era blando, un guerrero, que marchaba en la retaguardia de la columna, borraba nuestras huellas con una rama frondosa —explicó Muviro.

Cuando, a la mañana siguiente, la columna de Zveri emprendió la marcha, tras una noche de descanso que había transcurrido sin incidentes, el ánimo de todos había subido en un grado apreciable. Los negros no habían olvidado el macabro aviso de la noche anterior, pero eran de una raza cuyo ánimo pronto se recuperaba de la depresión.

Los jefes de la expedición estaban animados por el conocimiento de que ya habían cubierto una tercera parte de la distancia que les separaba de su meta. Por diversas razones, estaban ansiosos por completar esta parte del plan. Zveri creía que de su feliz conclusión dependía todo su sueño de poseer un imperio. Ivitch, alborotador nato, se alegraba con la idea de que el éxito de la expedición causaría un gran perjuicio a millones de personas y, quizá, también por el sueño de su regreso a Rusia como un héroe; tal vez un héroe rico.

Romero y Mori querían que terminara por razones completamente distintas. Estaban muy disgustados con el ruso. Habían perdido toda la confianza en la sinceridad de Zveri, quien, seguro como estaba de su propia importancia y de sus ilusiones de gloria futura, hablaba demasiado, con la consecuencia de que había convencido a Romero de que él y todos los de su clase eran unos farsantes, inclinados a llevar a cabo sus propios fines egoístas con la ayuda de sus estúpidos compinches y a expensas de la paz y la prosperidad del mundo. A Romero no le había costado convencer a Mori de la verdad de sus deducciones y ahora, profundamente desilusionados, los dos hombres proseguían con la expedición porque creían que no lograrían llevar a cabo su deserción hasta que el grupo estuviera, una vez más, instalado en el campamento base.

La marcha había proseguido sin interrupciones durante una hora después de levantar el campamento, cuando uno de los exploradores negros de Kitembo, que encabezaba la columna, de pronto se paró en seco.

—¡Mira! —dijo a Kitembo, que iba justo detrás de él.

El jefe se puso al lado del guerrero; y allí, ante él, en el sendero,

clavada recta en el suelo, había una flecha.

—Es un aviso —dijo el guerrero.

De mala gana, Kitembo arrancó la flecha del suelo y la examinó. Le habría gustado guardar para sí la información del descubrimiento, aunque no estaba ni un poco impresionado por lo que había visto; pero el guerrero que estaba a su lado también la había visto.

—Es igual —dijo—. Es otra de las flechas que dejamos en el campamento base.

Cuando Zveri llegó junto a ellos, Kitembo le entregó la flecha.

—Es igual —dijo al ruso—, y es un aviso para que nos volvamos.

—¡Bah! —exclamó Zveri con desprecio—. No es más que una flecha clavada en el suelo y no puede detener a una columna de hombres armados. No creía que tú también fueras un cobarde, Kitembo.

El negro frunció el ceño.

—Ningún hombre me llama cobarde y queda impune —le espetó—, pero tampoco soy un necio, y conozco mejor que tú las señales de la jungla. Seguiremos adelante porque somos hombres valientes, pero muchos nunca regresarán. Además, tus planes fracasarán.

Al oír esto, Zveri tuvo uno de sus frecuentes arrebatos de ira; y, aunque los hombres prosiguieron la marcha, lo hicieron con un talante hosco y muchas fueron las feas miradas que lanzaron a Zveri y a sus lugartenientes.

Poco después de mediodía, la expedición se paró a descansar. Habían atravesado densos bosques, lúgubres y deprimentes, y no hubo ni canciones ni risas, ni mucha conversación, cuando los hombres se sentaron juntos en cuclillas, formando grupos, mientras devoraban la comida fría que constituía su comida del mediodía. De pronto, de algún lugar muy en lo alto, descendió sobre ellos una voz. Extraña y misteriosa, les habló en un dialecto bantú que casi todos ellos comprendían.

—Regresad, hijos de Mulungu —advirtió—. Regresad antes de morir. Abandonad al hombre blanco antes de que sea demasiado tarde.

Eso fue todo. Los hombres se agazaparon, temerosos, levantando la vista hacia los árboles. Fue Zveri quien rompió el silencio.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó—. ¿Qué ha dicho?

—Nos ha aconsejado que regresemos —dijo Kitembo.

—No regresaremos —contestó Zveri.

—Eso está por ver —replicó Kitembo.

—Creía que querías ser rey —declaró Zveri—. Serías un rey magnífico.

Por un momento, Kitembo había olvidado la tentadora recompensa que Zveri le había puesto ante los ojos durante meses: ser el rey de Kenia. Eso bien valía correr un gran riesgo.

—Seguiremos —dijo.

—Puede que tengáis que utilizar la fuerza —advirtió Zveri—, pero no te pares ante nada. Debemos proseguir, pase lo que pase. —Y entonces se volvió a sus otros lugartenientes—. Romero, tú y Mori id detrás de la columna y disparad a todo el que se niegue a avanzar.

Los hombres aún no se habían negado a seguir y, cuando se dio la orden de partir, ocuparon malhumorados su lugar en la columna. Así marcharon durante una hora; y luego, mucho más adelante, llegó el extraño grito que muchos de ellos habían oído antes en Opar, y unos minutos más tarde una voz desde la distancia les llamó.

—Abandonad al hombre blanco —dijo.

Los negros se hablaban en susurros y era evidente que se estaban preparando problemas; pero Kitembo logró persuadirles de que siguieran andando, algo que Zveri jamás habría logrado.

—Ojalá pudiéramos coger a ese alborotador —dijo Zveri a Zora Drinov, mientras los dos caminaban juntos cerca de la cabeza de la columna—. Si al menos se dejara ver una vez, podría dispararle: es lo único que quiero.

—Es alguien que conoce cómo funciona la mente de los nativos —dijo la muchacha—. Probablemente, es un hechicero de alguna tribu por cuyo territorio avanzamos.

—Espero que no sea más que eso —respondió Zveri—. No me cabe duda de que el hombre es un nativo, pero me temo que actúa siguiendo instrucciones o de los británicos o de los italianos, que, así, esperan desorganizarnos y retrasarnos hasta que puedan movilizar una fuerza con la que atacarnos.

—Sin duda ha debilitado la moral de los hombres —dijo Zora—, pues creo que atribuyen todos los extraños sucesos, desde la misteriosa muerte de Jafar hasta lo que ha pasado ahora, al mismo agente, al que su mente supersticiosa atribuye, naturalmente, un origen sobrenatural.

—Pues peor para ellos —replicó Zveri—, pues van a seguir quieran o no; y cuando descubran que intentar desertar significa morir, se darán cuenta de que es peligroso jugar con Peter Zveri.

—Son muchos, Peter —le recordó la muchacha—, y nosotros somos

pocos; además, gracias a ti están bien armados. Me parece que has creado un Frankenstein que, al final, nos destruirá a todos.

—Eres como los negros —gruño Zveri—, haciendo una montaña de un grano de arena. ¿Y si…?

Detrás de la retaguardia de la columna y, de nuevo, aparentemente procedente de la nada se oyó una voz de advertencia:

—Abandonad a los blancos.

El silencio se hizo de nuevo en la columna que marchaba, pero los hombres siguieron andando, exhortados por Kitembo y amenazados por los revólveres de sus oficiales blancos.

Después, la jungla se interrumpía en la linde de una pequeña llanura, donde el sendero iba por pastos de búfalo que crecían más altos que las cabezas de los hombres. Cuando todos habían llegado allí, por delante habló un rifle y después otro y otro, al parecer colocados formando una larga línea frente a ellos.

Zveri ordenó enseguida a uno de los negros que se llevara a Zora a la retaguardia de la columna, a un lugar seguro, mientras él la seguía de cerca, buscando ostensiblemente a Romero y gritando palabras de aliento a los hombres.

Hasta el momento nadie había resultado herido; pero la columna se había detenido y los hombres estaban perdiendo rápidamente todo vestigio de formación.

—Rápido, Romero —gritó Zveri—, toma el mando delante. Yo cubriré la retaguardia con Mori para impedir las deserciones.

El mexicano pasó por su lado y, con ayuda de Ivitch y algunos jefes negros, desplegó una compañía formando una larga línea de escaramuza, con la que avanzó despacio; mientras, Kitembo le seguía con la mitad del resto de la expedición actuando de apoyo, dejando a Ivitch, Mori y Zveri para organizar una reserva con los otros.

Después de los primeros disparos dispersos, el fuego había cesado y le había seguido un silencio aún más siniestro para los nervios destrozados de los soldados negros. El absoluto mutismo del enemigo, la falta de cualquier señal de movimiento en las hierbas que tenían delante, junto con los misteriosos avisos que aún resonaban en sus oídos, convencieron a los negros de que no se enfrentaban con ningún enemigo mortal.

—¡Regresad! —se oyó una voz procedente de las hierbas—. Es el último aviso. A la desobediencia le seguirá la muerte.

La línea flaqueó y, para estabilizarla, Romero dio la orden de disparar. Como respuesta llegó una ráfaga de fuego de mosquetes desde las hierbas de delante de ellos, y esta vez cayeron, muertos o heridos, doce hombres.

—¡A la carga! —gritó Romero, pero en lugar de hacerlo, los hombres dieron media vuelta y se fueron a refugiar a la retaguardia.

Al ver que la línea de avance se lanzaba sobre ellos, arrojando los rifles mientras corrían, los hombres de apoyo se volvieron y huyeron, llevándose consigo la reserva, y los blancos fueron arrastrados por la loca estampida.

Disgustado, Romero regresó solo. No vio enemigo alguno, pues nadie le perseguía, y este hecho provocó en él una intranquilidad que las sibilantes balas no habían logrado producir. Mientras avanzaba muy por detrás de sus hombres, empezó a compartir en cierta medida la sensación de terror irracional que se había apoderado de sus compañeros negros, o, al menos, si no la compartía, al menos la comprendía. Una cosa es enfrentarse a un enemigo al que se ve, y otra muy distinta ser atacado por un enemigo invisible, cuya aparición uno desconoce.

Poco después de que Romero volviera a entrar en la jungla, vio a alguien andando por el sendero delante de él; y entonces, cuando nada le obstaculizaba la visión, vio que se trataba de Zora Drinov.

Entonces la llamó y ella se volvió y le esperó.

—Tenía miedo de que te hubieran matado, camarada —dijo.

—Nací bajo una estrella propicia —repuso él, sonriendo—. Han caído hombres a ambos lados y detrás de mí. ¿Dónde está Zveri?

Zora se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—Quizás está intentando reorganizar la reserva —sugirió Romero.

—Lo dudo —dijo la muchacha, lacónica.

—Espero que tenga los pies veloces —observó el mexicano.

—Los tiene —dijo Zora.

—No debería haberte dejado sola —dijo el hombre—. Puedo cuidar de mí misma.

—Tal vez —dijo él—, pero si fueras mía…

—Yo no soy de nadie, camarada Romero —le interrumpió ella con frialdad.

—Perdóname, señorita —dijo él—. Ya lo sé. Sólo es que he elegido una manera lamentable de decir que si la chica a la que amo estuviera aquí, no la habría dejado sola en la jungla, en especial cuando creo, como Zveri

debe de creer, que nos persigue el enemigo.

—No te gusta el camarada Zveri, ¿verdad, Romero?

—Incluso ante ti, señorita —respondió—, debo admitir, ya que me lo preguntas, que no me gusta.

—Sé que se ha enemistado con mucha gente.

—Se ha enemistado con todos… salvo contigo.

—¿Por qué iba a hacer una excepción conmigo? —preguntó Zora—. ¿Cómo sabes que no se ha enemistado también conmigo?

—No profundamente, estoy seguro —dijo él—, de lo contrario no habrías consentido en ser su esposa.

—¿Y cómo sabes eso? —le preguntó ella.

—El camarada Zveri alardea de ello a menudo —respondió Romero.

—¿Ah, sí? —Y no hizo ningún otro comentario.

XVII

UN PUENTE SOBRE UN GOLFO

LA DESBANDADA general de las fuerzas de Zveri no terminó hasta que llegaron a su último campamento y, aun entonces, sólo en parte, pues cuando cayó la noche descubrieron que faltaba el veinticinco por ciento de los hombres, y entre los ausentes se hallaban Zora y Romero. A medida que fueron llegando los rezagados, Zveri preguntaba a cada uno por la muchacha, pero nadie la había visto. Intentó organizar una expedición para volver en su busca, pero nadie quiso acompañarle. Amenazó y suplicó, pero sólo descubrió que había perdido por completo el control de sus hombres. Quizás habría vuelto solo, como insistía en decir que haría; pero se vio relevado de ello cuando, después del anochecer, los dos entraron juntos en el campamento.

Al verles, Zveri sintió alivio y furia.

—¿Por qué no te has quedado conmigo? —le espetó a Zora.

—Porque yo no puedo correr tan deprisa como tú —respondió ella, y Zveri no dijo nada más.

Desde la oscuridad de los árboles les llegó el aviso ya familiar.

—¡Abandonad a los blancos!

Siguió a estas palabras un largo silencio, quebrado sólo por los susurros nerviosos de los negros, y luego la voz habló de nuevo.

—Los senderos que van a vuestros países están libres de peligro, pero la muerte siempre va con el hombre blanco. Arrojad vuestros uniformes y abandonad al hombre blanco a la jungla y a mí.

Un guerrero negro se puso en pie de un salto y se quitó el uniforme francés, arrojándolo a la fogata donde se hacía la comida cerca de él. Al instante, otros siguieron su ejemplo.

—¡Basta! —gritó Zveri.

—¡Silencio, hombre blanco! —ordenó Kitembo.

—¡Muerte a los blancos! —gritó un guerrero basembo desnudo.

Al instante, una turbamulta se dirigió hacia los blancos, que se habían reunido junto a Zveri, y entonces, desde lo alto, les llegó un grito de advertencia.

—¡Los blancos son míos! —dijo—. Dejádmelos a mí.

Por un instante, los guerreros que avanzaban se detuvieron; y entonces, el que se consideraba el cabecilla, enloquecido quizá por su odio y su sed de sangre, avanzó de nuevo asiendo el rifle amenazadoramente.

Desde lo alto se oyó el ruido de la cuerda de un arco que se destensaba. El negro, dejando caer el rifle, lanzó un grito mientras intentaba arrancarse una flecha que le sobresalía del pecho; y, cuando cayó de bruces, los otros negros se retiraron y los blancos se quedaron solos mientras los negros se apretujaban en un rincón alejado del campamento. Muchos de ellos habrían desertado aquella noche, pero temían la oscuridad de la jungla y la amenaza de la cosa que se cernía sobre ellos.

Zveri paseaba furioso arriba y abajo, maldiciendo su suerte, a los negros y a todo el mundo.

—Si hubiera tenido alguna ayuda, si hubiera tenido un poco de cooperación —gruñó—, esto no habría pasado, pero no puedo hacerlo todo yo solo.

—Esto lo has hecho tú solo —dijo Romero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zveri.

—Me refiero a que eres tan estúpido que te has enemistado con todos los de la expedición, pero aun así tal vez hubieran seguido adelante si confiaran en tu valor; a ningún hombre le gusta seguir a un cobarde.

—¿Eso me llamas, gallina hipócrita? —gritó Zveri cogiendo su revólver.

—Deja eso —replicó Romero—. Te estoy apuntando, y déjame decirte ahora que, si no fuera por la señorita Drinov, te mataría aquí mismo y libraría al mundo de al menos un loco que amenaza al mundo entero con la hidrofobia del odio y la sospecha. La señorita Drinov me salvó la vida una vez. No lo he olvidado; y, como quizá te quiere, estás a salvo, a menos que me vea obligado a matarte en defensa propia.

—Esto es una locura —exclamó Zora—. Somos sólo cinco con una banda de negros rebeldes que nos temen y nos odian. Sin duda, mañana nos habrán abandonado. Si esperamos salir alguna vez vivos de África, debemos mantenernos juntos. Olvidad vuestras peleas, los dos, y trabajemos juntos en armonía por nuestra salvación mutua.

—Por ti, señorita, de acuerdo —accedió Romero.

—La camarada Drinov tiene razón —intervino Ivitch.

Zveri bajó la mano que sostenía su arma y se alejó, malhumorado; y, en favor de la paz, si no de la felicidad, del resto de la noche, se mantuvo lejos en el desorganizado campamento de los conspiradores.

Cuando llegó la mañana, los blancos vieron que los negros habían abandonado sus uniformes franceses, y desde el follaje de un árbol cercano otros ojos habían observado el mismo hecho, ojos grises con la sombra de una triste sonrisa. Ahora no había criados negros para atender a los blancos, ya que incluso sus servidores personales habían desertado para reunirse con los hombres de su propia sangre, y así pues los cinco se prepararon el desayuno, después de que el intento de Zveri de ordenar los servicios de alguno de sus muchachos topara con una hosca negativa.

Mientras comían, Kitembo se acercó a ellos, acompañado por el jefe de las diferentes tribus que estaban representadas en el personal de la expedición.

—Nos marchamos con nuestros hombres a nuestro país —dijo el jefe basembo—. Dejamos comida para vuestro viaje al campamento. Muchos de nuestros guerreros desean mataros, y eso no podemos impedirlo si intentáis acompañarnos, pues temen la venganza de los fantasmas que os han seguido durante muchas lunas. Quedaos aquí hasta mañana. Después, sois libres de ir a donde queráis.

—Pero —protestó Zveri— no podéis dejarnos así, sin porteadores ni askaris.

—Ya no puedes decirnos lo que podemos hacer, hombre blanco —replicó Kitembo—, pues sois pocos y nosotros somos muchos, y vuestro poder sobre nosotros se ha roto. En todo has fracasado. Nosotros no seguimos a un jefe así.

—No podéis hacerlo —gruñó Zveri—. Serás castigado por esto, Kitembo.

—¿Quién me castigará? —preguntó el negro—. ¿Los ingleses? ¿Los franceses? ¿Los italianos? No te atreverás a ir ante ellos. Te castigarían a ti, no a nosotros. Quizás acudirás a Ras Tafari. Él te arrancaría el corazón y arrojaría tu cuerpo a los perros si supiera lo que pensabas hacer.

—Pero no podéis dejar a esta mujer blanca aquí, sola en la jungla, sin criados, ni porteadores, ni protección adecuada —insistió Zveri, comprendiendo que su primer argumento no había causado impresión

alguna en el jefe negro, que ahora tenía el destino de todos ellos en sus manos.

—No tengo intención de abandonar a la mujer blanca —lijo Kitembo —. Ella viene conmigo —y entonces, por primera vez, los blancos se dieron cuenta de que los jefes les habían rodeado y que estaban siendo amenazados por muchos rifles.

Mientras hablaba, Kitembo se había acercado a Zveri, a cuyo lado se hallaba Zora Drinov, y el jefe negro alargó el brazo en un gesto rápido y la agarró de la muñeca.

—¡Ven! —ordenó, y al pronunciar esta palabra se oyó algo en lo alto y Kitembo, jefe de los basembo, aferró una flecha que se le había clavado en el pecho.

—No miréis arriba —exclamó una voz desde lo alto—. Mantened los ojos fijos en el suelo, pues el que mire hacia arriba morirá. Escuchad bien lo que tengo que decir, hombres negros. Id a vuestro país y dejad atrás a todos los blancos. No les hagáis daño. Me pertenecen. He dicho.

Los jefes negros, con los ojos desorbitados y temblando, se alejaron de los blancos, dejando a Kitembo retorciéndose en el suelo. Se apresuraron a cruzar el campamento para ir a reunirse con sus compañeros, todos los cuales ahora estaban absolutamente aterrados; y antes de que el jefe de los basembos cesara su lucha contra la muerte, los negros habían recogido la carga que antes se habían repartido y se abrían paso a codazos y empujones para ir delante por el sendero de caza que se alejaba del campamento hacia el oeste.

Los blancos los vieron partir en un silencio estupefacto, que no fue quebrado hasta que el último negro se hubo ido y se quedaron solos.

—¿Qué suponéis que ha querido decir la cosa con lo de que le pertenecemos? —preguntó Ivitch con la voz un poco pastosa.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —gruñó Zveri.

—Quizás es el fantasma de un caníbal —sugirió Romero con una sonrisa.

—Ya ha causado todo el daño que puede causar —dijo Zveri—. Debería dejarnos en paz un tiempo.

—No es un espíritu maligno —dijo Zora—. No puede serlo porque a mí me ha salvado de Kitembo.

—Te ha salvado para sí mismo —dijo Ivitch.

—¡Tonterías! —exclamó Romero—. El propósito de esa voz misteriosa

en el aire es tan evidente como el hecho de que se trata de una voz de hombre. Es la voz de alguien que quería desbaratar los objetivos de esta expedición, e imagino que Zveri casi lo adivinó ayer, cuando lo atribuyó a fuentes inglesas o italianas que pretendían retrasarnos hasta que pudieran movilizar una fuerza suficiente contra nosotros.

—Esto demuestra —declaró Zveri— lo que sospecho desde hace tiempo; que hay más de un traidor entre nosotros —y miró a Romero significativamente.

—Lo que quiere decir —dijo Romero— es que las teorías descabelladas y veleidosas siempre fracasan cuando se llevan a la práctica. Creías que todos los negros de África se lanzarían a seguir tus órdenes y a empujar a todos los extranjeros al océano. En teoría, tal vez tenías razón, pero en la práctica, un hombre, con un conocimiento de la psicología nativa que tú no tenías, ha roto todo tu sueño como una burbuja, y para cada teoría veleidosa siempre hay un obstáculo formado por los hechos.

—Hablas como un traidor a la causa —dijo Ivitch amenazador.

—Y ¿qué vas a hacer al respecto? —preguntó el mexicano—. Estoy harto de todos vosotros y de todo el plan, podrido y egoísta. No hay ni un solo pelo honrado en tu cabeza ni en la de Zveri. Puedo conceder a Tony y a la señorita Drinov el beneficio de la duda, pues no concibo a ninguno de ellos como bribones. Igual que yo fui engañado, puede que lo fueran otros muchos, pues tú y los de tu clase habéis medrado durante años para engañar a incontables millones de personas.

—No eres el primer traidor a la causa —dijo Zveri—, ni serás el primer traidor que pague el precio de su traición.

—No es una buena manera de hablar ahora intervino Mori. Ya no somos demasiados. Si nos peleamos y nos matamos entre nosotros, quizá ninguno salga vivo de África. Pero si matas a Miguel, tendrás que matarme a mí también, y quizá no lo conseguirás. Quizá seas tú el que resulte muerto.

—Tony tiene razón —dijo la muchacha—. Hagamos una tregua hasta que lleguemos a la civilización.

Y así fue como, bajo algo parecido a una tregua armada, los cinco partieron a la mañana siguiente por el sendero de vuelta a su campamento base; mientras, en otro sendero, una jornada por delante de ellos, Tarzán y sus guerreros waziri tomaban un atajo para llegar a Opar.

—Puede que La no esté allí —explicó Tarzán a Muviro—, pero tengo

intención de castigar a Oah y a Dooth por su traición y, con ello, hacer posible que la suma sacerdotisa regrese y esté a salvo, si es que aún vive.

—Pero ¿y los enemigos blancos de la jungla, bwana? —preguntó Muviro.

—No escaparán de nosotros —dijo Tarzán—. Son débiles y no tienen experiencia en la jungla. Se mueven despacio. Podemos alcanzarles cuando queramos. La es quien más me preocupa, pues es amiga mía, mientras que ellos sólo son enemigos.

A muchos kilómetros de distancia, el objeto de su amistosa solicitud se aproximaba a un claro en la jungla, un claro hecho por el hombre con el fin de montar un campamento para un cuerpo numeroso de hombres, aunque ahora sólo algunos refugios estaban ocupados por un puñado de negros.

Al lado de la mujer iba Wayne Colt, con sus fuerzas completamente recuperadas, y pisándole los talones iba Jad-bal-ja, el león dorado.

—Al fin lo hemos encontrado —dijo el hombre—; gracias a ti.

—Sí, pero está desierto —replicó La—. Todos se han ido.

—No —dijo Colt—. Veo algunos negros junto a aquellos refugios de la derecha.

—Está bien —dijo La—. Ahora tengo que dejarte. —Había cierto tono de nostalgia en la voz.

—Detesto las despedidas —señaló el hombre—, pero sé dónde está tu corazón y que toda tu bondad hacia mí sólo ha retrasado tu regreso a Opar. Es inútil que intente expresar mi gratitud, pero creo que ya sabes lo que siento.

—Sí —dijo la mujer—, y tengo suficiente con saber que he hecho un amigo, yo, que tengo tan pocos amigos leales.

—Ojalá me dejaras ir contigo a Opar —dijo él—. Te enfrentarás con enemigos, y puede que necesites la poca ayuda que yo podría darte.

Ella hizo gestos de negación con la cabeza.

—No, no puede ser —replicó—. Todos los recelos y el odio engendrados en el corazón de algunas personas de mi pueblo nacieron por mi amistad con un hombre de otro mundo. Si regresaras conmigo y me ayudaras a recuperar el trono, despertarías aún más sus recelos. Si Jad-bal-ja y yo podemos salir victoriosos solos, tres no conseguiríamos más.

—¿No quieres, al menos, ser mi invitada el resto del día? —preguntó él —. No puedo ofrecerte mucha hospitalidad —añadió con una sonrisa irónica.

—No, amigo mío —dijo ella—. No puedo arriesgarme a perder a Jad-bal-ja; tampoco tú puedes perder a tus negros, y me temo que no se quedarían en el mismo campamento. Adiós, Wayne Colt. Pero no digas que voy sola, pues conmigo va Jad-bal-ja.

Desde el campamento base, La conocía el camino de regreso a Opar; y cuando Colt la observó partir, sintió que se le formaba un nudo en la garganta, pues la hermosa muchacha y el gran león parecían la personificación del encanto, la fuerza y la soledad.

Con un suspiro se volvió al campamento y lo cruzó hasta donde los negros yacían durmiendo en el calor del mediodía. Los despertó y, al verle, todos se pusieron muy nerviosos, pues habían sido miembros de su safari desde la costa y le reconocieron de inmediato. Como hacía tiempo que le daban por perdido, al principio tuvieron un poco de miedo hasta que se convencieron de que se encontraba allí, realmente, en carne y hueso.

Desde la muerte de Dorsky no habían tenido amo, y le confesaron que habían estado pensando muy en serio en abandonar el campamento y regresar a su país, pues no habían podido quitarse de la cabeza los extraños y aterradores sucesos que la expedición había presenciado en aquel país extraño, en el que se sentían muy solos e indefensos sin la guía y protección de un amo blanco.

Hacia la ciudad en ruinas, al otro lado de la llanura de Opar, se encaminaban una muchacha y un león; y, detrás de ellos, en la cima de los acantilados que acababan de escalar, se detuvo un hombre, que miró al otro lado de la llanura y les vio a lo lejos.

Detrás de él, un centenar de guerreros ascendían el rocoso acantilado. Cuando se reunieron en torno a la alta y bronceada figura de ojos grises que les había precedido, el hombre señaló.

—¡La! —exclamó.

—¡Y Numa! —dijo Muviro—. La está siguiendo. Es extraño, bwana, que no ataque.

—No atacará —señaló Tarzán—. Por qué, no lo sé; pero sé que no lo hará porque es Jad-bal-ja.

—Los ojos de Tarzán son como los ojos del águila —dijo Muviro—. Muviro sólo ve a una mujer y un león, pero Tarzán ve a La y Jad-bal-ja.

—No necesito mis ojos para esos dos —dijo el hombre mono—. Tengo nariz.

—Yo también tengo nariz —declaró Muviro—, pero sólo es un trozo de carne que sobresale de mi cara. No sirve para nada.

Tarzán sonrió.

Cuando eras niño, no tenías que depender de tu nariz para conservar la vida y conseguir alimento —dijo—, como siempre me ha ocurrido a mí, entonces y ahora. Vamos, hijos, La y Jad-bal-ja se alegrarán de vernos.

Fue el agudo oído de Jad-bal-ja el que captó los primeros ruidos de advertencia que venían de atrás. Se paró y se volvió, con su gran cabeza levantada con majestuosidad, las orejas hacia delante, la piel de la nariz arrugada para estimular su sentido del olfato. Luego, lanzó un rugido bajo y La se paró y se volvió para descubrir la causa de su disgusto.

Cuando sus ojos observaron la columna que se aproximaba, el alma se le cayó a los pies. Ni siquiera Jad-bal-ja podía protegerla contra tantos. Pensó entonces en intentar distanciarse de ellos, pero cuando volvió a mirar las murallas en ruinas, situadas en el otro extremo de la llanura, supo que aquello era imposible, ya que no tendría fuerzas suficientes para mantener el paso rápido durante una distancia tan grande, mientras que entre aquellos guerreros negros debía de haber muchos corredores entrenados que fácilmente la alcanzarían. Y así, resignada a su destino, se quedó quieta y esperó; mientras Jad-bal-ja, con la cabeza baja y meneando el rabo a sacudidas, avanzaba lentamente para ir al encuentro de los hombres que venían, y, a la vez que caminaba, sus salvajes gruñidos se elevaron hasta ser tremendos rugidos que sacudieron la tierra, pues pretendía asustar a aquellos que amenazaban a su amada ama.

Pero los hombres siguieron acercándose; y entonces, de pronto, La vio que uno de los que iban más adelantados que los otros tenía la piel más clara y el corazón le dio un vuelco; y entonces le reconoció y las lágrimas acudieron a los ojos de la salvaje suma sacerdotisa de Opar.

—¡Es Tarzán! ¡Jad-bal-ja, es Tarzán! —exclamó; la luz de su gran amor iluminaba sus hermosas facciones.

Quizás en ese mismo instante el león reconoció a su amo, pues los rugidos cesaron, los ojos ya no echaban chispas y la gran cabeza ya no estaba baja cuando el animal corría a reunirse con el hombre mono. Como un perro grande, se puso sobre las patas traseras ante Tarzán. Lanzando un grito de terror, el pequeño Nkima saltó del hombro de Tarzán y corrió, chillando, hacia Muviro, ya que en el interior de Nkima estaba el conocimiento de que Numa era siempre Numa. Con sus grandes patas

sobre el hombro de Tarzán, Jad-bal-ja lamía el bronceado pecho, y entonces Tarzán le apartó y se apresuró a acercarse a La; mientras, Nkima, desaparecido su miedo, daba frenéticos saltos sobre el hombro de Muviro insultando al león por haberle asustado.

—¡Por fin! —exclamó Tarzán cuando se encontró cara a cara con La.

—Por fin —repitió la muchacha—, has regresado de cazar.

—Regresé enseguida —replicó el hombre—, pero te habías marchado.

—¿Regresaste? —preguntó ella.

—Sí, La —respondió él—. Me había alejado mucho, pero al fin encontré carne y te la traje, y tú te habías ido y la lluvia había borrado tus huellas, y, aunque te busqué durante días, no logré encontrarte.

—Si hubiera sabido que tenías intención de regresar —dijo ella—, me habría quedado allí para siempre.

—Deberías saber que yo no te abandonaría de ese modo —se quejó Tarzán.

—La lo siente —dijo ella.

—¿Y desde entonces no has vuelto a Opar? —preguntó Tarzán.

—Jad-bal-ja y yo vamos camino de Opar —explicó la muchacha—. Estuve perdida mucho tiempo. Hasta hace poco no encontré el camino de Opar, y entonces también estaba conmigo el hombre blanco, que estaba perdido y enfermo con fiebre. Me quedé con él hasta que dejó de tener fiebre y recuperó las fuerzas, porque creí que tal vez fuera amigo de Tarzán.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hombre mono.

—Wayne Colt —respondió ella.

El hombre mono sonrió.

—¿Te agradeció lo que hiciste por él? —preguntó.

—Sí, quería venir conmigo a Opar y ayudarme a recuperar el trono.

—Entonces, ¿te gustaba, La?

—Me gustaba mucho —dijo ella—, pero no de la misma manera en que me gusta Tarzán.

Él le tocó el hombro en una semicaricia.

—La, la inmutable —murmuró, y entonces, con un gesto súbito de la cabeza, como si quisiera despejar su mente de pensamientos tristes, se volvió una vez más hacia Opar—. Vamos —dijo—, la reina regresa a su trono.

Los ojos invisibles de Opar observaban la columna que avanzaba.

Reconocieron a La, a Tarzán y a los waziri, y algunos adivinaron la identidad de Jad-bal-ja; y Oah tenía miedo, y Dooth temblaba, y la pequeña Nao, que odiaba a Oah, era casi feliz, tan feliz como puede ser alguien que lleva en su seno un corazón partido.

Oah había gobernado con mano de tirano, y Dooth había sido un necio débil, en quien nadie confiaba ya; y ahora hubo susurros entre las ruinas, susurros que habrían asustado a Oah y a Dooth si los hubieran oído, y los susurros se extendieron entre las sacerdotisas y los sacerdotes guerreros, con el resultado de que cuando Tarzán y Jad-bal-ja guiaron a los waziri al patio del templo exterior, nadie se resistió; pero, en cambio, unas voces les llamaron desde los oscuros arcos de los corredores circundantes suplicando misericordia y expresando la seguridad de su futura lealtad a La.

Cuando entraron en la ciudad, de pronto oyeron a lo lejos, en el interior del templo, un gran estruendo. Voces estridentes y fuertes gritos, y, después, silencio; y cuando llegaron a la sala del trono vieron la causa, pues en un charco de sangre yacían los cuerpos de Oah y Dooth, junto con los de media docena de sacerdotes y sacerdotisas que se habían mantenido fieles; y, salvo por ellos, la sala del trono se hallaba vacía.

Una vez más, La, suma sacerdotisa del Dios Llameante, recuperó el trono como reina de Opar.

Aquella noche, Tarzán, Señor de la Jungla, volvió a comer en los platos de oro de Opar, mientras jóvenes muchachas, que pronto serían sacerdotisas del Dios Llameante, servían carnes, frutas y vinos tan añejos que ningún hombre vivo conocía su añada ni en qué viñedos olvidados crecieron las uvas con que se habían elaborado.

Pero estas cosas interesaban poco a Tarzán, que se alegró cuando el nuevo día le encontró a la cabeza de sus waziri cruzando la llanura de Opar hacia la barrera de acantilados. En su bronceado hombro iba sentado Nkima, y al lado del hombre mono caminaba el león dorado, mientras detrás de él, en una columna, marchaba su centenar de guerreros waziri.

Era una compañía de blancos cansados y desalentados la que llegó a su campamento base, tras un viaje largo, monótono y sin contratiempos. Zveri e Ivitch iban a la cabeza, seguidos por Zora Drinov, mientras a una considerable distancia, en la retaguardia, Romero y Mori caminaban codo con codo, y este era el orden en el que habían marchado todos aquellos días.

Wayne Colt estaba sentado a la sombra de uno de los refugios y los negros haraganeaban frente a otro, a poca distancia, cuando Zveri e Ivitch aparecieron.

Colt se levantó y se acercó, y fue entonces cuando Zveri le vio.

—¡Maldito traidor! —exclamó—. Me las pagarás, aunque sea lo último que haga en este mundo y mientras hablaba sacó su revólver y disparó al norteamericano, que iba desarmado.

El primer disparo rozó el costado de Colt sin romperle la piel, pero Zveri no disparó una segunda vez, pues casi simultáneamente a este disparo se oyó otro detrás de él y Peter Zveri soltó la pistola, se llevó las manos a la espalda y se desplomó en el suelo.

Ivitch se giró en redondo.

—Dios mío, Zora, ¿qué has hecho?

—Lo que llevo doce años esperando hacer —respondió la muchacha—. Lo que he esperado hacer desde que era poco más que una niña.

Wayne Colt se había acercado corriendo y recogió la pistola de Zveri del suelo, donde había caído, y Romero y Mori también corrieron hacia allí.

Zveri yacía en el suelo y miraba salvajemente alrededor.

—¿Quién me ha disparado? —gritó—. Lo sé, ha sido ese maldito cobarde.

—He sido yo —anunció Zora Drinov.

—¿Tú? jadeó Zveri.

De pronto, la muchacha se volvió a Wayne Colt como si sólo él importara.

—Es mejor que conozcas la verdad —dijo—. Yo no soy roja ni jamás lo he sido. Este hombre mató a mi padre, a mi madre, a mi hermano mayor y a mi hermana. Mi padre era… bueno, no importa lo que él era. Ahora está vengado. —Se volvió con fiereza a Zveri—. Habría podido matarte una docena de veces en los últimos años —dijo—, pero he esperado porque quería algo más que tu vida. Quería ayudar a destruir los espantosos planes con los que tú y los de tu clase intentáis destruir la felicidad del mundo.

Peter Zveri se sentó en el suelo y la miraba fijamente, con los ojos desorbitados que se le velaban poco a poco. De pronto, tosió y un torrente de sangre brotó de su boca. Luego, cayó hacia atrás, muerto.

Romero se había acercado a Ivitch. De pronto, apoyó la boca de un revólver en las costillas del ruso.

—Suelta el arma —dijo—. No voy a arriesgarme contigo tampoco.

Ivitch, pálido, hizo lo que le ordenaban. Vio tambalearse su pequeño mundo y tuvo miedo.

Al otro lado del claro, una figura estaba erguida en el límite de la jungla. Un instante antes no se encontraba allí. Había aparecido en silencio como de la nada. Zora Drinov fue la primera en percibirla. Lanzó un grito de sorpresa al reconocerle; y, cuando los otros se volvieron para seguir la dirección de sus ojos, vieron a un bronceado hombre blanco, desnudo salvo por un taparrabo de piel de leopardo, que se acercaba a ellos. Se movía con la gracia fácil y majestuosa del león y había en él algo que recordaba al rey de las fieras.

—¿Quién es? —preguntó Colt.

—No lo sé —respondió Zora—, sólo sé que es el hombre que me salvó la vida cuando me hallaba perdida en la jungla.

El hombre se detuvo ante ellos.

—¿Quién eres? —le preguntó Wayne Colt.

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el otro—. He visto y oído todo lo que ha ocurrido aquí. El plan que alimentaba este hombre —señaló el cuerpo de Zveri— ha fracasado y él está muerto. Esta muchacha ha confesado. Ella no es una de los vuestros. Mi gente está acampada a poca distancia. La llevaré a ellos y me ocuparé de que llegue a la civilización sana y salva. Por el resto de vosotros no siento simpatía alguna. Podéis salir de la jungla como podáis. He dicho.

—No son lo que crees, amigo mío —dijo Zora.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tarzán.

—Romero y Mori han aprendido la lección. Lo admitieron abiertamente durante una discusión cuando nuestros negros nos abandonaron.

—Les oí —indicó Tarzán.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Les oíste?

—He oído muchas cosas de las que se han dicho en vuestros diferentes campamentos —respondió el hombre mono—, pero no creo que deba creer todo lo que oí.

—Me parece que puedes creerlo —le aseguró Zora—. Estoy segura de que son sinceros.

—Muy bien —dijo Tarzán—. Si lo desean, también pueden venir conmigo, pero esos otros dos tendrán que apañárselas solos.

—El norteamericano no —pidió Zora.

—¿No? ¿Y por qué no? —preguntó el hombre mono.

—Porque es un agente especial al servicio del gobierno de Estados Unidos —respondió la muchacha.

El grupo entero, incluido Colt, la miraron con asombro.

—¿Cómo te has enterado? —quiso saber Colt.

—El mensaje que enviaste al llegar al campamento cuando estábamos solos fue interceptado por uno de los agentes de Zveri. ¿Entiendes ahora por qué lo sé?

—Sí —dijo Colt—. Es bastante sencillo.

—Por eso Zveri te ha llamado traidor y ha intentado matarte.

—¿Y qué me dices de este otro? —preguntó Tarzán, señalando a Ivitch —. ¿También él es una oveja con piel de lobo?

—Él es una de esas paradojas que tanto abundan —respondió Zora—. Es uno de esos rojos que son cobardes.

Tarzán se volvió a los negros que habían avanzado y estaban quietos, escuchando con curiosidad una conversación que no entendían.

—Conozco bien vuestro país —les dijo en su dialecto—. Está cerca del final del ferrocarril que va a la costa.

—Sí, amo —dijo uno de los negros.

—Llevarás a este blanco contigo hasta el ferrocarril. Ocúpate de que tenga comida suficiente y de que no sufra ningún daño, y luego dile que se marche del país. Marchaos ya. —Entonces, se giró de nuevo hacia los blancos—. Los demás me seguiréis a mi campamento.

Y con eso se volvió y se dirigió hacia el sendero por el que había entrado en el campamento. Detrás de él, le seguían los cuatro que debían a su humanidad más de lo que jamás sabrían, pues no sabían ni habrían podido adivinar que su gran tolerancia, valor, iniciativa y el instinto de conservación que a menudo les había protegido no venía de sus progenitores humanos, sino de su asociación con las bestias naturales de la selva y de la jungla, que tienen estas cualidades instintivas mucho más desarrolladas que las bestias no naturales de la civilización, en las que la ambición y la codicia han apagado el lustre de estas nobles aptitudes, cuando no las han erradicado por completo.

Detrás de los otros iban Zora Drinov y Wayne Colt, uno al lado del otro.

—Creía que habías muerto —dijo ella.

—Y yo creía que tú habías muerto.

—Y lo peor de todo —prosiguió ella— era que creía que, tanto si estabas vivo como si estabas muerto, jamás podría decirte lo que llevo en mi corazón.

—Y yo creía que un espantoso golfo nos separaba y que jamás podría cruzarlo para hacerte una pregunta —respondió él en tono bajo.

La muchacha se volvió a él, con los ojos llenos de lágrimas, los labios temblorosos.

—Y yo creía que, viva o muerta, jamás podría responder que sí a esa pregunta, si me la hacías —dijo.

Un recodo en el sendero les ocultó de la vista de los demás cuando él la rodeó con sus brazos y la besó en los labios.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

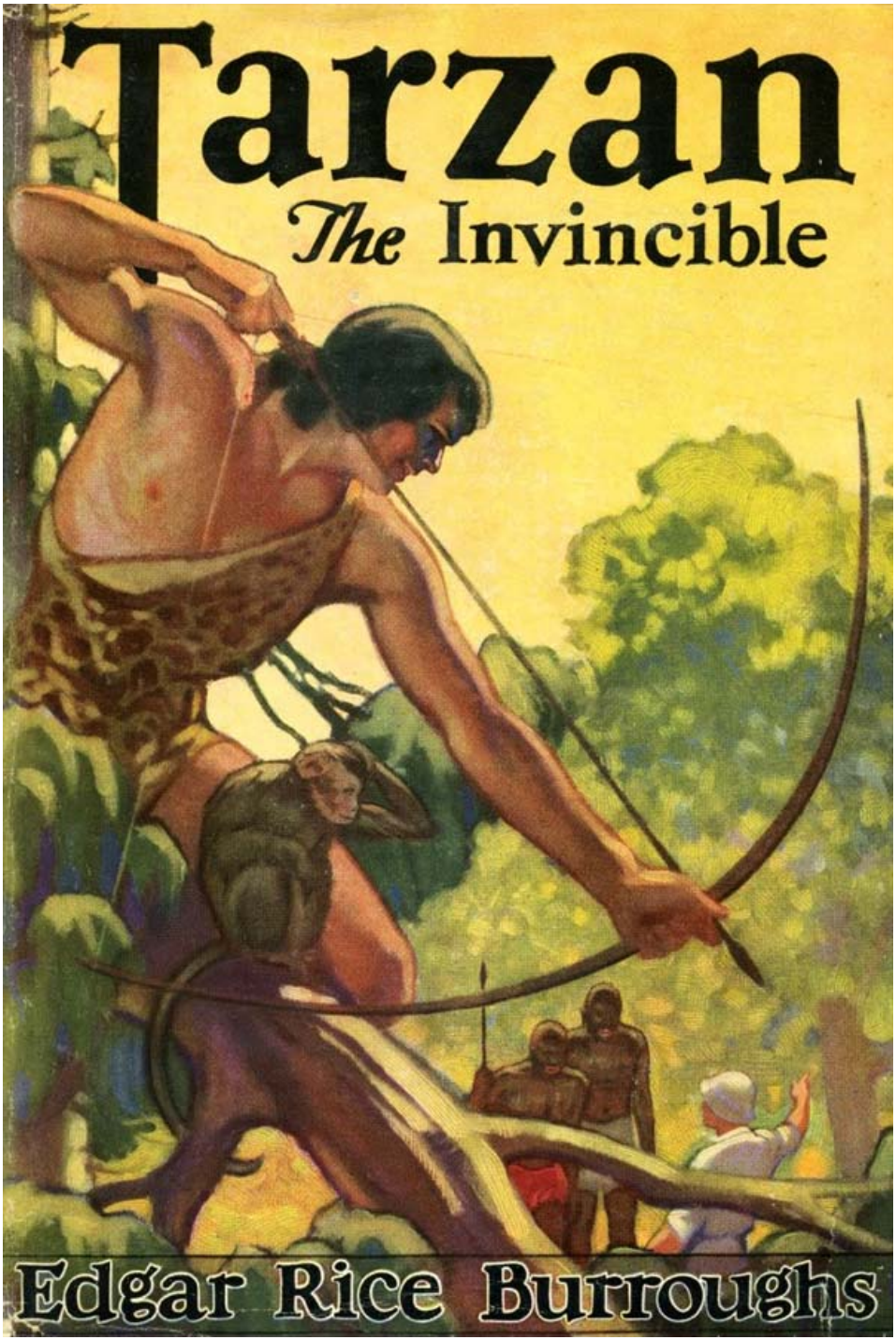
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

Tarzan

The Invincible



Edgar Rice Burroughs

Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1931, Studley Burroughs